

PACO LOBATÓN

*Te buscaré
mientras viva*



AGUILAR

PACO LOBATÓN

*Te buscaré
mientras viva*



AGUILAR

Paco Lobatón

Te buscaré mientras viva

AGUILAR

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*A los que buscan, a los supervivientes de la incertidumbre, a los que
sueñan abrazos por venir...*

Al corazón solidario de mis hijos

El vent us portarà la nostra crida.
«El viento os llevará nuestra llamada».

JOAN MARGARIT

Un hivern fascinant, 2017

¿Cuándo vuelve el desaparecido?
Cada vez que lo trae el pensamiento.

RUBÉN BLADES

«Desaparecidos»

Ser agradecidos

A mi entender, el agradecimiento es el gesto por el que devolvemos parte de la fortuna con que nos obsequia el destino. Esa es, al menos, la filosofía que he tratado de aplicarme a mí mismo a raíz de la experiencia de notoriedad a gran escala generada por mi trabajo profesional en televisión, primero en los telediarios de mediados de los ochenta y luego por el programa *QSD* de los noventa. Gracias probablemente a que esa inusitada sobredosis de *fama* me pilló ya con un cierto grado de madurez personal no sufrí el espejismo que consiste en confundir la magnitud de tamaña notoriedad con las propias capacidades, menos aún con supuestas virtudes innatas. La notoriedad televisiva es ante todo una consecuencia del impacto masivo del medio, una suerte de *virtud electrónica*. La fama, en el sentido más noble y clásico de *buen nombre*, es otra cosa: el resultado de una actitud sincera, continuada y coherente en la tarea de comunicar, entendida como un oficio al servicio de la gente. Y es la gente quien otorga los créditos, es decir, la credibilidad. Ese es el bien más preciado, sobre todo desde que el concepto de fama o de famoso se ha banalizado hasta extremos irritantes.

Vivo mi dedicación a la causa de las personas desaparecidas como una manera de devolver a la sociedad el grandioso crédito que me fue otorgado por mi trabajo periodístico, especialmente el desarrollado en televisión.

A la hora de expresar este agradecimiento general siento que debería incluir miles de nombres propios, precisamente esos que tan a menudo se reducen a meras cifras de audiencia. Entre ellos hay personas que un buen día dejaron de ser espectadores de éste o aquel programa de televisión para convertirse en los protagonistas de una historia de desaparición. Y aunque no haya conocido a todas esas personas por razones obvias —son más de cien mil las que pasaron por ese trance tan solo en los últimos seis años^[1]— quisiera que

estuvieran representadas en las familias cuyos testimonios dan vida a este libro.

Se trata de catorce historias. Son parte de la realidad de las desapariciones tal como se han producido durante las tres últimas décadas en España, aunque hay muchas más que merecerían ser contadas, porque cada desaparición es absolutamente singular. Para este libro fueron 14 las familias que, durante el verano de 2017, me abrieron sus casas —y a la vez sus corazones—, confirmando su deseo de seguir buscando a sus seres queridos, de no abandonar la lucha. De Galicia a Andalucía, de Cataluña a Castilla y León y a Canarias, fui llamando a sus casas, con una grabadora digital y una libreta de notas como únicas armas. A casi todos los conocía desde tiempo atrás, como cuento a pie de relato, pero todos, sin excepción, me han permitido descubrir aspectos nuevos, algunos de ellos verdaderamente sorprendentes, no solo con respecto a la desaparición de sus seres queridos sino también en relación a la batalla interminable por saber qué fue de ellos, por liberarse de la incertidumbre y llegar a un final. Siempre pensé que eran sus voces el mejor antídoto contra el olvido: por eso están aquí como núcleo del relato esencial de *Te buscaré mientras viva* componiendo una suerte de autobiografía colectiva de los desaparecidos. Se trata de las voces de:

Mari Carmen y María, hermana y madre de Isidre y Dolors Orrit Pires

Juan y Luisa, padres de Cristina Bergüa Vera

Antonio, hermano de Angelines Zurera Cañadilas

Carmen, hermana de Juan Antonio Gómez Alarcón

Antonia y Héctor, madre y hermano de David Guerrero Guevara

Isidro y Rosa, padres de Paco Molina Sánchez

Jesusa y Carmen, hermanas de María Sánchez Moya

Antonio y Teresa, padres de María Teresa Fernández

Ithaisa, Pepe y Herminia, madre y abuelos de Yéremi Vargas Suárez

Nieves, Lupe y Patricia, madre, tía y prima de Sara Morales Hernández

Ana María, madre de Borja Lázaro Herrero

Carmen, hermana de Sonia Iglesias Eirin

Juan Vicente e Isabel y Teresa, padres y abuela de Caroline del Valle Movilla

Mercedes, Sandra y Tamara, esposa e hijas de Elías Carrera

La idea de este libro es muy distinta a la que inspiró *A corazón abierto* (Temas de hoy, 1997) una primera reflexión sobre la experiencia vivida en *Quién Sabe Dónde*. A diferencia de aquel, en esta ocasión, las historias están contadas en primera persona por los allegados más directos a los verdaderos protagonistas, las personas desaparecidas. La otra gran diferencia es que en esta ocasión el libro forma parte del trabajo emprendido con la creación de la Fundación Europea por las Personas Desaparecidas QSDglobal, a la que se destinarán íntegramente los fondos que se obtengan por su venta.

A la directora de la Fundación, Anabel Carrillo Lafuente, debo una gratitud principal por ser alma y cuerpo de iniciativas constantes, por su entrega incondicional a la causa y por su generosidad sin límites. Pero también y en relación a la elaboración de este libro, por haber sido paciente lectora de los borradores, y, a la vez, estímulo y conciencia crítica de su contenido.

Amalia Vílchez, profesora de literatura y escritora, me ayudó a poner sobre el papel los primeros esbozos narrativos de horas y horas de grabaciones, cuidadosamente transcritas por Tamara Morillo, Asunción Ariza y Alejandra R. Campomanes. Gracias también a Manuel Alcázar, siempre tan discreto como eficaz en su afán de que los números cuadren.

De mis inseguridades de escritor se ocuparon con oficio y afecto más que notables mis editores, Gonzalo Albert y Laura Ferrero. Y no hubiera llegado a ellos de no mediar Luisgé Martín, a quien ya admiraba como novelista antes de conocer sus buenos oficios como agente literario.

Gracias también a ti querido lector, querida lectora, por haber elegido este libro. Gracias doblemente si lo has hecho como un gesto de compromiso y de complicidad porque ya tienes noticia de la realidad que aquí se relata; si no fuera así, te aseguro que las voces que te dispones a escuchar no te dejarán indiferente.

Prólogo

Como estrellas de mar

La diferencia entre vivir y simplemente existir es tener una causa. La mía es la de las personas desaparecidas. No fui yo a buscarla. Vino ella a mi encuentro en un quiebro inesperado del destino que me llevó de la radio a la televisión para contar historias, hasta entonces desconocidas para mí, de ciudadanos desconsolados en busca de seres queridos desaparecidos, ausentes sin motivo conocido. Hace veinticinco años de eso. Me acuerdo bien porque yo entonces rondaba los cuarenta y ahora acabo de rebasar los sesenta y cinco. Kapuściński decía que hay solo dos causas en el periodismo que justifican la militancia: la de los refugiados y la de las desapariciones de personas. El mismo admirado reportero polaco escribió que este no es un oficio para cínicos. Es cinismo conocer el sufrimiento de otros y ser ajeno a él o no intentar hacer todo lo que esté en tus manos para paliarlo. Lo opuesto al cinismo es un compromiso activo en el sentido de militancia, recordado por Kapuściński, o en el definido por José Saramago como un deber implícito, escrito en el reverso de los derechos humanos básicos. Algunos siglos antes Sócrates había sentenciado: «Cuando estoy ante alguien que ha sufrido, me siento ante un ser sagrado».

Pues bien, si algo percibí desde mis primeros contactos con personas que estaban intentando afrontar la desaparición de uno de los suyos, fue la hondura insondable de su sufrimiento. Por eso he seguido y sigo vinculado a la causa. Primero, a través del propio programa durante los seis años ininterrumpidos que estuvo en antena; luego, en forma de colaboración con asociaciones de familiares de desaparecidos, como Inter-SOS, y, desde 2015, con la creación de la Fundación Europea por las Personas Desaparecidas

QSDglobal. Este libro, sin ir más lejos, forma parte de las tareas de la fundación destinadas a ampliar todo lo posible la conciencia social sobre la realidad de las desapariciones. A ese mismo objetivo responde otro empeño de comunicación a gran escala, como está llamado a ser el programa *Desaparecidos* en TVE. Con él se pone fin a un paréntesis de diecinueve años de ausencia de este tema en su parrilla principal. Han transcurrido casi dos décadas en las que no he dejado de llamar a la puerta de la radiotelevisión pública con diversas propuestas para un *Quién Sabe Dónde* actualizado; la mayoría de las veces lo hice con una renuncia expresa a seguir siendo la imagen principal del programa, a fin de hacer patente la renovación del formato y de que nadie pudiera reportar a la cadena falta de ideas nuevas. Lo importante para mí siempre fue y sigue siendo salvaguardar sus contenidos esenciales y hacerlos participativos para la audiencia. La crónica de esas tentativas daría para un largo capítulo, puede que muy ilustrativo de los cambios que han tenido lugar en la manera de entender y de hacer televisión en nuestro país, en general, y, en particular, en el ámbito de la radiotelevisión pública estatal. No descarto contarlo algún día, pero creo que no es este el lugar ni tampoco el momento. Ahora manda el presente, en el que se ha recuperado un espacio digno y en el horario en el que puede aspirarse a conquistar grandes audiencias con las que ayudar a resolver cuantos más casos mejor, y, sobre todo, volver a dar voz a las familias de personas desaparecidas. Pero ¿acaso no la han tenido durante estos años en otros programas, en otras cadenas? Por supuesto que sí, pero ¿de qué manera? ¿Con qué resultados? No quisiera responder de manera simplificada a preguntas de por sí bastante complejas, pero creo que cabe un corolario general: las historias de desaparecidos han sido un ingrediente por momentos muy rentable para los programas en los que se han abordado, pero no ha ocurrido lo mismo a la inversa. No solo porque el cómputo de casos resueltos sea prácticamente igual a cero, sino porque su aproximación ha sido casi siempre episódica, sin la continuidad ni los recursos necesarios para ayudar de verdad, por ejemplo, mediante la difusión sistemática de las alertas de búsqueda o a través de un método de canalización de las pistas aportadas por los telespectadores. No pretendo descalificar nada de lo que se ha hecho ni dicho; menos aún quitar valor a intentos serios y sinceros, que tampoco han faltado. Lo que quiero subrayar es que la eficacia en este terreno es directamente proporcional a los medios empleados, al tiempo dedicado y a

las prioridades establecidas, y todo ello partiendo de la premisa de un seguimiento continuado de los casos.

La desaparición de la joven madrileña Diana Quer, ocurrida el 22 de agosto de 2016 en la localidad coruñesa de A Pobra do Caramiñal, supuso un verdadero punto de inflexión tanto en la percepción social de las desapariciones como en el tratamiento dado por los medios de comunicación. No recordaba ningún impacto de tal magnitud desde la desaparición de las niñas de Alcàsser (Valencia), en 1992. La búsqueda de Miriam, Toñi y Desirée había marcado la primera temporada de *Quién Sabe Dónde*; la noticia del hallazgo de sus cuerpos sin vida en enero de 1993 me sorprendió en directo mientras entrevistaba al pintor Antonio López en el programa de tarde que por entonces presentaba en Radio Nacional de España. Un compañero de la redacción se acercó hasta el micrófono con un teletipo de última hora de la agencia Efe en el que se informaba de la localización de los restos de las tres niñas en un paraje montañoso de Tous. Tuve que pedir ayuda a mi entrevistado para poder seguir con la conversación. Me había quedado literalmente sin palabras. Apenas me hube recuperado, hablé con Juan Jesús Ortiz, por entonces director del programa. Enseguida estuvimos de acuerdo en que, habida cuenta de la implicación que habíamos tenido en la búsqueda, no podíamos faltar en el momento de la despedida. Así que nos desplazamos con una unidad móvil hasta la localidad valenciana. Yo quería, en primer lugar, dar el pésame en persona a cada una de las familias de las niñas, y también ofrecerles que grabaran unas palabras dirigidas a los miles de personas que se habían volcado en el caso, intentando aportar pistas sobre su paradero durante los tres meses que estuvieron desaparecidas, y que ahora sentían como propio aquel trágico final. Llegada la noche, esas grabaciones salieron al aire durante un especial de corta duración realizado en vivo desde una pequeña sala cedida por el ayuntamiento. A pocos metros, el auditorio principal había sido reservado por Antena 3 para una edición extraordinaria del show semanal de Nieves Herrero. Nieves abrió la emisión con una afirmación premonitoria: «Buenas noches a todos, *De tú a tú* no va ser hoy un programa normal...». Y, ciertamente, no lo fue. YouTube sigue ofreciendo veinticinco años después a quien quiera verlo el contenido de aquella emisión bajo el título de «La noche que nació la telebasura en Alcàsser». Esa etiqueta es más una sentencia que un titular, predispone a la condena incluso a quienes no vieron aquel programa. Lo que hay que preguntarse es por qué se

desbordó hasta extremos nunca vistos el programa de Nieves Herrero sobre Alcàsser. La primera imagen tras la cabecera no fue la de la presentadora sino la de Fernando García, el padre de Miriam. Fue toda una declaración editorial de entrada. Enseguida aparecerían los familiares de Toñi y Desirée, todos ellos, como no podía ser menos, sumidos en el dolor más intenso, dado el escaso tiempo transcurrido desde que conocieran el trágico final de las niñas. Expresar el dolor puede llegar a ser recomendable como forma de liberarse de él, otra cosa muy distinta es exponerlo desde el estrado de un salón de actos, rodeados de focos y cámaras, transmitiendo en directo y ante un auditorio abarrotado de público, integrado por vecinos conmocionados de entre los que no tardarían en surgir voces pidiendo venganza y pena de muerte para los culpables. A partir de ahí el clima del programa devino un incendio sin control. Fue como echar sal a manos llenas sobre una herida abierta y aún sangrante. Pero me detengo aquí, porque nunca he sido partidario de las condenas promulgadas sin juicio, ni de los juicios de intención pronunciados de manera sumaria. Por eso, nunca participé, ni voy a hacerlo ahora, de la furia estigmatizadora empleada por algunos sectores de la profesión y por ciertos eminentes comunicólogos contra Nieves Herrero. Creo, sin embargo, que hubiera sido necesario y muy saludable un debate sobre los límites de la información en situaciones marcadas por el dolor y por la alarma social como lo fueron los momentos que siguieron al cruento final del caso Alcàsser. De haberlo habido, puede que hubiera sido otro el comportamiento de los medios ante la desaparición de Diana Quer casi un cuarto de siglo después. Diana desapareció durante sus vacaciones veraniegas en A Pobra do Caramiñal, A Coruña, al volver de madrugada de las fiestas locales. Su perfil de chica en el esplendor de los dieciocho años, unido a los inquietantes últimos mensajes que había enviado desde su móvil, fue el detonante de una alerta inmediata y generalizada.

Casi quinientos días después, el 31 de diciembre de 2017, se produjo el tan esperado final de la búsqueda al precipitarse la detención del principal sospechoso, que, a continuación, llevaría a la localización de los restos de Diana. Se revelaba así que la muerte de Diana se habría producido con toda probabilidad a las pocas horas de su desaparición y a manos del mismo individuo que la habría asaltado a poca distancia del lugar desde el que había enviado con el móvil su último e inquietante mensaje. La noticia vuelve a convulsionar la opinión pública y nos plantea la necesidad de incluir una

mención específica a los hechos y a su significación en todos los planos, en un capítulo final de este libro, como epílogo para una reflexión actualizada, tras la que pudimos compartir con familias, expertos policiales y comunicadores en noviembre de 2016 en el Foro QSD sobre el Tratamiento informativo de las Desapariciones de Personas.

A pocos meses de distancia, el hito más relevante fue la publicación por el Ministerio del Interior del Informe sobre Personas Desaparecidas en España, 2017. Lo hizo el titular del Departamento, Juan Ignacio Zoido, con una deliberada solemnidad y en una fecha cuidadosamente elegida: en vísperas del 9 de marzo, Día de las Personas Desaparecidas sin causa aparente. En el mismo acto, el ministro comprometió la creación del CNDES (Centro Nacional de Desaparecidos). Así que la concentración anual celebrada en Madrid se desarrolló con la referencia de los datos que, por primera vez en toda nuestra historia, veían la luz pública: se habían registrado 121.114 denuncias en los últimos seis años, de las que 4.164 seguían sin resolverse. El informe desglosa por provincias esos datos, al tiempo que reconoce las limitaciones de la Base de Datos de Personas Desaparecidas y Restos Humanos de la que se han extraído. Se recoge asimismo la necesidad de profundizar en la casuística de las desapariciones, mediante estudios sociológicos y antropológicos que hasta ahora han brillado por su ausencia.

El día en que se dieron a conocer estos datos, eché en falta a personas que habían estado en los inicios del movimiento asociativo de familiares de desaparecidos, fue el caso de Cayetano Jiménez, de Castilla La Mancha; Salvador Domínguez, de la Comunidad Valenciana; o Josep Valls, de Cataluña, ya fallecidos. Sentí que era injusto que no fuera partícipe de ese momento Flor Bellver, la psicóloga que dedicó diez años de su profesión y de su vida a Inter-SOS, la asociación creada en 1998 por los padres de Cristina Bergüa, desaparecida con dieciséis años en Cornellá, Barcelona. Recuerdo su entrega incondicional, solo comparable al entusiasmo con el que celebró que, en 2010, el Congreso de los Diputados declarase el 9 de marzo como Día de las Personas Desaparecidas sin causa aparente. Un logro ganado a pulso, como lo fue tres años más tarde la creación de una comisión especial en el Senado, que tras seis meses de trabajos adoptó un contundente informe final en diciembre de 2013. La importancia de sus conclusiones era doble: por

contar con el respaldo unánime de todos los grupos políticos presentes en la Cámara alta y por demandar a la Administración soluciones para las principales carencias detectadas. El informe incluía un llamamiento a la implicación de la sociedad civil en las soluciones por venir. Lanzado el pañuelo, fue la señal definitiva para poner en pie la Fundación Europea por las Personas Desaparecidas, QSDglobal. Un puñado de patronos solidarios unidos por la convicción de que era el momento de actuar ante las desapariciones, de procurar amparo a quienes las sufrían y de prevenir las situaciones de riesgo que las provocan. Y un programa para la acción resumido en el lema #Todytodosporencontrarlos. Así tomaba cuerpo un proyecto que había vislumbrado ante la verdadera avalancha de peticiones de búsqueda, en torno a 10.000, que nos llegaron a *Quién Sabe Dónde* entre 1992 y 1998. De todas ellas tan solo pudimos llevar a antena una quinta parte, 2.000 aproximadamente, a lo largo de 250 emisiones.

—Pero, dígame, Lobatón, ¿por qué dejó de emitirse *Quién Sabe Dónde*?

—Buena pregunta, señora. Si usted me ayuda, quizá algún día lo sepamos.

Ese breve diálogo con la reina doña Sofía como interlocutora tuvo lugar en el Palacio de la Zarzuela el 19 de enero de 2017, durante una audiencia con familiares de personas desaparecidas. A ellos pongo por testigos: Juan, padre de Iván Durán; Rosa, madre de Paco Molina; Emilia, hermana de Manuela Chavero; Ana, madre de Borja Lázaro, y Luisa, madre de Cristina Bergüa.

Tengo la convicción de que, tras la aparente ingenuidad de la pregunta, había un interés sincero, que venía de lejos y se retroalimentaba de otras preguntas, las que le habían hecho a ella durante sus viajes por América Latina allá por los años noventa, a propósito de casos de *Quién Sabe Dónde*. Aún recuerdo mi sorpresa al ser llamado por la Reina durante los actos de entrega de los premios de la Fundación CREFAT, a los que acudía como miembro del jurado, en uno de los edificios de Zarzuela. No era para un saludo protocolario, no. Doña Sofía me requirió en varias ocasiones para conocer detalles precisos de historias con nombres y apellidos, sobre las que la habían interpelado a ella misma en Chile, en Argentina... Quizá por eso no dudó años atrás en poner su firma de puño y letra en una carta de recomendación a la presidencia del ente público para que se recuperase de

alguna manera aquel programa. Pero eso es parte de la crónica que —ya lo he dicho más arriba— no toca ahora. Lo cierto es que ni siquiera tan cualificada mediación surtió efecto, y que cada vez que sumaba un nuevo no a la posibilidad de contar con un espacio en televisión para los desaparecidos se me hacía más evidente la necesidad de una herramienta cívica alternativa. Así es como fue fraguándose la fundación, a golpe de negativas. Si no podía contarse con una oferta televisiva concreta, habría que construir una plataforma desde la que proyectar hacia todos los medios —y no solo la televisión— la realidad de las desapariciones.

Una fundación puede nacer con todos los parabienes y con importantes recursos (no ha sido nuestro caso, sostenidos apenas por las aportaciones privadas de los patronos y obligados a buscar ayudas complementarias para cada iniciativa), pero solo existe de verdad si sus objetivos se hacen tangibles. Por eso, a la definición de «entidad sin ánimo de lucro», me gusta añadir la adversativa «pero con ánimo de logros». Considero que fue una importante conquista que la fundación empezara su andadura reuniendo durante dos días a una cincuentena de familiares de personas desaparecidas. Ellas serían por primera vez las absolutas protagonistas. Del intercambio de experiencias y emociones que allí se encontraron surgió la Carta de Derechos y Demandas Urgentes. En su preámbulo, los participantes en el foro celebrado a finales de noviembre de 2015 en Úbeda y Baeza, denunciaban sin paliativos «haberse sentido desatendidas, humilladas, perplejas, solas, desprotegidas, decepcionadas, maltratadas y, en ocasiones, víctimas» cada vez que habían acudido a denunciar la desaparición de un ser querido. A continuación, la carta detallaba las carencias en formación y en recursos especializados de los cuerpos policiales, frente a los cuales urgía adoptar medidas: desde la mejora en la coordinación y en la formación de las fuerzas de seguridad, pasando por la atención a las familias afectadas, hasta la publicación de los datos reales de las desapariciones.

En el siguiente mes de marzo, el día 31, fueron esas las palabras que leí en voz alta en el palacio de Parcent ante el secretario de Estado del Interior y las secretarías de Estado de Justicia y Asuntos Sociales e Igualdad, en el acto público de firma del convenio de la fundación con los tres Ministerios. El regio marco de aquella puesta en escena, con despliegue de banderas, cámaras de televisión e invitados de alto nivel, se estremeció por un momento. Había quedado meridianamente claro que nuestra voz no iba a ser

otra que la de las familias ni otras las demandas que las que se habían acordado por ellas en Úbeda y Baeza.

Sabíamos que no sería fácil y doy fe de que no lo ha sido, pero la persistencia ha empezado a dar los primeros frutos, por ejemplo en el asunto de los datos con el Informe 2017, ya mencionado; y también con la creación del Centro Nacional de Desaparecidos, aunque todavía en fase incipiente.

Sea como sea, y con todo lo que queda por delante, hay que otorgar todo el valor que tienen a los pasos dados en el último año —y a los que están en camino—, por el avance que suponen en comparación con el vacío general de hace veinticinco años cuando, ante la alarma social desencadenada por los crímenes de Alcàsser, la Secretaría de Estado de Seguridad adoptó la primera instrucción en materia de desapariciones. La instrucción apelaba con énfasis a la necesaria coordinación entre Policía Nacional y Guardia Civil, lo que equivalía a un reconocimiento implícito de su inexistencia. La letra sangraba por la herida: Anglés, el presunto asesino —junto con Ricart— de Miriam, Toñi y Desirée había conseguido escabullirse por la fisura entre los dos cuerpos policiales.

Al evocar ese tiempo, siempre me viene a la memoria la entrevista con una madre cuyo hijo, de mediana edad, llevaba meses desaparecido sin que le hubiera llegado noticia alguna que alimentara su esperanza de encontrarlo.

—Ay, Paco, si al menos supiera dónde llevarle flores —me dijo como en un suspiro.

No sé cuál fue mi reacción en aquel momento, estando como siempre estábamos en directo. No sé si llegué a repreguntarle: «¿De verdad?». Creo que no. De lo que sí estoy seguro es de haber comprendido que lo expresado por aquella madre no era resignación, sino la imperiosa necesidad de poner fin a la incertidumbre que no la dejaba vivir. Invocar la certeza de la muerte no era fruto del desamor, sino su manera de defenderse de la incertidumbre, esa muerte tacaña que no deja espacio para el duelo. Más adelante he escuchado definiciones psicológicas que califican como «duelo ambiguo» este tipo de vivencias. Con el debido respeto a los expertos en psicología, no termina de convencerme ese concepto porque el duelo —ambiguo o no— es el principio de la etapa de aceptación de una pérdida definitiva. En cambio, mientras la desaparición no se resuelve prevalece una situación de no duelo. Algo parecido a una ecuación emocional que no es ambigua sino inequívoca y más bien rotunda: mientras no hay evidencia de muerte, hay esperanza de

vida.

Otra cosa es que el tiempo y el efecto corrosivo de la incertidumbre terminen por hacer mella incluso en esa resistencia íntima y última, como sin duda le ocurría a la madre de mi entrevista. Sin embargo, no es esa la actitud más generalizada que he reconocido a lo largo de dos décadas y media, entre quienes se enfrentaban al desafío cotidiano de sobrevivir a la incertidumbre. En la mayoría de ellos, he visto cómo reconvertían en fortaleza su debilidad, en un movimiento de regeneración parecido al de ciertas especies vivas, como las estrellas de mar, capaces de restituir partes completas de su organismo, seccionadas, laceradas, perdidas. Siendo fascinante ese fenómeno, sabemos que, en el mundo vegetal o animal, sucede en una dimensión física. En cambio, cuando se trata de personas, la regeneración que he percibido en ellas acontece en el espacio anímico, en el armario donde conviven sentimientos y pensamientos. Y eso es lo que siempre me ha parecido grandioso, lo que, como a Sócrates, me hace sentir ante seres sagrados. Aquellos a los que la vida ha provisto no ya de la capacidad de sufrir, sino de una categoría superior de la condición humana: la de sobreponerse al sufrimiento. Ha sido en la mirada de esas personas donde he visto escrito, antes de redactarlo yo, el título de este libro: te buscaré mientras viva.

A esa estirpe de resistentes, de supervivientes con causa, pertenecen los protagonistas de las historias que cobran vida en las páginas que siguen. Hablan los abuelos y las abuelas, los padres y las madres, los hijos y las hijas, los hermanos y las hermanas de personas desaparecidas. Son ellos quienes ponen voz a sus seres perdidos formando una suerte de autobiografía colectiva. Mi tarea ha consistido en escucharlos y hacerme portador de su testimonio, y así, cada vez que se barajen cifras, se las pueda dotar de identidad. Para que no se les olvide: ni a los desaparecidos ni a quienes han decidido empeñar su vida en buscarlos. Para que nadie se sienta indemne, sino afortunado, pero nunca indiferente ante las ausencias ajenas. Para acabar con el tópico de desapariciones voluntarias, que no lo son mientras no quede demostrado. Para buscar a los desaparecidos en situaciones inquietantes y para prevenir los que lo son en situaciones evitables. Para que se haga compatible el derecho a desaparecer de quienes lo decidan en el ejercicio de su libre albedrío, con el derecho a saber de aquellos que los quieren.

La determinación de buscar de por vida a los desaparecidos de forma

inexplicable, sin causa aparente, coexiste con la búsqueda de la verdad en aquellos casos rodeados de indicios de criminalidad, pero carentes de pruebas que permitan incriminar a los presuntos autores de la desaparición. Para ninguno de estos buscadores hay tregua, ni barreras que los detengan. No es admisible que los archivos provisionales y los sobreseimientos judiciales prorroguen la incertidumbre y el sufrimiento de miles de personas *sine die*. Si son la consecuencia inevitable de la vigente Ley de Enjuiciamiento Criminal, habrá que promover sin demora los cambios pertinentes a través de un Estatuto de la Persona Desaparecida.

Familia a familia, caso a caso, el sentimiento es siempre el mismo: no hay final para esta batalla hasta que no se llegue a un final cierto. El más feliz o el más dramático, pero un fin. En las manos de estos buscadores, el teléfono se ha convertido en una terminal nerviosa, en el vigía permanente, pero también, en muchas ocasiones, demasiadas, en un verdugo despiadado e insolente que, en lugar de ser portador de la esperada buena nueva, emite burlas o golpea con sádicas mentiras. Pero ni siquiera eso alterará su determinación. Un impulso que viene de muy adentro. Un mandato del corazón que la inteligencia no discute.

Paco Lobatón, 6 de diciembre de 2017

Capítulo 1

Hermanos Orrit

HIJOS DEL DESEO

Nunca había estado en Manresa. Tenía dudas, porque viví en Cataluña a finales de los setenta y viajé por ella en todas direcciones, por la costa más que por el interior, eso es cierto. En Barcelona nació mi hija mayor, Triana, en 1980. Por aquel tiempo, las asociaciones andaluzas en Cataluña gozaban de una enorme relevancia social, visible en celebraciones populares como la Feria de Abril, que reunía en San Cugat a cerca de un millón de personas, superando en afluencia a la mismísima Feria de Sevilla. Y luego estaban los Premios anuales en los que, a diferencia de la citada feria a la que nunca acudí, tuve ocasión de participar. Debió de ser 1981 el año en que Felipe González se hizo acreedor al galardón más importante y la ocasión en la que los organizadores me pidieron que hiciera una presentación del premiado, como paisano y periodista andaluz inmigrado. Era un encargo delicado y recuerdo haberme esforzado en no incurrir en la odiosa práctica de los «juegos florales», de la hagiografía acrítica o de la pura y dura redundancia adjetivada de méritos. Hice un elogio contenido del galardonado y aproveché para expresar un sentimiento personal que era, a la vez, una cierta reivindicación: uno es de donde ha nacido, pero también de donde han nacido sus hijos. Fue así como me declaré sentimentalmente empadronado en Barcelona, y, por extensión, en Cataluña. Nunca pensé entonces que, andando el tiempo, esa reflexión conectara con la historia de un inmigrante portugués a quien en tierras catalanas no le nació un hijo, le nacieron quince.

Demasiados, parece que pensó alguien. Y dos de ellos, siendo menores, fueron sustraídos del Hospital Sant Joan de Déu de Manresa, la noche del 4 al 5 de septiembre de 1988, en circunstancias verdaderamente inexplicables. Por lo demás, mi actividad periodística entonces discurría absolutamente al margen del fenómeno de las desapariciones de personas.

El caso es que esos recuerdos se me hicieron presentes mientras viajaba de Barcelona a Manresa. No, nunca había estado allí durante aquellos años. Manresa era mi destino al cabo de varias décadas para un encuentro con María y Carmen Orrit, madre y hermana, respectivamente, de Isidre y Dolors, aquellos dos menores que alguien hizo desaparecer cuando apenas habían transcurrido unos meses desde el fallecimiento del cabeza de familia. Ir a su encuentro era, en cierta forma, devolver la visita que ellos me hicieron allá por 1992 en el plató del programa *Quién Sabe Dónde* para difundir el caso en el que nada se había movido pasados cuatro años.

El largo trayecto desde la estación de Sants me permitió repasar las notas para la charla con ellas, y, a la vez, ir adentrándome mentalmente en el espacio de un caso de desaparición envuelto en una bruma misteriosa e inquietante, de preguntas irresueltas en veintinueve años. Quizá fue el traqueteo del «Rodalies», un cercanías de aspecto algo decadente que me recordaba el de los trenes antiguos, quizá fue el paisaje que se hacía más escarpado cada vez que levantaba los ojos de mi libreta, con la imponente presencia de las montañas de Montserrat al fondo, lo cierto es que me sentí transportado a un viaje al pasado. Pronto comprobaría hasta qué punto se trataba de un pasado presente en la memoria de Carmen, la hermana más activa en la búsqueda de los dos desaparecidos, y también de María, madre de la más numerosa familia de la comarca: quince partos en apenas dos décadas, es decir, casi uno por año.

María ya no vive en la casa donde crecieron sus vástagos, un humilde piso alto y sin ascensor en el edificio conocido como La Fábrica. Tuvo que abandonarlo al poco de morir Alfredo Pires, el inmigrante que la enamoró y que se quedó para siempre a vivir en ese rincón de Cataluña, tan lejos de su querido y añorado Portugal al que nunca pudo volver. María reside ahora en una casita baja alquilada por su hija Isabel y visitada a menudo por el resto de los hijos, todos residentes en la zona. Allí es donde me recibe; allí es adonde llego guiado por Carmen, que me ha ido a buscar a la estación. Por el camino me ha anticipado que, en las últimas semanas, la salud de su madre ha sufrido

un importante bajón por culpa de una caída. Y allí la encuentro, sin embargo, con el ánimo intacto y dispuesta a hablar. Sin reservas, y casi sin pausa, va hilvanando el relato de toda una vida, a dúo con Carmen, que, igual que hizo su madre durante tantos años, se gana la vida como limpiadora. Ella, Carmen, con sus auriculares puestos escuchando sus *podcasts* favoritos, mientras deja impolutas las casas que se disputan sus servicios, un trabajo que vive en la clave más positiva que pueda imaginarse, con el talante optimista y resuelto que siempre vio en su madre.

María habla con frases cortas, o entrecortadas, a veces, por la respiración que la acompasa. En ellas se refugia, pudorosa, la emoción al evocar la ausencia de la Dolors y el Isidre. Sobre ellas cabalga la ironía que aflora cuando evoca la figura de su suegra queriendo entrometerse en su vida, o la displicencia del jefe de policía negándole información sobre sus niños desaparecidos.

MARÍA Y CARMEN

María, la madre (M.): Isidro fue el último de los hijos que tuve. Todos fueron buscados, deseados, pero el Isidro el que más.

Carmen, la hermana (C.): El pequeño, sí. Él figura como el número catorce, pero en realidad fuimos quince contando a Montserrat, que murió con solo tres meses. Quizá por eso a veces no la contamos, pero era otra hermana nuestra. Y muy querida también, ya lo creo. Murió por una infección transmitida por los adultos. Recuerdo la culpa enorme con que vivieron su muerte mis padres. Y a mi padre, llorando. ¡Cómo lloraba! Puede que fuera la primera vez que lo veía así, no sé, lo cierto es que se me quedaron grabadas su pena y sus lágrimas. Como nunca las había visto en él.

M.: A Isidro lo tuve porque quise y porque mi padre, antes de morirse, me dijo que si era niño lo que iba a nacer, que le pusiera su nombre, Isidro. Pero fue niña y le puse Teresa, como mi madre. Es que yo no me encontraba bien de... no sé cómo explicarlo. Te pide una persona que se está muriendo una cosa y no la puedes hacer... Entonces busqué otro para ponerle Isidro.

C.: Los médicos no querían que tuviera más hijos, le querían poner cosas para que no los tuviera. Y ella decía que si los quería tener, ¿qué problema había? Y que, además, los tenía bien cuidados. Si los tuviera mal...

Igual que el médico, su suegra siempre había criticado que tuvieran tantos y tantos niños. Pero es que tanto mi madre como mi padre querían. No era aquello de ¡ay, pobre la madre! o ¡qué malo tu padre hacerle tantos niños! Ni tampoco porque fueran superreligiosos. Qué va. Si es que querían los dos. Es más, durante los cuatro años que tardó en venir el pequeño estuvieron preocupados pensando si les había pasado algo y ya no podrían tener más.

M.: Mi suegra, que vivía en Sabadell, decía: «Oye, no tengas más». ¿Que no tenga más? ¡Ya lo vas a ver tú! (risas).

Y también estaba todo el tiempo con que diera en adopción a algunos de los niños. Insistía y yo le decía que no. Cuando se perdieron Isidro y Dolors, volvió a decirme que estuviera al tanto, que, si no, me iban a coger los demás también. Yo le dije: «Pues que vengan aquí, verás».

C.: Mucha gente se pregunta cómo salíamos adelante. Mi padre trabajaba en un taller en el centro de Manresa y, en vacaciones, en el de debajo de casa. No descansaba. Eso sí, los sábados nos montaba en el coche y nos llevaba a pasar el día en el río para que mi madre pudiera respirar un poco. No había querido nunca que mi madre trabajara, pero, bueno, siempre tenía una barriga u otra, tampoco lo podía hacer, y los grandes enseguida empezamos a trabajar. Yo, con 13, ya salí a limpiar casas, que es en lo que sigo. Entonces podías empezar antes. Mi hermana la Rosa también con 13, y el Alfredo, todavía más joven, porque iba con mi tío a repartir fruta y todo eso. Lo que cobrábamos lo traíamos a casa para ayudar. Luego, es verdad, que cuando ya mi padre estaba con el cáncer y todo, mis tíos, de tanto en cuanto, le daban una ayuda económica, porque veían que tampoco podían llegar.

M.: Estando de baja por el cáncer era muy poco lo que cobraba mi marido. Durante los cuatro años que estuvo enfermo no pude salir a ningún lado. Luego sí, tuve que echarme a limpiar escaleras y casas. Hacía muchas, lo tengo todo apuntado en una libreta que anda por

ahí.

Al morir él me dieron una ayuda por cada niño de los que aún quedaban en casa, diez mil pesetas. Pero cuando desaparecieron el Isidre y la Dolors no tardaron nada en quitarme lo de ellos dos. Ni una semana tardaron.

Como cuando a Isidro le tocaba ir a la mili y empezaron a mandarme cartas amenazándome. Que si no iba, que lo irían a buscar. Y dijimos ¡pues que lo busquen! Si lo encuentran, encantados.

C.: Y aún hubo quien reprochó que no los hubiera buscado más, como si no fuera bastante tener que dar de comer a los ocho hijos que quedaban en la casa. Y con el peso de no saber nada de Isidre y Dolors.

M.: Me enteré de que habían desaparecido por la Guardia Urbana. Vinieron a casa a preguntarme si tenía un niño en el hospital y les dije que sí y que por qué me lo preguntaban. Porque no está, me dijeron. Y yo les contesté: «¿Cómo que no está?». Después de eso, subieron al hospital y debieron estar una hora y media dando vueltas por ahí..., pero no vieron nada.

C.: Entonces subimos nosotros al hospital y lo comprobamos: no estaban Isidro ni tampoco Dolors, que se había quedado como acompañante esa noche para que mi madre pudiera ocuparse de la casa. Ella tenía entonces 17 y el pequeño 5.

Pedimos hablar con el doctor que llevaba a Isidro, el culpable de que le ingresaran porque le había inyectado penicilina siendo alérgico, pero no sabía qué había pasado. Un poco de corazón. Pero ni siquiera nos recibió; aunque supimos por terceras personas lo que había dicho: que «por unos críos que han hecho una trastada él no iba a perder sus vacaciones». Y ese mismo día se fue a Turquía. El director tampoco quiso hablar con nosotros; a través de una enfermera nos mandó el recado de que aquello no era una cárcel, que allí entraba y salía quien quisiera. Entonces le dije a la enfermera: «Si yo entro y me llevo a un niño que acaba de nacer, ¿no pasa nada?». «Ah, no, eso no se puede hacer», me contestó. Pues lo que ha pasado con mis hermanos es lo mismo.

Hay algo que nos escama. Aquella noche, las enfermeras

celebraron el cumpleaños de una de ellas. Lo típico de llevar unas pastitas..., todos lo hemos hecho alguna vez. Yo no critico eso. Lo que nos escama es que alguien tenía que saber que eso iba a ocurrir justo después de la última ronda de la noche. En la primera de la mañana es cuando se descubre que no están ni Isidro ni Dolors. Así que quienes entraran por ellos contaron con esa circunstancia, porque, si no, quién iba a arriesgarse a entrar en la planta infantil de un hospital, que es donde se supone que tiene que haber más ojo. No sé.

M.: Cuando fui a denunciar a la policía me dijeron que esperara, así que me fui al ayuntamiento y allí había un urbano y se lo conté. Entonces él llamó a la comisaría y le dijeron que tenía que ir allí. Y allí que fui otra vez y me dijeron que hasta las veinticuatro horas no podían hacer nada. Y yo, en veinticuatro horas, ¿cómo voy a estar sin saber dónde paran?

C.: Por eso empezamos a buscar nosotros mismos por los alrededores, por el centro de Manresa, por las estaciones de autobús, de tren... A ver si alguien los había visto. Porque encontrar a dos críos, bueno, a una muchacha con un crío pequeño, es más fácil que a una persona sola.

El caso es que fuimos a buscar fotos y a hacer carteles. Tardamos un poco en hacer todo eso. Luego los llevamos a la frontera, que está bastante cerca de aquí, aunque nos dijeron que no serviría de mucho, porque si los habían pasado por allí los llevarían tapados o bien ocultos en algún sitio.

En las primeras semanas, hubo de todo, incluidos videntes y gente que estaba segura de dónde podían estar mis hermanos. Uno de ellos nos llevó a Berga, decía que estaban en casa de un payés y que había que ir con cuidado porque, al parecer, tenían armas y un hijo que no estaba muy bien. Le pedimos a la Guardia Civil que nos acompañara, con tan mala suerte que aquel día habían puesto una bomba en la delegación de Hacienda y nos despacharon de mala manera, porque era más importante lo de la bomba que averiguar el paradero de mis hermanos. Y menuda bronca que se llevó el chaval que nos había llevado hasta allí.

Más adelante, pudimos ir a aquella casa. No había armas ni

estaban mis hermanos. Eso sí, pudimos ver al hijo de los dueños: un niño con síndrome de Down. ¿El niño con problemas del que nos habló aquel chaval? ¿Y habrían estado mis hermanos allí en algún momento? Siempre nos quedará la duda.

M.: Como pasaban las semanas y seguíamos sin saber nada, recurrimos al detective más importante que había en Manresa. Nos pidió cincuenta mil pesetas para ponerse con el caso. Así tenía carta blanca para ir por todo el mundo. Y que nos los traería. Tuve que pedir un préstamo, claro. Mi hija Carmen me acompañó y el director de La Caixa, al decirle para qué era, nos lo concedió.

C.: Sí, y eso sabiendo que era mucho dinero y que no lo podríamos devolver muy rápido.

M.: Al día siguiente fuimos a llevarle todo el dinero junto en un sobre.

C.: Pero empezó a pasar el tiempo y no supimos más de este señor. Se quedó con nuestro dinero sin darnos a cambio ni una sola información. Indignante, lo que nos faltaba. Así que decidimos denunciarlo a la policía. ¿Y el recibo?, nos pregunta el inspector. Ni se nos había ocurrido que teníamos que pedirlo y sin él la denuncia no iba a ningún lado, porque era la palabra de una doña nadie contra la de un señor muy importante.

M.: Luego, en Madrid, me hablaron de otro detective, aunque no muy bien. Decían que no cobraba, pero que tampoco hacía nada.

C.: No era cierto eso. Todo lo contrario, Josep Maria Oliver, de Barcelona, ha trabajado un montón, se ha movido muchísimo. Incluso una vez que había una posible pista en el extranjero me pidió que le acompañara y él se hizo cargo de todos los gastos del avión. Eso no lo hace nadie.

M.: Es buena persona. Se podía haber cansado después de tantos años; ahí sigue. Dice mi hija que me quiere mucho, pero yo creo que es a toda la familia. Quiere ayudarnos y lo está haciendo. Hasta tiene pensada la *costellada* que haremos cuando los encuentre...

C.: Bueno, aquí seguimos todos, menos Ángela, que murió de cáncer con cuarenta y seis años, y Manel, que perdió la vida arrollado por un tren siete años después de la desaparición de Isidro y Dolors...

Fue muy duro perderle y también tener que aguantar informaciones

de si se había suicidado porque no podía soportar estar sin su hermana gemela. Lo publicó un periódico de aquí, *Regió Set*. Mentiras muy dolorosas. Lo que pasó es que iba escuchando música con los cascos puestos y no escuchó llegar el tren. El tren frenó, pero no le dio tiempo. Pedimos que rectificaran y lo hicieron, sí, pero en fe de errores, creo, tan pequeñito que casi nadie pudo leerlo y la gente se ha quedado con que se suicidó.

¡Pobrecito mío! Y mi padre, menos mal que ya no estaba. No sé si lo hubiera podido soportar. Él me contó que, siendo pequeño Manel, se despertaba para ir a mirarlo dormido y comprobar que estaba entero, incluida su cabeza, que aparecía separada del cuerpo en su pesadilla. ¡Qué hubiera sentido de saber que eso es lo que le pasó al ser arrollado por el tren! Yo no creo en esoterismos, en absoluto, pero no dejo de preguntarme por esa tremenda coincidencia.

M.: Y la Dolors, que no sabe lo que le pasó a su hermano. Cuando los encontremos tendrán que saber muchas cosas... Porque yo siento que ella y el Isidro están vivos. Siempre lo he sentido, porque, si no, ya habrían aparecido los cuerpos. Digo yo.

C.: Ellos tendrán que enterarse de muchas cosas y nosotros preguntarles por muchas otras. Sobre todo, por qué no han hecho por buscarnos. Pero también pienso que a lo mejor es porque, claro, la persona o las personas que los llevaron les dijeron: «Mirad, se ha muerto vuestro padre, vamos a llevar a cada hijo con un familiar para que vuestra madre no tenga tanto trabajo, porque no puede». Yo que sé. Yo creo que es eso, que alguien los engañó de esa manera, porque si no... Y que pensarán: «Pues bueno, si no quieren saber de nosotros...». También estoy segura de que se los han llevado lejos, porque si estuvieran por aquí cerca, mi hermana, aunque era un poco paradita, habría hecho por buscar a su familia o por llamar a casa.

M.: Es raro que no nos hayan visto por la tele. Fui a programas, a *Quién Sabe Dónde* y al de María Teresa Campos. Ahí nos trataron bien, se quedaban a hablar con nosotros al terminar. En otros, no. Y el peor de todos...

C.: El del Julián Lago, me parece que era el de *Misterios sin resolver*.

M.: A ese fui con el Jordi.

C.: Nos lo contó él, que se puso a chillarte en la mitad de la entrevista. Que si no llorabas, la gente iba a pensar que no querías buscar a tus hijos, que te daba igual. Y cosas así.

M.: Me hizo llorar, me hizo llorar, pero de los chillidos.

C.: El Jordi, que era muy pequeño, dijo: «Han tratado a mamá fatal y yo no pienso ir a ningún sitio más porque en vez de ayudarte te hacen esto». Tú también dijiste que nunca más.

M.: Sí.

C.: Luego, hace menos tiempo, yo dije que sí a algunos programas. Pero me prometían tal y cual y luego hacían lo que ellos querían. En uno sacaron al inspector Enrique con las gafas de la Dolors, que las tiene guardadas todavía, y diciendo que tenía una espinita clavada por no haber resuelto el caso...

M.: Ese señor no nos hacía ni caso cuando íbamos a verlo al principio de la desaparición. Nos quedábamos horas esperando y nada. Que no teníamos que ir más a la comisaría. Que cuando hubiera algo ya nos lo dirían.

C.: De haber estado mi padre... Tengo guardada una frase suya que siempre repetía: «Si yo tengo diez dedos en la mano, tengo diez, yo los quiero. Y si me falta uno, yo quiero ese porque es mío también». Y eso lo decía cuando no había pasado lo de los chicos.

De él recuerdo también que, por Reyes y algún otro día, se metía en la cocina y decía: «Hoy tocan los chicos, las mujeres fuera». También decía: «El día que las mujeres se revolucionen, que no nos pase nada a los chicos, que somos menos» (risas).

Le gustaba hacer un dulce de Portugal, de donde él era, aunque nunca volvió. Siempre tuvo la ilusión. «Cuando ya seamos viejecitos los dos, que estarán todos criados —le decía a mi madre—, nos vamos a Portugal, a ver donde yo nací».

A mi madre no le gustaba mucho la idea, por culpa de su suegra, que no fue la más cariñosa del mundo.

M.: Estaba siempre que me quería llevar al médico para que no tuviera más hijos. ¿Que no voy a tener más? ¿No quieres sopa? Se enfadada mucho (risas).

C.: Mi padre conservó su nacionalidad portuguesa y sus apellidos, Pires Gaspar. Y cuando murió Franco, al cambiar las leyes de

filiación, intentó que tuviéramos todos los apellidos en el mismo orden; le preocupaba que pareciéramos de padres diferentes. Imposible, yo fui testigo de la mala leche con que lo trataron y de cómo, a pesar de eso, consiguió que, en un rinconcito del libro de familia, hubiera una nota explicando que lo de los distintos apellidos era por una ley portuguesa. Así que los diez primeros (Ángela, María Rosa, Alfredo, Carmen, Engracia, Dolors, Manel, Jordi, Isabel y Montserrat) somos Orrit Pires, y los cinco últimos (Yolanda, Marta, Daniel, María Teresa e Isidro), Pires Orrit.

Pero bueno, lo que queda es que éramos como una cadena: los grandes ayudábamos con el desayuno, para llevar a los niños al colegio o para echar una mano a mi padre en el huerto y con los animales. Entre todos había que hacerlo todo, cada uno en la medida que pudiera. Esa era la ley de mi padre.

Y así ha sido también con la búsqueda de Isidre y Dolors. Cada uno ha ayudado en la medida que ha podido.

M.: ¿Que si he soñado con verlos algún día, con que vuelvan? Muchas veces. No sé qué les diría. No les reñiría, eso seguro.

C.: No nos vamos a enfadar ni con quien se los llevó. Ni porque ellos no nos hayan buscado. Simplemente, queremos saber que están vivos, que están bien. Y luego que ellos hagan su vida y nosotros seguiremos con la nuestra. Pero, sobre todo, que sepan que mi madre nunca los ha dejado de buscar. Y sus hermanos tampoco.

CIERRE

Debo reconocer como algo muy reconfortante que, pasado un cuarto de siglo, la familia Orrit conserve un grato recuerdo de su paso por *Quién Sabe Dónde*. La misma gratitud que expresa respecto a María Teresa Campos, quien también los recibió en su programa matinal *Pasa la Vida*, de TVE. El agradecimiento no tenía que ver con resultados en la búsqueda, que no los hubo, sino con el hecho de haberse sentido bien tratados. María y Jordi, el hijo que solía acompañarla en aquellos viajes a Madrid, apreciaron cada uno de los gestos, incluso más los de fuera del plató que los de dentro. Sobre

todo, el que nos parásemos a charlar con ella de persona a persona. El trato. Un trato humano, de respeto y atención sincera. Lo consigno aquí no con ánimo de autocomplacencia, sino para subrayar hasta qué punto el trabajo periodístico, en especial cuando discurre en el sensible territorio de los sentimientos y de los sucesos dolorosos, debe incorporar el cuidadoso tacto de los cirujanos. La metáfora del cirujano que se detiene un minuto antes de aplicar el bisturí a su paciente para recordarse a sí mismo que está ante un ser humano se la escuché por primera vez a Iñaki Gabilondo. Iñaki lo expresaba con pasión, la única manera de ser verdaderamente convincente, y, lo más importante, lo aplicaba en el trabajo de cada día. O sea, que predicaba con el ejemplo. Tenía, siempre la ha tenido, la fuerza que da la coherencia entre lo que se dice y lo que se hace. Una actitud concebida como premisa de la aptitud profesional. Así lo viví junto a él durante la breve, pero intensa experiencia, que fue la de poner en marcha un nuevo concepto de radio en la Sevilla de 1982, Radio16FM. Luego lo he repetido muchas veces, sobre todo a los colaboradores más jóvenes o a mis alumnos de Comunicación en la Universidad Loyola Andalucía. Citando la fuente, por supuesto. Si acaso, añadiendo algo que se me hizo evidente más adelante: que esa premisa es especialmente necesaria en la televisión. Porque la televisión es el medio más imponente, en el sentido literal de la palabra, y también el más transparente. De modo que las actitudes se ven, terminan por transparentarse y por desbaratar la simulación o la impostura. También es el lugar de máxima exposición de los sentimientos. Un quirófano poblado de focos que transmite en vivo y en directo el pulso del corazón (y el de otras vísceras), pero que no debería cebarse en mostrar sus heridas.

Sería un ejercicio interesante que quienes trabajamos con tales herramientas nos ocupáramos de tanto en tanto de averiguar sus efectos en las personas con las que hemos tratado. Y saber por ellas cómo se han sentido tratadas. No era esa la intención que me había llevado a reencontrarme con María y Carmen Orrit, pero considero su alegato como toda una lección aprendida *a posteriori*. Una lección con matices y contrapuntos agridulces. Sí, porque junto al recuerdo del buen trato, esta familia, como ha podido leerse en su relato directo, ha conservado el escozor de una humillación verdaderamente indecente: la del programa *Misterios sin resolver* de Julián Lago, donde María fue sometida a una presión extrema con el declarado objetivo de hacerla llorar ante las cámaras. Y con el cínico chantaje añadido

de que, si no lo hacía, nadie creería que le importase de verdad la desaparición de sus hijos.

El hecho de que Julián esté muerto me hizo dudar por un momento sobre si reflejar tan dolorido recuerdo y la mención con nombre y apellido del periodista que lo había causado. Finalmente llegué a la conclusión de que, por encima de cualquier consideración corporativa, a quien debía lealtad era a esta madre, a esta familia, sometida en su día a un escarnio del que siento vergüenza ajena como periodista y como persona. De vivir Julián, hubiera tenido la opción de transmitirle el testimonio de una secuela emocional que el tiempo no ha borrado, y la merma de credibilidad —de la profesión periodística en general y no de un solo periodista— que la ha acompañado. Tiene sentido, además, dejar constancia explícita de todo ello, ya que, por desgracia, este tipo de prácticas, en distintos grados y formatos, están lejos de haber sido erradicadas.

La eclosión mediática del caso Diana Quer, la joven madrileña desaparecida en Galicia el 22 de agosto de 2016, generó un extenso muestrario de comportamientos muy alejados del quehacer periodístico bien entendido. Las cadenas de televisión se emplearon a fondo en una enloquecida carrera por conseguir la cuota más alta posible en los índices de audiencia. El sentido de la medida y el respeto a los derechos de la propia Diana —que no había que dar por desaparecidos con ella— llevaron a la Fundación QSDglobal a convocar el Foro QSD sobre el Tratamiento informativo de las Desapariciones de Personas, los días 25 y 26 de noviembre de 2016, en la Casa de Galicia en Madrid. Como fruto de esa convocatoria — y del debate en el que participaron medio centenar de comunicadores, expertos policiales y familiares de desaparecidos— ha quedado una Guía de Buenas Prácticas que se propone ser un punto de referencia para los casos por venir.

La conversación en casa de los Orrit hizo aflorar otras vergüenzas que el tiempo no ha borrado: la del médico y la del director del hospital que, en su día, eludieron sus responsabilidades cínicamente, impunemente; o la del detective que, después de cobrar una minuta para la que María tuvo que asumir una pesada deuda, hizo mutis por el foro. O la del jefe de policía que, décadas después de los hechos, es capaz de mostrar orgulloso ante las cámaras de televisión las gafas que Dolors dejó en la mesita del hospital, obviando los desaires con que trató a su familia cuando acudieron a él para

requerir noticias en las fechas inmediatas a la desaparición.

Son vergüenzas de las que extraer lecciones en todos los campos. Lecciones que incluyen contrapuntos especialmente positivos como el representado por Josep Maria Oliver, el detective bueno que, sin cobrar un solo céntimo a la familia, lleva años tras la pista de Isidre y Dolors. En el resultado final de su trabajo habitan hoy por hoy las mayores esperanzas de un final feliz, quién sabe dónde, quién sabe cuándo.

En Carmen, en su mirada limpia, ajena a todo resentimiento sobre lo que pudo pasar con sus hermanos, en su espera siempre activa y en la confianza serena de un posible reencuentro con sus hermanos, se contiene la fuerza insobornable de los buscadores que dan vida a este libro. Ellos llevan escrito un aura en letras tan grandes como las montañas de Montserrat: te buscaré mientras viva.

Capítulo 2

Cristina Bergua

UNA ZARPA EN EL CORAZÓN

El programa *Quién Sabe Dónde* se emitía los lunes en La Primera de TVE. Así fue durante la mayor parte de sus seis años de existencia, hasta el punto de convertirse en un hábito de la audiencia televisiva. Si hoy es lunes, hoy toca *Quién Sabe Dónde*. Los directivos de la televisión pública tenían, sin duda, sus propias razones para que así fuera, pero lo cierto es que esa franja horaria y de día facilitaba la difusión de los casos de fugas de adolescentes que tenían —y siguen teniendo— lugar habitualmente los fines de semana. En el programa, esas alertas, calificadas como llamamientos urgentes, se colocaban en el inicio mismo de la emisión, de modo que los telespectadores tuvieran el máximo tiempo posible para aportar pistas. Era una pieza breve y muy directa en la que lo principal era la fotografía de la persona desaparecida que se acompañaba del mensaje de uno de sus familiares. Un llamamiento a la colaboración, de tú a tú, directo al corazón.

Y así es como llegó la noticia de la desaparición de Cristina Bergüa Vera, de dieciséis años, que tuvo lugar en Cornellá de Llobregat el domingo 9 de marzo de 1997.

El segundo lugar al que acudieron sus padres, Juan y Luisa, después de a la comisaría, fue al centro territorial de TVE en San Cugat. Allí dejaron grabado el escueto mensaje en el que pedían ayuda para localizar a Cristina. Porque, a diferencia de las escapadas adolescentes al uso, ellos estaban convencidos de que ese no era el caso de su hija, y de que si no había vuelto a la hora

convenida era porque algo malo le había pasado. Así, sin un ápice de duda, se lo dijo Juan al primer policía al que acudió para poner la denuncia de la desaparición frente a la insistencia de este a que esperase un poco, a ver si la niña volvía por su propio pie. A Juan le ocurrió como a muchos otros padres que durante años se han topado con la misma resistencia al ir a denunciar, en muchas ocasiones a esto se le añadía la cantinela de que había que esperar veinticuatro o incluso cuarenta y ocho horas. Ha costado dos décadas escuchar a un ministro del Interior declarar erradicada esa cláusula y abogar justo por todo lo contrario: la búsqueda debe iniciarse en el momento de la denuncia porque esas primeras horas son las más decisivas para obtener resultados. Han tenido que pasar veinte años para verlo escrito, negro sobre blanco, en el primer informe oficial sobre personas desaparecidas, el de marzo de 2017.

Se ha vencido una barrera administrativa, toda una conquista ganada a pulso por familiares y asociaciones, pero está por ver que se hayan eliminado también los resortes mentales que articulan determinados tópicos. Uno de ellos es aquel por el que se convierte a los padres en sospechosos de encubrir a sus hijos cuando una desaparición como la de Cristina es etiquetada como aventura, fuga o escapada. Cuando se le otorga una supuesta voluntariedad sin nada que la sustente. Y no hace falta invocar al sexto sentido de las madres o a la intuición de los padres para convenir en que solo ellos saben cuándo se ha producido una ruptura en los hábitos de sus hijos, en sus comportamientos y actitudes. Cuándo se trata de algo pasajero y cuándo les resulta inquietante y desencadena todas sus alertas interiores. Pueden equivocarse, pero serán las menos de las veces. El verdadero error es no hacerles caso. Un error que conlleva una enorme responsabilidad.

El sufrimiento hace más sabios a los seres humanos. Lo que Juan y Luisa me han contado a lo largo de los años, y relatan ahora con detalle en este libro, lo confirma. Ellos no se equivocaron. Cristina no se fue de aventura a ningún lado. Lo dijeron desde el minuto uno y el tiempo les ha dado la razón. Pero ¿de qué les sirve tener la razón y no tener a su hija?

Conozco a Juan Bergüa y a Luisa Vera desde hace 20 años. O eso creía, porque creo que he empezado a conocerlos de verdad con la larga conversación que acordamos para explorar la experiencia de vivir media vida sin Cristina. Quería que me contaran en qué se asienta la férrea voluntad de seguir buscando, de no desistir en la batalla por encontrar una respuesta a lo

ocurrido. Una explicación. Un argumento con el que poner punto y aparte, en lugar de vivir la desazón de tantos puntos suspensivos. Con la vida en suspenso. La vida detenida. Mientras los días pasan y pesan cada vez más. Tanto que a veces parece que no pasen. Pero sí, pasan y arañan la salud y van acotando los horizontes que la voluntad dibujó en todas las latitudes posibles. Más allá de la razón. En el más acá el corazón espera y sueña lo imposible, aquello que dice que «esto no puede habernos pasado a nosotros».

Juan y Luisa siguen habitando el mismo piso de Cornellá donde vieron crecer a sus hijos Germán y Cristina. Como tantos emigrantes andaluces en Cataluña, se expresan en una lengua que es mitad castellano mitad catalán, eso que algunos llamaron despectivamente idioma de «charnegos», y que, sin embargo, representa mejor que ningún discurso el valor de la integración.

Como muchos emigrantes llegados a Cataluña, ellos tuvieron que afrontar una segunda migración en busca de trabajo. En el caso de los Bergüa, por suerte, no fue ni demasiado lejos ni por demasiado tiempo. Andorra les acogió durante los tres primeros años de Cristina y son sus calles y el primer colegio al que acudió el paisaje de fondo de los recuerdos de su infancia, también de los primeros sustos que les procuró su temprana autonomía.

Cuando volvieron de Andorra, Juan y Luisa consiguieron recuperar el entorno de su barrio de siempre en Cornellá. Viven en pocos metros cuadrados a los que saben sacar el máximo provecho. Es la inteligencia que da la necesidad.

En algunos reportajes, Luisa ha mostrado la habitación de Cristina, intacta, tal como estaba el día 9 de marzo de 1997 en que la usó por última vez. Sin embargo, ni ella me invita a visitarla ni yo se lo pido. Sin decirlo, intercambiamos pudor y respeto. Me habla solo de que su nieta les ha pedido poner en la puerta su nombre junto al de Cristina. Y claro, han accedido. Hablar de Cristina con naturalidad es parte de su manera de sobrevivir. Es el contrapeso a una ausencia nunca aceptada como definitiva, nunca considerada irreversible.

Juan me advierte de que si en algún momento no puede seguir hablando, su mujer le tomará el relevo. En cambio, es a Luisa a quien se le atragantan las palabras cuando evoca el día D y la hora H: las diez y cinco minutos de aquel domingo de marzo en que «se nos paró la...». La vida detenida, sí. 20 años descontando los días uno a uno. Como quien da cuerda a un reloj inservible.

Hay hechos que permanecen escondidos esperando el día menos pensado

para revelarse. Y así, en medio del relato sobre cómo estos padres intentaron dar a conocer la desaparición de su hija, aparece un capítulo desconocido para mí de *Quién Sabe Dónde*. Aunque agradecido porque el programa les atendió desde el primer momento —justo al lunes siguiente, 10 de marzo, ya se emitió el primer llamamiento— Juan me cuenta cómo una reportera sonsacó declaraciones a una amiga de su hija de apenas catorce años acusándole de padre maltratador. Le habían adjudicado golpes y morados varios en un insensato intento por evitar una marcha voluntaria.

Yo no daba crédito a que hubiera pasado algo así en *Quién Sabe Dónde*, pero había ocurrido y solo me quedaba pedir perdón como responsable último de que aquello hubiera podido grabarse y... emitirse. Con estas líneas renuevo esa petición porque no puedo sino avergonzarme de saber que en aquella ocasión actuamos contraviniendo la que siempre he considerado una ley de oro cuando se informa de personas desaparecidas: no añadir dolor al dolor.

El dolor es un sentimiento cuya medida solo conoce de verdad quien lo sufre. Del dolor de Juan y Luisa, como del de casi todos los familiares de desaparecidos con quienes he compartido muchas horas de búsqueda, me es imposible establecer la medida. En cambio, sí creo poder constatar algo sobre la naturaleza de este dolor, al menos sobre una de las constantes que lo identifican: que carece de trastiendas vengativas, que se sitúa en las antípodas del resentimiento. Y que solo busca el resarcimiento de la verdad. Esa es su grandeza. Lo que convierte a estas personas, heridas en lo más profundo, no en víctimas sino en supervivientes con causa. Ellos que, en su mayoría, son afectados por desapariciones sin causa aparente.

Y... ¿sin sospechas? ¿Sin sospechosos? Claro que no.

En el caso de Cristina el principal sospechoso, como es norma en la práctica policial, es la última persona con la que mantuvo contacto. Un chaval algo mayor que Cristina, cuyos tatuajes no le gustaban nada a Luisa, menos aún que no tuviera oficio conocido. «No pienso casarme con él», trataba de tranquilizarla Cristina cuando su madre, sin nombrarlo, sacaba el tema. Hasta ahí una secuencia repetida en miles de familias, en casi todos los estratos sociales y en no importa qué lugar del mundo.

Pero este «supuesto novio» —la única denominación con la que Juan lo menciona, a su pesar— resulta que sí fue seriamente investigado tanto por la Policía Nacional como por la autonómica, los Mossos d'Esquadra. Un trabajo que merece el reconocimiento de los padres de Cristina, pero que no impide

que a Juan le hierva la sangre cuando recuerda la indolencia con la que le aseguraban que Cristina se había ido a Andorra por voluntad propia y que ya volvería cuando quisiera; o su absoluta falta de colaboración en cualquier forma de búsqueda.

Juan no se ha detenido ante ninguna reflexión y se ha mantenido firme ante el acecho de las emociones que se le atragantan y le impiden seguir hablando todavía hoy. Es una catarata de acciones la que va desgranando casi sin pausa: la tranquilidad de haber hecho todo lo posible para dar con el paradero de su hija. No es que infravalore Internet o las redes sociales, pero a él siempre le ha parecido más efectivo que se coloquen carteles con la imagen de los desaparecidos.

Con su hija lo tuvo claro: medio millón de carteles buscando a Cristina hechos a costa del patrimonio familiar. Como el ir y venir a cualquier lugar donde hubiera un indicio, una pista. Verosímil o descabellada. Había que comprobar, descartar y seguir adelante. Peregrinó sin fin por los programas de televisión o de radio, por las redacciones de los periódicos, por los despachos de las autoridades.

JUAN Y LUISA

Juan (J.): Con mi hijo Germán fuimos directos: fue casarnos y a los nueve meses y quince días nació. Con la niña no, esperamos seis años. No nos habíamos planteado ir a por el segundo. Surgió, ella vino.

Luisa (L.): Él no estaba aquí. Se quedó sin trabajo y se fue a Andorra.

J.: Tuve la mala suerte de tener que estar sin ella y sin mi hijo durante dos años. Venía los viernes por la noche y me marchaba el domingo.

L.: Un día yo le llamé por teléfono a Andorra para decirle que estaba embarazada, pero a él no terminaban de salirle las cuentas... Y entonces le dije que eran dos, que venían dos.

J.: Me quedé mudo... hasta que ella se echó a reír y me dijo «que es una broma, hombre». (*Risas*).

L.: Yo no sé por qué tenía el presentimiento de que sería una niña, porque entonces, que yo recuerde, no había ecografías. Nació en el hospital San Juan de Dios. Juan tenía claro que se llamaría Cristina.

J.: Yo me vine hace cincuenta y ocho años, cuando era un crío de once. Y allí dejé a una prima de nombre Cristina. Ni siquiera llegué a conocerla, pero siempre me gustó su nombre.

L.: Al año de nacer Cristina nos fuimos todos a Andorra y allí estuvo hasta los tres años.

J.: El primer susto con ella me lo llevé en Andorra un día en que la fui a recoger para que viniera a casa a comer. No salía, no salía... Me asusté y entré a buscar a la directora. «¿Cómo que no ha salido? Si yo no me he movido de la puerta». Y así era, se había quedado en el comedor por su cuenta.

L.: Luego, en Cornellá, iba al colegio con su hermano Germán. Él siempre la ha protegido, siempre se ha visto muy mayor a su lado. Lo mismo que hace ahora, treinta y cinco años después, con sus dos hijos. Cuando desapareció Cristina estaba a punto de casarse. La boda se retrasó tres años...

J.: ¿Que si Cristina manifestó pronto su propia personalidad? Ya lo creo. Con diez u once años ella ya sabía lo que quería... A mí siempre me decía que quería ser azafata de vuelo. Y yo: «Pues tienes que estudiar».

L.: La verdad es que ella no se agobiaba con los estudios. «Si no lo apruebo todo, a septiembre; y si no, pues repito».

Y lo mismo con los horarios. Cuando fue un poco más mayor yo ya le había dicho que tenía que estar en casa a las diez y si ella estaba a gusto en algún sitio llamaba para quedarse más rato.

J.: Esa pequeña rebeldía que había entre su puntualidad y su forma de ser la llevaba a su manera. Entonces no había móviles, pero ella cogía el teléfono y avisaba: «Oye, voy a llegar media hora más tarde». O lo que fuera. Y no pasaba nada. Con dieciséis años no le vas a pedir que deje de hacer cosas. No es que lo pensara solo ahora sino también en aquel mismo momento. ¿Por qué? Porque yo también he tenido dieciséis años.

L.: Pero, aparte de eso, ella era muy de estar en casa. Nunca se la obligó a nada, a ella le encantaba venir con nosotros de vacaciones.

La última vez, antes de desaparecer, fue a Galicia y por elección suya.

J.: Ella cumple años el 24 de junio. El último lo celebramos aquí en casa. Vino Germán con su novia.

L.: Luego pidió algo de dinero para ir con sus amigas al McDonald's que acababan de poner en el Eroski. Dos mil pesetas, creo que le di.

J.: Es que mentiría si dijera que hubo tira y afloja con mi hija o de ella conmigo. Es que no. Jamás los hubo. Es por eso por lo que me sorprende lo que pasó aquel domingo 9 de marzo.

L.: Cuando desapareció ella andaba saliendo con..., me cuesta decir su nombre, Javier. Así se llama. Alguna de sus amigas dijo en *Quién Sabe Dónde* que ese día iba a romper definitivamente con él. A mí no me lo dijo. No hablaba de él jamás. Si yo le sacaba el tema, ella me contestaba: «Mamá, si yo no me voy a casar. ¿No ves que no trabaja ni nada? Estoy con él para pasarlo bien. No me voy a casar con él». Lo repetía muy segura y me decía que cuando se fuera de casa vendría a que yo le lavara la ropa y le hiciera la comida.

J.: Se quería independizar, pero la pobrecita mía no tuvo esa oportunidad.

L.: En ese programa es donde le sonsacaron a Carol que si nosotros éramos malos, que si el padre la maltrataba...

J.: Ya ves, una chiquilla de catorce años, vecina nuestra, y fueron presionándola hasta hacerle decir que yo le pegaba a mi hija, que le hacía cardenales... A ella la destrozó. Y a mí me dolió mucho, mucho. Hubo maldad en eso. Y tuvo secuelas porque llegaron a decir que yo era un degenerado, un borracho...

L.: Es que, bueno, si eso hubiera sido verdad...

J.: Yo no niego, creo que ningún padre lo hace, haberle dado un cachete a un crío a lo largo de la adolescencia. Pero de ahí a maltratarla, a hacerle morados... Pero si para nosotros era nuestro Mimosín, nuestro juguete.

L.: Suerte que el tiempo pone las cosas y a cada uno en su lugar.

J.: Respecto al supuesto novio de mi hija, yo no he hablado nunca con él y todo lo que sé es a través de la policía. Y por lo que dijo en programas de televisión: «Cristina se ha marchado a Andorra, a casa de un tío suyo, porque en su casa no se encontraba bien. Cuando sea

mayor volverá».

Lo único cierto es que él fue la última persona que la vio. El único testigo de las últimas horas de Cristina de las que tenemos noticia. Mi hijo habló con él esa noche. No había pasado ni una hora y al enterarse, Germán dijo: «Voy a casa de Javi a preguntar por ella». Él le dijo que la había llevado a la carretera de Esplugues a las nueve. Que ahí la había dejado y que no sabía nada más.

L.: Aquel domingo comimos en familia. Cristina estaba contenta. A media tarde estuvo en la habitación de su hermano, que tocaba la guitarra. Me acerqué a preguntarle: «Pitu, ¿no sales?», a lo que me respondió: «Sí, estoy esperando a que os vayáis para que no empecéis a picarme en el lavabo para meterme prisa».

Se tenía que bañar, secarse el pelo y como tenemos un solo baño..., pues nosotros nos fuimos. Le dimos un beso y ella se quedó con toda tranquilidad.

Para salir, ese día no sé si cogió doscientas pesetas. Se llevó las llaves, el carnet y ahí dejó el monedero que yo le guardaba para sus gastos con casi dos mil pesetas.

J.: Y algo más. Ese día en que Cristina desaparece había 250.000 pesetas en efectivo en la habitación del hermano, la cantidad que tenía que dar como entrada de un piso el lunes. Ella lo sabía. Si hubiera tenido la más mínima intención de marcharse, mira qué fácil lo tenía.

L.: En su armario había trajes con la etiqueta puesta porque en mayo teníamos la comunión de mi sobrino.

Y los deberes. Ella, que no era muy buena estudiante, los dejó hechos. Se lo hubiera ahorrado de haber pensado en marcharse.

J.: No tenemos el convencimiento de que no se haya ido voluntariamente. No sabemos qué ha ocurrido, pero lo que sí puedo decir con rotundidad es que si después de 20 años no hay noticia alguna de Cristina es que algo no funciona bien en este país.

L.: Nosotros, como padres, alertamos desde el primer momento. En nuestra casa había unas normas y todos las cumplíamos: «Estoy aquí, voy a tal sitio, vuelvo a tal hora». Cristina y Germán siempre llamaban.

J.: Y aquel día, cuando eran las diez y cinco y no había sonado el

teléfono ni se había encendido la luz del recibidor, le dije a mi mujer que llamara a sus amigas que yo me iba a poner la denuncia. Fui a la Policía Local, la Local me mandó a la Nacional y la Nacional me dijo: «Mira, vete para casa y espérate dos o tres horas por si la niña aparece». Y yo le dije que no. «¿Sabes qué ocurre? Que ahora mismo no tenemos a nadie...».

L.: Eso era así. Había un coche de policía para tres poblaciones de ciento cincuenta mil habitantes, Cornellá, Sant Just y...

J.: Fue la época en que entró Aznar y se dieron de baja o se jubilaron siete mil policías que no se repusieron. Ese dato no se me va a olvidar nunca.

De todas formas, cuando el policía me dijo que esperara a ver si mi hija volvía no fue solo por falta de medios sino por falta de sensibilidad. Al día siguiente, cuando por fin pude poner la denuncia el mismo policía se disculpó: «Mire, yo era el que estaba de guardia, le dije lo de volver hoy porque no había nadie para tomar la denuncia. Estaba yo solo y otro compañero de relevo».

Lo curioso es que, a partir de entonces, me encontraba policías de paisano hasta en la sopa. Como si me estuvieran vigilando a mí. A mí. En la frutería, en la acera de enfrente... por todos lados.

L.: Unos días más tarde vinieron a casa a buscar. Yo ni siquiera salía. No podía por los nervios. Vivía pendiente del teléfono, de si llamaban para decir que le había dado un golpe un coche o cosas así... Porque estaba claro que algo malo había pasado.

J.: Ojo, que más allá de lo que hemos dicho, tenemos mucho que agradecer a la policía. Me consta que investigaron hasta tres kilómetros de alcantarillas desde el domicilio del supuesto novio de mi hija. Vivía en una planta baja y en el rellano del patio había un armario y debajo una alcantarilla. La policía sospechó lo peor y se metieron por ahí pero no encontraron nada.

También lo investigaron a fondo los Mossos a partir de 2008, que es cuando tuvieron competencias. El comisario jefe, el señor Trapero, me informó de que al volver de Santo Domingo lo habían pillado intentando pasar droga. Estuvo en la cárcel, en Madrid primero y en Zaragoza después. Volvieron a tomarle declaración sobre Cristina y las conclusiones fueron las mismas.

A mí me hervía la sangre cuando le escuchaba decir en las entrevistas que era una tontería hacer manifestaciones, que Cristina se había ido y ya volvería cuando quisiera. Nos recriminaba cualquier cosa que hiciéramos. Nunca vino a ninguna concentración. La madre y la hermana tampoco, aunque se presentaron un día en casa diciendo que si querían mucho a Cristina, que si patatín que si patatán. Nunca nos ayudaron a buscarla.

L.: El día siguiente a la desaparición, el lunes 10 ya salió la primera foto de Cristina en *Quién Sabe Dónde* y el lunes siguiente estuvimos Juan y yo en el programa.

J.: Hicimos los carteles enseguida con la última fotografía que teníamos de Cristina. Era de una boda a la que habíamos ido y se le veía bien la cara. Empezamos desde Cornellá y llegamos hasta Esplugues con ayuda de amigos que tenemos aquí, siete u ocho kilómetros, farola por farola. Eran fotografías tipo póster, por cada mil me cobraron entonces 30.000 pesetas. Hice 300.000. Y luego, contando los carteles en blanco y negro que hicimos con *El Periódico*, llegamos al medio millón. La imagen de Cristina ha estado por todos los puntos de España.

Además de colocar carteles sin parar, iba todos los días a la policía. Yo les decía: «A ver, no me conformo con lo que vosotros estáis haciendo, respeto vuestro trabajo, pero yo como padre tengo que hacer algo más. No me voy a quedar en casa así, esperando a que me deis noticias. No, no puedo».

L.: Primero lo hicimos todo con la familia más cercana y con amigos, más adelante con la asociación Inter-SOS.

J.: Coincidí en un programa de radio con los padres de Llum Valls, una niña de dieciséis años que había desaparecido poco después de Cristina, en agosto de 1997, y con ellos, que eran maestros, averiguamos todo lo necesario para poner en marcha la asociación. Lo conseguimos al año siguiente y, más adelante, con la ayuda de Manuel Jaime, tuvimos el reconocimiento de la Generalitat como entidad sin ánimo de lucro y de utilidad pública.

L.: Muchas cosas se han ido consiguiendo, poco a poco. Por ejemplo, que el día de la desaparición de nuestra hija, el 9 de marzo, fuera declarado en 2010 por el Congreso de los Diputados como Día

L.: Yo he estado más tiempo que Juan con psicólogos, pero no los hay preparados en desapariciones. Te llevan a terapias con personas que tienen a un hijo muerto, o en la droga... Pero no es lo mismo. Llegas un momento en que tienes que ser tú quien tire para adelante.

J.: En los primeros carteles que hice cometí el error de poner el número de casa. Hasta que lo quité por recomendación de la policía llegaron muchas llamadas a las dos de la mañana, a cualquier hora... En una de ellas tuve que escuchar: «Papá, ven a buscarme, me tienen secuestrada». Como el teléfono estaba pinchado la policía localizó a quien se hizo pasar por Cristina, era una mujer de Terrassa, de unos 40 años. Otra vez, mi hijo Germán desenmascaró a un falso detective de Vilanova y la Geltrú que intentó cobrarnos 120.000 pesetas para resolver el caso... Le pagamos lo poco que había trabajado y le pedimos que nos dejara en paz.

L.: Nos ha tocado gente mala, pero en conjunto nos hemos encontrado con más buena que mala.

J.: También, hace un montón de años, una señora de L' Hospitalet vino a casa, hasta se tomó un café con nosotros. Tiró unos caracoles sobre la mesa y nos dijo que nuestra hija había muerto. «Si me llamas dentro de 5 o de 10 años voy a tirar los caracoles y el resultado va a ser el mismo».

Hubo otra pista que nos hizo viajar hasta Castellón porque decían que Cristina era una chica que habían visto en una atracción llamada El Martillo. Y otra vez, la Guardia Civil de Puigcerdà nos llamó porque tenían retenida a una chica de un prostíbulo con un gran parecido a nuestra hija. Pero no era, no era ella.

L.: Al principio siempre la veían viva; desde que se supo de la carta anónima que decía «busquen el cuerpo de Cristina en el vertedero», todas las videntes cambiaron.

J.: Fue el comisario el que me llamó para confirmarme que habían recibido el anónimo y que llevaban ya treinta días buscando en el vertedero de Garraf. Pero resulta que la Generalitat había dejado de pagar a la empresa que lo estaba haciendo. Fui a ver a la *consellera*, Nuria de Gispert, y le dije que si no se reanudaba la búsqueda iniciaríamos una huelga de hambre en la plaza de San Jaime. Tres días antes de que la empezáramos me llamó la jueza: «Juan, voy a

reabrir la búsqueda en el vertedero bajo mi responsabilidad. Después ya hablaremos de quién paga y quién no paga».

L.: Mi marido lo dijo muchas veces con razón: «Si hubiera sido un hijo de Jordi Pujol, no hubiera habido problema para seguir buscando, pero como es la hija de unos trabajadores, la Generalitat ha cortado rápidamente el grifo».

J.: Se me quedó grabada la contestación de un tal Jaume Amat al preguntarle por la paralización de la búsqueda: «Mire, yo a usted no le tengo que dar explicaciones». Y no me las dio, pero terminamos sabiendo la verdad. El coste de los movimientos en el vertedero era apenas el 11% de los 100 millones de pesetas de los que se habló. El parón duró desde junio a octubre de 1998.

Diez años después, en 2008, conseguimos que se reabriera el caso. No fue fácil. Recorrimos no sé cuántos juzgados hasta conseguir que uno lo aceptara. Lo pedimos porque la mayoría de las amigas de Cristina que declararon al principio eran menores que podían haber estado condicionadas por sus propias familias, con veinticinco o veintiséis años tal vez pudieran aportar datos nuevos. No fue así, pero teníamos que intentarlo.

L.: Uno de los pasos más duros es el que acabamos de dar con la declaración de fallecimiento de nuestra hija.

J.: Mira si es doloroso que el día en que fui a hablar con la jueza me desmayé y el 1,80 que mido terminó en el suelo. Duro, muy duro.

Nos lo hemos planteado porque nos estamos haciendo mayores y tenemos otro hijo. Si no hacemos los papeles necesarios y nos pasa cualquier cosa el día de mañana, nuestro hijo tendría muchos problemas.

L.: Es lo mismo que hizo hace un año, creo, la madre de David Guerrero, «el niño pintor de Málaga».

J.: La ley permite hacerlo cumplidos 10 años de la desaparición. En nuestro caso es el doble. Lo que no sabía es que tuviéramos que pagar por este trámite: 600 euros resulta que cobran por cada palabra del edicto que hay que publicar dos veces en el B.O.E.

Una barbaridad, un robo a mano armada. Es tanto como pagar una sanción por haber cometido un delito, ¿Cuál es el delito que hemos cometido?

Que la ley nos obligue a hacer una cosa así en contra de nuestra voluntad no es justo.

L.: Hay que cambiar eso y pedirle a las autoridades competentes que se busque a las personas desaparecidas. Y a las familias, que tienen que denunciar. Tenemos derecho a saber.

J.: Nunca, nunca renunciaremos a ese derecho. El no saber es lo que te corroe, lo que hace sentir impotente, inútil. Y lo que causa dolor, mucho dolor. Está aquí agarrado, como un gato que te echa la zarpa y no la suelta. Veinte años viviendo con eso aquí en el corazón...

CIERRE

NO HACER EXCLUYENTE EL DOLOR

Luisa y Juan, Juan y Luisa tienen en su haber algo más que el tesón de dos décadas de batallar incesante: el valor añadido de los pioneros, de los que lejos de victimizarse o de hacer excluyente su propio dolor, lo comparten y generan una fuerza colectiva. Son un ejemplo de que la solidaridad no solo consiste en sobrellevar el sufrimiento, sino en evitar que otros tengan que pasar por él innecesariamente. Ese es el ingente valor de su apuesta por unir a familiares de otros desaparecidos en una asociación. Ellos son los genuinos padres de Inter-SOS. Ellos, en compañía de Josep Valls y Montserrat Torruella, padres de Llum, una adolescente de la edad de Cristina desaparecida el 7 de agosto de 1997; y de Manuel Jaime, un poco después. Ellos fueron decisivos para conquistas que están en los cimientos del movimiento asociativo de los afectados por la desaparición de sus seres queridos. Ellos y los vecinos de Cornellá, incluido su infatigable alcalde, Antonio Balmón. Juntos supieron mantener la memoria de sus desaparecidos en un acto bellísimo celebrado cada 9 de marzo desde 2010, en la plaza de los Enamorados de Cornellá. Recuerdo bien la primera de las celebraciones tras la declaración del 9 de Marzo como Día de las Personas Desaparecidas sin causa aparente en el Congreso de los Diputados. Sobre uno de los muros del ayuntamiento se proyectaron las imágenes en las que el presidente de la Cámara, José Bono, sellaba el acuerdo unánime de todos los grupos allí

representados. En el estrado colocado en la plaza para la ocasión, Carmeli Herмосín, presidenta de la Comisión de Interior, avalaba con su presencia el formidable logro de que se hubieran unido todas las voluntades para esa declaración. Atrás quedaba el discreto pero incesante trabajo de Inter-SOS, que por entonces presidía la psicóloga Flor Bellver. Flor había tomado contacto con la asociación como parte de un programa de apoyo del Ayuntamiento del Prat de Llobregat; terminado su trabajo ya no pudo desconectar y entregó su tiempo y sus conocimientos a las familias asociadas en Inter-SOS y a la causa de los desaparecidos. No lo hizo unas semanas o unos meses, sino toda una década. Apenas hace un año que, por razones de salud, decidió pasar el testigo a un nuevo equipo encabezado por Montserrat Torruella.

Juan no está tan fuerte como parece. Se lo noto por la manera en que rememora el momento en que acude al juzgado para la declaración de fallecimiento de su hija Cristina. Podría haberlo hecho hace diez años y ha esperado otros diez por lo duro que le resultaba tener que ver escrita y publicada la palabra fallecida referida a su hija Cristina. Un trámite inevitable para asegurar la transmisión sin problemas del exiguuo patrimonio familiar al único hijo que les queda. Pero era un trance para el que no estaba preparado. Por eso se desplomó cuan largo es en el edificio de los juzgados. Perdió el conocimiento. Pero se levantó. Y no volverá a caerse mientras le queden fuerzas para seguir buscando a su Cristina. Luisa piensa y siente con igual firmeza: el derecho a saber es su bandera. Lo será mientras viva.

El episodio está demasiado reciente, y, además, ha ocurrido al cabo de tantos años de lucha, que es comprensible que estos padres, y tantos otros que están pasando por ese mismo doloroso trance se refugien en un silencio protector. Una actitud que no es sinónimo de resignación, pero que evidencia la falta de fuerzas para enarbolar una nueva bandera o hacer una renovada llamada al combate. Sin embargo, a la luz de su espíritu batallador se intuye que no tardarán mucho en recuperarse y denunciar, ellos mismos o quienes le tomen el relevo, la ignominia de las tasas por la declaración de fallecimiento. Una injustificable penalización económica y psicológica añadida a quienes ya han sufrido la peor de las penalizaciones que quepa imaginar: la desaparición de un ser querido.

(O «Se nos paró la vida»).

Capítulo 3

Paco Molina

SÚBITA ORFANDAD

Quedé con Isidro y Rosa el mismo día, a la misma hora, en el mismo lugar. Sin embargo, apenas cruzamos los primeros saludos, les comenté que los iba a separar, que hablaría con uno primero y con el otro después. No me preguntaron por qué. Ambos daban así por buena mi decisión, sin más. Un gesto de confianza tan incondicional como su disposición a bucear en los sentimientos engendrados en los más de dos años transcurridos desde la desaparición de Paco. Tenía solo dieciséis en aquel momento, dos más que Pepe, el segundo hijo del matrimonio.

La primera vez que los vi en persona fue en su propia ciudad, Córdoba. Se cumplían los primeros 85 días sin noticias de su hijo. Estaban rodeados de gente, de vecinos y amigos y muchos chicos y chicas del instituto de Paco. Dos de ellos tomaron la palabra como cierre de la concentración. Con la naturalidad de dirigirse a un igual, pero también con la extrañeza de no entender lo ocurrido; la desaparición ha cogido a todos por sorpresa. Cuando toman el megáfono se hace el silencio entre los dos centenares largos de personas que han acudido a la llamada de la familia Molina. Hay una emoción palpable en el aire porque escuchar a estos chavales hace más tangible la ausencia de Paco, y también más incomprensible, más difícil de aceptar. De hecho, el eslogan más repetido es «Paco, vuelve», «Te esperamos, Paco».

Esas eran también las expresiones que Isidro y Rosa repetían como una

letanía en cada entrevista en los medios de comunicación. Con el paso del tiempo, cuando ya han cruzado el umbral de los dos años con Paco desaparecido, ambos reconocen que entonces estaban convencidos de que todo iba a resolverse en días, si acaso en alguna semana más. Quizá por eso eligieron salir a la calle a los 85 días, sin esperar siquiera a la cifra redonda de los 90, los primeros tres meses.

Cuando una persona desaparece, todo se vuelve pregunta alrededor. Sobre todo, si se trata de un hijo menor de edad. Con dieciséis años, los «nenes» y las «nenas», como llaman en Córdoba a los adolescentes en esa franja de edad, tienden a considerarse a sí mismos adultos y autosuficientes. La realidad es que, salvo muy contadas excepciones, siguen siendo niños y niñas muy dependientes de sus familias, por más que la necesidad de reafirmar la incipiente personalidad los lleve a renegar de ellas y a buscar una suerte de nueva familia en su grupo. ¿Qué grupo? ¿Quiénes lo integran? ¿Quién lo lidera? ¿Qué intereses comparten? Esas preguntas emergen solo cuando algún episodio altera las rutinas diarias. Por ejemplo, una escapada; pero de las escapadas suelen saberse los motivos y adivinarse los posibles destinos. De las escapadas suele haber retorno en un tiempo corto. Otra cosa es una desaparición como la de Paco, sin motivo aparente ni causa conocida por su familia y que empieza a acumular meses y meses...

La necesidad de responder a los infinitos porqués que asaltan a unos padres tan súbitamente huérfanos de uno de sus hijos llega a remontarse al origen mismo de su llegada al mundo. Ni Rosa ni Isidro han sido padres por casualidad. Cuando se casaron, habían decidido que esperarían unos buenos años antes de serlo. Así fue durante casi una década, pero tomada la decisión, el embarazo se resistía. Entonces empezó la batalla por ser padres, que convertiría a aquel primer niño, Paco, en una criatura especialmente buscada, inequívocamente deseada. ¿Acaso pueden los padres dotar a sus hijos de un patrimonio mayor que el de haber sido deseados?

Rosa se adentra en el recuerdo de aquel tiempo vivido como un pulso con el destino, sobre todo ahora que le ha quitado de golpe aquello que le dio al cabo de tanto esfuerzo. Una paradoja dolorosa. Un pensamiento que se hace nudo en la garganta. Que aprieta y empaña la mirada. No suele llorar, al menos en público. Rosa es de esas personas que han aprendido a contener la emoción, a no dejarla salir del espacio reservado de su intimidad.

Dicen los psicólogos que la primera fase por la que pasan las personas que

han sufrido una pérdida es la de la negación. En Rosa fue así al principio: ni de lejos pensaba que Paco siguiera desaparecido después de los ochenta y cinco días que motivaron aquella concentración en el centro de Córdoba. Aquella que nos unió. ¿Cuánto tardaría todavía en aparecer Paco? ¿Un año? No, no. Ni hablar. Ni pensarlo. Rosa repetía una y otra vez con su inconfundible cadencia cordobesa, sin dramatismo ni sombra de reproche, su: «Paco, vuelve. Te estamos esperando. Vuelve, hijo. Te queremos».

Cuando pulso el botón de la grabadora Isidro me mira. Su gesto, siempre calmado, transmite un dolorido cansancio de fondo, el desgaste agotador de la incertidumbre. Cuando la enciendo para hablar con Rosa, ella, que no pierde la sonrisa casi nunca, parece retraerse por un momento de regreso a sus pudores, a su exquisito cuidado en el relato de lo ocurrido con Paco, en cómo contarle y hasta dónde. Tiene tan claro como Isidro que hay detalles que deben ser preservados para no dar al traste con el trabajo de los investigadores. Están en sus manos. Y practican una lealtad a prueba de todo. Ni una broma con estas cosas. Ni un pequeño desvío del objetivo primero y principal: dar con Paco.

Aquel 2 de julio de 2015 su madre lo vio marchar. Rosa tiene retenida la imagen de Paco acompañado de un chico del barrio dirigiéndose hacia la plaza. Nunca lo hacía, pero aquel día, la tarde del día de la desaparición, después de que a su hijo lo llamaran al telefonillo, se asomó al balcón para verlo salir del portal. No era habitual ese movimiento suyo. No fue deliberado. Si la impulsó algún tipo de presentimiento no fue consciente de ello. Simplemente lo hizo. Eso sí, recuerda que Paco iba algo más arreglado de lo habitual: sus deportivas, las bermudas vaqueras y el polo blanco que aparece en los primeros carteles que harían apenas un día después. ¿Quién se lo iba a decir? Ella, en el balcón, y su hijo, calle abajo. Lo vio marchar.

ROSA SÁNCHEZ, MADRE DE PACO

2 de julio de 2015. Era jueves. Lo recuerdo perfectamente. Me dijo: «Mamá...» —porque tocaron al porterillo—, «mamá, que me voy». Yo no sé por qué me asomé a la ventana. Sí, me asomé a la ventana para ver con quién se iba y vi que salía con un niño un poco más

chico que él, que vive cerca de casa. Esa imagen no se me va a olvidar nunca. Lo vi por la acera andar... y tengo grabada la ropa que llevaba puesta. En los últimos dos años, más de una vez me han preguntado cómo iba vestido mi hijo, Paco. Lo tengo grabado. Llevaba un vaquero y un polo. No tuve que mirar ningún cajón para ver lo que faltaba. Lo tengo grabado. Aún lo sigo viendo caminando por la acera.

Un vaquero y un polo. Esa ropa, quizá, nos estaba diciendo algo. Pero yo lo veo ahora, tras pensar y analizar muchas veces aquel día 2 de julio. Me extrañó cómo iba vestido. Me extrañó porque llevaba todo el verano con un pantalón de camuflaje —que había que lavárselo por la noche, porque parecía que no tenía otra cosa que ponerse— y ese día no. Iba como más vestido. El polo tampoco solía ponérselo, se ponía camisetas que son más fresquitas... Pero no le di importancia. Salió por el portal. Lo vi marchar, era jueves, 2 de julio, las siete de la tarde.

A las diez y media de la noche nos puso un mensaje. Yo no soy muy amiga del móvil, y no lo miro nunca, por lo que siempre se los suele poner a su padre, pero ese día nos lo mandó a los dos. «Voy a dormir fuera». Estoy convencida de que ese mensaje no lo ha escrito mi hijo. No era su lenguaje. «Mamá, papá, ¿me puedo quedar en casa de A.?», o «que me voy a quedar con A. Que estamos solos, que vamos a ver una película», cualquiera de las dos opciones, pero así, «voy a dormir fuera» no. Eso no es propio de Paco. Lo puede decir un adulto que no tiene que dar explicaciones, pero no un menor de dieciséis años. Nos extrañó, por eso lo llamamos. «Paco, ¿esto qué es? Voy a dormir fuera, ¿esto qué es?». «No, que me voy a casa de A...». Nos tranquilizó oír su voz y que se explicara. No le dimos más importancia.

Esa noche me desperté a las seis de la madrugada, con una ambulancia aquí —por mi puerta pasan un montón de ambulancias— y me desperté como «uff, y este que no está aquí». Otras noches que no había dormido no me pasaba. Pero me despertó, no sé si serán cosas del destino. Estaba intranquila.

Amaneció. Paco no llegaba a casa. Era raro. Miramos el WhatsApp y no se había conectado desde las doce, eso sí que era raro también.

Así que lo llamamos. El teléfono estaba apagado. Insistimos, pero recibíamos siempre lo mismo: apagado, apagado y apagado... Se habría quedado sin batería. «Vamos a llamar a A.». Lo hicimos. Su amigo nos dijo: «Aquí no ha dormido Paco y, además, yo hace dos o tres días que no lo he visto».

Cuando ya vimos que no había dormido allí supimos que ahí había pasado algo raro, y cuando le preguntamos a su amigo y nos dijo que había quedado con un amigo que nadie conocía supimos que no era normal. Esa misma noche, pusimos la denuncia.

Mi marido enseguida me dijo: «Aquí pasa algo». Nos dividimos. Él se fue a comisaría, a poner la denuncia, yo me fui corriendo a buscar al niño con el que, la tarde antes, había visto que se había ido Paco. Sabía quién era, con quién había estado, los vi. Otro día, a lo mejor no habría tenido ni idea, pero ese día los vi por la ventana.

Encontré a su amigo, pero no nos fue de mucha ayuda. Nos contó que Paco salió con él de casa y que estuvieron con otro nene también. Se juntaron en Los Patos, una zona muy frecuentada por ellos. Me dijo que estuvieron los tres, que se compraron unos refrescos, unas patatas y a las doce se fueron. «Paco, nos vamos para casa» —porque vive aquí al lado de la nuestra—, y mi hijo contestó: «No, yo me voy para el centro que he quedado en el Bar Plata con un amigo». «¿Con quién has quedado, Paco?». «Tú no lo conoces».

¿Con quién quedó Paco? ¿Nadie conoce a ese amigo? ¿De dónde ha sacado a ese amigo? Todo era raro ya. El mensaje, la ausencia, la falta de noticias y hasta la respuesta «alguien que tú no conoces», sin dar más explicaciones. Algo le había pasado a mi hijo.

Rápidamente nos fuimos al bar en el que, según este amigo, mi hijo había quedado con otro. Hablamos con el camarero y nos dijo que sí, que lo conocía. «Viene aquí con una pandilla de amigos y lo conozco, pero hoy no ha llegado, porque yo estuve hasta las dos de la mañana, y aquí no ha estado». Paco no llegó al Plata.

Recuerdo que estábamos muy nerviosos y con mucha pena. Es como si se te cae una losa en lo alto y tú no puedes moverte. Solo piensas: ¿qué ha pasado? Esto es imposible. «Me lo han quitado», eso es lo que decía los primeros días. Desde ese día mi hijo Paco

Molina está desaparecido. La última vez que le vi fue el 2 de julio, a las siete de la tarde.

No hay consuelo. Intentas mentalizarte tú sola, diciendo: «Esto se va a acabar ya, ya verás como ya mismo está aquí, ya mismo está aquí», pero hay días... regulares.

Tampoco te imaginas que es para tanto tiempo, que vas a tener un hijo desaparecido. Sabes que sí, que se lo han llevado —porque a mi hijo se lo han llevado—, pero piensas que va a ser para poco tiempo. No creíamos que algo así fuera a pasar.

Esa misma noche, en la que ya no dimos con Paco, una amiga se quedó a dormir en casa porque decía: «Yo me voy a quedar contigo, porque cuando llegue eres capaz de darle un tortazo al chiquillo porque no ha venido antes».

Al día siguiente, recuerdo que vino otra amiga, cuyo marido trabaja en el juzgado, y que les había llegado la denuncia de que había desaparecido nuestro hijo. «¿Por qué no quieres que lo pongamos en redes sociales?». Nosotros de eso no entendíamos, «yo te lo hago». Nos lo hicieron. Gracias a eso sabemos que mi hijo se montó en un autobús en dirección Madrid; si no, nada. Era como si mi hijo se hubiera evaporado cuando lo soltó el amigo.

Paco era un niño muy aventurero. Con dieciocho años, yo creo que era como él. Quería hacer cosas que, en aquel tiempo, mi padre no veía muy claras. Paco se parece un poco a mí. Aunque luego, en el genio no, el genio es de su padre, es igualito que su padre.

En ese momento, con dieciséis años, Paco es un niño, es un niño muy bueno, sensible. Y muy bromista. Mucho. A lo mejor, cuando estaba en la cocina venía y me soplabla en la oreja y decía «¡Tienes miedo! ¿Eh? ¡Vives con miedo!».

Era una broma suya y yo me molestaba. Otra era la de cogerme en brazos, levantarme y decir: «¡Mira cuánta fuerza tengo!».

«Es que se me duermen los pies y, cuando me sueltas, me molesta, que ya soy mayor», le decía yo, y se reía. Se reía mucho de todo, siempre, decía muchos «pegos» (tonterías), como decimos los cordobeses.

De pequeño siempre fue un niño muy despierto y muy vivo. Empezó a hablar muy tarde; ahora, andar..., con nueve meses corría, no andaba, o sea, que para eso ha sido muy ágil. Su infancia fue feliz.

Jugaba mucho con los Lego. Le encantaba construir. Y, aunque tenía carácter, luego lloraba por todo. A lo mejor estaba viendo una película y lloraba, sentía mucha lástima y empatía por la gente.

Un día llegó a casa y me dijo que a un amigo suyo le iban a cortar la luz, que no tenían dinero porque su padre se había quedado sin trabajo. «Pues, mamá, le voy a dar el dinero de la excursión». Tiene buen corazón.

Recuerdo que le encantaba que le contara cosas de cuando era niño. Muchas veces me decía: «Mamá, cuéntame las cosas que hacía cuando era chico». Nos sentábamos y, «venga mamá, cuéntame, que me encanta». Y ahora mismo recuerdo también que muchas veces he tenido que dejar el cochecito de su hermano pequeño y salir corriendo detrás de él, porque si no... ¡cruzaba las calles!

Paco fue un niño muy buscado. Al principio, nada más casarnos, no queríamos tener hijos tan pronto. Pero luego han sido lo mejor que nos ha pasado en la vida. Lo intentamos mucho. Luchamos mucho. Cuando quisimos, no venían y, entre espera y no espera, tardé diez años en quedarme embarazada. Pero llegó.

Estaba contentísima y feliz. Y luego su hermano vino enseguida y sin tanta programación. Creíamos que no íbamos a tener más hijos y nos pusimos muy contentos cuando vimos que Paco iba a tener un hermano, que no iba a estar solo. Dejé de trabajar y he estado las veinticuatro horas con mis hijos, los he disfrutado.

Paco siempre se ha llevado bien con su hermano. Siempre ha sido su protector. El pequeño es una persona a la que le da igual lo que le digan, lo que le hagan... En cambio, Paco no, Paco pasa malos ratos por todo. Siendo así, claro, defendía siempre a su hermano. Además, siempre estaban juntos. Paco es un niño cariñoso, mucho, con su abuela y su abuelo... Cuando se murió mi padre, recuerdo la pena que le dio. Pero llegó un momento en que mi hijo, al cambiar de amistades, cambió totalmente.

Llegaron sus nuevos amigos. Antes siempre estaba con los de toda la vida, los del colegio, pero empezó en el instituto y conoció gente nueva. Últimamente estaba muy rebelde, protestando por todo, y yo le decía: «Paco, ¿no te das cuenta? Que es que no te aguantas ni tú, ya no sabes ni por lo que vas a protestar».

¿Qué pasó aquel día? ¿Por qué ha pasado esto? Yo achacaba su carácter rebelde a la adolescencia. Ahora, después de todo lo que ha pasado, digo que no era la adolescencia, a lo mejor era con quién se estaba juntando y lo que le estaban metiendo en la cabeza. A mi hijo lo han convencido de algo, lo han entusiasmado, engatusado... Yo no sé cómo decirlo, pero le han comido el coco totalmente.

Recuerdo que protestaba mucho por cosas tontas, a lo mejor, por entrar en la habitación y ver las zapatillas de su hermano en medio. Y estaba como muy desanimado.

No llegó a terminar el curso. A Paco le operan de una fístula y estuvo dos meses y pico sin moverse en casa. Ese año en el instituto le fue mal. No es que fuera muy trabajador, yo creo que es inteligente, pero poco trabajador. Normalmente hacía lo que podía buenamente todo el año y en verano le quedaban 4 y 5. Esas mismas las sacaba en verano. Era capaz de hacerlo, pero era muy flojo. Estaba acostumbrado a eso.

Dos meses antes de desaparecer, en mayo o por ahí, nos dijo: «Yo dejo de estudiar porque cuarto de la ESO no lo voy a sacar, me puedo examinar por libre y entonces luego ya sigo estudiando el bachiller». Unos días antes de todo esto, tuvimos esta conversación. Él se iba a preparar el examen por libre en Internet. «Hay muchas cosas, muchos exámenes, lo hago y luego ya, el año que viene, sigo estudiando». Porque él quería ser militar a toda costa. Esa era su ilusión desde pequeño.

Primero decía que quería ser como los geos, luego militar, pero de los de campaña, no de oficina. Yo le decía: «Estudia tu bachiller, te vas a la academia y sales con un puestecito un poco mejor». «Mamá, que yo no quiero estar en una oficina, que yo lo que quiero es ir al campo». Necesitaba actividad porque él era una persona activa.

Todo lo referente a lo militar era su pasión. Hasta en el árbol de Navidad o en el portalito de Belén había militares. Al principio me decía: «Mamá, ¿me dejas que ponga aquí a un soldado que guarde al Niño Jesús?». Y al final era el soldado, el tanque, el bombardeo... El ejército estaba allí acompañando a Jesús y a María, también adornando el árbol de Navidad.

¿Qué ha pasado con Paco? ¿Dónde está? Estaba influenciado.

Creo realmente que quiso dejar los estudios porque *fulanita* lo había dejado. Estaba rebelde y se dejaba llevar por alguien... Pero luego hablaba en casa y reconocía: «Si es que es verdad, me lío a hablar contigo y, al final, es lo que tú dices». O sea que, a lo mejor, alguien le estaba diciendo lo contrario, encaminándolo para otro lado. A lo mejor me lo decía porque alguien lo estaba encaminando hacia el otro lado y, claro, yo quiero lo mejor para él de manera que iba a tratar de encaminarle para que fuera algo en la vida. Por su bien, no por el mío.

En todo este tiempo hemos recibido algunas llamadas muy crueles. La primera semana nos gastaron una broma por teléfono diciendo: «Soy Paco, estoy secuestrado». Eso ya fue fulminante. La cogió su padre. Yo subía de casa de la vecina cuando oí el final. Isidro decía: «Pero Paco, ¿dónde estás?, ¿dónde estás?». Se nos cayó el mundo encima. La policía descartó que fuera real.

No sé qué ha pasado con mi hijo. Muchas veces pienso que es posible que le hubieran comido el coco y que le dijeran: «Vamos a ir a tal sitio», y que respondiera: «Pues bueno, pues a lo mejor por una noche les digo yo a mis padres que me voy a casa de un amigo». Tal vez, él dio el paso y se encontró con otra cosa. Otras veces pienso que ojalá que sea que mi hijo está porque quiere vivir su vida, que hay gente que lo hace, no sería ni el primero ni el último, ojalá.

También puede ser que se fuera y que tenga miedo y diga: «Y ahora ¿cómo vuelvo? Pues me quedo». Quiero pensar algo así también, a lo mejor son las ganas que yo tengo de que él esté bien. Ojalá sea eso.

Si fuera así, solo bastaría una llamada. Una llamada nos daría descanso y eliminaría el dolor. Que intente hablar, que es así como se solucionan las cosas. Yo le he enseñado a hablar, no a salir huyendo... El que le haya enseñado a eso es un cobarde. No tengas miedo, hijo.

Sí, no tengo ninguna duda, le buscaré mientras viva. No vamos a dejar de hacerlo; eso es seguro. Mientras tengamos un hilito de esperanza, voy a seguir buscando, y peleando, y dando lata para que esto no se pueda olvidar, porque yo tengo que encontrar a mi hijo, tengo que encontrarlo. No me voy a cansar. Mientras pueda tirar de

mi cuerpo voy a buscarlo. Paco, muchas veces me has dicho: «Mamá, yo cuando me case, no voy a irme lejos de ti, yo me voy a quedar por aquí para luego traerte a los niños. Yo te entretengo con los nietos». Lo deseo y lo espero.

ISIDRO

Paco siempre ha tenido mi genio. La verdad es que se parece a mí. A su edad, yo también pasé por la rebeldía de la adolescencia. Yo era el más pequeño de tres hermanos; Paco es el mayor, pero, aunque yo era el más pequeño (como se suele decir aquí, «la percha de la quantá», todas las «quantás» van al más pequeño), tenía esa rebeldía, la rebeldía con mis padres. Y a Paco lo estaba viendo con el conflicto este interno que tienen los adolescentes con los padres, los choques, que todo le sienta mal. Creo que, en general, la adolescencia te lleva a un estado en el que no te aguantas ni tú. Y Paco estaba así.

Era bromista e inquieto. De pequeño no le perdimos mucho de vista, no podíamos, porque Paco ha sido un niño movidito. Le gustaba correr, subirse a los árboles... Y era muy creativo. Recuerdo cuando se ponía a jugar en casa con los Playmobil. Un verano, a uno de los vecinos —vivimos en una urbanización— le regalaron un portaviones, y este nene lo bajaba a la piscina. Paco se quedaba siempre mirándolo. Un día, cuando subimos un día, veo a Paco que empieza a coger cartones de cajas. ¿Qué hizo? Con cajas de cartón hizo un portaviones casi idéntico al que tenía este chico.

Los de la infancia han sido unos años muy felices. Era muy besucón, muy cariñoso. Recuerdo cómo era con su madre y me acuerdo ahora, también, de una noche que fue tremenda. Él tenía meses. Yo me levantaba a las seis de la mañana porque entraba a trabajar a las siete. Estuve hasta las cinco y pico de la madrugada con él en brazos, andando por el pasillo de casa. Y venga pasillo, venga pasillo... Hasta las cinco y pico no se me quedó dormido. Le contaba una historia de un castillo y de caballos y, yo qué sé..., lo que

se me ocurría. Los brazos los tenía dormidos por completo.

Recuerdo también cuando llegó Paco. Fue un niño muy buscado y muy deseado. Al principio no quisimos ser padres porque éramos jóvenes y luego los hijos se retrasaron más todavía de lo que ya pensamos... Recuerdo también cuando nació el segundo. Cuando Rosa volvió a casa con su hermano en los brazos, Paco la miró después de dos días sin verla y no le dijo nada. Se fue para otro lado, no le hablaba. Claro. Pensaría: «Te estás dos días por ahí, vienes, y ahora vienes con otro niño en las manos...». Estuvo dos días así, al principio eran celos. Pero luego han tenido una relación normal entre ellos. Es más, Paco siempre ha estado con su hermano... Siempre lo defendía, no soportaba que lo trataran mal.

Era bueno. Es bueno. Inquieto, pero muy bueno. Movidito.

La rebeldía llegó con la adolescencia. Ahí es cuando empiezan los primeros enfrentamientos que surgen por cosas normales: recoge tu plato del desayuno, recoge tus cosas del almuerzo, recoge tu plato de la cena. Esas tres discusiones las tenemos todos los padres. En ese momento no lo sabíamos, pero realmente estaba pasando algo.

Nuestro hijo desaparece el 2 de julio de 2015, cuando tenía dieciséis años. Sale de casa de forma normal y, desde entonces, no sabemos nada más y vivimos por y para encontrarlo. He recorrido casi todos los años de su vida desde ese día. Pero no sé qué pasó: no hubo ningún tipo de discusión. Paco estaba normal y, además, llevaba toda la semana completamente normal. «He quedado. Me voy de paseo». Nada nos hacía pensar que fuera a desaparecer.

Aquel día tampoco. Como el resto de días de la semana salió de casa tranquilo. «Que me voy, que he quedado». Rosa se asomó a la ventana, lo vio atravesar la plaza y nunca imaginamos que era la última vez que íbamos a ver a nuestro hijo. Desde esa noche no ha habido descanso y no lo habrá. Lo buscaremos hasta encontrarlo.

Me detengo en ese día. Aquella noche, Paco me escribe un WhatsApp en el que me dice: «Papá, voy a dormir fuera». Eso no era usual en Paco. Primero, porque a Paco lo dejamos dormir en lugares que nosotros conocemos, que son solo en casa de sus dos amigos de siempre. Y, segundo, porque si Paco alguna vez me ha dicho que quería quedarse a dormir fuera, era porque se iba a quedar a dormir

en casa de estos. Entonces me decía: «Papá, que me voy a quedar en casa de...», pero ¿«voy a dormir fuera»? Aquella noche, cuando dijo eso, le puse yo un mensaje preguntándole dónde iba a dormir. Lo hice sabiendo la respuesta, porque en otro sitio no duerme mi hijo. Como no me entraba su mensaje porque estábamos en una cafetería con unos amigos y no había mucha cobertura, lo llamé. «Paco, ¿dónde vas a dormir?». «En casa de estos amigos. Te lo he puesto», me dijo. «Ah, pues no me ha entrado el mensaje». Efectivamente, cuando colgué, me entró. Le dije: «Bueno, no os acostéis tarde». «No, papá, que no nos acostamos tarde...». Esa fue la última vez que hablé con mi hijo.

Por aquel entonces él estaba empezando a salir y sí, ahora, después de darle tantas vueltas, con la distancia desde aquel 2 de julio, sí, notábamos un poco el cambio. Pero siempre lo achacaba a la operación que tuvo. A Paco lo operaron en las vacaciones de Navidad, faltó al instituto mucho tiempo y, al incorporarse, tras dos meses, hubo profesores que le dijeron: «Bueno, ya te examino más adelante»; otros: «No, tú ya para el final». Eso a Paco le dolió. Estaba un poco desmoralizado o dolido con todo lo que se había encontrado. Esa actitud suya, cambiante, yo la achacaba a la reacción de estar dolido. Pensaba que ya se le iría pasando.

Aunque no era el mejor estudiante, Paco quería seguir estudiando. Había tenido muchas conversaciones con su madre y deseaba ser militar. Desde muy chico lo tenía claro, era su vocación. Hasta pocos días antes de desaparecer, su intención era ingresar en el ejército. Terminar su bachiller —fue lo que le dijo el martes antes de desaparecer a Rosa— y después prepararse para entrar en el ejército. Nunca ha cambiado.

Mi hijo era un chico feliz y muy sociable. Le encantaba estar con gente. Una de sus épocas favoritas es la Navidad. Nosotros la vivíamos de una forma muy especial. Desde que nos vinimos aquí a vivir nos juntamos con varios vecinos y desayunamos el día de Reyes juntos. Paco estaba deseando que llegara ese día... Lo pasábamos muy bien. Echábamos el rato de levantarnos, nos íbamos a una casa, aquí tomamos café, aquí tomamos unos churros... Y luego en otra casa tomábamos lo otro... Paco se lo pasaba bomba. Desde que

Paco falta, no vamos.

¿Qué ha pasado con nuestro hijo? Hemos repasado todas las cosas que ha dicho, sus gestos. Lo peor que ha podido haber es un «Paco, recoge», pero nada que provocara que se fuera. Solo tengo una certeza: ese mensaje no lo escribió él, «duermo fuera» no lo escribió Paco.

Mi hijo lleva desaparecido desde el 2 de julio de 2015. El dolor ahoga. Ahogan los días de incertidumbre, el no saber y el que nadie diga nada. La ocultación debería estar penada y también las llamadas falsas. Ojo, no las equivocadas, las llamadas falsas con intención.

Recuerdo una que me tiene hecho polvo todavía. Fue a la semana de desaparecer mi hijo. El día 9 de julio a los dos y cinco. Después de una entrevista en *La Ventana de La Mañana* de TVE, recibo una llamada diciéndome: «Papá, me han secuestrado». Dios. Se me cayó el mundo.

Rosa acababa de salir a comprar y estaba entrando, y mi suegra, que esos días también vivía en casa, estaba en la cocina. Yo solo en el salón cuando sonó el móvil. Cuando lo cojo me dicen: «Papá, me han secuestrado». Se me cayó todo el mundo. Y todavía, todavía, pienso que puede ser Paco... Aunque la policía dice que no, que está más que comprobado, no puedo sacármelo de la cabeza.

La llamada duró muy poco. «Ay, Paco, por Dios, por Dios. ¿Dónde estás?». «No lo sé, no lo sé». «Pero si te vieron cogiendo el autobús para Madrid». «No lo sé». Me dijo tres veces seguidas «no lo sé» y se cortó. Esa llamada me sigue matando. Me dicen que está superinvestigada, que me la tengo que quitar de la cabeza..., pero no lo haré hasta que aparezca mi hijo.

Recuerdo que, automáticamente, fue terminar la conversación y me planté en comisaria. Me salté todos los semáforos, salí fulminado. Y empezaron todas las actuaciones. Me dijeron: «Se puede marchar usted a su casa», y les dije: «Yo de aquí no me muevo», y estuve desde las dos y diez hasta las doce y media de la noche sentado en el mismo sitio. Ellos entraban, salían, iban para arriba y para abajo, y yo estuve allí sin comer y sin nada, allí me quedé sentado. Doce horas.

Aún pienso en ello y dudo. Esa voz..., no sé. No sé. «Es que tú

quieres escuchar a tu hijo...» y «Tú ahora mismo psicológicamente...», me dicen. Pero todavía me sigue matando.

Parece ser que era la «broma» de una chica. La pusieron a disposición judicial y hasta hoy no sé nada. Me dijeron que, como mucho, le pondrían una multa. Insisto en afirmar que esto debería estar penado. No fue la única, había uno que decía que había estado con mi hijo en Albacete, que lo llamaba Paquito. Y yo «hombre, por fin, al año... alguien que ha visto a mi hijo». Me abrió un abanico de posibilidades y de ilusiones tremendas, tremendas. Resultó ser un chalado que quería sacar dinero. Esto también ahoga.

Hubo una chica que decía que había visto a mi hijo acompañado de un señor mayor en el metro de Fuenlabrada. Mi hijo con un pantalón y una camiseta blanca. Me dijo: «Pero no lo he visto yo sola, cinco amigas íbamos a un cumpleaños y las cinco hemos visto las fotos otra vez en Facebook, y es que es tu hijo». De nuevo, ilusión. No es una, son cinco personas que dicen que han visto a Paco. Esta chica ni vivía en Madrid ni había estado en Madrid en su vida. Otra broma.

Es como una montaña rusa. Estás arriba con todas las ilusiones y luego te das un batacazo contra el suelo. Tengo mucha impotencia. Hay noches que me tengo que levantar, a las dos, a las tres, o las cuatro de la madrugada. Me voy a echar un cigarro. Pienso en Paco y en cómo se ha podido dejar este caso así. En la búsqueda inicial de mi hijo se han cometido muchos despropósitos. Por ejemplo, las cámaras que podían habernos dicho algo de Paco nunca se miraron. ¿Dónde estás, Paco? Eso me tiene *matao*. Porque está claro que, si Paco va acompañado y por lo menos tenemos la imagen de esa compañía, trataríamos de dar con la forma de buscarla. Solo espero que no se vuelva a repetir con nadie más.

Cuando desaparece mi hijo, nos enteramos de que el domingo día 5, a las doce y diez de la mañana, Paco fue visto en la estación de autobuses. Eso me dio a mí una tranquilidad: mi hijo estaba vivo. Al menos, con este dato ya sabíamos que Paco estaba vivo.

Me dije: «Bueno, pues si lo han visto, sabemos a ciencia cierta que Paco no iba solo. Iba acompañado y le pagaron el billete». Enseguida pensé: «Pues ya está. Se revisan las cámaras para ver quién es esa persona y averiguar si la conocemos nosotros o bien la policía porque

tenga antecedentes». Pero cuál fue mi sorpresa cuando, a medida que va pasando el tiempo —yo iba casi todos los días a comisaría— y pregunto por las cámaras me dan largas.

Ni se cogieron las cámaras del supuesto trayecto que Paco realizó aquella noche, que pasa por detrás de la comandancia, ni de la estación de autobuses. A mí me han enseñado alguna de distintas horas en las que no se ve gran cosa, y de solo una cámara, cuando en la estación de autobuses de Córdoba hay cuatro. Y una de ellas, que no se ha mirado, graba a todo el mundo que pasa por la puerta. No hay nada de esa cámara.

Ante esto, insistí en que se cogieran las cámaras de Madrid porque ahí sí hay más cámaras. Y dentro de esa estación hay una comisaría de policía.

Me sorprende aún más cuando, al cabo del tiempo, nos mandan un fotograma de una mujer con tres chiquillos. El fotograma no era ni siquiera de la hora en la que presuntamente había estado allí mi hijo. La mujer que se ve sale subiendo por unas escaleras mecánicas. Y yo les digo: «¿Os mandan esto y con esto os conformáis?». Pues sí, parece que con eso se conforman.

¿Por qué no se agilizaron con las cámaras? El problema es que el volumen de grabación en estas estaciones es grande y se pierden con rapidez. Pero eso lo saben los investigadores, de manera que eso te crea una impotencia enorme. También la de no poder hacerlo tú porque, claro, hay que confiar en ellos, y no sabes exactamente qué hacer...

No miraron Madrid. No miraron Córdoba. Y no miraron Pedro Abad, estación de servicio donde hacen el cambio los conductores y hace parada el autobús. Dándole vueltas, y viendo que esta gente no conseguía las cámaras con las imágenes de mi hijo y de quien acompañaba a mi hijo, se me ocurre que ese autobús hace una parada en Pedro Abad que está a 30 km de aquí, de Córdoba.

El último domingo del mes de julio, a las 7 de la mañana, me fui para allá. Recuerdo que iba solo pensando en Paco y me pasé la salida a Pedro Abad. Cuando entro, veo que tiene una cámara. Me fui en busca del encargado, que resultó ser una chica. Cuando le cuento el caso: «Mira, soy el padre de Paco, que está desaparecido», me

dice: «Ese autobús hace aquí el cambio de conductor. El que está aquí coge el autobús y tira para Madrid y el otro se vuelve». Estaba en lo cierto.

«¿Tenéis cámaras?». Me estuvo enseñando todas. «Pero mira, de lo que me estás contando no tengo ni idea». Mi sorpresa era enorme. «Hombre, la policía habrá estado aquí, ¿no?». «Aquí no ha habido policía de ningún tipo». Tremendo. «¿Qué me estás diciendo?». Se me cayó el mundo encima.

«No. Aquí no ha estado policía y no tenemos noticia de esto que usted me está contando». Y añadió: «Yo no puedo parar las grabaciones». Le pregunté que cada cuanto tiempo se borraban las imágenes y me dijo que al mes. «Mañana hará un mes. ¿Usted lo puede parar?». La respuesta fue que no. «Yo no puedo parar esto. Yo lo siento. Y tampoco le puedo enseñar a usted las grabaciones de ese día. Tengo que hablarlo yo con mi jefa y...». Me despedí con un «bueno, pues muchas gracias».

Salí y me fui a la estación de servicio, y estuve hablando con el empleado. Le conté el caso y me dijo: «Pues mira, esas dos cámaras son de alta definición, y una mosca que se mueva se queda grabada». Me contó que el centro de grabación lo tenían en Granada. «¿Me puede dar usted el teléfono?». «Yo te lo doy». Y, acto seguido, me volví para Córdoba, me fui a la estación de autobuses para cerciorarme de que ese autobús en Pedro Abad hacía un cambio de conductor y de que podía ser coherente que las imágenes mostraran a mi hijo en caso de haber hecho ese trayecto. Me dijeron que sí y con todos esos datos me fui a comisaría.

«Pero esto que le ha dicho usted a la inspectora...», me dijeron los policías. «No. Si fue la inspectora la que me comunicó que este autobús hacía una parada en Pedro Abad. Yo desconocía esto». «Pero ¿está usted seguro que la inspectora lo sabe?». «Que sí, que sí». «No se preocupe usted, que nos encargamos nosotros». Me quedé tranquilo, pensando que por fin tendríamos algo, las cámaras de Pedro Abad. «El lunes viene usted a hablar con la inspectora».

A las 8 de la mañana estaba allí. Me esperaba la inspectora y otro policía. Estaban enfadados conmigo, cabreados, porque les habían llamado la atención. «Lo siento, estoy buscando a mi hijo. Me he

acordado de las cámaras estas, y he ido. Y he visto que allí no se ha ido». Me despedí de ellos y a los pocos días me llaman para decirme que no había imágenes.

Solo había un día para recogerlas. El mes se cumplía. No sé si fueron, lo desconozco. Muchas veces yo he llegado a pensar, incluso, que tanto despropósito con las cámaras puede indicar que la policía me está engañando. Se lo he llegado a comentar muchas veces. Claro que me dijeron que no, que no se tienen grabaciones.

Pensaba que a lo mejor habían visto algo y no me lo querían decir. Pero ya después de veintiséis meses, creo que no se cogieron de verdad. Todos los policías con los que he hablado, incluso los de Madrid, me dicen que no tienen grabaciones. Han llegado a pedirme perdón. «No hemos sido nosotros, pero te pedimos perdón por no haber cogido las cámaras. Eso ha sido un fallo tremendo. Las grabaciones hay que cogerlas. Siempre».

Después del jardín de Los Patos, no se sabe, a día de hoy, qué trayecto hizo mi hijo. Es más, es que no sé al cien por cien si Paco llegó a Madrid. Si Paco iba en ese autobús. No lo sé. Paco... ¿Dónde estás?

Mi hijo era algo reservado, pero con su madre hablaba. Además, se lo contaba todo. Hay algo que Paco no llegó a contar. Creemos, o queremos suponer, que hay algo que Paco no llegó a contar y, precisamente, por eso está ahora como está. ¿Qué le ha pasado a Paco? No encuentro la respuesta.

Hay días que pienso que puede estar bien, que puede estar por ahí viviendo su vida... y otros días pienso que han pasado dos años, y que puede que le haya pasado algo. Porque nadie mantiene a un niño de dieciséis años tanto tiempo. Quiero vivir con esperanza. Apuesto por la esperanza de que Paco puede estar por ahí. A eso me quiero agarrar, a intentar encontrarlo y que esté bien.

Quizá se fue. Quizá tiene miedo a volver. Lo he llegado a pensar: «¿Cómo me presento yo en mi casa, con lo que se ha liado...?» y a un chico de dieciséis años le puede pasar por la cabeza cualquier cosa. Es una idea equivocada. Te queremos con locura.

Cuando tienes una persona desaparecida no descansas. Ni dormido ni despierto. Sueño con Paco. He llegado a soñar que Paco

está de vuelta en casa. Recuerdo que me desperté con muchos nervios. Pero el abrazo que nos dimos... me aliviaba. Ese abrazo me inmunizó de todo el sufrimiento por el que habíamos pasado. También me desperté con rabia, agobiado, porque no me acordaba de todo el sueño. Me acordaba de flashes.

Cualquier día, lo mismo que desapareciste de repente, nos podemos llevar la sorpresa de que apareces. Ese día las Fallas se quedan chicas. Nunca vamos a dejar de buscarte, nunca vamos a dejar de quererte. El sentido de tu vida son tus hijos. No puedo dejar de buscarte, hijo. No lo voy a hacer.

CIERRE

Durante los dos años largos que dura la desaparición de Paco Molina, he compartido con sus padres muchas horas de entrevista, de reunión, de acciones de todo tipo encaminadas a avivar la búsqueda de Paco. Al principio, el interlocutor era casi siempre Isidro, pero, poco a poco, Rosa fue incorporándose a todo. Venció el pudor a hablar en público y a responder a las preguntas de los reporteros. Se atrevió con los platós de televisión, casi siempre en compañía de su marido, pero también sola. Isidro se hizo patrono de la Fundación QSDglobal; Rosa se sumó también desde la oficina de Córdoba, empleándose en comunicarse con las familias de otros desaparecidos. Su labor es orientar, ayudar a las personas que afrontan, como ellos, una desaparición. Se implica mucho en cada uno de los casos. Se expone, a riesgo de romperse, y pone al servicio de todos ellos su dolorosa experiencia para orientar y apoyar en los primeros momentos de la ausencia.

Hace poco me hicieron llegar unas líneas que le escribió su hermano:

Mi habitación se me queda grande sin nadie para compartirla. Sin nadie al lado al que decirle buenas noches. Sin nadie que me diga dónde va cada cosa que voy dejando tirada por la mesa. Me falta una parte muy grande de mi habitación... y ojalá fuese solo de mi habitación, porque también me falta una parte muy grande de mi casa, de mi familia y de mi corazón. Me falta media parte de mi vida que se me quedó vacía y sin

sentido desde ese momento en que no supe si volverías y, efectivamente, aún no has vuelto. Vuelve.

Pepe

Una nota que lo dice claramente: vuelve, te esperamos.

Porque la desaparición de Paco ha alterado la vida de los Molina en todos los sentidos. Isidro detuvo durante muchos meses su actividad comercial en el campo de la joyería. Cuando no ha tenido más remedio que volver lo ha hecho con el teléfono en la mano y la mente siempre atenta a la más pequeña incidencia relacionada con la búsqueda de Paco.

Rosa se deja ayudar por su madre en las tareas de casa, y así gana tiempo para dedicarlo a las redes sociales, para hacerlas sus aliadas; y así pasa horas y horas, al alimón con su marido o sola, agradeciendo el apoyo, la difusión y el esfuerzo de todos los que se unen para buscar. No ha sido fácil. Ambos tuvieron que crecer, aprender y aprehender todo de una herramienta que desconocían casi por completo y que se les ha convertido en imprescindible.

Cuando todo ocurrió, aquel fatídico 2 de julio, una vecina les sugirió usar Facebook para difundir la imagen de Paco y pedir colaboración. El efecto fue inmediato: un testigo confirmó haberlo visto en la estación de autobuses de Córdoba el día en que se le pierde la pista. Es un testimonio clave, el único verdaderamente relevante desde que enmudeció el móvil con el que Paco mantuvo la última conversación con su padre. El hasta entonces desconocido universo de Internet se convierte así, enseguida, en el espacio preferente para la búsqueda. Una tarea en la que, apenas iniciada, encontrarán aliados fantásticos: Maribel desde Madrid, María José desde Murcia, y Domingo desde Cataluña. Sus últimos mensajes alcanzan a más de un millón de personas. Facebook, Twitter... Todos los caminos pueden ser buenos si terminan llevando a Paco. Todos los amigos son necesarios para hacer ese camino.

A esa lluvia constante de tuits, videos, posts y mensajes de todo tipo se han añadido acciones de gran calado como la del Congreso mundial de Twitter en Granada en 2016 que también alcanzó una enorme difusión cifrada en algo más de un millón y medio de impactos.

De todos los actos públicos realizados puede que el más emotivo fuera el del día en que Paco cumplía dieciocho años. La cita era en la explanada de la estación del Ave, al final de la avenida de la Libertad, en pleno corazón de

Córdoba.

Y era una llamada al corazón de todos, pero, ante todo, dirigida al propio Paco. Llovía a mares. Hubo que abandonar el espacio inicialmente previsto y desenchufar la megafonía por los riesgos que comportaba tenerla encendida bajo aquella tromba de agua. Refugiados bajo el porche delantero de la estación, las personas que habían respondido a la convocatoria se apiñaron para escuchar a los dieciocho amigos y amigas del barrio y del instituto que también cumplían dieciocho años por esas fechas. Ellos volvieron a tomar la palabra para dirigirse a Paco con un mensaje coral de dieciocho voces:

- Paco, estamos aquí por tu cumpleaños.
- Cumple 18.
- 18, como yo.
- Como yo.
- Como yo.
- Como yo.
- Como yo.
- Como todos nosotros.
- Todos nos hemos reunido por ti, Paco.
- Para decirte que te queremos.
- Que te echamos de menos, Paco.
- Para pedirte que vuelvas, si depende de ti.
- Y si alguien te retiene, para pedirle que te deje volver.
- Volver a casa, Paco.
- Con tu madre, con tu padre, con tu hermano.
- Y con todos nosotros.
- Para poder decir contigo aquí:
- (Todos a una) ¡Cumpleaños feliz!
- (Uno solo, despacio) ¡Vuelve, Paco! Cumple 18. Como nosotros.
- Pero tú no estás aquí para celebrarlo.
- Paco, sin ti, este no es un cumpleaños feliz.
- Por tu madre, por tu padre. Por tu hermano. Tienes que venir.
- Pensamos en ti.
- Te echamos de menos.

Con estas muchachas y muchachos presentes, ocupando el núcleo de

aquella concentración solidaria, la ausencia de Paco se hacía más patente. Isidro me pidió que dijera algunas palabras en nombre de la fundación, pero apenas pude articular unas pocas dirigidas precisamente a ellos como reconocimiento por el hermoso reclamo dirigido a Paco. Me alegré de haber ido ese día acompañado de mi hija pequeña y de que, aun siendo cuatro años menor que ellos, hubiera podido asistir a una muestra de solidaridad tan verdadera, tan llena de emoción.

Para Isidro y Rosa momentos así son auténticos balones de oxígeno. Aunque también es inevitable que, una vez finalizados, provoquen una sensación de resaca, de mar en retirada y vuelta a la soledad. Vuelta a las preguntas sobre quién pudo engatusar al hijo que recuerdan como el niño hogareño y con una capacidad más bien limitada para moverse autónomamente. Algo que no creen que haya cambiado por el hecho de haber cumplido los dieciocho años.

Hay detalles del carácter de Paco y de algunas de sus querencias que Isidro y Rosa preservan con celo extremo. ¿Porque es una recomendación expresa del equipo de investigación policial? Desde luego que sí, pero no solo por eso. He visto a estos padres aplicar ese mismo celo respecto de su otro hijo, en una clara demostración de respeto a su espacio más privado, a su intimidad. Que Paco esté ausente los hace ser aún más estrictos en ese silencio protector. Si los escucha desde algún lugar, deben pensar, lo apreciará y quizá le ayude a reconocer en ello una prueba más de cariño incondicional, de verdadero amor de padres. Quizá le libere del miedo a reproches imaginados o a vislumbrar maneras de desandar el camino.

En estos pensamientos toma asidero la esperanza. No son ilusorios, sino todo lo contrario: ilusión destilada en el alambique de la voluntad. Es la necesidad de construir un futuro que les devuelva la normalidad y los reconcilie con un pasado imposible de modificar. Porque ni Rosa ni Isidro percibieron señales que avisaran de un giro súbito en la vida de Paco. No interpretaron como tales sus problemas en el instituto para ponerse al día tras tres meses de baja por una fastidiosa fístula. Ni su enfado con los profesores por no haberse mostrado algo más comprensivos con él en esa circunstancia. Ni la aparición de algunos amigos distintos a los del círculo habitual, aquellos a quienes conocían desde hace años... Al pulso de autoridad propio de adolescentes atribuyeron algunos desplantes de humor o el empeñamiento en ciertas ideas muy distintas a las de sus padres.

Las horas y horas de reflexión sobre todos esos indicios invisibles en busca de claves para entender lo ocurrido no han llevado a estos padres al callejón sin salida de la culpabilidad, sino a una toma de conciencia sobre la importancia de reconocerlos a tiempo, a base de vivir muy de cerca el día a día de los hijos. Y no quieren que aprender esta asignatura les suponga a otros padres el durísimo coste que les ha supuesto a ellos, el de una desaparición sin causa conocida ni final previsible. Por eso, ahora, uno de los empeños de Isidro y Rosa en el trabajo de la fundación es el de acudir a los colegios y a los institutos para despertar la conciencia de alumnos y de padres.

Es este un rasgo que habla de la generosidad de quienes lejos de recrearse en su dolor o centrarse en encontrar remedios para sí mismos, despliegan energías para alertar a los otros y librarlos en lo posible de penalidades parecidas. Ese talante se refiere a objetivos relacionados con la educación o con las relaciones entre padres e hijos, que por su misma naturaleza requerirán de mucho tiempo, y a la vez a medidas que deberían ser tomadas de manera inmediata. Por ejemplo, todo lo que tiene que ver con las cámaras de vigilancia a la hora de investigar una desaparición. Su experiencia le ha permitido constatar hasta qué punto es precario el sistema de toma de imágenes en los espacios públicos, cuán insuficiente el tiempo en que se conservan las grabaciones y qué irrecuperables los fallos en la recuperación de lo grabado para esclarecer detalles clave de una desaparición.

Capítulo 4

Juan Antonio Gómez Alarcón

UN DIFÍCIL EQUILIBRIO

Carmen Gómez Alarcón llegó desde Mijas, Málaga, al pequeño set de grabación que habíamos preparado en las afueras de Madrid para la campaña «Actúa», una iniciativa del canal Crimen e Investigación (CI) con el objetivo de sensibilizar acerca de la dura realidad de las desapariciones, el programa se había puesto en marcha en colaboración con la recién constituida Fundación QSDglobal. Durante el segundo trimestre de 2015 se emitirían una serie de microprogramas con historias reales de personas desaparecidas.

Carmen acudía a la cita como hermana de Juan Antonio, un joven montañero a quien se le perdió el rastro el 20 de julio de 2010. Y ella habló de él en los tres planos diferenciados que se proponían: el momento de la toma de conciencia de su desaparición; el impacto que tuvo en las relaciones familiares y la manera cómo reaccionó la gente alrededor: amigos, vecinos y también, en un plano más general, la sociedad a través de los medios de comunicación.

El del canal Crimen e Investigación no era, sin embargo, el primer espacio al que acudía Carmen para dar a conocer la desaparición de Juan. Era otro intento más de que alguien pudiera saber, de que algo pudiera avanzar en una búsqueda que ya por entonces sumaba cinco años.

Inquieta por la tardanza del regreso de Juan de una de sus habituales marchas en solitario por la sierra, al día siguiente, ella alertó a sus otros dos hermanos y a los amigos. Ni siquiera el hecho de estar en el séptimo mes de

embarazo la detuvo. Al contrario, porque la criatura que esperaba iba a ser su primer hijo, pero también el primer sobrino de Juan. Había compartido con él la ilusión de su maternidad y juntos hacían a menudo cuenta atrás para su llegada. Así que, ¿cómo iba a ausentarse así sin más quedando ya tan poco? Descartada por completo esa posibilidad, Carmen se hizo fuerte en la retaguardia: ella fue la animadora y la organizadora de las batidas que empezaron casi de inmediato. Y también de todos los pasos obligatorios a partir de entonces, comenzando por presentar la denuncia correspondiente en el cuartel de la Guardia Civil.

El relato de sus diversas gestiones ante la policía, en su caso ante la Guardia Civil, ya que Mijas es una demarcación rural, el ayuntamiento y otras instancias administrativas es el de una carrera de obstáculos. Un aprendizaje forzoso alentado por la necesidad de saber, de no resignarse a los peores augurios, de mantener vivo el pulso de la voluntad y la reserva de esperanza. Su historia es la de un forcejeo desigual entre las expectativas reales y las que construye el corazón de los buscadores.

Carmen nació en 1978, por lo que ronda los 40. Su apariencia es, sin embargo, la de una mujer más joven, aunque ya madre de dos hijos. Modesto es un padre entusiasta que siempre encuentra la ocasión de presumir de sus hijos. Es una pareja unida por sus hijos y, sobre todo, por la complicidad relacionada con la búsqueda de Juan Antonio.

En su mochila vital, Carmen guarda, como si de un tesoro se tratara, los años de infancia compartidos con sus cuatro hermanos, pero en especial con Juan, solo un año mayor que ella. Muchas correrías, mil travesuras calle arriba o calle abajo, de la mano camino del colegio, o a pellizcos en los pasillos de la casa familiar. Carmen menciona con orgullo a los padres, albañil él y ella ama de casa, y el terrenito con el que se ayudan para sacar adelante a todos. Hay una gran nobleza en las personas que reivindican su origen de trabajadores menesterosos, acuciados por la supervivencia. A esa estirpe pertenece Carmen. Ese es el ADN que corre por sus venas y que explica el orgullo con el que traza el perfil del hermano ausente.

CARMEN GÓMEZ ALARCÓN

Nosotros somos una familia de tantas como hay en Mijas. Una familia numerosa. Cuatro hermanos que nos llevamos cuatro años. A mis padres les encantaban los niños y tuvieron dos chicas y dos chicos. Querían que creciéramos compartiéndolo todo y así ha sido, siempre nos hemos querido mucho. Yo he estado muy unida a Juan Antonio, que solo me llevaba catorce meses, aunque, como casi todos los hermanos, nos hayamos peleado de niños. Por ejemplo, recuerdo una vez, cuando yo tenía unos ocho años, que Juan me encerró en un balcón y luego se le olvidó sacarme, y allí estuve hasta que un vecino avisó pasadas varias horas.

La nuestra era una casa humilde en la que todos trabajábamos y, desde muy pronto, empezábamos a colaborar en la economía familiar. Mi padre era obrero de la construcción y mi madre limpiaba. No andábamos muy holgados que dijéramos, pero teníamos olivos. Primero se vareaba, recogíamos la aceituna y después se llevaba a moler y ya teníamos aceite para todo el año, lo que suponía una alegría. Las niñas ayudábamos en la casa, los niños en el campo.

Ya desde pequeños nos tiraba mucho el deporte. Jugábamos al fútbol delante de casa. En los años de nuestra infancia, en los ochenta, Mijas era un sitio muy tranquilo. Un pueblo blanco por cuyas calles apenas pasaban coches. Nos íbamos al campo, nos metíamos en una especie de cueva en la que había agua y murciélagos y los hacíamos salir para luego huir corriendo... Qué bien lo pasábamos, sobre todo los tres más pequeños, mi hermana Ana María, Juan Antonio y yo.

Íbamos al colegio de San Sebastián, a unos quince minutos andando, casi siempre juntos. Juan Antonio era un niño inquieto, muy inteligente y siempre sacaba unas notas buenísimas, menos en inglés. Siempre fue el punto débil en su formación y en el de toda la familia. Él tenía ganas de superar eso hasta tal punto que, poco antes de su desaparición, estaba pensando en irse a Irlanda a mejorar el idioma a casa de una íntima amiga suya, Pascal, que trabajaba con él en Exploramás, una empresa que organiza rutas aventureras. Aparte de eso, destacaba en todo. Teníamos un tío que dirigía el club de atletismo de Mijas y allí empezamos a practicar esa actividad. Era un excelente deportista que ganaba todas las competiciones en las que

participaba, tanto a nivel provincial como nacional. En Jaén ganó varias veces la competición del aceite, en la que el premio consistía en entregarle al ganador su peso en aceite. Solíamos competir los fines de semana. Donde más lejos fuimos fue a Toledo, pero él consiguió ser subcampeón de Andalucía, incluso llegó al campeonato de España. Sin embargo, empezó a sufrir lesiones y tuvo que dejar el atletismo, no el deporte, que fue siempre parte de su vida. Luego empezó con el senderismo, siguió con la escalada y llegó a la espeleología.

Estudió INEF en Granada, y Magisterio con especialidad en Educación Física, por si luego quería hacer alguna oposición para enseñar. Siempre le gustaron mucho los niños, a los de sus amigos siempre les hacía regalos. Se entusiasmaba con el mío, con el que yo iba a tener al cabo de unos meses; le entusiasmaba la idea de que llegara su primer sobrino.

Trabajaba a la vez que estudiaba; en una familia como la nuestra, no había más remedio. Además, las becas no daban para nada: eran una verdadera birria. Y tenía tal capacidad que, en una ocasión en que se vio obligado a dejar el trabajo en un bar, tuvieron que meter a dos hombres para sacar adelante lo que hacía él solo. Los fines de semana era monitor de actividades deportivas, algo que estaba de moda: turismo activo, descenso de barrancos y cosas así, de modo que venía muy a menudo de Granada.

En la montaña de Mijas, su montaña, que descubrió cuando tenía unos trece años gracias a las actividades que organizaba la peña de vecinos del barrio de Santa Ana —«Antoñita Núñez» es el nombre de la peña, y Antoñita, que es la que le da nombre, es una persona muy activa y con muy buenas iniciativas— y, en una primera excursión, se enamoró de ella hasta tal punto que, ya un año después, con catorce, quiere escribir un libro que refleje ese amor, y empezó entonces y no paró hasta conseguirlo. Quién nos iba a decir que ese libro iba a convertirse en su gran legado. Ahí está, al alcance de cualquiera que esté interesado en nuestra sierra. Vivir en Mijas es un privilegio que no siempre se valora por sus habitantes: tener el mar y la montaña al alcance de la mano es una maravilla.

Terminada la carrera, Juan Antonio quiere labrarse un porvenir y se

prepara para presentarse a las oposiciones de instituto, pero suspende, y eso será algo terrible para él. Estaba seguro de haber hecho un examen brillante porque el que le cayó era uno de los temas que mejor se sabía. Podría haber aceptado el haber aprobado sin plaza, pero no que lo suspendieran. Más allá del libro, tenía cerca de veinte publicaciones y estaba siempre trabajando y pensando en ampliar el currículum. Fue a ver a alguien del tribunal, a intentar enterarse de qué había ocurrido, pero no le dieron ninguna explicación ni le enseñaron el examen, así que pensó que lo mejor que podía hacer era o marcharse a Irlanda o alquilar un piso con Ana María, mi hermana más pequeña, que también estaba pensando en independizarse. Después de haber vivido solo en Granada la idea de volver a vivir en la casa paterna no le atraía lo más mínimo. Resumiendo, en el momento de su desaparición no estaba desesperado, tenía proyectos. Lo que sí estaba era enfadado, muy enfadado.

Decide irse a la montaña y así lo hace el día 20 de julio, martes. El 18 había coincidido con un amigo, José Antonio Cortés, puede decirse que su mejor amigo junto con Pascal, uno de los que después más lo buscaría, y quien lo inició en la espeleología. Juan le pidió que lo acompañara, pero José Antonio tiene que trabajar y no puede hacerlo, y le dice que espere a que coja las vacaciones. Juan decide irse solo para estar dos o tres días a sus anchas con la naturaleza y vaciarse de enfados y rencores, y queda con otro amigo de la facultad, Carlos Villar, compañero de universidad, íntimo suyo, para pasar con él el fin de semana allá arriba.

Mi cumpleaños había sido el 17, por eso recuerdo tan bien las fechas y porque el 19 fue a verme y a llevarme un regalito. Yo estaba de siete meses y estaba muy cansada y él quería hacerme un obsequio para el niño. Se fue para tres días, pero todos sabíamos que nunca se quedaba en la montaña más de dos; además, solo se había llevado unos bocadillos, unas barritas energéticas y una cantimplora para el agua; él sabía dónde cogerla. Tampoco se había llevado tienda, solo el saco de dormir. Como tenía en su habitación tantos utensilios para sus escaladas o sus descensos, echamos mano de amigos especialistas que supieran decirnos qué era lo que se

había llevado.

Se fue sin nada, ni tan siquiera se llevó el móvil, lo que era frecuente en él. Cuando se iba, si queríamos saber qué hacía, por dónde andaba, teníamos que llamar a nuestra madre o a su novia. Yo siempre recomendaré a todo el mundo que esté siempre localizable, que se lleve el móvil, que diga a dónde va. Sabíamos que iba a hacer una ruta circular, porque se había dejado el coche, y si lo dejaba era que se iba en autobús: la opción era Ojén-Mijas, para lo que había que coger el bus Fuengirola-Marbella; de allí a Ojén solo había ocho kilómetros: qué era eso para un montañista como él.

Empezamos a alarmarnos el jueves, cuando habían pasado dos días enteros. Aquello no era normal, no solía estar allá arriba más de dos días, pero cuál fue nuestra sorpresa cuando llegamos a denunciar su desaparición el viernes y nos dicen que hay que esperar veinticuatro horas antes de empezar a buscar. Veinticuatro horas, y se había ido el martes, así que decidimos ponernos manos a la obra los familiares, los amigos, los vecinos. La gente volvía con los pies ensangrentados, llenos de ampollas, y muy desalentada. Qué grande es la sierra de Mijas. Mi marido, Modesto, se va con un guardia forestal y vuelve descorazonado. Es enorme la sierra, kilómetros y kilómetros.

La búsqueda oficial empieza el sábado, pero solo durante tres días. La Guardia Civil lo justifica argumentando que tienen que investigar. Eso dicen. Pero la investigación no la realizaba el mismo equipo de la búsqueda activa ¿por qué tenían que parar entonces? En contrapartida, y porque era verano y no había muchas noticias, los medios de comunicación se vuelcan: Televisión Española, la 5, Canal Sur. Entonces, la Guardia Civil reemprende la búsqueda y yo, dado mi estado, me dedico a rastrear por Internet todo lo que pueda ayudarnos: asociaciones de espeleólogos, de cazadores, de senderistas, y me coordino con mi hermano, que localiza a un equipo de unas trescientas personas que está preparado para colaborar cuando hay grandes catástrofes, pero el ayuntamiento se niega. El alcalde alega que no puede comprometerse con un grupo de trescientas personas en la montaña, que eso es una gran responsabilidad.

Fue mi hermano José a través de uno de los correos que envió a asociaciones de espeleología quien dio con la mujer de Félix, un amigo íntimo de José Ángel Sánchez López, un policía especialista en rastreos: «¿Tú has visto esto?», le comentó enseguida a su marido. «Pues vamos a decírselo a José Ángel». Y ahí empezó todo. Poco tiempo atrás había tenido lugar un terremoto en Colombia y aquí se crearon efectivos que tenían mucha experiencia, españoles que iban a ayudar en todo tipo de catástrofes. José Ángel tenía dispuesto para venir a Mijas un equipo de más de trescientas personas y, entre ellas, a expertos acostumbrados a encontrar a personas vivas en grandes desastres, pero el alcalde, la máxima autoridad en el pueblo, dijo que no. Antonio Sánchez, creo que se llamaba.

Yo entonces desconocía, porque había una gran desinformación en relación con estos temas, que con haber pagado doscientos euros de un seguro de responsabilidad civil estaba todo arreglado. Los hubiera pagado. Las vacaciones estaban ya a la vuelta de la esquina, así que la búsqueda activa se cerró el 31 de julio. Y no es que nos quejemos de la actuación de la Guardia Civil, que investigó las cuentas bancarias, los correos electrónicos, el teléfono... No había ningún movimiento desde que sacó una pequeña cantidad, cincuenta euros para comprarme el regalo. Ese trabajo la Guardia Civil lo hizo bien. El responsable no, él no mostró ninguna empatía. Qué manera de desperdiciar aquellos primeros momentos en los que quizá lo hubiéramos podido encontrar con vida. Hay tanta gente insensible que no siente la más mínima empatía con las desgracias ajenas...

De todas formas y, como hacía tanto calor, la gente del pueblo, que continuaba las pesquisas, se reunía a las ocho de la mañana delante del cuartel de la Guardia Civil para empezar temprano y poder dar de mano cuando apretaba la canícula, pero allí se esperaban de pie hasta que no llegaba la hora de abrir reglamentaria, para qué se iba nadie a molestar levantándose más temprano. Hasta las nueve, allí no llegaba nadie.

Intentamos afinar más la búsqueda y José Ángel, que tanto luchó por encontrarlo, organizó varios cursos de búsquedas que los demás hicimos también. Nos fuimos a Madrid a aprender y luego éramos nosotros los que impartíamos aquellos cursos en Mijas para que la

gente aprendiera y nos ayudara a buscar con más conocimiento. Como no queríamos saber nada del ayuntamiento, empezamos a hacer batidas con el permiso del de Alhaurín el Grande por vaguadas y otros puntos donde se podía haber accidentado, pero en vano.

Yo me he dedicado en especial al blog, porque la búsqueda se me hacía muy dura: no sirvo para la montaña, siempre pendiente de dónde pongo los pies. Cada uno tiene que actuar en la medida de sus posibilidades. Ahora sí que trabajamos con el nuevo Ayuntamiento de Mijas porque su actitud es distinta.

Siempre me he acordado de Hugo Ferrara, desaparecido en el Parque Nacional de Brasil, cuyos restos fueron localizados dos años después y también he recordado más de una vez esa película, *El paciente inglés*, cuando la protagonista está en una cueva esperando a que él la encuentre. Y ahí empiezan las hipótesis. Mi hermano tenía mal un tobillo, que se lo había lesionado en más de una ocasión, podría habérselo vuelto a lastimar.

Hubo quien aventuró que se había ido con una mujer, lo que era imposible, porque él tenía a su novia, aunque no vivían juntos, y ella estaba muy enamorada de él, tanto que, cuando desapareció, se pasó dos meses en nuestra casa yendo a buscarlo día tras día, sin faltar uno, hasta que, ante la evidencia, sus padres la convencieron para que se fuera a Granada a continuar con su vida. También era muy deportista; tenía muchas cosas en común con mi hermano. Cómo se iba a ir él con otra mujer.

Otros pensaron en el suicidio, pero ya he dicho que mi hermano había hecho proyectos a corto plazo: irse a Irlanda, alquilar un piso y compartirlo con nuestra hermana. No, además, lo dicen los amigos, era muy cuidadoso, muy precavido, siempre pendiente de las cuerdas, de que la gente a la que enseñaba fuera previsora. Él se caracterizaba por ser cauto. Por otro lado, cuando un día fui a Toys "R" Us a preguntar cuándo había hecho la última compra, resulta que tenía encargado un esterilizador para el futuro bebé, un regalo que nunca llegó a recoger porque pensaba hacerlo a la vuelta.

¿Y por qué no una picadura de una víbora? La sierra está llena de ellas. Te pica una, y crees que te has pinchado con una zarza y luego el veneno va haciendo de las suyas. Si estás solo, puede ser mortal,

pero esta teoría no servía, pues él iba con botas. Varios testigos se acuerdan de cómo iba vestido, con el pantalón de montaña, las botas y la mochila y con el bastón de andar cruzado. Su atuendo llamaba la atención en un momento en que todo el mundo iba lo más ligero de ropa posible.

Tengo una teoría: quizá se quedara atrapado en una cueva. Por eso me acuerdo de *El paciente inglés*. Una vez se quedó aprisionado en una gatera a la altura de los hombros, que ni para atrás ni para adelante, hasta que logró pasar, pero contaba lo mal que lo había pasado. Cincuenta y cuatro cuevas tenía registradas en su libro, un trabajo que terminó a los veintidós años; esta vez, mal pudo ser la cincuenta y cinco...

Siempre queda un lugar para la esperanza, y es esto lo que nos hace seguir luchando, ya que esperamos encontrarlo algún día. Soñamos con él. Hay sueños tan reales que parece que él está aquí. No queremos que desaparezca su memoria. Y entre unas cosas y otras se viven momentos terribles y agotadores, como cuando te llaman para decirte que lo han visto, que lo han reconocido, y entonces tú vas con la esperanza y luego resulta que todo ha sido en falso. Nos ha ocurrido varias veces y es tan duro reconocer que ha sido un error, te quedas tan desmoralizado...

Una vez la alarma la dio una señora de un pueblo de Soria, Coca, que dijo haber visto un chico de sus características, y luego otra del mismo pueblo, lo mismo, y el propio ayuntamiento. O en Puerto Banús, que alguien que te avisa, y vas o mandas a alguien que vive cerca y resulta que tampoco es, que tiene su misma complexión y el color de los ojos y del pelo, pero que no es él. Aunque hayan sido llamadas realizadas con buena fe, eso no cambia las cosas. Y sigues soñando y te despiertas llorando. Cuando abres los ojos dices —es que son sueños tan reales que estás convencida de que esto ha acabado—: «Está aquí, que sí, que le había pasado algo, pero que ya está con nosotros de nuevo y está bien». Es muy duro despertarse...

El tema de los desaparecidos no se trabaja como sería deseable, no se informa como es debido a los familiares de las víctimas. No te avisan de nada, ni de quién es el que ha aparecido momificado ni de cuándo archivan el proceso ni te dicen que hay que personarse en el

caso, que eso es lo que te permite enterarte de cuál es su trayectoria. Hay que tener amigos y andar presionando. Desde aquí, quiero recomendar a aquellas personas que se vean en una situación similar que se unan a Inter-SOS, la asociación de familiares desaparecidos y animarlos a que, en toda España, hagan lo mismo que nosotros: que el día 9 de marzo, el que se les dedica a los desaparecidos, salgan a la calle con carteles en los que estén las imágenes de la persona que han perdido como también las de otros desaparecidos.

Quiero aprovechar esta oportunidad que se me brinda ahora para dar las gracias a todos los que han participado en la búsqueda de nuestro hermano, ya sea en la elaboración de los carteles, en las tareas informáticas... En especial a Carlos Ruiz y Nayara Martín que nos han ayudado en la maquetación y otros aspectos de nuestra *Guía de la Sierra de Mijas*.

CIERRE

Familia a familia, la respuesta ante la repentina desaparición de uno de los suyos genera una energía insospechada; a veces son los padres, otras los hijos o los hermanos, como en el caso de los Gómez Alarcón. Y de entre ellos, es Carmen quien asume el liderazgo de la búsqueda. Como ya hemos visto, fue desde el principio que Carmen se echa al monte con los demás a pesar de su avanzado embarazo. Y apenas se da cuenta de que eso no es lo suyo da con otros caminos para la búsqueda y crea un blog en Internet. Quiere que su reclamo llegue a todo el mundo posible. Su blog es una ventana de doble portante: por un lado le sirve para contar todo lo que se va haciendo, pero también para sumar esfuerzos y evitar que las energías se agoten. No parece que eso pueda llegar a ocurrirle a ella que, durante varios años, además de sus niños y de su labor de capitana del equipo de búsqueda de Juan Antonio, ha dirigido y gestionado una guardería infantil. Desde 2015 se incorporó como patrona a la Fundación QSDglobal, sin abandonar su militancia en Inter-SOS, la asociación de familiares de personas desaparecidas nacida en Cataluña de la que ella puso en marcha la rama andaluza.

Pero hay más. Carmen saca tiempo de donde no lo hay para entrenarse y

preparar las pruebas de ingreso en la Policía Nacional, o en la Guardia Civil, tanto da, antes de cumplir los 40 años. No es una vocación tardía ni una solución profesional a la desesperada. Es, otra vez, una misión. Carmen sueña con ofrecer a uno u otro cuerpo, al que finalmente consiga acceder, el alma e impulso que ha echado tanto de menos mientras ha estado buscando a su hermano. Piensa en conseguir que haya más sensibilidad con las familias que sufren la desaparición de un ser querido, más diligencia en la atención de los allegados, además de una preparación técnica especializada y una formación integral. Ahí es nada.

Día a día, Carmen va tejiendo la malla del «difícil equilibrio entre seguir viviendo y seguir buscando», para decirlo con sus mismas palabras. Y con su aliento infatigable trata de vencer la sombra de una pesadilla recurrente, reproducción de una situación límite que su hermano le había contado a la vuelta de una de sus incontables incursiones a la sierra: cuando se vio atrapado en una gatera en la que se le quedaron encajados los hombros. Tardó en liberarse. Pasó mucho, mucho miedo. Supo inmediatamente del riesgo que corría, se debatió varios minutos con la muerte.

En la eterna espera sin noticias de las familias de los desaparecidos, en el espacio sin contornos de la incertidumbre, hay imágenes que vienen y van como sombras chinescas. Unas se aparecen como ilusión de una cercanía casi tangible del ser querido; otras, como una lejanía definitivamente inasible. Ese desgarrar duele más que el dolor de la muerte que es certeza, irreversible, pero incontestable certeza. Y es ese sufrimiento el que lleva al sentimiento contradictorio de desear una noticia irreversible antes que vivir con la asfixia sin fin del no saber.

Carmen ha evocado ese sentimiento al conocer el trágico final de Hugo Ferrera, el joven barcelonés cuyos restos fueron hallados al cabo de dos años en el Parque Nacional de Brasil en el que emprendió una aventura solitaria. A diferencia de Juan Antonio, Hugo tuvo tiempo de escribir unas notas sobre el accidente que le dejó inmovilizado y aislado en medio de aquel parque inmenso, a miles de kilómetros de su hermana Paola y de Isabel y Giovanni, sus padres. A ellos iban dirigidas aquellas palabras con el detalle de su caída a una sima de siete metros, de su pierna fracturada, de su mirada implorante al cielo sobrevolado por aviones que, al parecer, trataban de apagar un incendio en algún lugar no muy alejado. No menciona el silencio que debió sobrevenir al desaparecer los aviones. Hugo evita hablar del dolor de sus

heridas o de la angustia de saberse ignorado, solo, luchando contra el tiempo en una irremisible cuenta atrás. No habla del miedo a morir. El suyo es un testimonio de resistencia, tan vitalista como el impulso que le llevó a recorrer aquel espacio natural que, sin duda, representaba para él mejor que ningún otro la belleza y la libertad.

En la basílica de Santa María del Mar, la Catedral del Mar, una calurosa tarde de agosto de 2017, Isabel y Paola han convocado a los amigos de Hugo y a la familia residente en Barcelona, para un adiós compartido. Un acto similar al que unos días antes se ha celebrado en Italia con la familia paterna. Hace solo unos días que han regresado de Brasil con la confirmación de que los restos hallados pertenecían a Hugo, aunque todavía con algunas pruebas de ADN pendientes.

Es la hora para un ritual preparado con mimo, con el acompañamiento de una voz prodigiosa y canciones de una sutil espiritualidad que trascienden los repetidos formulismos de un funeral al uso. Hasta alcanzar un clima de pura emoción con las palabras de Paola e Isabel, poniendo voz a las de Hugo.

Asisto en compañía de Luisa Vera, madre de Cristina Bergüa, y no dejo de pensar en que si Carmen hubiera podido también estaría aquí. Es, como ella, una hermana buscando a un hermano y ambos tienen en común su condición de exploradores de la libertad y su pasión por la naturaleza. Carmen ha conocido a Paola y a Isabel durante los dos largos años de búsqueda, ha compartido encuentros con ellas, el último en Madrid en la concentración celebrada en la explanada del Caixaforum el 9 de marzo de 2017. Fue precisamente Paola quien dio lectura al Manifiesto de las familias.

Paola es psicóloga. Obtuvo el grado en 2013 en la Universidad Autónoma de Barcelona. Solo pasaron dos años para que la desaparición de su hermano la pusiera en la tesitura de tener que aplicarse a sí misma los recién adquiridos conocimientos. Es un decir, porque en ninguna asignatura de la carrera había encontrado referencias a las desapariciones de personas. Paola no se arredró por eso. Reunió sus ahorros y emprendió viaje sola a la búsqueda de Hugo. Nada más situarse en el terreno comprendió que para tener alguna probabilidad de éxito tenía que hablar el idioma local. Así que se aplicó y, quizá ayudada por su dominio del catalán y del italiano, además del castellano, se hizo pronto con el *brasileiro*, el portugués casi cantado del Brasil que tanto amaba su hermano.

Un máster inesperado, con la motivación íntima de buscar al hermano con

quien se identificaba en tantas cosas, y también con una angustia creciente por la falta de resultados, o, peor aún, por la sucesión de indicios inquietantes. El que más, seguramente, el de que Hugo hubiera sido víctima de un robo con fuerza y de que estuviera sufriendo las secuelas.

Pero el día del adiós en Barcelona todo eso formaba ya parte del pasado. Según la propia definición de Paola, el «duelo ambiguo» que conlleva la incertidumbre de una desaparición daba paso ahora al duelo a secas, al tener que asumir la pérdida definitiva del ser querido. Nadie quiere pensar en la llegada de ese momento, «el día menos pensado / ese en el que siempre pienso», como afirman sabiamente los versos del poeta malagueño Manuel Alcántara. Pero casi nadie oculta que lo prefiere a la «muerte tacaña» de la incertidumbre que bloquea la liberación del dolor a través del duelo. No fue solo aquella primera vez en que lo escuché a una madre en los inicios de *Quién Sabe Dónde*, he vuelto a reconocer ese pensamiento en otras muchas voces con las mismas o parecidas palabras: «si al menos supiera dónde llevarle flores».

Capítulo 5

Angelines Zurera

SILENCIOS QUE HABLAN

La última década de Aguilar de la Frontera, Córdoba, se ha escrito a base de preguntas sobre lo ocurrido con Angelines Zurera. Su desaparición data de 2008, pero se sigue viviendo como si perteneciera a la más pura actualidad, como si diez años no fueran nada. La Torre del Reloj que hizo levantar Carlos III en el siglo XVIII ha sido testigo de este tiempo de silencios y de clamor popular. Porque posiblemente no hay ni uno solo de los trece mil quinientos habitantes de Aguilar que desconozca el caso; y se cuentan por miles los que se han implicado activamente en la búsqueda de esta vecina querida por todos aquellos que la conocieron.

En este pueblo de la Campiña Sur cordobesa nacieron y se criaron los tres hermanos Zurera: Antonio, el mayor, Angelines y Manoli. De padres jornaleros, ellos también lo fueron, porque, en aquel tiempo, el trabajo infantil era parte del modo de vida de muchas familias en el campo andaluz, su inevitable sistema de supervivencia. Sin embargo, esas imágenes de trabajo junto a Angelines permanecen en la memoria de Antonio casi como un juego de niños. Un tiempo feliz que rememora con una brizna de nostalgia. Una infancia que no le importaría volver a vivir, a pesar del trabajo en el campo o como camarero ya con doce o trece años, a pesar de la dureza de los inviernos. Su añoranza no tiene que ver con el trabajo propiamente dicho; es la convivencia con su familia lo que ha cobrado valor en su memoria. Sobre todo, la convivencia con Angelines, la hermana tres años

menor que él. La nostalgia amplifica esos momentos sobre todo cuando cae en la cuenta de que fueron los únicos y los últimos que pudo compartir con ella.

Con solo catorce años, Antonio se convirtió en un prematuro niño emigrante. En Barcelona apuró sus últimos años de infancia y todos los de la adolescencia hasta que, al cumplir los veintiuno, le llegó la edad de irse a la mili. Otro largo período que pasó también a muchos kilómetros de Aguilar, en Canarias. Sin un solo permiso intermedio. De modo que, al volver a la casa familiar, todo había cambiado. Angelines era la que más lo había hecho: tenía un novio y vivía de modo independiente. Se habían convertido en dos desconocidos. Los años habían hecho desaparecer la familiaridad del día a día, las sobremesas, las confidencias.

Pero Antonio, lejos de quedarse con el lado negativo de las cosas, guarda sobre todo los momentos más felices. En ellos destaca la figura de Angelines, siempre cumpliendo el papel de animadora principal de las reuniones familiares, de la persona a la que le gusta convocar y organizar los festejos hasta el último de los detalles. En su ausencia se ha hecho más evidente para todos el carácter emprendedor y generoso de Angelines. Así es como ha tomado especial relieve el recuerdo de la última vez que los reunió a todos, en la Navidad de 2007, cuando llevaba ya divorciada unos meses, y apenas quedaban dos para su desaparición, el 2 de marzo siguiente.

Antonio tiene anotados mentalmente con toda precisión cada uno de los hechos que se sucedieron desde aquel día fatídico.

ANTONIO ZURERA

Pues sí. Éramos tres hermanos que nacimos en Aguilar de la Frontera. Yo era el mayor de los tres; luego venía Angelines y después Manoli. Yo le llevaba tres años a Angelines. La nuestra era una familia de trabajadores. Sí, mis padres eran jornaleros y, desde muy chicos, nos íbamos a trabajar al campo con ellos. Manoli no, era muy pequeña.

A pesar de todo, fue una niñez muy bonita. Y eso que nos íbamos a los cortijos cordobeses a recoger la aceituna en invierno, y allí nos

pasábamos dos o tres meses. Además, yo trabajaba en un bar, pero Angelines y yo sacábamos el curso limpio. Esto duró hasta el setenta y siete, año en que me fui a trabajar a Barcelona y viví en casa de unos tíos. Luego me tuve que marchar a Canarias para hacer la mili y, cuando la terminé, me volví al pueblo. La mili normal duraba un año, pero en aviación eran quince meses, que fue lo que yo hice. Primero en Las Palmas, en Gando, y luego, en Lanzarote.

Aunque cuando la mili estuve sin verlos los quince meses que duró mi estancia en Canarias —solo quince días cuando juré bandera—, luego, siempre que podía, por Navidad o por Semana Santa iba a verlos y les llevaba montones de regalos. Lo que pasa es que estuve fuera un montón de tiempo, seis o siete años, y eso aleja mucho. Nos perdimos la adolescencia de todos los hermanos, muchas confidencias por compartir... Ni siquiera nos escribíamos. Qué le iba yo a contar a una niña de once años si yo ya tenía catorce cuando me marché. Durante los cinco años que estuve fuera llamaba semanalmente, pero no escribía. Nos faltaban esos momentos cotidianos de charlar en la mesa, de compartir cosas.

Cuando regresé, Angelines tenía novio y era toda una mujer. Un novio que había conocido a los catorce años cuando él se había mudado a nuestra calle, la calle Belén, y allí se conocieron. Sí, se trata del mismo que ahora está imputado por su desaparición. Volví al pueblo, estuve conviviendo con mi familia unos años. Luego Angelines se casó y, como es lógico, se van a vivir juntos. Fue una buena boda. No había problemas económicos y todo parecía ir sobre ruedas. Tenía su casa y se había casado con un hombre del que estaba enamorada.

Apenas tengo recuerdos de cuando tuvo a su primer hijo, Manuel, pero sí que me acuerdo de cuando nació el siguiente, Dani, que se llevaba con mi hija Silvia dos días. Yo fui a verla al hospital de Cabra, donde estaba ingresada. Desde que volví a Aguilar y me casé, las relaciones se hicieron más frecuentes y nos vimos más a menudo, porque ella acostumbraba a ir a casa de mis padres con los dos niños y allí nos encontrábamos.

Angelines, aunque a veces acompañaba a mi padre en faenas del campo, fue dejando de trabajar hasta que se dedicó por completo a

su casa y a su familia. Sin embargo, charlábamos a menudo y compartíamos cosas. Ella era muy especial. Ahora lo pienso y me doy cuenta de una cosa muy importante: era ella la que llevaba siempre la voz cantante, la que lo organizaba todo, aunque lo hacía sin querer llamar la atención.

Por ejemplo, yo me casé un 24 de diciembre y lo celebramos con una comida con la familia y los amigos. Pues bueno, ella, ese día, decidió que fuéramos a cenar a su casa y allí que nos volvimos a reunir todos los que habíamos estado de celebración al mediodía, y todo, todo, lo había preparado ella. Como aquella Nochebuena antes de su desaparición, en el 2007, cuando ya estaba separada, que organizó una reunión familiar para que comiéramos todos juntos: buscó el sitio y encargó la comida, que fue llegar y sentarnos a la mesa sin ocuparnos de nada. Así era mi hermana: todo dinamismo y alegría. Siempre que estaba ella no había que preocuparse. Animaba las reuniones y con su gracia y carácter era imposible aburrirse.

También me acuerdo de la primera comunión de mis niños, que no la hicieron, pero yo quería que ellos tuvieran lo que todos los demás niños, su fiesta y su regalito.

—La celebramos en mi casa —me dijo sin más.

Así era ella. La primera, la que estaba pendiente de las necesidades de la familia, de mis padres y mías. Resulta que a mí me han operado varias veces, ¿no? Pues era la que me traía y me llevaba y se ocupaba de mí. Y no hacía falta que nos llamáramos por teléfono cada diez minutos. No hacía falta. Simplemente, estaba ahí, siempre al pie del cañón.

Además, y aunque los tuviera, nunca contaba nada de sus problemas, que los tenía. Cuando decidió separarse, sus hijos ya habían cumplido dieciocho y diecinueve años, y fueron los primeros que le aconsejaron que se separara porque ella les pidió su opinión. Yo no tenía ni idea de lo que estaba pasando: él era un alcohólico y un sinvergüenza que llevaba siete años liado con una prostituta a la que le había puesto un piso.

—Claro que sí, mamá. Sepárate, estás en tu derecho.

—Lo que no entendemos es cómo no lo has hecho antes.

Los hijos estaban totalmente de acuerdo.

En aquellos momentos, ella parecía otra, como si se hubiera librado de un peso grande. Porque él vivía una doble vida: la de cada día, su realidad familiar, y la que aparentaba de cara a los demás. Drogadicto y alcohólico. La pobre tenía problemas psicológicos, la veía un especialista y estaba en tratamiento. Cuando desapareció, a los tres o cuatro meses de su separación, el psicólogo dijo:

—Entonces era cuando empezaba a estar bien. Yo, en la próxima consulta...

Y dejaba la frase sin terminar y con ella quería decir que le iba a quitar el tratamiento, que le iba a dar el alta. Me pregunto cómo no me había dado yo cuenta antes, y eso que todo estaba pasando delante de mis narices. No me lo puedo creer, me decía a mí mismo. Pero ella no dejaba que se notara nada. Incluso estuvo haciendo terapia con su marido para ayudarle a superar su adicción al alcohol y a mí me lo contó en un arrebato.

—Hermano, a ti tengo que contártelo, mi marido no se ha ido a Alemania a buscar maquinaria ni excavadoras ni nada por el estilo. Está ingresado en Córdoba, en una clínica para desintoxicarse, pero sé que no va a servir de nada, no va a dejar el alcohol ni las drogas...

El marido tenía una empresa de movimientos de tierras, de camiones. Estaba enganchado a las drogas, pero parece ser que no hubo violencia física hasta el día 19, doce antes de su desaparición. Violencia psicológica sí que hubo y mucha, lo decían los informes de la Policía Judicial. Pero en el momento de la desaparición, mi hermana estaba bien. Y no, ella no se quitó de en medio. De haberlo hecho, habría sido antes, no entonces, cuando ya parecía otra.

La violencia... La separación fue amistosa, solo hubo abogados, ningún juez. Ella se quedó con el chalet, con el coche que tenía, que estaba nuevo, y con un dinero que él le dio. Mira que era un tacaño que siempre estaba cuidando del euro. Lo que yo me digo es que era puro machismo, que el tipo pensaba: «Esta es mía y, como es mía, todo lo que le dé sigue siendo mío y volveré cuando me dé la gana».

Estoy seguro de que ella todavía lo quería y que, si él se lo hubiera propuesto, habría vuelto a su lado, pero claro, todo esto siempre que no aparecieran terceras personas, que eso fue lo que ocurrió. Que mi hermana se enamoró de otro y empezó a salir con él, y eso fue lo que

lo volvió loco.

La citó en una de sus naves el día 19 y empezó a echarle en cara todas las llamadas telefónicas que había en su móvil, suponemos que se lo había controlado antes de separarse.

—He llamado a ese teléfono y es un hombre el que me ha contestado.

—Pues sí, es un hombre, y estoy saliendo con él. Yo no soy nada tuyo, estamos separados, déjame vivir.

—O eres mía o no eres de nadie, así que toma, y no se te ocurra seguir con ese individuo.

El puñetazo le llegó de lleno a la nariz, le desvió el tabique nasal y le puso un ojo morado. Además, ella tropezó y se dio con un mueble en un hombro y se le puso el hombro como el ojo. Mi hermana se calló y no se lo dijo a nadie, solo se lo contó a tres personas: a mi madre, a una cuñada y a una prima nuestra, y todo para que no nos enfrentáramos ni yo ni mi padre con aquel energúmeno. ¿Y qué hizo él a continuación? Pues irse a casa de mi madre a llorarle. Quería que intercediera con mi hermana para que volviera con él, y fue entonces cuando lo dijo abiertamente.

—O es mía o no será de nadie.

Y mi madre, como sabía que pasaba algo porque él no paraba de llorarle, le pidió a mi hermana que fuera a verla, y cuando lo hizo le enseñó el ojo, el hombro... Había ocurrido aquel mismo día. Entonces, efectivamente, ya se rompe absolutamente toda la relación entre mi hermana y su ex. A partir de ahí hubo doce días de acoso tremendo, doce días de acoso, de muchísimas llamadas de teléfono de él a ella, y le confiesa que está enfermo, se va a la casa de su madre y mi hermana también acude para ver cómo está, para preocuparse de la situación. Por otro lado, él la sigue con el coche a donde vaya..., y mi madre en medio porque la persiguen las lamentaciones del otro. Pero prevalece la versión de mi hermana, y mi madre a quien de verdad quiere es a ella.

—Hija mía, no te digo que vuelvas con él, pero piénsatelo bien...

—Madre, y esto qué te parece, esto que tengo en la cara qué es. — Se quitaba las gafas y allí estaba la agresión a las claras.

Un día, mi hermana pasaba por delante de mi trabajo, para ir a su

casa tenía que hacerlo. En aquella ocasión, como él la seguía, ella se detuvo. Él también la imitó y, entonces, mi hermana me llamó. Yo salí y vi asomarse el moratón por debajo de las gafas, y le pregunté por él. Me respondió que se había caído por las escaleras. Y él, que, como acabo de contar, iba siguiéndola en su coche, se paró y se bajó a la vez que ella, y ni se inmutó. No dijo ni pío mientras se fumaba su cigarro tan tranquilo, eso sí, muy atento a lo que hablábamos mi hermana y yo. Un cínico, eso es lo que es. Estoy seguro de que, si hubiéramos sabido cómo estaban las cosas, mi hermana no habría desaparecido. Callaba por no vernos sufrir por ella. La violencia de género... Lo peor es no decir nada y no denunciar. Aunque a él, claro, después del puñetazo, le cayeron seis meses de cárcel, pero como no tenía antecedentes, no los cumplió.

Esa fue la última vez que la vi, pero eso lo puedo decir ahora. Cuántas veces he recordado aquel momento. Si lo hubiera presentido entonces seguro que habría actuado de otra manera, hubiéramos estado más pendientes de ella y hoy estaría aquí con nosotros. Mi hermana desapareció un 2 de marzo, porque el 3 se presentó en mi trabajo una sobrina por parte del marido y me preguntó si sabía dónde estaba Angelines, que no había ido a trabajar. Además, ella, como era la que abría la nave en el taller de empleo, al no aparecer, había dejado a todo el mundo fuera. Si no llega a ser por ese detalle, igual nadie se hubiera dado cuenta.

Siempre me he preguntado por qué vino esa muchacha a avisarme a mí cuando apenas nos conocíamos y podía haberse dirigido a mis padres o a cualquier otra persona de la familia con las que tenía trato. Todavía sigo sin entenderlo porque nunca había hablado conmigo, ni siquiera creo que supiera mi nombre, ni tampoco dónde trabajaba. Tampoco tengo forma de averiguar quién le dijo que viniera a mí, ni con qué intenciones, el caso es que no se lo pregunté. En cuanto recibí el aviso, me fui a casa de Angelines, que estaba a quinientos metros de mi trabajo, y me encontré a los dos hijos durmiendo, que tampoco la habían visto el día anterior y eso que había quedado con uno de ellos para despertarlo a las siete e ir al trabajo. Empezamos a mirar y no se había llevado ni el móvil ni el coche ni las llaves... Nada de nada. ¿Qué iba a hacer, dónde podía haber ido en esas

condiciones?

—No les digamos nada a los abuelos para no preocuparlos, pero no voy a esperar mucho. Si a eso de las doce no ha aparecido, voy a denunciar a la Guardia Civil. —Los chicos me miraron y manifestaron su conformidad.

Cuando fui a contarlo, me dijeron que tenía que esperar entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas, en las que ya intervino la Policía Judicial. Primero me preguntaron a mí y luego empezaron a investigar. Y mientras, llamando a todo el mundo con la esperanza de que te dijeran: «Está aquí». Pero nada: ni ella ni el marido aparecían. Continuamente se nos metía en casa una excuñada, de la que luego nos dijo la Guardia Civil que no dijéramos nada delante de ella, porque luego se lo iba contando todo a él, que era una espía y una aspaentera. Se pasaba el día entre desmayos y soponcios desde que Angelines había desaparecido.

Llegó el momento en que ya no pude disimular más y se lo conté a mis padres, que se desmayaron los dos y, cuando se volvieron en sí, se fueron a casa de mi hermana y se quedaron allí tres años esperándola y cuidando de sus nietos, hasta que volvieron a su casa porque los niños ya eran mayores. Yo me quedé cuatro meses en casa de mi hermana, en contacto permanente con la Guardia Civil. El marido no hizo nada de nada, pasó el tiempo viéndolo todo detrás de la cristalera de un bar. Solo se puso en contacto conmigo dos veces. La primera fue para enseñarme la lista de llamadas que tenía mi hermana. Me pidió que me subiera a su coche y me llevó a un lugar apartado.

—Qué me quieres decir con esto. Mi hermana era libre y podía hacer lo que le diera la gana —le contesté.

Y él insistió en enseñarme esas llamadas y en decirme que había un número que era el que más se repetía y que él no se fiaba. Que incluso había llamado a esa persona, un tal Juan Carlos, de Valencia, que había conocido en un chat. Y trató de convencerme de que por ahí era por donde había que investigar, que se lo dijera a la Guardia Civil. Esa conversación ocurrió a los dos días de desaparecer mi hermana, y yo supe que la Guardia Civil tenía el informe de Vodafone con todos los registros de llamadas del teléfono de mi hermana. Esa

conversación se quedó ahí, más tarde me enteré de que esa misma lista de llamadas es la que le enseña a mi hermana cuando la agrede físicamente el 19 de febrero. Y la misma con la que va a llorarle a mi madre para que Angelines vuelva con él.

La segunda vez que se acercó a mí fue cuando entró en la casa de Angelines, se sentó en la cama de matrimonio y levantó el colchón como buscando algo, abrió un cajón de un mueble, pero no se llevó nada. A todo esto, sin abrir la boca ni decir media palabra... Un comportamiento inexplicable. Lo que sí pretendió desde siempre es que se cerrara el caso, pero no lo va a conseguir porque aquí estamos nosotros empeñados en que el caso siga abierto. Parece mentira que quiera que no se siga buscando a la madre de sus hijos. Vamos, a cualquiera que tenga sentimientos, si le dicen que ha desaparecido alguien en Rusia y le preguntan si hacen bien en buscarlo, contestará que sí. Pues él no, todo lo contrario, pero no ha podido conseguirlo.

Tenemos una abogada maravillosa, Aurora Genovés, que la conocemos porque montó en Aguilar una plataforma de mujeres de Córdoba. Con ella estaba también Dulce Rodríguez, que, en aquel momento, no sé si era presidente o vocal o portavoz de la plataforma cordobesa contra la violencia contra la mujer. Le contamos nuestro caso, se interesaron, y Aurora se ofreció a llevarlo generosamente. Nunca ha cobrado ni un céntimo y espero que todo esto puede remunerarse algún día.

Ella ha conseguido que se mantenga abierto un caso durante diez años, que son muchos para que eso suceda. La pena ha sido que los distintos jueces que han pasado por el tema no le hayan querido dar la información que tenían a la Policía Judicial o que no hayan autorizado las diligencias que les proponía una y otra vez la Policía Judicial de la Guardia Civil. Algunas de ellas, que no pueden revelarse, posiblemente hubieran podido aclarar todo. Pero los distintos jueces y juezas que se han ido ocupando del caso las denegaron. No solo eso, sino que lo pusieron a él, al imputado, sobre aviso, y le advirtieron acerca de lo que iban a hacerle. Le contaron las artimañas que la policía iba a emplear para que confesara. Un comportamiento que no puede entenderse por más que lo justifiquen

con la falta de medios humanos y técnicos.

Pues sí, señor. Lo metieron en la cárcel, y el truco era que creyera que lo habían encerrado por la desaparición, pero en el fondo querían tenerlo setenta y dos horas sin cocaína para que confesara. De vez en cuando lo llevaban al bar y le daban un café, pero nada, no abría la boca, hasta que cuando tuvieron que decirle que lo tenían encerrado por violencia de género, el tío empezó a cantar con la frialdad más grande: «Abre la puerta, carcelero».

También pedimos la intervención de la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil, que vino y tuvimos una entrevista en la Comandancia General de aquí de Córdoba con los máximos responsables. A los dos o tres años aparecieron en Aguilar dos mandos de la Guardia Civil. A mí me enseñaron dos paquetes de fotocopias, el sumario y vinieron a decirme que, si no eran ellos los que iban a llevar el caso, sí iban a participar en la investigación. Que se llevaban el sumario para estudiarlo y que, a partir de ahí, ya intervendrían. Al cabo del tiempo, al no tener noticias, preguntamos qué pasaba y me dijeron que a los dos días los habían mandado a Bosnia, con lo que el proceso se había parado.

Quiero hablar aquí del apoyo vecinal que hemos tenido. Qué sería de las familias de los desaparecidos sin esa ayuda, porque lo cierto es que uno solo no puede. Uno ha llevado una vida, y de pronto esa vida se para y se llena completamente por otro tema, y, además, tampoco hay medios económicos para hacer frente a tanto gasto. Aquí los amigos nos ayudaron creando una plataforma y haciendo los carteles. Así llevamos dos años.

Hubo un momento en el que se pensó que había que nombrar a un portavoz que respondiera a la prensa, que hablara con la abogada, que se relacionara con la justicia, que representara a la familia ante los medios de comunicación, y yo me ofrecí. Y lo he hecho lo mejor posible, y siempre animado por la cohesión tan grande que ha habido entre nosotros desde que desapareció Angelines. No solo con la familia, sino también con amigos que ya son como hermanos, incluso con gente que se ha quedado en el camino. A todos les doy siempre las gracias, porque tú solo no puedes tirar adelante con esa carga, necesitas apoyo psicológico y mucha solidaridad.

Es que, además, conforme el tiempo pasa, se van sabiendo cosas que no se pueden contar. A mis padres no les decía nada, solo que las pesquisas estaban en marcha, que todo iba adelante. Pero es un dolor que te deja sin resuello, es que te duele todo, hasta los riñones, cuando piensas que tu hermana no va a volver, que la han asesinado. Saber quién ha sido y no poderlo probar, por el momento, y cruzarte con al asesino, o «presunto» asesino, y no saber si vas a poder contenerte, es muy duro.

Llega un momento en que solo quieres saber dónde está tu hermana para darle una sepultura digna, porque ya asumes que no es posible que esté viva. Encontrarla y encontrar al culpable es nuestro objetivo. Que reciba el castigo que se merece y no se vaya de rositas, que es el que está imputado, que hasta en sus campos ha oído a cadáver. Es más, en alguno de los autos judiciales se menciona expresamente que en la pala de una de las excavadoras propiedad de este hombre los perros detectaron olor a cadáver. Y dicen también que no descartan que haya habido un traslado del cadáver. Otra vez el georradar detectó en una finca unos conos enterrados (los conos son unos depósitos de vino que también se usan como depósito de agua) y el perro se paró allí hasta tres veces. Se extrajeron cavando cuatro o cinco metros, pero no apareció nada en el fondo. Fue una gran decepción, porque estuvimos en eso un día entero. Yo le pregunté al guardia civil que dirigía la operación si podía ser fallo del perro, pero me aseguró que no, que ese mismo animal había sido capaz de detectar una simple gota de sangre impregnada en un trapo en mitad de un basurero. Así que lo que venía a confirmarse era la idea del traslado del cadáver.

Hay un camino para la esperanza. Hace años, cuando desaparecían otras personas, cuando ocurrió lo de Marta del Castillo, había menos medios. Hoy, los familiares de esas víctimas somos muchos y estamos organizados, nos arropamos, nos manifestamos, no estamos solos, sino que compartimos ansiedad, rabia y desesperación. Qué suerte poder pensar que llegará el día en que no te vuelvas a despertar pensando dónde está, cómo estará, que todos los desvelos de estos años no serán en vano.

Hemos excavado pozos, hecho agujeros y más agujeros y esto no

se acabará hasta que la encontremos. Se podrá aflojar en algún momento, pero pararse, nunca. Yo tengo ya a alguien encargado de darme dos tortas si me ve flaquear. Ya estamos preparando los actos para el 2 de marzo de 2018. Porque nunca logras desconectar. Sin parar, siempre sin parar.

CIERRE

En el relato de los hechos, Antonio se expresa sin precipitación, incluso con cierta parsimonia, pero, sobre todo, separando los datos objetivos de su interpretación subjetiva. Se aprecia enseguida esa premisa que lo define como alguien que usa toda su capacidad de raciocinio frente a cualquier tentación de visceralidad.

Será quizá debido a su condición de militante político hecho a sí mismo a base de lecturas, de debates, de disciplina organizativa. O tal vez pese aún más que eso la prematura madurez adquirida a fuerza de tener que ganarse la vida desde muy niño. La responsabilidad de conservar el trabajo. O el ejercicio de supervivencia que realizó entre trabajos intermitentes desde que comenzó la gran crisis financiera que ha alcanzado a todos los sectores, incluido el suyo, el metalúrgico. Ese es el oficio que ha elegido para identificarse entre los patronos de la Fundación QSDglobal a la que se unió al poco de su puesta en marcha como portavoz del Espacio Familias.

En algunas de sus intervenciones en medios, escuchamos a Antonio expresar el sentimiento de rareza que le produjo estrenar una palabra hasta entonces inexistente en su diccionario: desaparecida. Angelines desaparecida.

En otro momento, Antonio cuenta cómo va enfrentándose a la situación arropado por amigos y vecinos, pero tomando para sí mismo las responsabilidades principales en la relación con la policía, con la prensa... y con el entorno familiar.

Ahora, cuando van a cumplirse diez años de los hechos, es en ese entorno donde concentra sus reflexiones sobre los factores que concurrieron en la desaparición de su hermana y sobre lo que hubiera podido hacerse para neutralizarlos. La perspectiva del tiempo le lleva a considerar como una clave especialmente importante el que tres mujeres hubieran sido las únicas

confidentes de la grave agresión sufrida por Angelines a manos de su exmarido el 19 de febrero, doce días antes de la desaparición. Solo esas tres mujeres compartieron el «secreto» con ella. Las tres callaron. Silencios impuestos por el miedo al qué dirán, por la palabra dada a la propia víctima. Y por imperativos de la sociedad patriarcal, añade Antonio. Silencios que fraguaron el silencio final.

Revertir la ausencia de Angelines no es posible, pero Antonio no puede dejar de pensar que otra realidad hubiera podido salvar a su hermana si el maltrato del que fue víctima, no solo el físico sino también el psicológico, no lo hubiera guardado solo para ella. Como tantas otras mujeres. Si sus confidentes, en vez de poner por delante el principio de lealtad, hubieran tenido plena conciencia del grave riesgo que corría, quizá no hubieran guardado silencio. La «vergüenza social» que ha rodeado históricamente la violencia de género parece haber prevalecido en este, como en tantos otros casos, sobre la decisión de denunciar. No puede olvidarse que hablamos de hechos acaecidos una década atrás y en una pequeña población del medio rural.

¿Su desaparición condena a Angelines a un silencio definitivo? No del todo, si se consideran los múltiples indicios presentes en el relato de su hermano Antonio, a través de los que parece que Angelines quisiera hacerse oír. Sin embargo, el cúmulo de indicios no ha podido constituirse en prueba que incrimine de forma fehaciente al presunto autor de su desaparición. Esta es la batalla judicial que sigue viva una década después del día en que desapareció Angelines. Una batalla que los Zurera comparten con otras familias como la de María Piedad García Revuelta, de Madrid, o la de Sonia Iglesias, de Ourense. Porque ellas, como Angelines, desaparecieron al tiempo que estaban inmersas en un proceso de separación de sus respectivas parejas. En el caso de María Piedad, el presunto asesino firmó su autoría al quitarse él mismo la vida colgándose de un poste eléctrico, y patentó su cobardía ocultando su cadáver. En el de Sonia, el sospechoso ha conseguido zafarse de la imputación a falta de pruebas concluyentes. Pero la familia de la orensana, como la de Angelines, está decidida a continuar su insobornable combate contra la impunidad y para que se haga justicia.

En el caso de Angelines, algo muy importante ha fallado en el procedimiento judicial para que el hecho más relevante —el de su desaparición— no se constituyera en el argumento principal de la imputación.

Quizá sea consecuencia de la sucesión de jueces o quizá la forma en que se ha aplicado la figura de imputado (anterior al cambio de denominación de imputado a investigado), lo cierto es que al exmarido de Angelines le ha servido más bien de escudo protector, al permitirle preparar coartadas o evitar determinados seguimientos...Por algo él nunca pidió que le levantaran la imputación, concluye Antonio. Su opinión la comparte Aurora Genovés, la abogada cordobesa que se hizo cargo del caso, por cierto, de forma totalmente altruista.

Van a cumplirse diez años, pero, ya desde la primera semana, Antonio sabía que lo que estaban buscando era el cadáver de Ángeles y a su asesino. Antonio no pronuncia el sustantivo, ni siquiera bajo el protector adjetivo de presunto. Sabe de quién habla, aunque no lo llame siempre por su nombre propio. Todos lo saben. El aludido también. Haberse librado hasta ahora del banquillo refuerza su actitud desafiante.

No hay asomo de rencor en Antonio, pero es ostensible su pulso con la rabia. Es «el latir de los riñones» que descubre y que gobierna a fuerza de sentido de la responsabilidad y de confianza en que, al final, se imponga la verdad y se haga justicia.

Mientras, su decisión es inapelable: no parará nunca. Tantos años de lucha merecen un final digno. Un punto y aparte sustentado en una despedida cálida y honrosa de quienes quisieron de verdad a Angelines. Sus padres, sus hermanos y todos aquellos que empezaron siendo amigos y han terminado perteneciendo a la categoría de hermanos. El derecho al adiós. El derecho a saber. El derecho a recordar. En paz, libres de las sombras que habitan en la incertidumbre y la impunidad.

Capítulo 6

David Guerrero

CIENTO CINCUENTA METROS

Que a David Guerrero Guevara se le recuerde como «el niño pintor de Málaga» es una de las cosas que menos les gusta a su madre, Antonia, y a su hermano Raúl. Es un estereotipo creado por la prensa, un cliché muy alejado de la memoria que ellos guardan con idéntico mimo al que emplean para conservar sus cuadros, sus dibujos y cuantas cosas ayuden a mantener vivo su recuerdo, a resguardo de las incontables teorías —esotéricas, descabelladas o simplemente gratuitas— que su desaparición ha ido generando a lo largo de treinta años.

Mi encuentro con Antonia coincide con el primer año transcurrido desde la declaración de fallecimiento de David, el duro trámite que se vieron obligados a hacer para desbloquear el patrimonio familiar, algo que nunca se habían planteado hasta la muerte de Jorge, el cabeza de familia, en 2015. Lo que no era sino un mero trámite administrativo se convirtió en un *boom* informativo de enorme alcance. Resurgieron muchas de las conjeturas sobre lo que pudo pasar con aquel niño de trece años desaparecido justo al día siguiente de que se inaugurase la primera exposición colectiva en la que participaba.

A lo largo de estas tres décadas he conversado con Antonia en distintos momentos, casi todos durante los años noventa en los que el programa *Quién Sabe Dónde* se ocupó reiteradamente del caso. En esas ocasiones era Antonia quien acudía al plató; ahora soy yo quien, por primera vez, llamo a la puerta

de su casa en el malagueño barrio de Huelin. El mismo donde vivió David toda su infancia, hasta los trece años, hasta aquel fatídico día —6 de abril de 1987— en que se perdió su rastro en un espacio de apenas ciento cincuenta metros.

Antonia ha seguido viviendo en la misma casa a la que se trasladó con su marido, Jorge Guerrero, recién inaugurada la barriada con el elocuente nombre de «25 años de Paz». Esa apelación ha desaparecido, aunque las calles siguen teniendo nombres de militares y una enrevesada distribución que las hace resistentes al GPS. Con la ayuda de los pocos vecinos que deambulan por ellas una calurosa tarde de agosto, consigo llegar. Enseguida, la voz de Antonia en el telefonillo del portal me invita a subir.

Puede que sea fruto del largo aprendizaje de dolor contenido que implica tener a un hijo desaparecido durante tres décadas lo que dota a Antonia ahora de una actitud sosegada, amable, discretamente sonriente. Una serena entereza con la que sobrevive a la ausencia irreversible de su marido, fallecido en 2015, y a la de su añorado David, el mediano de los tres hijos, que se niega a dar por definitiva.

Al mayor, que se llama Jorge, como el padre, lo tiene cerca, aunque hace ya tiempo independizado. Al pequeño, Raúl, en Inglaterra, pero con ella cada vez que tiene vacaciones, como ahora. Ha sido para mí una doble y grata sorpresa: por la oportunidad de conocerlo y por la posibilidad de incorporar su voz junto a la de su madre en el esfuerzo por reconstruir la ausencia de David.

ANTONIA Y RAÚL

Antonia Guevara, madre de David (A.): No es que quiera remover las cosas, pero es que hay veces que te puede servir de purga. Han pasado ya tantos años, pero es que yo lo vivo como si fuera ayer...

Raúl Guerrero, hermano (R.): Yo no me acuerdo apenas de lo que ocurrió, era muy pequeño. Solo recuerdo que pensaba: «Esto se va a arreglar mañana...».

A.: Era el día clave, la primera vez que iba a ser conocido por el cuadro ese, cuando iban a hacerle una entrevista en la radio, porque

era el único niño que presentaba un cuadro en una exposición de mayores... El del Cristo.

R.: *El Cristo de la Buena Muerte.*

A.: Que lo hizo en un día, en un día, qué barbaridad, que pidió permiso en el colegio, me parece que fue ayer. En un día.

R.: Es que yo, que soy pintor, puedo decirlo: era algo increíble. A mí todavía me maravilla.

A.: Y fue en el ochenta y siete.

R.: Yo ahora no sería capaz de hacer eso con esa misma calidad.

A.: Parece que lo estoy viendo, en su caballete. Y una mesa, que, por cierto, se la llevó Jorge al trastero que tiene. La mesa grande, la mesa blanca de dibujo, ¿te acuerdas?

R.: No me voy a acordar... A mí me parece más impresionante todavía que ese dibujo grande de Rocky, que lo hizo para el gimnasio de un amigo de papá, ¿no?

A.: Es del ochenta y cinco. Anterior al del Cristo, que fue en el ochenta y siete. Tenía once años... Porque él, todo lo que le pedía papá... «Mira, me ha dicho fulanito que por qué no le haces...». «Encantado». Se lo hizo. Lo puso en el gimnasio y le decían: «Esto qué va a ser de un niño», «esto es una fotocopia», no sé qué más... «Esto lo ha hecho un niño. ¿Quieres que te traiga al niño?», les contestaba él.

R.: Lo que a mí más me maravilla son los tonos de la piel. El sudor y las partes donde no hay nada, solamente los tonos que van cambiando..., ese difuminado, el carboncillo. El lápiz de carbón y también estos carbones. Que no son lápiz. Y con unos difuminadores... Es difícilísimo captar esos efectos, incluso del fondo. Yo no sería capaz de hacerlo.

A.: Y el hombre, cuando cerró el gimnasio, porque claro, es lo que pasa, yo le dije a él: «Antonio..., el cuadro este lo quiero yo para mi casa, eh, no lo vayas a dejar». Y en cuanto lo quitaron, me lo traje para acá.

R.: Estamos pensando en organizar una exposición. Con todo lo que tenemos guardado. Sería bonito montar su obra... Además, sería una manera de retomar la historia y contarla desde nuestro punto de vista.

Y otra cosa que me maravilla, algo totalmente diferente pero que me parece genial, es una versión de *El Juicio Final* del techo de la Capilla Sixtina de Miguel Ángel. Aquí la tenemos enmarcada después de que se pasara no sé cuánto tiempo enrollado el papel.

A.: La pintó en el 84.

R.: Hecho en estilo de cómic. Te pones a mirar y es divertidísima la versión que hace de Miguel Ángel. Muy avanzado por aquel tiempo.

A.: Es verdad, lo teníamos enrollado por ahí, guardado, hasta que se me ocurrió sacarlo a la luz.

R.: Además, muestra otro aspecto de su talento que quizá se conoce menos, que es el humor que había en muchas de las cosas que hacía, porque lo del Cristo lo ha marcado un poco, demasiado, ¿no? Sí, como si todo fuera un poco lúgubre..., pero no era así. El noventa y nueve por ciento de lo que pintó fue humorístico inspirado en los tebeos de Mortadelo. Este está hecho con un bolígrafo Bic y ni siquiera está dibujado antes con lápiz. No hay nada de bosquejo.

A.: Pero ¿es una reproducción de la pintura de Miguel Ángel?

R.: No, él se tomó las libertades que le dio la gana. Las figuras no están en el mismo orden. No tuvo ningún respeto a la obra del artista. O sea, que creó un mundo propio. Además, que yo pienso que tiene esa frescura por no haber tenido ni una clase formal de Arte y, sobre todo, creo yo también, de haber crecido un poco con estas imágenes. Un estudiante que vaya a hacer algún trabajo basándose en una obra así, estaría cohibido, tendría ese respeto de estudiante... Pero en esta casa esa obra la había estado viendo desde chico. Para él era como un viejo conocido. Él lo hizo con ese espíritu. Por otro lado está ese asterisco que pone, que creo que está basado en algo que hacía Ibáñez también. Esa manera de firmar. Quizá sea algo nuestro porque yo todavía lo hago. No cuando firmo, sino cuando tengo que hacer una nota de algo.

A.: Yo creo que lo de los asteriscos le viene de Ibáñez, de Mortadelo. Cada semana venía tu padre con ellos, con los tebeos. Cuando salía el último cómic, lo teníais. Ya te digo, que no los he tirado, que tengo un montón guardados por ahí. Y blocs hechos por él de historietas...

R.: Mira que llamarlo «el niño pintor»... Eso me da mucha rabia,

porque me parece tonto. Y decir que era un segundo Picasso... La gente tiene mucha imaginación. Serían cosas de la prensa, ¿no crees, mamá?

A.: El niño pintor...

R.: Que yo creo que se ha recordado la historia un poco por eso, ¿no? Pero son como coletillas que a mí no me dicen nada o incluso me resultan desagradables. Para mí es David, mi hermano. Lo de pintor...

A.: Pintaba tendido en el suelo porque entonces no teníamos mesa... Con lo chica que es esta casa.

R.: Lo de la pintura era en él algo natural. Nunca tuvo la pretensión de hacerse famoso o hacer exposiciones.

A.: Todo empezó al día de la inauguración, cuya temática era la Semana Santa, que fue el día 3. Fuimos nosotros. ¿Tú no viniste, no, Raúl? No... Fuimos los tres: papá, yo y David. Estaban todos los cuadros de Semana Santa. Y él ve que el suyo estaba un poco más apartado, porque como era un niño no podía estar con el de los mayores... Tengo ahí la foto y, además, ha salido en Facebook, en Internet, en ella se le ve mirando el cuadro... Y ahí empieza la historia. Está mirando el cuadro en una escalerita, apartado.

Total, que un periodista, del que no me acuerdo del nombre ahora, le dijo que le gustaría hacerle una pequeña entrevista. Que por qué no se pasaba por allí el día 6, que era lunes. La inauguración fue, me acuerdo perfectamente, un viernes.

El domingo se lo comenté, «David, a ti qué te parece». Y me contestó que sí, que le parecía bien. Así que, como él iba a pintar también al centro todos los días, le dijimos: «¿Tú sabes llegar?». Y le explicamos cómo ir: «Mira, aquí está el autobús...», y dijo sí, y ya está.

R.: Papá iba a recogerlo siempre cuando tenía clase de pintura. Nunca se venía solo. Irse, se iba solo, total, la parada del autobús está ahí al lado, él con su bonobús lo cogía sin problema, pero nunca se venía solo a las nueve.

A.: Ese día papá se lo dijo: «Si tardas mucho en la galería, te espero ahí. Si ves que no te da tiempo, pues te vas para arriba». Pues llegó papá a la galería, llegó antes, y dijo: «A ver si está aquí».

Empezó a mirar y dijo: «Pues no está». Y le preguntó al conserje: «¿Ha visto usted salir a mi hijo?». Y le respondió: «No, hoy no lo he visto». Y él dijo: «Qué raro. Qué raro que se haya sido solo».

«No lo he visto». Entonces salió para arriba, llegó a la calle Granada, que está a diez minutos y, como no lo encontró, fue otra vez para abajo. Total, hasta que volvió otra vez allí y le dijo el conserje: «Suba usted arriba, a ver si es que no ha bajado». Papá subió donde estaban pintando, se presentó y le dijeron: «No, hoy no ha venido por aquí». Pues nada, cogió su coche, se vino para acá. Y tu padre abrió la puerta, y estaba yo en la cocina, preparando la cena, y abrió la puerta y le dije: «Jorge ¿y el niño? ¿Y el niño?». Y él dijo: «Eso digo yo, ¿y el niño? ¿No ha venido?». Entonces le dije: «Jorge, el niño ¿cómo va a venir?». Y ya, a partir de ahí empezó la búsqueda.

Se echaron a la calle Jorge, que era el mayor, y los amigos. Por si se había venido andando. En fin, se fueron andando, se fueron al centro por si lo veían... Y a las doce o a la una, tu padre, con unos compañeros, se presentó en el cuartel de la Guardia Civil a poner la denuncia. Era un niño de trece años...

R.: El caso es que le dijeron que era un niño de trece años y que quizá se había ido con un amigo al cine... Al cine, con lo especial que él era, que no iba a ningún sitio solo.

A.: Al día siguiente papá fue y les dijo: «Bueno, ¿es hora ya de decir que mi hijo no ha vuelto? Que mi hijo es un niño que no tiene amigos, del colegio nada más, su hermano... Que es un niño muy casero, no le interesa nada más que su pintura...».

Fue el mismo día, ese día 6, cuando vino la Reina a inaugurar el teatro Cervantes. Había mucho movimiento en el centro, sobre todo porque el coche pasó por aquí. Preguntamos en los autobuses, a los chóferes...

R.: Y no sabemos más.

A.: Ese día merendó, y yo me asomé a la ventana y lo despedí: «Adiós, hijo, adiós». Iba un poco nervioso. «¿Quieres que vaya contigo?», «No, mamá». Él pensaba que yendo solo hablaría con más libertad, más seguro... Pero es que no llegó allí, no llegó. En ciento cincuenta metros desapareció.

Cuántas veces le decía tu padre: «David, si estás en la parada del

autobús y alguien te dice: “¿A dónde vas? Te llevo”, tú no te vayas con nadie». «¿Y si es conocido? ¿Y si es amigo tuyo?». Y le decía papá: «Hombre, si es conocido y tú sabes que es amigo mío...». Eso se lo decía, lo recuerdo yo perfectamente.

R.: Y ya está. Nada. A partir de ahí, todo eso... Se puso todo en marcha, todas las investigaciones, en el colegio, los profesores atendiendo entrevistas, en fin...

Lo curioso fue que, en nuestro caso, no hubo pistas como en otras desapariciones. Con respecto a los autobuses, vienen tres o cuatro o cinco líneas que van para el centro, y a esa hora más. Entrevistaron a los conductores que si habían visto un niño... Se sube mucha gente, pero a esa hora... Y nadie pudo ver nada, nada de nada...

A.: Tu padre lo pasó fatal. Yo era más fuerte. Nos acostábamos y lo escuchaba llorar. Y yo: «Jorge, venga...». Y luego, yo me ponía a llorar muy despacito para que él no me escuchara, porque no quería que viera que estábamos los dos igual. Los primeros años, como tú sabes, son decisivos. Papá estuvo tres años yendo a la comisaría día a día. Tres años a diario. En la fábrica, él tenía vía libre para entrar y salir, no tenía que decirle al jefe que se iba. «Jorge, puedes entrar y salir cuando quieras...». Él me decía que, cuando entraba e iba por los corredores, lo miraban como diciendo: «Aquí viene otra vez este hombre, qué le decimos...».

R.: Hasta que ya le dijeron, eso me lo has contado tú, que podía ir cuando quisiera, pero que era una tontería. Porque si hay cualquier cosa, los primeros que lo íbamos a saber éramos nosotros. Entonces él dejó de ir.

A.: Nos llamaron una vez para hacernos unas pruebas, porque aparecieron unos huesos en el monte de Gibralfaro y quisieron tomarnos una muestra de ADN... Pero aquello fue una falsa alarma.

R.: De lo que yo me acuerdo es de lo de las llamadas, porque luego os oía hablar y discutir y a la vecina que venía a avisarte.

A.: Es que no teníamos teléfono y mi vecina había dado su número y me cogía todas las llamadas. Éramos como de la familia... Anita. Ana. Y Fali, que vive en el segundo, que éramos vecinos de solteros en el barrio anterior. Di sus teléfonos porque entonces no había móviles, no había entonces.

Al poco tiempo, se lo dije a tu padre. Yo siempre he sido un poco la que tomaba las decisiones y en ese caso no se lo tuve ni que explicar, así que me fui a la telefónica y puse el teléfono. A partir de ahí, fue una pesadilla. Videntes, gente que llamaba a medianoche diciéndome cosas... Y le decía a papá que era alguien que se había equivocado para evitarle el disgusto.

Cuando decían: «¿Es la madre de...?», me enfadaba mucho y les decía que por qué no llamaban a otra hora o que por qué no llamaban directamente a la policía. Entonces, yo lo engañaba: «Uno que se ha equivocado, Jorge».

R.: Mamá, ¿lo hacían de mala fe?

A.: No, no. De mala fe, no. Ha habido dos o tres casos que me han llamado: «Qué he visto a su hijo en un sitio...». «¿Y por qué no se lo dice a la policía que tiene medios para ir a dónde sea?». Pero lo de los videntes era lo peor.

R.: Eso es como de la Edad Media, ¿no? En estos tiempos, un vidente, qué anacronismo.

A.: Sí, y nosotros hemos acudido alguna vez. Nos llamó una y fuimos a verla, no sé dónde estaba. No recuerdo con quién fui, sola no, desde luego. Me preguntó si yo había llegado virgen al matrimonio. ¡La vidente! Y yo le respondí que eso qué tenía que ver con lo que estábamos hablando... Ahora me río, pero le contesté lo que era de esperar, que, en aquel tiempo, cualquiera se atrevía. No te rías, las cosas eran así. Creo que tuvimos que ir a Arroyo de la Miel... Si hacía falta nos desplazábamos donde nos decían...

R.: Intentan sacarle todo lo que pueden a la gente que está desesperada, pero con nosotros no consiguieron nada.

A.: Y aquel compañero de tu padre, que se quiso involucrar en la búsqueda... Si le decían a él que fuera a tal sitio, allí iba con tu padre. Se metían en cualquier pueblo o donde fuera si decían que lo habían visto...

Por otro lado está la historia del suizo, un hombre mayor que estuvo aquí... en un hotel de Málaga. Le gustaba mucho venir a la Costa del Sol. Por lo visto, la camarera del hotel se encontró una foto en una servilleta, una caricatura de este hombre y parece ser que ponía Huelin. No sé. Pero ella no dijo nada en el momento y, a los

dos años, de eso tampoco hace tanto, vio la mujer la caricatura, y habló. La policía fue hasta su casa en Suiza a investigar.

R.: Era fotógrafo ese hombre. Le gustaba fotografiar, retratar niños. Por lo que yo sé, cuando llegó la policía a Suiza había fallecido, pero la mujer enseñó todo el archivo que tenía allí y no apareció nada... Había muchos niños, pero no estaba mi hermano... La policía se movió a través de la Interpol. Y lo de Portugal...

A.: Había niños pintando en el suelo y un matrimonio que estaba de viaje de novios pensó que uno de ellos se parecía a David. Le hicieron fotos y nada, era un niño como tantos otros, pintando en el suelo...

Hubo otro bulo, otra pista importante de unos tratantes de arte que falsificaban obras... Quién lo iba a secuestrar para que hiciera falsificaciones si él no era conocido.

R.: Es extraño cómo reacciona la gente. Vieron que el niño desaparecido pintaba y, si veían a un niño por la calle pintando, llegaban a la conclusión de que podía tratarse de él... Yo no me imagino a mi hermano pintando en el suelo de ningún sitio... Pero más vale que volvamos al presente. Qué cansancio. Y ahora, lo que nos faltaba...

A.: Menos mal que has venido, Raúl, no sabes lo contenta que estoy de tenerte aquí. Por lo menos estamos los tres juntos para hacerle frente a esto. ¿Cuándo piensas venirte para acá de una vez...?

R.: Ya son doce años, mamá, ¿qué se me ha perdido aquí? No, no me voy a venir. Al menos, de momento.

A.: Estás hecho un inglés bueno... ¿Qué te parece cómo han quedado los cuadros? He puesto ahí tu autorretrato, el que te hiciste cuando estabas estudiando. Y de tu hermano Jorge quiero poner también algo, a ver si me lo trae cuando saque un poco de tiempo.

R.: Hombre, con el trabajo que tiene... A su manera, también hace arte. Pero lo de Jorge es la ropa. Está en una tienda y es..., ¿cómo se dice?, promotor.

A.: Fue una suerte que tu padre consiguiera que entrara en la tienda.

R.: Hombre, papá tenía un buen trabajo en Confecciones Sur, la

fábrica de confecciones de Cortefiel. Era mecánico de taller, ¿no?

A.: Jorge empezó en la fábrica con papá, primero en el almacén y de ahí ya subió a la tienda. La tienda de ahora se la ha buscado él y ahí sigue. Diseña espacios. No para de viajar y ha tenido que aparcar lo otro. Ahora está ahí con sus trapos..., que el trabajo nunca le ha faltado.

R.: Para nosotros, aunque no nos dediquemos ya a eso, sigue siendo algo tan habitual y normal como cuando éramos pequeños. Es parte de nuestra vida, nunca dejaremos de hacer arte como algo normal para nosotros. Es con lo que crecimos, era nuestro juego, ¿no? Todo eso estaba lleno de libros que nos comprabais porque veáis nuestro interés...

A.: Es que vuestro padre estaba siempre pendiente de vosotros. Apenas veía que os gustaba algo o que os hacía falta, salía corriendo... Lo que le pidierais.

R.: Sí, sí. Totalmente. Teníamos siempre pinturas, libros de arte, tebeos, los regalos de Reyes estaban relacionados con eso: blocs de dibujo, pasteles de calidad, pinturas buenas... O sea que, un poco, seguimos cultivando eso gracias a los dos.

A.: Es que él, que era un trabajador y vivíamos de un sueldo, lo tenía claro: lo primero, vosotros.

R.: Eso es verdad. No se me ha olvidado lo que me dijo cuando terminé el colegio: «Raúl, ¿tú qué quieres ser?», y yo le contesté: «Yo quiero hacer pintura, Bellas Artes». «Pero aquí no hay, tienes que ir a Sevilla... o a Granada». Papá me dijo que no me preocupara, que él lo arreglaría para que pudiera hacer lo que quería. Así era él.

A.: Es verdad, eso fue lo que dijo: «Lo que él quiera, nos sacrificamos». El primer año estuviste en un colegio mayor que costaba bastante. Era tu primer año, un niño de dieciocho años que no había salido de aquí... Pero tú querías eso y nunca te dijimos que no podía ser. Y estudiaste Arte, que era tu afición.

R.: Estuve ese año en un colegio mayor, el siguiente me busqué una casita, viví solo... Es un orgullo haberos tenido como padres. Y una suerte enorme. Además, hay que ver la sorpresa cuando me regalasteis el órgano. Y no uno cualquiera...

A.: Y que lo digas. Es que también te gustaba tocar, y lo haces muy

bien. No porque lo diga yo... Tu padre te llevaba a clases de piano.

R.: Las clases de pintura y las de música se pagaban aparte del colegio. Ahí había un esfuerzo también...

A.: Y las clases de inglés. La profesora de aquí, que es bilingüe, te daba clases, y cuando ya tenías una edad te pusimos en la Escuela de Idiomas y estuviste allí hasta que sacaste tercero, no sé qué edad tenías, que ya podías enseñar y ganarte la vida.

R.: Pues fíjate si eso me ha servido en la vida... Y todavía estoy haciéndolo. Con mis clases...

A.: He tenido la suerte de tener tres hijos fabulosos. Qué alegría que este mes estés aquí conmigo. Tu hermano me dice: «Mamá, descuida, que cuando él cambie de opinión vendrá... Si él está allí es porque está a gusto, vamos...».

R.: Estoy a gusto. Yo, en realidad, les doy clase a personas mayores, clases de español, pero como es una universidad de Arte, en los cursos se les enseña un poco de Arte y de Historia del Arte al mismo tiempo que español, así que no estoy demasiado lejos de mi antigua afición...

A.: Menos mal que ahora estamos los tres juntos. No te quiero ni contar lo que nos ha supuesto a tu hermano Jorge y a mí lo de la declaración de fallecimiento de David para desbloquear la herencia. Ya ves, este piso, que es todo lo que os va a quedar...

R.: La verdad es que he vivido un poco el proceso desde allí... Antes de venir, lo he vivido por Internet, pero no he querido enterarme mucho.

A.: Sí, hijo, qué no hubiera dado por evitarte el mal trago, pero tenías que firmar unas cosas...

R.: Estaba impactado. Lo veía por Internet: «La madre da por fallecido...».

A.: Lo que pasa es que en ese momento no podía decir que no, que no lo daba por fallecido: lo tenía que hacer porque me lo exigían. En realidad era un puro trámite porque yo, mientras no se demuestre lo contrario, sigo con la esperanza. Aunque ya son muchos años, pero yo no puedo darlo por muerto.

R.: Una cuestión administrativa, simplemente. Pero los medios dieron ahí un poco... Dieron la noticia con un poco de morbo, parece

que les atrae, y los titulares pusieron un poco de énfasis en eso, supongo que es lo que a la gente le atrae, ¿no?

A.: Aquí vino un periodista que me hizo una entrevista preguntándome de cuando nos conocimos tu padre y yo, de cuando éramos novios... En fin, estábamos aquí sentados, vino mi vecina. Les dije que lo único que quería es que no pusieran un titular morboso, y me dijeron que no me preocupara, que me iban a respetar, pero no fue así. Cuando fui a la farmacia y me dijeron: «Antonia, ¿tú tienes Facebook?». Les dije que no y me lo contaron: «Pues mejor, porque la gente te pone que no veas».

R.: Sí, eso es Facebook. La gente pone unas chorradas y unas tonterías...

A.: Pues estaban poniéndome verde. «Por el dinero, prefieren...», y no se dan cuenta de que, para una madre, mientras no te enseñen a tu hijo muerto, siempre va a quedar la esperanza de volver a verlo con vida. Y así seguiré hasta que... Tu padre se ha ido con esa pena, la de no saber nada de su hijo, él siempre tuvo la esperanza de algún día verlo volver...

Yo ya llevo treinta años y aquí sigo, luchando y esperando que algún día aparezca tu hermano por la puerta y con esa ilusión seguimos en la brecha. Les digo a todas las personas que no decaigan, que hay que ser fuertes y tirar para adelante, que él, dónde esté, nos está ayudando y ya está.

R.: Yo estoy un poco igual que tú, mamá. Que es difícil enfrentarse a una situación así, pero bueno, que la familia se mantenga unida, dentro de lo terrible que es todo, es muy importante. Que nuestra desgracia sirva para que el resto de la familia nos valoremos más los unos a los otros y nos mantengamos unidos.

A.: Ya verás tú, el día que aparezca por esa puerta, es que no me lo voy a creer... Mi pena es que solo me gustaría poderlo compartir con vuestro padre y eso no va a poder ser ya, porque él también se ha ido, el pobre, sin tener esa alegría...

CIERRE

Las preguntas que rodearon la desaparición de David Guerrero se mantienen intactas desde el primer día y a lo largo de estas tres décadas. Nadie ha conseguido establecer el móvil, es decir, el motivo, la causa. No hay causa aparente. Ninguna de las sospechas sobre posibles autores ha despejado el quién o quiénes, ni su *modus operandi*. Incluso el dónde, el lugar exacto donde se le pierde el rastro, es una mera aproximación a la realidad, dado que nunca hubo un testigo que lo certificara o una cámara que lo registrara. No había cámaras en los espacios públicos en la Málaga de 1987. No en el barrio de Huelin, desde luego. Tan apabullante suma de incógnitas ha alimentado infinitas teorías esotéricas, seudoliterarias, fantásticas, surrealistas. Editadas y colocadas en estanterías ocuparían toda una biblioteca. Ninguna de ellas, sin embargo, ha permitido a criminólogos y policías llegar a otra conclusión que no sea la mera constatación de los hechos inexplicables y a admitir que sigue siendo la gran asignatura pendiente de los investigadores de desapariciones en España, en Europa y a escala internacional. Investigadores de desapariciones: ah, pero ¿los hay? ¿Existe esa especialidad? Esta es la pregunta que se superpone a todas las que suscitan casos como el de David Guerrero y los que se han ido acumulando por centenares, por miles, a lo largo de los años. Ángel Galán, comisario principal jubilado del Cuerpo Nacional de Policía, es categórico en ese punto. Asegura que ese ha sido el gran vacío al que ha tenido que enfrentarse durante sus más de cuarenta años de ejercicio profesional, incluida su etapa al frente de la Unidad de Delitos Especializados y Violentos (UDEV), que se ocupa de la desaparición de personas. Los equipos que llegó a formar siempre fueron insuficientes frente a la magnitud de casos, además de que no se ha asegurado su continuidad. Han faltado medios, pero sobre todo ha faltado cultura de investigación especializada. Haber salido del cuerpo no le ha alejado de esa preocupación, sino todo lo contrario. Galán ha creado un Instituto de Probática e Investigación Criminalística con el que imparte cursos sin parar, al tiempo que trata de expandir una idea de trabajo colaborativo entre los cuerpos policiales y el ejército de criminólogos en paro como única forma de aminorar la alarmante cifra de desapariciones sin resolver.

En esa lista, otro de los casos emblemáticos es el de Juan Pedro Martínez, el niño de once años desaparecido en el puerto madrileño de Somosierra tras estrellarse el camión cisterna que transportaba ácido sulfúrico y en el que

viajaba junto a sus padres, ambos fallecidos en el accidente. Ocurrió el 25 de julio de 1986. El tacógrafo del camión permitió conocer con detalle las oscilaciones y frenazos que hizo durante la bajada del puerto, pero nunca se supo por qué se habían producido. Habían fallecido los únicos que hubieran podido aportar una explicación fehaciente, el conductor y su esposa, que ocupaba el asiento de copiloto. ¿Y el niño? Ni entre los restos calcinados del vehículo, ni en un amplísimo radio alrededor se encontró el más mínimo vestigio. Los forenses descartaron que el ácido hubiera podido disolver por completo el cuerpo del pequeño. ¿Acaso se lo habían arrebatado a los padres en una de las primeras paradas que efectuó el camión antes de emprender el mortal descenso del puerto? ¿La conducción descontrolada que siguió respondía al desesperado intento por alcanzar a los raptos de Juan Pedro? ¿Fue un asunto de drogas la causa de tan insólito secuestro? Recuerdo haber abordado el caso en varias emisiones de la primera temporada de *Quien Sabe Dónde* en La Primera de TVE; una de esas veces me desplazé yo mismo hasta Somosierra para grabar una entradilla *in situ*. Ninguna pista significativa llegó al programa. Un silencio que no hizo sino espesarse con tiempo. Una vez más el juego de las hipótesis ocupó el espacio de la investigación.

La abuela de Juan Pedro mantuvo viva la llama de la búsqueda mientras vivió; los tíos del pequeño tomaron el relevo y siguen en pie de guerra contra el olvido.

La soledad de las familias en las desapariciones de larga duración es una constante de sufrimiento añadido a la ausencia. Los focos de los medios se apagan, la imagen de los seres queridos desaparece del espacio público. La espera va desgastando un poco más cada día, se bebe trago a trago las reservas de esperanza. Y, sin embargo, hay una fuerza interior que la regenera y provee a los que esperan de un impulso renovado para seguir buscando. Es una necesidad de supervivencia, una razón para seguir viviendo. A veces, la única razón. La necesidad de saber. El derecho a saber.

Adentrarme en el universo íntimo de esta espera me ha hecho descubrir hechos y valores insospechados. Por ejemplo, la manera en que la familia de David Guerrero se arropa con los dibujos y pinturas que conservan de él y han ido colocando a modo de galería en cada palmo de pared de la vivienda que ahora solo habita Antonia, eso sí, con las visitas frecuentes de Jorge y las de Raúl cada vez que tiene vacaciones en su trabajo de Londres. Juntos andan

fraguando la idea de una exposición abierta al público que será, lo ha dicho Raúl, su manera de reivindicar a David. Entonces se hará visible a los ojos de todos la historia de esta familia en la que Jorge, obrero textil de la Málaga de los ochenta, y Antonia, su mujer, nunca dudaron en dedicar una parte sustancial del presupuesto familiar a alimentar la vocación artística de sus hijos. Además de los cuadros, ahí siguen los numerosos libros de arte y de historia con los que crecieron los hermanos Guerrero.

Todo eso ocurrió en la barriada 25 años de paz. Así es como se llamaba cuando se fueron a vivir allí Jorge y Antonia. No había nombres en las calles, sino un número asignado a cada uno de los 25 bloques que evocaban el primer cuarto de siglo del franquismo. Más adelante, los números fueron sustituidos por nombres militares. Hay pasados a los que les cuesta deshacerse de ciertos galones y son muchos los rincones, como estos en la ciudad de Pablo Picasso, en el barrio de David Guerrero, a los que manifiestamente no ha llegado la Ley de Memoria Histórica.

No lo ha pedido la familia, pero ¿habría algún modo más hermoso de mantener viva la memoria de David Guerrero que rotulando su nombre en la calle donde nació y vivió hasta el día en que desapareció? La calle se poblaría así del aire que se respira treinta años después de su marcha, del talento de sus dibujos, del prodigio de sus pinturas. Sería la forma de hacerle presente para todos. Para su madre y sus hermanos siempre lo ha estado. David es mucho más que un recuerdo: es una razón de vida. El nombre propio de una búsqueda que no ha cesado ni cesará. Mientras lata el corazón de quienes tanto lo han querido y lo quieren.

Capítulo 7

Elías Carrera

VEN, TE SEGUIRÉ CUIDANDO

Fue en marzo de 2015 cuando desde *Ventana QSD (Quién Sabe Dónde)*, en el programa *La Mañana* de TVE, difundimos la primera alerta sobre la desaparición del taxista orensano de sesenta y dos años Elías Carrera Colmenero. Desde el 18 de julio de 2013 en que su familia puso la denuncia ante la policía, tan solo los medios locales y la televisión gallega se habían hecho eco de la noticia. Todos los intentos por ampliar ese radio habían sido en vano. Y, sin embargo, era evidente la importancia de que el mensaje de su búsqueda llegara al resto de España e incluso más allá, a cualquiera de los rincones en los que Elías hubiera podido refugiarse acuciado por la depresión. Un síndrome visible a los ojos de su mujer y sus hijas, pero que él se negaba a reconocer, mucho menos si eso suponía someterse al dictamen de los médicos. Acuciado por estas circunstancias es como Elías parece haber ido fraguando la idea de una huida con la que ahorrar a los suyos el peso de sus problemas, sin reparar en que el efecto iba a ser exactamente el contrario.

Repetimos la alerta varias veces durante los meses siguientes, en alguna de ellas con el testimonio en directo de la esposa y de la hija mayor de Elías. Hubo algunas llamadas al programa, pero las pistas no arrojaron ninguna hipótesis sobre el rumbo que pudo tomar. Además, la pequeña ventana televisiva se clausuró al cabo de un año, de modo que para la continuidad de esa y de centenares de otras búsquedas, la Fundación QSDglobal tuvo que redoblar su esfuerzo de comunicación en redes sociales, a la vez que

actuando de intermediaria con otras televisiones y medios impresos y digitales.

Ahora es el proyecto de este libro el que me lleva a Ourense, una ciudad que vive abrazada a sí misma, custodiada por el verde perenne de los bosques que la circundan y acunada por la húmeda caricia del río Miño que la vertebrada. El paso del tren desde Vigo, que avanza bordeando su orilla, impregna el viaje de una sensación parecida a la de navegar.

En una apartada urbanización de Ourense me esperan la mujer y las hijas del hombre desaparecido hace cuatro años sin motivo aparente, salvo la depresión no diagnosticada. Se trata de la familia de Elías Carrera, y adentrados en el calor de la conversación, siento que hay en ella una cierta réplica del paisaje circundante al relatar la ausencia del esposo y del padre: palabras amorosas de abrazo incondicional, y un caudal de lágrimas que se desborda con cada uno de los recuerdos. Así viven la orfandad afectiva en que les ha sumido la marcha de Elías, Merche, su esposa, y sus dos hijas, Sandra y Tamara.

Quiéren entender lo que ha pasado, asumirlo, pero lo que la razón insinúa no concuerda con lo que el corazón espera. Esta no es una contradicción que pueda resolverse por medio de los argumentos: son los sentimientos la parte que lo engloba todo.

Merche y Elías fueron emigrantes en Suiza. Como solía ocurrir en los flujos de la emigración española de aquellos años, llegaron allí animados por otros familiares que les habían precedido y que les ayudaron a encontrar sus primeros empleos. Mejor vivir acompañados aquel destierro obligado en busca de mejor fortuna de la que le podía deparar por entonces su propio país. Todo fue bien, de hecho decidieron casarse y nacieron allí sus dos hijas. Pero no más. Con la llegada de la segunda, llegó también la hora del retorno. No habían sido demasiados años, pero la vuelta les enfrentó al doble extrañamiento que sufren los emigrantes: habían dejado de ser extranjeros en Suiza y ahora sentían la desazón de ser vistos como extraños en su propia tierra. Los ahorros iban a ayudar a vencer el desconcierto: primero con un negocio de frutería y luego, mucho mejor, con una licencia de taxi.

Aunque eran muy pequeñas cuando sus padres pasaron por todo eso, Sandra y Tamara acompañan el relato de Merche sin perder un detalle. Enseguida conectan con el recuerdo más reciente de su padre: afanado en el estudio de los planos y de los callejeros de Ourense, entusiasmado con el

nuevo oficio que, al fin, resolvía la pregunta sobre qué hacer, de qué vivir, cómo sacar adelante a las niñas. Un objetivo ampliamente superado y que ahora esgrimen con legítimo orgullo, pero sobre todo con la esperanza de que actúe como un señuelo que pudiera llegar hasta el padre ausente, allí donde esté.

Porque Sandra y Tamara, treinta y dos y veintiocho años, cada una por su lado, han conseguido a pulso el desafío de ganar unas oposiciones y contar con una seguridad laboral indefinida. No ha sido coser y cantar, desde luego. Aparte de las incontables horas de academia y de codos, ambas saben lo que es estrenarse en un destino muy alejado de la casa paterna, otra vez en un movimiento migratorio obligado; también conocen la precariedad de los primeros empleos y el tesón necesario para conseguir un destino que las devuelva a casa. Lo han conseguido a lo largo de estos cuatro años en los que falta Elías; él se marchó sin saber que lo lograrían.

Estar ahora junto a su madre las hace más fuertes para seguir en la batalla por saber qué pasó, por qué un hombre tan querido por los suyos les dejó de un día para otro. Sin una explicación. ¿Sin un motivo?

MERCEDES, SANDRA Y TAMARA

Mercedes (M.): Elías, vuestro padre, y yo nos conocimos en mi trabajo, porque él también empezó a trabajar en la misma empresa. Fuimos novios durante tres años y nos casamos en España. Yo tenía veintitrés años y él unos veintiocho. Luego nos fuimos a trabajar a Suiza y allí estuvimos unos quince años. En Berna, donde se habla alemán, aunque también italiano. No tuvimos problema con el idioma. Allí nacisteis vosotras. Sandra fue la primera, a los dos años y medio de casarnos...

Sandra (S.): Y ahora ya tengo treinta y dos...

M.: Y Tamara otros dos años y medio después.

Tamara (T.): Yo tengo ahora veintiocho...

M.: La verdad es que trabajábamos duramente, porque queríamos volver a España y que fuerais aquí al colegio... Y nos vinimos para acá y seguimos en la lucha. Él con el taxi, vosotras en el colegio.

Trabajando mucho como es natural, sí, pero sin tener problemas. Os llevábamos a la guardería y yo trabajaba entonces en un hospital donde hacía de todo.

S.: Eras auxiliar...

M.: Sí. Servías de camarera, bueno, lo que hacía falta, porque era un asilo, tipo hospital. Y él trabajó en una gasolinera también, allí en Berna. Y bueno, muy contentos. La vida normal de un matrimonio: trabajar, estar con vosotras... Venir pronto para llevaros al parque para aprovecharos. Luego la compra, la casa...

S.: Además, estábamos con nuestros primos y lo pasábamos muy bien.

M.: Yo tenía allí un hermano, y siempre nos juntábamos para comer, cada vez en una casa. Llevábamos colchonetas y cosas así para que os divirtiérais. Vuestro padre era cariñosísimo con vosotras. Cuando yo trabajaba y él no, os ponía guapísimas, os peinaba...

T.: Mamá, no llores. La verdad es que yo era muy chica y no me acuerdo casi de nada. Sí, mamá, ya no lloro más yo tampoco. Éramos muy felices... Y me acuerdo de la sala que teníamos donde estaban los juguetes. Pero con tres años no recuerdas luego bien las cosas. Sí, las comidas con la familia, todo muy familiar. Estar en casa, en aquel jardín enorme que tenía la cocina. Y aquella vez que fuimos a Euro Park, que hacía un día muy caluroso, no se me olvida.

Papá se ocupaba muy bien de nosotras. Casi siempre son las madres las que están pendientes de esas cosas, pero él nos ponía siempre muy conjuntadas, con los pantalones por la rodilla y las camisas a juego; es que a él le encantaba la ropa.

S.: Papá era muy diferente. Si llegábamos del parque o de la calle o de la guardería, y veníamos manchadas, nos duchaba, nos peinaba, no es como todos los padres, es distinto. A veces, si teníamos una boda o algo así, nos decías, mamá, acuérdate: «Dejadme en paz, me tenéis harta», y él nos acompañaba y nos llevaba a sitios donde sabía que las chicas se compraban ropa. Era así. Y nos daba mucho cariño y nos enseñaba a valorar las cosas bien hechas. Nos ayudabais a estudiar los dos, que cuando yo vine a España sabía leer mucho mejor que las niñas de mi instituto.

M.: La verdad es que nos preocupábamos muchísimo de vosotras.

Y él con la ropa era exagerado. Con vosotras y también conmigo. Le gustaba vernos siempre bien arregladas.

Y lo que nos gustaba a todos decirnos que nos queríamos...

S.: Y no éramos besucones ni nada.

T.: Nos gustaba mucho decirnos cosas bonitas.

S.: Éramos pegajosos de más. Así me pasó a mí cuando me tocó el primer destino como funcionaria de Interior en León, sí, mamá, como administrativa, acostumbrada como estaba a estar en casa con la familia, apoyada por todos, porque hasta de la comida os ocupabais vosotros incluso cuando fuimos mayores, lo pasé fatal y os eché muchísimo de menos.

T.: Es que tú te viniste después que yo, que me vine para España cuando tenía tres años y medio y tú ocho y estabas más ligada a todo.

M.: No, hija, tenía seis.

T.: Es verdad, mamá, seis. Que es también, quizá un poco, cuando uno ya tiene más formado el carácter, ya va conociendo un poquito más... Y el hecho de que vosotros estuvisteis en Suiza una pequeña temporada...

S.: Año y medio.

T.: En la que os tuvisteis que quedar allí, y nos veíamos en vacaciones... Fue una temporada en la que nos quedamos con los abuelos paternos.

M.: Hija mía, no, con los maternos.

S.: Eso, con los maternos. Entonces yo, como era la segunda hija, y soy más observadora, porque me gusta ver todo, yo lo entendía, pero no lo sufría. Y tú quizá fuiste la que sufriste más ese año y medio de separación, que por mucho que estés con los abuelos maternos que te lo daban todo, no dejabas de echar de menos a los padres.

M.: Que no fue un año y medio justo. Ellos iban durante los tres meses de verano y nosotros veníamos en el invierno para no estar tanto tiempo separados, pero no aguantamos ya al final. Y entonces fue cuando decidimos venirnos para acá.

Fue muy duro. Pese a que teníamos un dinero guardado, nos preguntábamos de qué íbamos a vivir... Fue cuando compramos un bajo y pusimos la frutería. Pero a él no le parecía bien. Tú trabajando

y yo... Fue cuando se le ocurrió lo del taxi. Porque yo no quería que él se volviera a marchar, y a vosotras os habíamos traído para acá, así que alquilamos el bajo, echamos la persiana de la frutería, y él se puso a trabajar con el taxi.

S.: ¿Cuántos años estuvo con el taxi?

M.: Dieciocho.

S.: Y él ¿cuántos años tendría?

M.: Pues cuarenta y cinco, hija mía, más o menos.

T.: ¿Al año y medio de volver?

M.: Sí, al año y medio de volver cogería el taxi...

S.: Estaba supercontento, porque decía que trabajaba a su aire. Era muy trabajador...

M.: Sí, pero él se quería ir para Suiza porque claro, allí él ganaba un dineral con su trabajo. Aquí no... Y él repetía: «Yo voy allá y tenemos la vida hecha». Y yo le dije: «No, eso no es solución, yo no quiero estar separada de ti. Ni quiero unas hijas aquí y nosotros allí...». Entonces, tenemos que decidir.

T.: Parece sencillo, pero es muy complejo porque en Suiza, si no tienes una carta de trabajo no puedes vivir allí. La decisión de volver aquí está muy bien, pero ¿y aquí, qué? ¿Qué toca ahora?

M.: Sí, hija, fue muy complicado.

T.: Pero todo cambia en el momento en el que surge la idea de coger un taxi gracias a unos amigos, y la verdad es que se tomó el trabajo con mucha responsabilidad, de manera que cogió los planos de Ourense y se puso a estudiarlos.

M.: Salimos con el coche muchas veces...

T.: Y entonces no había Tomtom...

S.: Solo un móvil enorme, ¿os acordáis?

M.: Pero él no quería quedarse, quería irse, hasta que, al final cuadró todo. Ahí luché yo mucho para que no volviera para allá. Lo conseguí, siempre fui muy luchadora. Al final con el taxi estaba contento, muy contento.

S.: Súper, súper. Es que se le notaba. ¿Sabes cuándo una persona está contenta en el trabajo, con lo que hace?

T.: Y ya no pensó en volver a irse. Nada...

S.: Dijo que la única pena había sido comprar la frutería, no haber

empezado directamente en el taxi. Incluso hubo a compañeros a los que metió en el taxi. Uno, por ejemplo, que es muy amigo de él, Manolo, le decía a mi madre: «Merche, es que alucino, porque cogió la cosa... Tiene una *espabilación*... Sabe dónde están, de dónde viene la gente, sabe las paradas que están más llenas...».

T.: Y, sobre todo, también tenía don de gentes.

M.: Y mucha educación.

T.: Sabía llevar bien a la gente, cosa que hoy en día no es fácil. Cualquiera puede hacer carreras cortas, pero que después de una carrera larga te vuelvan a llamar y te digan: «Oye, necesito ir otra vez...».

S.: Tenía clientes fijos, clientes anuales que venían de EE. UU. y que lo llamaban, porque venían hasta Santiago. Gente que llevaba al aeropuerto a Portugal...

Tenía muchísimos clientes y era muy trabajador. Después empezó a tener algunos días de pausa, pero él se administraba de tal manera que le daba tiempo a trabajar, a descansar y a todo.

Él siempre ha tenido una mentalidad de trabajar, pero cuando descansábamos le gustaba ir a ver a la tía, a su hermana, a Xinzo. Íbamos a comer con ella...

Qué pueblito tan lindo. Es grande y, además, que está tan cerquita de aquí, en el mismo Ourense. Es que él es de allí, y qué estará... ¿a quince minutos de aquí? Entonces nos íbamos todos a comer o, si había una feria de comida, para allá que nos íbamos...

M.: Sí, es que eso le gusta mucho.

S.: A él le encantaba lo de comer...

M.: Por ejemplo, cuando ellas todavía eran pequeñas, mirábamos en la región la feria que había, íbamos allí, comíamos pulpo y pasábamos el día. Aprovechábamos siempre cuando teníamos la ocasión de disfrutar. Siempre estuvo pendiente de la familia, de vosotras, vuestros estudios y luego, cuando os independizasteis...

S.: Siempre estuvo pendiente de nosotras. Y aunque no le gustaba presumir: «Ay, mira, mi hija esto..., mi hija lo otro...», después nos hemos enterado de que los compañeros de trabajo estaban al tanto de todo. Que si en lo que trabajaba yo, en lo que trabajaba Tamara, en dónde estábamos, dónde quedaban nuestras casas...

T.: Él, digamos, era discreto de primeras. Pero luego, con los compañeros con los que tenía relación, contaba nuestras cosas orgulloso. Era reservado: solo le gustaba compartir con los suyos, con los compañeros.

S.: Y los amigos. Me acuerdo de cuando me tocó mi primer destino, que alquilamos un piso cerca del trabajo que estaba sucio hasta decir basta...

M.: Huy...

S.: Empecé ese día a trabajar y os recuerdo, mamá, a los dos limpiándome el piso. Él como el que más. Después volvisteis conmigo el domingo. Fue ese el momento en que me independicé...

S.: Se preocupaba por todo. Vio que el cabecero de las camas estaba fatal, como desgastado, y entonces cogió un bote de barniz y barnizó todo el cabecero.

M.: Sí, reíros. Y me decía: «Pero Merche, ¿tú ves normal que tengan así estas camas?». Estuvimos en un hotel tres días, pero tampoco era una maravilla el hotel... Pero es que no fue en Vigo.

S.: No, mamá, era en León donde me tocó.

T.: Pero, claro, ella estaba en León y solo venía los fines de semana.

S.: Y ella, que ella aún fue más lejos. Es profesora de inglés.

T.: Sí. Fui a la Escuela de Idiomas. Siempre me interesaron los idiomas. Me gustaba la filología, la psicología, y gracias que me lo quitasteis los dos de la cabeza porque llegué a un punto —aún me acuerdo ahí sentada— que pensaba: «¿Y qué hago para el año?». Y me aconsejasteis: «Mira, teniendo aquí en Ourense la carrera, ¿por qué no haces Magisterio de inglés? Prueba. Si te gusta, estás a tiempo... Si no te gusta, estás a tiempo».

Entonces dije: «Bueno, voy a probar. ¿Por qué no?». Cuando tuve que hacer las primeras prácticas, ya dije: «Esto es lo mío. Me gusta...» y, bueno, luego ya, cuando tocan las asignaturas de inglés específicas, ahí ya sí que me encantaba. Y la verdad es que me fue muy bien...

Me dieron algunas becas del gobierno para ir al extranjero. Toda la ayuda es poca y, bueno, siempre me apoyasteis en ese sentido y en todos los sentidos.

S.: Te llevaba al aeropuerto...

T.: Me llevaba y demás, pero luego tocó el primer año de oposición. En Galicia no sacaron plazas y yo dije: «Bueno, yo quiero presentarme para aprobar en algún sitio». Tocaba Castilla, León o Aragón, y decían que Aragón tenía más posibilidades. Con la conclusión de que fui hasta allí y todo, pero por mucho que sacara un diez...

S.: Sacó un nueve con quince.

T.: Saqué muy buena nota, pero ni sacando un diez me daban plaza, pero tuve la suerte de que me empezaron a llamar de allí para ir a trabajar. Todavía recuerdo la primera vez que me tocaba una sustitución de un mes. Tenía que ir y mi padre, me acuerdo todavía que había trabajado esa noche —porque cuando le tocaba trabajar de noche, a lo mejor al día siguiente libraba—, se vino conmigo. Hizo todos los kilómetros hasta allá. Llegamos, él cansadísimo también, dormimos en cuanto llegamos, él siempre haciendo un sacrificio, desviviéndose por nosotros. Dejadme que llore, no lo puedo remediar al acordarme...

M.: ¿Y cuando te llamaron diciéndote que te tenías que presentar el viernes? Que no había posibilidad ni avión ni nada...Y me dice: «Merche, métele ahí cuatro cosas en el coche que vamos, Tamara, vamos, te llevo yo». Y fue, y pasó allí una semana contigo...

S.: Pero cuando le tocó el primer año ya no estaba él.

T.: Allí estuve el año entero. Para mí fue el peor año, pero la verdad es que me vino muy bien. El trabajo fue como una liberación. Poder decir: me puedo despejar, puedo hacer lo que me gusta por un año completo... Tengo que llorar. Ya no estaba mi padre.

S.: No, porque empezaste en septiembre y lo de papá fue en julio.

T.: Y ya aquel año saqué la plaza en Aragón y me mandaron a Alagón. Trabajar te ocupa la cabeza y no piensas en otras cosas. Te ayuda mucho. Pero lo pasé fatal, era una situación que me generaba mucha impotencia. ¿Qué hacer?

S.: Fue... Ese año fue dolorosísimo...

M.: Fue muy duro.

S.: Dolorosísimo, porque había pedido vacaciones, porque se casaba nuestra prima carnal. Creo que sois padrinos de bautizo, y él

desapareció el 17 y la prima se casaba el 27. Y... nosotros pensamos que él no quería... No queremos decir que fue la boda lo que le impulsó, pero que él no quería verse con nadie. Le molestaba la gente. Se echaba en este sofá... Acordaros. Cuando nosotros le decíamos: «Pero hombre, ¿cómo estás durmiendo ahí?». Los días libres se los pasaba acostado. Después le decías: «¿Por qué no vamos junto a la tía o vamos a comer por ahí?», «Ay, a mí no me apetece...». Y de aquí se iba para la cama.

M.: Estaba en una etapa depresiva, de eso estamos seguras.

S.: Lo quisimos llevar a un médico y todo, pero decía que no, que él estaba bien.

T.: Era muy reacio a los médicos. A él no le gustaban porque le habían descubierto algo de diabetes, ¿no, mami?

M.: Sí, tenía un poquito.

T.: Le había dicho el médico, bueno, que era el médico de cabecera de todos, que tenía un poco de diabetes. Para él eso supuso un mundo.

T.: Nosotras le decíamos que no pasaba nada. Hoy en día es algo tan normal como una persona que es celíaca, ¿no? Hoy en día, con pastillas se puede llevar a cabo una vida normal, totalmente normal, pero para él eso era como, no sé...

M.: Sí, no le entraba en la cabeza, porque era un hombre que se cuidaba mucho. Paseaba mucho, después todo se lo hacía a la plancha, con verduras, una comida muy sana... Él se pensaba que no tenía que tener eso. Y yo le dije: «Cuando es hereditario, la genética juega un papel importante...».

S.: A partir de ahí, empezó a decaer. Pero empezó a bajar con los sesenta años. Él tomaba una pastilla del colesterol, y cuando llegó la diabetes, dejó de golpe y porrazo de tomar la pastilla. Y tú, mami, como eras la que se las compraba le dijiste: «¿Cómo no tomas las pastillas?». «No, es que el médico me las ha quitado». Y unos días después, que te acordaste un día que fuiste al médico y le preguntaste cómo le quitó las pastillas a Elías del colesterol si era hereditario y él te dijo que no le había quitado nada. Entonces miró en el historial por si se confundía y dijo que no le había quitado nada. Después no quería ir al médico.

M.: Aquello era una lucha.

S.: Entonces, claro, en vez de colesterol tenía colesterol y diabetes. Tuvo que hacer una dieta superestricta, adelgazó un montón. Decidieron que le daban una pastilla y que no se tenía que pinchar, pero le faltó esto para pincharse...

Cuando mi padre desaparece, a mí me dicen aquí que no puedo ir a trabajar en el estado en que estoy.

T.: Yo tenía que tomar posesión, porque si no perdía el trabajo. Entonces tuve que irme sola a Zaragoza. Menos mal que hubo compañeros que me echaron una mano...

Así me tocó empezar en León.

M.: Fue un año muy duro. Un año muy duro. Porque yo después os notaba... Claro, una madre...

S.: Y te quedaste sola con el abuelo con ochenta y ocho años. Yo notaba a Tamara muy baja de moral y la decía: «Tamara, ¿sabes qué pensé? Voy con el abuelo para allá». «Ay, mami, pero cómo...». «Nada, meter cuatro cosas en la maleta y nos vamos en el tren...». Fuimos dos veces. Después, cuando tú apruebas, ya te quedabas aquí en Ourense. A mí se me caía el mundo encima de tener que estar lejos; así que pedí el traslado. Fue bastante complicado, tardó año y medio, pero ahora mira, gracias a Dios, toco madera, porque me dieron una vida de poderme venir para aquí, porque es que yo estaba ya... Peor que una depresión.

M.: Tuve que empezar con papeles. Voy al psicólogo, y me dicen: «Bueno, tienes que ir al psiquiatra también». Me encuentro con que tengo que tomarme seis pastillas por día... Yo veía que, al tomar las pastillas, madre mía, lo que me apetecía el cuerpo era sofá y no podía concentrarme igual. Y tenía que arreglar papeles y un día, una buena mañana, lo cogí todo y a la basura. Empecé: me levantaba temprano, cogía el chándal e iba por ahí hasta el monte, y después, de cansada que venía, pues me quedaba a veces dormida, a veces no; tenía que prepararle la comida al abuelo... y fue un año muy duro.

S.: Bueno, estos años son muy duros. Porque estamos aquí, tengo unos supercompañeros como tuve allí, pero aquí a mí nunca me han preguntado por el caso de mi padre, la verdad es que en mi trabajo nunca me sacan el tema. Están superpendientes de mí, he dado con

compañeros...

Tengo que llorar. Dejadme, lo tengo todo, pero no tengo nada.

T.: Porque nos falta lo más importante.

M.: Y la cosa es que, bueno, nosotros somos muy creyentes. La fe parece que la mantiene a una con más fuerza, como si nos abriera una ventana pequeñita.

S.: Pero no comprendíamos. Él, que es tan correcto a la hora de actuar y todo. Nosotras no lo entendíamos... Fíjate lo que yo te digo, yo tampoco sería capaz de hacerlo, pero me veía más capaz a mí, yo qué sé, que a cualquiera de nosotras. Menos en él, porque siempre procuraba que todo estuviera perfecto, todo bien, con la ley, con la norma...

M.: Tenía mucha cordura.

S.: Decíamos: «A ver si le dio un momento malo y se quiere ir a pensar o yo qué sé». De lo que oyes a veces. Entonces estábamos esperando. Después también teníamos la boda de la prima, y yo decía: «Si es que es imposible que haga esto antes de la boda». Porque es su sobrina, aquellos son sus padrinos..., hasta le vio el vestido de novia porque ella se lo enseñó en fotos. Como sabe que papá para la ropa era especial, y decía: «Ah, pues mira este, que tiene las tiras así, mira qué bonito, no sé qué...». No nos podíamos ni imaginar eso.

Después pasa la boda y nosotras no dábamos crédito. Decíamos: «Nos aparece el día de la boda allí». Después nosotras ni fuimos. Pero bueno, estaban todos al loro por si aparecía.

T.: Los compañeros, igualmente sorprendidos, decían: «*Eu, de outra pessoa imaxinábame, pero del non...*». Es que venían muchos compañeros aquí y decían: «No doy crédito». Sobre todo, el que era muy amigo, Manolo, decía: «De verdad, es que no entiendo». Nadie entendía.

M.: A día de hoy no lo entienden.

T.: Hoy seguimos sin entenderlo. De alguien así, de nuestro padre. Eso no lo entiendo. Y la incertidumbre...

M.: Ni una llamada... Todos los padres saben quiénes son sus hijos, pero él, ya decimos, estaba pendiente del mínimo detalle. «Ay, mira Tamara cómo lleva esas botas, se las vi un poquito rayadas en

el tacón». «Chico, deja a Tamara, si Tamara ya es mayor, ya sabe lo que tiene que hacer...». Siempre tan detallista.

S.: Hemos buscado mucho a ver si encontrábamos una nota o algo así... Cuando bajamos al garaje vimos el asiento del copiloto con todo: el dinero que había hecho ese día, la documentación, los papeles... Y todo ordenado, porque nos habéis enseñado, mami, sabemos hasta de los impuestos de Hacienda, de bancos..., de todo. Sabíamos dónde estaba cada cosa. Entonces, ahí sí que ya... Como tenemos una finca, dijimos: «Vamos para allá porque aquí pasó algo».

M.: Yo lo pienso muchas veces, él no quiso hacer daño en el sentido de que le viéramos marcharse. Porque él dejó todo. Se podía ir con un coche, no sé, cambiarle la matrícula y llevarse el otro. O el dinero, mitad y mitad... Pero no, no. Ni siquiera tocó el dinero que había en casa, con el que pensábamos hacer una reforma abajo. Él tenía una reserva en el coche, yo no sé a cuánto ascendería eso, porque nunca controlaba...

S.: Es que no cogió ni un céntimo, ni uno.

M.: Ni llamó. Lo que más me extraña es que no hiciera ni una llamada.

T.: Ni a sus amigos tampoco. No llamó absolutamente a nadie. Y eso que les hemos preguntado muchas veces, hasta después de pasar un año, por si había alguna cosa nueva...

S.: A la policía se lo contamos todo el mismo día por la noche. Estuvimos dando vueltas por Ourense hasta las cuatro de la mañana, habíamos ido a la finca y mirado en el pozo por si se había suicidado, fuimos a casa de los abuelos, hasta que comprendimos que allí no había nada que hacer. Entonces nos fuimos a la policía.

A la mañana siguiente, nos llama un compañero de taxi y nos dice: «Mira, yo no sé si valdrá de algo o no, pero lo vieron entrar en una empresa de alquiler de coches». Y nosotros flipando: no teníamos constancia de nada. Llamamos a la empresa de alquiler y dijimos: «Si dejó la documentación aquí, ¿cómo narices alquiló un coche?». ¿Qué hizo él? Presentó la documentación, después vino a casa a comer con nosotros, después dejó la documentación en el coche —claro, nosotras sin verlo— y después se fue sin la documentación... O sea,

que alquiló un coche y se fue a Vigo. No hizo rodeos ni nada. Pero ¿qué ocurre? Que el viaje de aquí a Vigo dura una hora, ponle hora y media parándote a repostar..., y él tardó tres horas y pico. Es lo que a nosotras nos extrañó. Dijeron que el coche a las tres y cuarto no estaba aparcado allí, ya no estaba en la casa de alquiler, y él hasta las siete de la tarde no lo presenta en la estación de Renfe de Vigo. Después, se pidieron grabaciones... Bueno, en las grabaciones él salía sin nadie, con una bolsa en la mano.

M.: Sí. Dijeron que habían visto las grabaciones, nosotras no lo hicimos.

S.: Tuvimos que pedir una autorización. Él sale recogiendo la fianza que había tenido que dar. La recogió y se fue por su propio pie. Entonces, nosotros, al día siguiente ya nos fuimos para Vigo en cuanto lo supimos. Miramos todas las líneas de autobús que salían para los pueblos... Íbamos de un sitio a otro por la ciudad.

T.: Y después nos dijeron que lo habían visto por allí en un bar de la ciudad. Llamaron a la policía porque, claro, a ti, como preguntas, no te contestan. Tú eres una persona y dirán: «Vete tú a saber por qué preguntan por él». Y no hubo nada.

M.: Al principio sí que llama la gente: «Pues mira, pensamos que... Juramos que es tú padre...», pero no sacamos nada en claro y eso, de dos años para aquí es tremendo. Estamos con los teléfonos encima, tenemos el fijo que desviamos al móvil... Nos arriesgamos a que nos llame un sinvergüenza, pero no ha ocurrido nada de eso.

Hubo un sinvergüenza que llamó, pero yo me olvidé... Claro, tú solo lo tienes para recibir llamadas. Me olvidé de recargar, perdimos el teléfono. Porque es que tenemos la cabeza que yo nunca tuve tan poca memoria como tengo ahora. O sea, parece que... No sé, que tengo una memoria de una persona de ochenta.

T.: Bueno, es normal, mujer.

S.: Bueno, hubo otro individuo que llamó, pero eso fue porque vio los carteles en Vigo. Decía que era él, que estuvo en el albergue, y que papá fue allí a pedir cama y que, como no había, le dejó él el teléfono para llamar. Se miraron cámaras con la policía, no era papá; después le dijeron al tipo: «Pues enseñanos el móvil desde donde este señor ha llamado, a ver qué llamadas tienes en este día». Justo

le robaron el móvil... ¿Sabes lo que te digo? Era todo para aprovecharse.

T.: Estaba todo demasiado claro...

M.: A mí lo que me hizo dudar es que yo estaba precisamente en Hacienda arreglando papeles de él, y la jefa del albergue llamó. Y yo me dije: «Bueno, cuando llama la jefa es que alguna verdad verá en él». Entonces, con un matrimonio de aquí que son muy amigos nuestros y que nos han ayudado mucho, fuimos para allá, y llamé al primo. «Oye, qué pasa...», «Nada, no te preocupes, vente para aquí». «Ahora sí, no des un paso sin estar yo, que te conozco. Tú eres capaz de llegar, ofrecerle dinero y con esta gente que está en la calle hay que tener mucho cuidado». Y vino él y dijo: «Sí, sí, yo estuve hablando con él, iba vestido así...». Bueno, dando datos, pero todo coincidía con lo de nuestro padre. Dijeron que seguro que vio o leyó algo en Internet, pero yo ya me hice ilusiones... Había pasado así como un año. Era una ilusión... No puedo dejar de llorar.

S.: Y yo llorando en León, por teléfono, cualquier cosa llámame, dime como esté...

M.: A los dos días nos vinimos a dormir, porque estaba mi padre solo, claro, y a las seis de la mañana ya estábamos otra vez para allá. Pero qué desilusión... Esa pista de Vigo no sirvió para nada. Pusimos la denuncia, que todavía la tengo guardada...

S.: Pero te crea muchísima esperanza. La investigación aún está abierta, lo que pasa es que, bueno, claro, es una persona que se ha marchado por su propio pie... Hay abierto un expediente judicial, aunque nosotras no hemos tenido acceso a él, porque nos han dicho que lo tenemos que pedir por juzgado. Pero la policía investiga hasta donde puede. Tiene sesenta y un años, no hay problemas ni hipoteca, las hijas trabajan, se ha ido por su propia voluntad... Me da miedo de leer lo que ponga. Es horrible lo que es hacer una declaración de ausencia cuando nosotras seguimos en la lucha buscándolo y todo. Pero no nos ha quedado otro remedio que hacerlo.

M.: Hijas mías, es que es obligatorio hacerlo.

S.: Pero no lo queríamos hacer.

M.: Yo he tenido que firmar por él. Gracias a eso, pues puedes después firmar ciertos papeles. Y cuando pasan diez años, se puede

hacer una declaración de fallecimiento...

S.: Bueno, pero, más que nada, lo peor es declarar a esa persona desaparecida, porque no la das como desaparecida, dices: «La voy a encontrar ya». Es que nadie sabe lo que es. No hay un día en que yo no me acuerde de él. Estoy ocupada, totalmente ocupada, pero me digo: «¿Y si él está aquí o allí y no hemos mirado lo suficiente?» o «¿Y si hemos estado en el pueblo y él está por allí y no lo hemos visto?».

También dijeron que lo habían visto en Portugal. Cómo se portó con nosotras la Policía Republicana... Y los portugueses en general, gente encantadora...

T.: No podemos pensar ni de broma en su muerte.

S.: Yo siempre quiero pensar que está vivo.

T.: Dentro de mi corazón siento que está vivo.

M.: Y yo, hijas mías... Y yo. Estamos buscando a un ser vivo. No lloréis. Lo vamos a encontrar. Yo tengo la esperanza, tengo la esperanza. Pero así cada día... Esto es un sinvivir...

S.: Pero aunque no quiera volver, nos conformamos con saber de él, que llame, que estoy bien, lo vamos a buscar donde sea y que no se preocupe, porque no ha matado a nadie, no ha robado nada..., nada.

M.: Se le cruzaron los cables.

S.: Porque él es un padre maravilloso. Y como hermano, y como todo, por eso estamos haciendo, molestándonos... ¿Quién no lo haría?

M.: Lo que pasa es que él era muy tímido y era muy cerrado. Entonces se preguntaría: «¿Cómo las llamo? ¿Qué les digo ahora después de este tiempo?».

S.: Claro. La vergüenza de venir...

M.: Él no. Como alguien no lo encuentre o nos dé una pista..., él por sí solo no da el paso. Lo que más me duele es una llamadita a sus hijas, eso sí que, como mujer, me duele muchísimo... Porque él a vosotras os adoraba y os adora... Nos adoraba a todas.

M.: No me entra en la cabeza que se fuera. Claro que no sé cómo estará su cabeza a día de hoy, que es lo que dice el psicólogo. Y como me dijo el médico de cabecera, porque como lo trataba a él, él

me mira muchas veces en la tarjeta por si hay algún movimiento. Pero el médico en eso puede hacer más. A veces lo llamo: «Don Emilio, soy la pesada...», «No, no eres pesada, mujer, ya sé lo que quieres. Pues tranquila, espera un momentito». Por teléfono mira, consulta y después me llama.

S.: Hemos dado con gente que ha sido...

M.: Dios nos puso en el camino gente buena. Por ejemplo, di con un abogado maravilloso que me llevó y me dijo: «Mira, ahora no tiene que pensar el corazón. Tiene que pensar la cabeza. Y vamos, verá que va a salir, que después va a estar contenta de arreglar las cosas. Verá que todo va a ser fácil».

S.: Es que te encuentras en una situación que no sabes dónde actuar, dónde acudir...

M.: Es que nadie sabía arreglar los papeles para esto. La cosa fue que cuando vino la carta del juzgado teníamos que ponerlo en la radio. Y en un periódico de aquí, un internacional, *El País* y en un plano nacional, lo pusimos en el *Marca*. En cinco sitios. Y nos costó mucho trabajo que saliera un trocito, y muy caro.

S.: Pero mira, hay que pagar por eso... Mira, se le ve la foto. Pero en el BOE son ciento ochenta euros cada emisión. Total, trescientos sesenta. Como si fuera un delincuente. Van el nombre, apellidos, juzgado y todo eso. ¿Para qué vale? El BOE lo leemos los funcionarios. Pues por lo menos pon una foto..., pero es que no van fotos.

M.: No, la foto no se podía poner. Y en el periódico, ochocientos y pico, más la que puse yo de mil cuatrocientos euros... En el *Marca*, mil y pico, y eso que está vinculado a la declaración de ausencia. Y la radio fue más barata. No sé si cobraron diez u once euros.

T.: Pero a pesar de todos los inconvenientes, pensamos seguir. Hemos encontrado personas, apoyo... Luego, también a nivel profesional, en mi caso. Y también da coraje el hecho de que él no pueda ver esto. Cierto que no sabemos si lo puede ver o no. Después de todo lo que estuvieron luchando en Suiza, todo lo que han trabajado... Todo lo que se han dedicado a nosotros. El hecho de no poder ver que ahora podemos valernos por nosotras mismas, eso también da mucha tristeza.

M.: Hemos sufrido mucho, mucho. Pero la esperanza la tenemos ahí. De encontrarlo y de que recapacite.

S.: Sí. Y no pasa nada, porque él es maravilloso y lo haría exactamente igual por nosotros. Te lo digo así.

M.: Encima ahora, que tiene la edad de la jubilación y que podría estar tranquilo... Cumple sesenta y cinco años el 23 de junio.

M.: Y como vuelva, que lo hemos pensado mil veces, le pienso decir: «Era poco matarte, lo que hiciste... Matarte era poco... Hay que tener valor para eso. Sin avisar... Sí, reíros. Sin avisar, hacerle esto a tus hijas... Ya no cuento yo, pero hacerles esto...». Pero bueno, darle un abrazo grande y un beso y decirle que no pasa nada. «Ven, que te sigo cuidando... Viví tantas veces ya...».

S.: Pienso en ese día muchísimas veces. Cómo estará, que ojalá que lo reconozca. Me da miedo olvidar el tono de su voz. Son cuatro años... que... ¿No voy a llorar?, Cuatro años que no lo has escuchado. ¿Y si no lo reconozco cuando venga?

T.: Pero es imposible.

M.: No..., eso es imposible.

T.: Porque hasta las coletillas que decía, las bromas que hacía las recordamos con mucho cariño. Cómo no.

S.: Lo estamos esperando con los brazos abiertos. Lo único que queremos es darle todos los abrazos y los besos que no le dimos hasta ahora... Eso es lo que queremos. Y que estamos aquí y que no queremos explicación de nada.

M.: No, porque no entendemos esta situación. Nadie le encuentra una explicación. Para toda la gente, para todo el mundo que lo conoce. Todo el mundo habla bien de él. Él siempre trataba de ayudar.

S.: Lo queremos un montón y queremos que venga.

M.: Es una angustia que lleva uno... Un sinvivir, una pesadilla que tienes ahí. Pesadilla es la palabra.

S.: Queremos decirle que estamos muy preocupados por él y que los brazos y las puertas siguen totalmente abiertos. Y que su hermana y su familia lo están esperando en Suiza, que cogemos un avión y nos vamos para allá. Y también los amigos. Ven, papá, te esperamos.

CIERRE

Los motivos que pueden llevar a una persona a desaparecer son la pregunta del millón. Una trituradora de pensamientos y sentimientos entrecruzados. Es así para casi todas las familias. Salvo cuando hay indicios o señales muy explícitas que apunten a una causa determinada, el primero de los interrogantes a despejar es el de la voluntariedad. Lo habitual es que los familiares sepan aclarar esto con un alto grado de seguridad. No tanto por el sexto sentido que suele atribuírseles, sobre todo a las madres, sino porque son las personas más cercanas al desaparecido quienes tienen el pulso de sus comportamientos, de sus rutinas, quienes conocen sus debilidades, sus manías, sus querencias... En determinados casos la desaparición desvelará de golpe una personalidad desconocida y sorprendente, pero será más bien la excepción que confirme la regla anterior.

Dilucidar la voluntariedad será también, con toda seguridad, el punto de partida para la investigación policial, cuando se trata de personas adultas a las que asiste el libre albedrío sobre el gobierno de sus vidas. Una libertad que incluye el derecho a cambiar de vida y de afectos, también de familia, a elegir un lugar cualquiera del planeta para residir y a que este sea mantenido en secreto. Algo que no tiene por qué ser incompatible con el derecho a saber de quienes han constituido hasta ese momento su círculo más íntimo. El derecho a conocer la decisión aun sin el detalle de las razones últimas o de las motivaciones íntimas. Sin esa información, la ausencia adquiere inevitablemente una forma doblemente hostil para los que se quedan: por la misma falta de explicaciones y por la incertidumbre que ocupará su lugar, generando un sufrimiento corrosivo, inconsolable.

Tomé conciencia de este aparente conflicto de derechos en los inicios de *Quién Sabe Dónde*, a raíz de la llamada de un telespectador que pidió hablar conmigo de manera absolutamente confidencial. Después de asegurarse de que contaba con mi firme compromiso de guardar secreto, me confió la zozobra en la que se sumergía cada lunes conforme sonaba la sintonía del programa y su familia en pleno se sentaba delante de la tele. Era una innegociable decisión colectiva. Había intentado con cierta insistencia que

vieran otras cosas, pero no hubo manera, y tuvo que desistir a riesgo de delatarse a sí mismo. Porque, me confesó, a esa que era su familia actual no le había contado nada de su vida anterior: otra esposa y otros hijos que podrían reaparecer en cualquier momento a través de la pequeña pantalla, buscándole, reclamando su presencia. Creo recordar que al oír su relato enmudecí por un instante hasta que el buen hombre me inquirió: «Oiga, ¿sigue usted ahí?». «Sí, disculpe. Trataba de pensar en cómo ayudarle». Seguimos conversando y quedamos para un poco más adelante, el tiempo imprescindible para encontrar una solución que aliviara la angustia de aquel buen hombre atrapado en la tenaza de sus dos vidas. La solución consistiría en que esta persona y cuantas pudieran estar en una situación similar, o simplemente desearan evitar ser buscadas públicamente a través de *Quién Sabe Dónde*, se inscribieran en la Lista R (Lista Reservada). Como director del programa yo me hacía responsable de gestionar esas inscripciones y de garantizar que los inscritos quedarían a salvo de cualquier llamamiento o búsqueda. Lo publicitamos convenientemente y, además de aquel primer comunicante, quedaron anotados algunos nombres. ¿Cuántos? Me lo han preguntado muchas veces y siempre he constatado la sorpresa de mis interlocutores al informarles de que se trataba de una exigua minoría, si acaso un dos o un tres por mil.

Analizada en sentido inverso, esa constatación viene a confirmar que la mayoría de las desapariciones a las que se atribuye una supuesta voluntariedad no lo son, y, en cambio, responden a situaciones insuperables ante las que termina por desencadenarse el impulso de una huida sin destino cierto. Una huida que puede tener retorno, en caso de que se vislumbre la superación del problema que la ha motivado. En caso de que la vuelta sea sinónimo de comprensión sin condiciones, sin reproches, incluso sin preguntas. Estoy convencido de que dentro del setenta por ciento de los casos que resolvió *Quién Sabe Dónde* a lo largo de sus seis años en antena, hubo muchos con esa componente de perdón implícito y de proclamación pública e incondicional de cariño. Se revelaba así cómo determinados conflictos de relación en el ámbito privado podían encontrar una salida en el espacio público. No en todos los casos ni tratados de cualquier manera, claro. Disolver la incomunicación requiere abordarla con mucho cuidado, propiciando que sean las propias personas atrapadas en ese nudo las que tengan la tarea de desatarlo.

En el plano de la seguridad y según los difusos protocolos vigentes para los cuerpos y fuerzas de seguridad, la cuestión de la voluntariedad establece una rígida frontera entre los casos considerados de «alto riesgo» y los de «riesgo limitado». Son categorías más que discutibles y que, de hecho, están siendo sometidas a revisión gracias al empuje formidable de las familias de desaparecidos. En noviembre de 2015, el Primer Foro europeo de Familias de Desaparecidos convocado por QSDglobal en Úbeda y Baeza, selló una demanda unánime, especialmente en materia de protocolos. Y como tal, con la fuerza moral de las familias y con sus rotundas palabras, fue planteada ante los tres ministerios firmantes del convenio con la Fundación QSDglobal unos meses después. El compromiso de los responsables gubernamentales quedó anotado y publicado, por más que su traducción en nuevos protocolos —que incluyan una mejor coordinación entre fuerzas de seguridad y una mayor especialización— esté tardando más de lo deseable.

Mientras los métodos de trabajo cambian a mejor, la inercia de los métodos precedentes conduce a errores manifiestos y a situaciones dramáticas e irreversibles como la que rodeó la desaparición del joven gallego Iván Durán, ocurrida en Baiona (Pontevedra) el 25 de agosto de 2016. Vale recordar que tres días antes y a pocos kilómetros, en A Pobra do Caramiñal, la desaparición de Diana Quer había acaparado la máxima atención mediática y un despliegue de efectivos de la Guardia Civil verdaderamente excepcional. Juan Durán tuvo que batallar por hacerse oír, por conseguir el impacto necesario en la opinión pública para reforzar la búsqueda de su hijo, a todas luces insuficiente y lastrada por la catalogación de «riesgo limitado» que había hecho de la misma la Comandancia de la Guardia Civil de Pontevedra. Una clasificación basada en que Iván era un adulto de 30 años y en la nota escrita que había dejado, a la que atribuyeron intenciones suicidas. Siendo más que discutible, es evidente que esa interpretación equivale a reconocer un riesgo inminente para la vida de la persona desaparecida, lo que, a su vez, choca de pleno con seguir llamando «riesgo limitado» al caso. Más grave aún es el hecho de que tanto el juzgado como la Policía Judicial se negaran a tomar en consideración el informe psiquiátrico aportado por el padre de Iván certificando la enfermedad mental de su hijo. Una patología que le fue detectada siendo niño y que por momentos se hacía más aguda. Es una enfermedad que convierte a quien la padece en una persona vulnerable ya que carece de la capacidad necesaria para controlar su propia voluntad. Por eso

debería haberse rectificado y calificado su desaparición de «alto riesgo». No fue así. Juan llamó a todas las puertas y a todas las instancias posibles, recorrió en solitario más de treinta mil kilómetros siguiendo pistas que situaban a su hijo en el sur de Portugal, y al final tuvo que encajar el hallazgo del cadáver de Iván en una zona de bosque cercana a su casa donde fue avistado pocos días después de su marcha. ¿Cómo no pensar que una búsqueda bajo la premisa de alto riesgo hubiera puesto en acción más medios y, por qué no, dar con el paradero de Iván antes de que él terminara quitándose la vida? Esa es la pesadilla con la que Juan tiene que andar negociando desde entonces para intentar seguir viviendo y para no dejar que el resentimiento enturbie el recuerdo del hijo a quien tanto quería.

La sombra de los suicidios pende sobre muchas desapariciones, pero está por demostrarse que sea una causa verdaderamente relevante. Mientras tanto hay que evitar las generalizaciones que, en lugar de tranquilizar o aportar entendimiento a hechos tan dramáticos, tienden a criminalizar a sus protagonistas. Para evitarlo es esencial investigar caso a caso, en consonancia con lo único de cada uno de ellos. Lo digo repitiendo casi palabra por palabra lo que oí defender en el Parlamento europeo al máximo responsable de la Unidad especializada en desapariciones de Bélgica, con veinte años de experiencia a sus espaldas.

En el caso de Elías Carrera, el emigrante retornado a su terruño gallego y reconvertido en aplicado taxista, desde el minuto siguiente a su desaparición, la lluvia de preguntas se convirtió para su mujer y sus hijas en el medio líquido en el que intentar sobrevivir: ¿Tanto le había afectado rebasar la barrera de los sesenta años? ¿Tanto pudo hundirle la noticia de que era diabético? ¿Por qué seguía aferrado a su aversión a los médicos? ¿Por qué no se dejó ayudar cuando empezó a flaquearle el ánimo? ¿Por qué, si estaba bien, como él se empeñaba en decir, tuvo que poner tierra de por medio y dejar en la desolación a quienes de manera tan manifiesta estaban dispuestas a cuidarle cuanto hiciera falta? ¿Por qué no tomó aliento de unas hijas tan llenas de energía y siempre orgullosas del padre trabajador y entregado que había hecho posible que estudiaran y que estuvieran a punto de hacerse con una profesión y un sitio en la vida?

El remolino de interrogantes va y viene. Si en algún momento el tono o las palabras elegidas pudieran inducir a pensar en un reproche, ellas, las tres, se apresurarán a cambiarlas, a matizar, a enfatizar en positivo todos los

desgarros. Así es como Merche, después de afirmar: «Que no le cabe en la cabeza, y es lo que más le duele, que Elías no haya llamado a sus hijas», recupera su acento más protector para dirigirse a él en primera persona: «Ven, te seguiré cuidando».

Desaparecer es un derecho indiscutible, pero debiera ser compatible con el derecho a saber de las personas que quieren a quien decide ejercerlo. Saber que sigue vivo. Saber que existe. Aunque pueda doler aceptar que será en otro lugar, en otro universo de relaciones y quién sabe si también de afectos. Las certezas más dolorosas duelen menos que la incertidumbre. Merche, Sandra y Tamara comparten este pensamiento con muchas otras personas con seres queridos desaparecidos sin causa aparente, pero cada una lo vive en una clave intransferible. A Sandra le preocupa perder el recuerdo sonoro de su padre, la memoria de su voz. No quiere que se la trague el tiempo. A Tamara le quema el abrazo que tiene guardado para él, solo para su añorado padre. A Merche se la ve luchando para que la resaca de esta ausencia inexplicable no arrastre las querencias que les hicieron vivir juntos y construir la familia que ahora le busca sin desmayo.

Capítulo 8

Sonia Iglesias

DAÑOS ESENCIALES

Mari Carmen y Sonia fueron desde muy niñas hermanas de enorme parecido físico, pero de caracteres radicalmente distintos. Como agua y vino, al decir de su madre. Como el blanco y el negro. Y con los papeles cambiados: tímida e introvertida la mayor, comunicativa y extrovertida la más pequeña de las dos. Era Sonia, pues, quien llevaba la voz cantante para casi todo; era a ella a quien conocían en Lérez, en Pontevedra y allí por donde pasara. Su desaparición vuelve todo del revés. Desde aquel fatídico 18 de agosto de 2010, es Mari Carmen la portavoz de la familia en la búsqueda de Sonia. Es a ella ahora a quien todo el mundo identifica con la hermana ausente. Ha asumido, con todas las consecuencias, esta nueva manera de estar en la vida y de relacionarse con la gente. Da por bueno que el precio sea tener que ceder una buena parte de su privacidad si el objetivo de esclarecer lo ocurrido con su hermana lo exige. Y lo exige, claro que lo exige.

Me encuentro con Mari Carmen en Vigo, a solo unos días del séptimo aniversario de la desaparición de Sonia. La acompañan su marido y la hija adolescente de ambos. Mari Carmen intenta animarlos a que se den un paseo mientras grabamos, pero ellos deciden quedarse. A pie parado, en silencio, siguiendo de principio a fin cada parte de un relato minucioso que es seguro que conocen de sobra. Entiendo que es su manera de hacer piña en todo momento. Desde hace siete años, la vida de todo el grupo familiar gira en torno a esta historia. Como grupo y uno a uno, en primera persona. Los que

más, sin duda, los padres, a quienes Mari Carmen procura mantener alejados de los focos mediáticos, porque sabe lo que les costaría morderse en público la lengua, tanto es el dolor y la rabia que los corroe desde el primer día. Un sentimiento que, en lugar de decrecer, se ha ido haciendo más intenso y ha estado a punto de estallar en varias ocasiones. Ella ha conseguido ir neutralizándolo. Intenta, sobre todo, evitar la confrontación con Julio, el hombre que compartió con Sonia los últimos veinte años y también las últimas horas. Justo en los primeros momentos de desconcierto, durante uno de los movimientos iniciales de búsqueda, la angustiada madre no reprimió su peor temor e interpeló a Julio, le pidió cuentas sobre lo ocurrido con Sonia. Era perfectamente consciente de que se lo decía al padre del hijo que Julio y Sonia tenían en común, el primer nieto a quien ella y su marido, como abuelos maternos, habían criado casi día por día hasta los nueve años, la edad que tenía cuando desaparece su madre. Un menor en el ojo del huracán. Una criatura para quien se alteran, de golpe, las principales coordenadas vitales: se ha quedado sin madre, y, al tiempo, ya nada puede volver a ser igual en la relación con su padre.

En los episodios de violencia de género en los que se ven implicados menores, se ha empezado a hablar de ellos como víctimas. Hasta no hace mucho, se los asimiló al capítulo de «daños colaterales». Han tenido que multiplicarse los casos para que se tome conciencia de que se trata, no de daños colaterales, sino de daños esenciales. Sin embargo, nadie se ha parado hasta ahora a considerar la situación en la que quedan los hijos de madres desaparecidas... sin causa aparente. Esa definición no se adecuaba al caso de Sonia, porque hay una causa más que probable, aunque judicialmente no probada. Una fundada sospecha de violencia de género.

Que los indicios no se hayan constituido en prueba, que no haya habido juicio ni condena, no anula la consecuencia principal: hay un niño condenado a una orfandad materna sobrevenida, y, por lo que parece, irreversible. ¿Alguien puede pensar que se puede salir indemne de un daño tan esencial? Escucho a Mari Carmen hablar de él sin mencionar su nombre, sin duda para protegerlo. Mientras la escucho, voy anotando los escenarios de su infancia, marcados por la tensión entre los abuelos maternos y su padre, anteriores a la desaparición de su madre, y netamente acentuados a raíz de ella; los problemas de concentración en los estudios; las alteraciones de carácter propias de la edad, con los añadidos que no pueden sino hacerlas más agudas

y difíciles de superar... Me sobrecoge, en fin, el relato de un menor en el epicentro de un brutal movimiento sísmico, atrapado entre los restos del derrumbado edificio de la convivencia familiar. No sé si aguardando a algún equipo de rescate o a pulso con los elementos, tratando de reunir la fuerza necesaria para liberarse por sí mismo.

Es Mari Carmen quien está pendiente de las oscilaciones de este complicado proceso. Su mirada más atenta es para este niño. De todas las misiones que se ha autoasignado como mediadora en este conflicto múltiple, esta es la principal. En cierta forma, hace lo que imagina que haría Sonia para ayudar a su hijo. Estar a su lado. Hacerle sentir la certeza del cariño frente a todas las incertidumbres que se han cruzado en su camino. Y las que aún amagan, que esta no es una historia acabada.

MARI CARMEN IGLESIAS

Mari Carmen Iglesias (M. C.): Somos dos hermanas: yo, la mayor, tímida, introvertida, y Sonia, a la que le llevo dos años, alegre, charlatana, llena de amigos. Mi madre siempre dijo que éramos el blanco y el negro, el agua y el vino... Y eso desde pequeñas, aunque yo fuera la mayor. Ella siempre rodeada de gente y de alegría.

Yo nací en Verducido de Xeve, un pueblecito de donde son mis padres, pero después nos fuimos a vivir a Pontevedra, a Lárez, cuando yo tenía dos años. Luego nació mi hermana y nos cambiamos a una casa más grande, también en Lárez. Y allí estuvimos viviendo hasta que yo cumplí los diecisiete, porque mis padres rellenaron una solicitud para unos pisos del antiguo Ministerio de Vivienda y les tocó una en el barrio de Monteporreiro. Entonces nos mudamos cuando yo tenía diecisiete y mi hermana unos quince, hasta que las dos nos emancipamos.

Siempre destacó por encima de mí en los estudios. A ella le resultaba todo fácil. Era injusto. Yo tenía que hacer un esfuerzo más grande para conseguir unos resultados parecidos a los suyos. Al terminar la Secundaria, yo elegí FP y estudié administrativo. Ella, a la que le encantaban las personas mayores y los animales, empezó a

estudiar auxiliar de clínica. Pero aparecieron en escena unos señores que tenían una clínica dental y buscaban en la escuela estudiantes que quisieran aprender con ellos, y la eligieron. Y dejó los estudios. A los tres años, cerraron la clínica y se quedó sin trabajo, pero pronto entró en Inditex y empezó a trabajar en Pull and Bear y allí estuvo otros tres, en Pontevedra. Pero no le renovaron el contrato. Y la causa fue la persona con la que convivía. Tendría entonces veintiún años. Y es que con diecinueve años más o menos se enamoró de un tipo, Julio, que le llevaba catorce y tenía dos niños. A mis padres no les gustó nada, y le armaron una bronca tremenda. Entonces ella se marchó de casa y se fue a vivir con él. Fueron unos dos años en los que apenas se hablaba con mis padres, aunque yo sí la veía y conseguí acercarla a mi madre. Al principio, y por un acuerdo al que había llegado con su jefe en el trabajo, estuvo sin hijos los cuatro o cinco primeros años, pero llegó el momento en que tuvo a su niño, el primer nieto de mis padres y fue cuando se reanudaron las relaciones. Ellos se iban a trabajar y comían en mi casa y volvían al trabajo y mis padres se ocupaban del bebé. Luego lo llevaban al colegio y mi padre lo recogía hasta que cayó enfermo y lo hospitalizaron, pero, apenas se curó, volvió a ser como antes, hasta que mi padre se hartó, porque se dio cuenta de que ella se iba al trabajo, pero él se iba de bares a tomar copas y mentía. Era un mentiroso. Su padre tenía un negocio de muebles, tiendas en Pontevedra que dejó a sus hijas y que luego cerraron, y a él y a su hermano les dejó una cartera de clientes que, con el tiempo, y por desidia, perdieron.

Sonia estuvo con Julio unos veinte años. Cuando pensó en separarse, el niño tenía nueve. Ya ella andaba dándole vueltas a lo de acabar la relación. Había visto cómo Julio les hablaba a sus hijos mal de su madre y no quería que hiciera lo mismo con ella, que cuando fueran a casa de sus suegros la criticara delante de su hijo. Quería una separación cordial; además, había conocido a alguien y se había dado cuenta de que había vida fuera de él. Se lo había dicho a mi madre. Incluso el niño, que ahora iba a comer solo a casa de mis padres, porque ya mi padre le lanzaba pullas y se reía cuando él decía que se iba a trabajar, y la tensión era tan grande que mi

hermana decidió no ir a comer con él para suavizar la cosa. Pues bien, el niño, cuando fue a comer le preguntó a su abuelo que, cuando sus padres se separaran, si su padre iba a seguir siendo su padre, porque no entendía muy bien todo aquello... Entonces, mi padre le explicó que sí, que él tendría su casa; su madre, su otra casa y que estaría bien con uno y con otro, pero que sus padres iban a seguir siendo los mismos. O sea, que mi sobrino también lo sabía.

Yo pensé que bastaría con que él fuera a llorarle para que ella se arrepintiera y volviera a acogerlo, porque le pasaba lo mismo que a mi madre: era muy buena y se apiadaba de la gente y le daba pena. Y todo esto ocurría aquella semana en la que él se iba a ir de la casa, porque la casa era de mi hermana.

El crío iba a hacer la primera comunión el 15 de agosto y fuimos a Poio a comprarle un regalo; sería el 11 o el 12 de agosto y ella me dijo que se quería separar de él, pero como era frecuente oírsele decir, no le hice mucho caso. Y el día de la comunión, que había mesas largas, cada uno estuvo en la cabecera de una de ellas, casi sin hablarse, y una vez que él quiso darle un beso, ella lo rehuyó. Y no era para menos. Era un vago, un borracho, se iba con prostitutas... Y Sonia lo sabía. Después, nos fuimos a las fiestas de la Peregrina, que se celebraban muy cerca de donde vivían ellos, próximas a la plaza de toros, a montarnos con los niños en los cacharritos, y él no quiso venir y se fue a un bar. Lo trajeron de vuelta a la casa unos amigos con una borrachera que no se tenía en pie, que los vimos cuando volvíamos mi marido, mis hijos y yo al pasar por delante de su casa, y mi hermana subió y ya no volvió a bajar. Eran las doce de la noche.

Después hemos sabido que, por aquel entonces, Julio la acosaba. Lo supo la abogada cuando ella empezó a contarle detalles de su vida; Julio la acosaba, es decir: él la llevaba a trabajar, él la iba a recoger, si ella llegaba tarde la llamaba. ¿Con quién estás?, ¿con quién no estás?... Ella nos lo contaba, pero no nos dábamos cuenta de lo que había detrás de todo, porque no eres consciente hasta que un tercero se da cuenta y te dice, pero es que eso es acoso, aunque sea tu marido, aunque sea tu pareja: él la estaba acosando. El coche era de ella, y lo que hacían era que él la llevaba al trabajo y luego se

quedaba con el vehículo. La llevaba, la traía, le vigilaba las llamadas telefónicas, la factura del teléfono... Porque yo creo que él, o bien sabía que mi hermana estaba comenzando una relación con otra persona o los vio o ella se lo comentó; yo creo que eso incluso pudo ser, que ella misma se lo había comentado.

Quedé con Sonia el día 18 para vernos en la tienda en la que trabajaba en Pontevedra para que yo mirara lo que me gustara, que me lo iba a regalar, pues había sido mi cumpleaños. Y al día siguiente, con mi hija y mi sobrino, fui a la tienda, pero ella no había llegado. Tenía que estar a la una y media, aunque no apareció. Telefoneé a su casa y contestó Julio que mi hermana había salido por la mañana para trabajar y que no sabía nada más. Como era ya casi la hora de comer y los niños eran pequeños y no se estaban quietos, sobre todo mi hija, entonces me fui con ellos desde la tienda de mi hermana al parking que hay en la plaza de Galicia de Pontevedra; cogí el coche, y cuando iba por la circunvalación, por las Corbaceiras —iba por el carril derecho—, me pasó Julio por el izquierdo. Me llamó la atención que pasase a aquella hora por allí, pero bueno, no le di más importancia. Yo siempre pensé que mi hermana no había acudido a trabajar porque se había parado con alguien en la calle, porque se había despistado del horario, en ningún momento me preocupé demasiado ni me alarmé excesivamente. Creí que había sido un descuido. Cuando fui a casa de mis padres y se lo conté a mi madre, se puso muy nerviosa. Ella es menos tranquila que yo, y ya, a las dos, cuando no había aparecido, llamó a Julio y le pidió que la acompañara. Llegó a las tres, que ya estaba histérica, con su padre, y los tres se fueron por los hospitales de Pontevedra preguntando sin ningún resultado. Entonces él habló de que habían ido a llevar unos zapatos al zapatero. Fueron a la zapatería que ya estaba cerrada y, como mi madre sabía dónde vivía el zapatero, se acercaron a su casa. Sí. Recordaba que había ido Sonia sola, que había llevado unos zapatos y había recogido otros, pero de lo que no se acordaba era de la hora. Podían ser las nueve o las nueve y media o las diez. Fue Julio el que le fijó la hora, que fue la que él citó en el interrogatorio que le hicieron en comisaría. Ya en el trayecto, mi madre se encaró con él y se lo echó en cara y, delante del padre de

Julio, lo acusó directamente: «¿Qué le hiciste a mi hija? Yo sé que tú le hiciste algo a mi hija». Es como un sexto sentido que tienen las madres y entonces, el padre de Julio le dijo: «Pero ¿cómo dices esto? Él no le hizo nada, él la quiere». «No, él le hizo algo, tu hijo le hizo algo a mi hija». El zapatero no sabía si él la esperaba en el coche, no se le ocurrió mirar. Otra versión que dio el marido, que parece que está confirmada por la policía, es que Sonia salió de casa a las nueve, que él estaba en el bar de abajo tomando café, que ella bajó y se montaron en el coche. Y que luego ella se apeó porque había mucho tráfico y fueron al zapatero. Luego ya no se supo nada más de ella.

Y él, cuando fue a declarar, se trabucaba. Y mentía. No nos podemos olvidar de que era un mentiroso que se creía sus propias mentiras. Por lo visto decía: «Salgo del zapatero y voy por la calle Arzobispo Malvar —creo que se llama—, y al llegar a la calle... creo que también se llama Arzobispo Malvar, donde está el centro de la Seguridad Social, allí hay un atasco y ella se baja». Entonces la policía busca las cámaras y le demuestra que a esa hora no hay atasco, y entonces lo arregla: «Ah, bueno, no, salgo del zapatero, voy por la calle, entonces al llegar allí hay un camión dando vuelta, y como tardaba mucho, ella va y se baja». Otra vez las cámaras confirman que no hay ningún camión. «Ah, bueno, no, vuelvo a ir por esa calle, y entonces ella se baja, porque tiene prisa». Y cuenta hasta ahí, después es como que no sabe seguir. Entonces lo que cuenta es eso, que ella se baja del coche y que se va a hacer recados por la ciudad.

Sin embargo, por la ciudad no la ve nadie, aunque, en las primeras declaraciones que fuimos a hacer, en la policía hay dos testigos que sí la situaban en el centro de Pontevedra, lo que pasa es que no llevaba ni la misma ropa ni era el mismo día. La gente a veces se confunde y cree que era hoy, y no sabe si era ayer o anteayer... Una señora dice que la vio en una calle, pero cuando describió su ropa no era la misma, era la del día anterior, y un chico la creyó ver desde la ventana de una autoescuela y, qué casualidad, que ese chico es el hijo de la mejor amiga de su hermana mayor, lo cual a mí ya me pareció raro desde el primer momento. Entonces, la policía lo que nos

dijo fue que, de cara a un juicio, esos dos testigos sí que iban a dar problemas, porque la situaban en el centro de la ciudad cuando, sin embargo, ninguna cámara la veía ni nadie más. Entonces, la señora sí que se dio cuenta de que era un error, pero el chico persistió en que sí la vio...

Su documentación apareció algo así como un mes después. Su DNI en la cuneta de la autopista. Un toxicómano la encontró. En O Vao hay chabolas de gitanos y allí se vende droga, y muchos drogadictos cruzan la autopista, y uno de ellos la encontró y me imagino que cogería el dinero que tenía y luego la entregó en el cuartel de la Guardia Civil que está justo al lado. Pero claro, como no había conexión entre la Guardia Civil y el Cuerpo Nacional de Policía, cuando habían pasado no sé cuántos días, fue cuando la Guardia Civil se dio cuenta de que esa cartera con la documentación era de la mujer desaparecida en Pontevedra. Pasado un mes más o menos apareció en el suelo, cerca de su casa, su carnet de conducir caducado...

En el mismo edificio donde viven mis padres, vive también un policía, y mi madre fue a verlo, le contó todo y le dijo que desconfiaba de Julio. Y el que puso la denuncia esa noche, a las nueve, fue Julio. A nosotros nos interrogaron por separado, menos a mi padre, que no le preguntaron nada.

A él, como imputado, nunca lo metieron en la cárcel. Tenían que haberlo encerrado, tenerlo sin tabaco, apretarle las clavijas para que hubiera confesado, pero no lo hicieron. Siempre lo he pensado. Eso no se hizo, la policía estuvo buscando pruebas, no encontraron nada en su casa, porque luego hicieron varias veces la reconstrucción de esa mañana. Lo que sí notaban los de la UDEV (Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta) es que, cuando iba a declarar y lo atosigaban mucho, él se venía abajo, pero luego se rearmaba y volvía otra vez. Nunca consiguieron que se derrumbase del todo, cosa que también les pasa a otros supuestos culpables de desapariciones, así que nunca consiguieron nada. Fueron a su casa, y allí no encontraron muestras de nada importante; el coche también se analizó, pero tampoco encontraron nada relevante: no tenía ni arañazos ni golpes ni nada...

Y hubo rastreos físicos, pero al principio, principio, no. Pero, una vez en que reconstruyeron esa mañana, la policía, en algún momento, supo que ellos habían ido a una zona de La Caeira, del Vao, arriba del todo, que es el monte de la Tomba o el alto de la Tomba o algo así se llama. Y yo me imagino que, al investigar las llamadas telefónicas y cuadrar con las antenas las llamadas, les salió ese terreno, y entonces lo llevaron allí, y rastrearon la zona con perros; también hubo buzos mirando el río Lérez. Sí, se vieron así varias zonas, pero en ninguna de ellas hubo resultados positivos. Y es que habían pasado incluso meses, porque, al principio, no se estudió nada, todo eso se hizo después, se rastrearon varias zonas, pero no encontraron ningún rastro.

La policía, cuando fue entendiendo la realidad que había debajo de lo que estaban trabajando, se dio cuenta de lo que pasaba. El entorno de Sonia sabía que se iba a separar, pero Julio no había contado nada a los que lo rodeaban. Entonces, lo primero que tuvieron que investigar era si realmente se iban a separar, y analizaron cómo eran las dos situaciones. Una vez que ya lo vieron claro y comprendieron que ella era una mujer trabajadora, con una vivienda, con un piso, con un hijo a su cargo y que él llevaba casi dos años sin ingresos y sin trabajar, fue cuando se centraron más en que podía haber sido él el culpable de su desaparición. Lo interrogaron varias veces, y él siempre acudió de forma voluntaria a declarar hasta que —creo que tardó un año— se presentó el caso judicialmente y, a partir de ahí, él ya consiguió un abogado. A partir de ahí, ya para ir a declarar había que tener un motivo específico. El caso pasó al Juzgado de Primera Instancia de Pontevedra y estuvo imputado. Debió de ser el imputado que más tiempo duró hasta que se abrió juicio oral: creo que pasaron dos años. Muchísimo tiempo; nuestra abogada no entendía cómo estaba tanto tiempo imputado y no se comenzaba el juicio oral. Cuando por fin comenzó, volvimos a declarar todos, pero las pruebas que había aportado la policía no eran lo suficientemente importantes como para que el proceso fuese adelante y entonces se acabó archivando y no hubo vista.

Nada más. No llegó a abrirse juicio. Primero, en Instrucción, lo imputaron y después lo quisieron pasar a Violencia de Género,

desaparecida con posibilidad de que el imputado fuese el culpable de su desaparición, así que lo pasaron al Juzgado de Violencia de Género. En aquel momento, la jueza que llevaba el caso lo desestimó y, al final, fue la Audiencia la que decidió; hubo una reunión de los magistrados y decidieron que sí, que lo llevara el Juzgado de Violencia de Género, pero lo que hubo simplemente fueron las primeras declaraciones y, como no había pruebas, se acabó archivando de forma provisional desde abril de 2015 y él, ahora mismo, está libre como cualquiera de nosotros.

Hicimos nosotros la petición del test de la verdad, pero para poder hacerla, él tenía que dar su consentimiento y no lo dio. No lo va a dar. De todas formas, como es una persona que siempre miente, yo creo que incluso si llegara a aceptar hacer el test de la verdad no sé lo que pasaría. Porque está muy entrenado.

A pesar de todo, nunca me podía haber imaginado que Julio era un asesino, hasta el momento en que, una noche en que llevé a mi sobrino a su casa, y como mis padres se estaban planteando la posibilidad de pedir la custodia del niño y él debía saberlo, se me acercó y me dijo acercándoseme a la cara, amenazante, que el niño era suyo y que se lo dijera a mis padres, que ellos lo entenderían. Fue una transformación, como la de Jekyll y mister Hyde.

Y claro está, no se ha hecho nada, y el niño, aunque tengamos miedo de que le pase lo que a su madre, vive con él y come con sus abuelos y va a verlos... Lo llevamos a la abogada para que le explicara lo que era pedir una custodia cuando tenía nueve años, pero él es muy tímido y pienso que debía de tener miedo después de la amenaza, y dijo que se aguantaba y que lo dejáramos todo parado. Y lo pasó fatal, con unas pesadillas terribles, que se levantaba de noche gritando, pegado a la pared, y el padre decía que no tenía importancia, hasta que todo se le ha ido pasando. Llegó su padre a llevarlo a una psicóloga que era amiga suya, pero el niño se dio cuenta de que estaban conchabados y fingió y no le contó nada. Entonces ella dijo que no necesitaba a ningún psicólogo...

Al principio, preguntaba por su madre, y le decíamos, para no hacerle daño, porque era muy pequeño, que su madre, por su trabajo, se había tenido que ir a Coruña y que había ascendido y que tardaría

unos días en volver. Luego, poco a poco, me imagino que sus amigos, la tele, la prensa, se acabó enterando de la realidad y ya no preguntaba por su madre. Lo que te dicen los profesionales es que los niños, esa parte dolorosa la aíslan en un sitio de su cerebro, por así decirlo de alguna manera, y ahí se queda. Para intentar superarlo, no hablaba nunca de ella, nunca, es algo que apartó. Luego, lo que sí me contaba mi madre —que es la que pasó a suplir un poco a la suya — era que, cuando más pequeño, le confesaba que soñaba con ella y que la veía caerse por un agujero, y que él quería ayudarla y que se le escurría de las manos. Yo, sin embargo, hablo de ella en presente, no como mis padres, que no pueden hacerlo.

Lo único que queremos nosotros es, hoy por hoy, darle cariño, que le falta, se le nota a la legua. Que lo achuchen, recibir ternura, que no la recibe. Menos mal que tenemos las visitas, nos lo deja el padre el fin de semana, y es porque le viene bien para poder salir a tomar copas y a divertirse. Pero el pobre no levanta cabeza desde aquello. Ha repetido todos los cursos, y es que no tiene estímulos ni ganas de hacer nada por mucho que le digamos que va a necesitar los estudios para cualquier cosa que quiera hacer en la vida, para un trabajo, para salir adelante. Mis padres han pretendido pagarle una academia, pero el padre no se lo ha permitido, no quiere que ellos le paguen nada, ni otro psicólogo, nada.

Todo su afán es pasar desapercibido hasta que llegue el día en que pueda decidir por sí mismo. Ya le falta poco para ser mayor de edad, tan solo un par de años. Ya tiene quince y en octubre cumple dieciséis. Él se suele juntar con amigos que tienen circunstancias parecidas a la suya, de padres separados. Un grupo, sí, que se han hecho muy amigos. De hecho, en alguna ocasión le tienen dicho que si ve que su padre se pone violento con él o le pega que lo que le tiene que hacer es decirle que lo va a denunciar y que ellos están ahí para apoyarlo.

Ha habido mucha solidaridad desde el principio. Los vecinos de Campo da Torre se volcaron en el caso desde el primer momento. De hecho, en las primeras semanas, hubo concentraciones todos los días a las puertas de su casa, en un pequeño jardín que hay allí. Sus compañeros de trabajo hicieron camisetas con la foto de mi hermana,

de hecho, de ahí sale la frase «Todos somos Sonia», que fue una idea de ellos. Luego, como las concentraciones eran todos los días delante de su casa y eran muy duras para mis padres, decidimos suspenderlas y luego se hizo, quiero recordar, una al mes más o menos. Y en la Herrería, pasó a hacerse cada seis meses; finalmente, cada año, cerca de la fecha en que fue la desaparición. Y los vecinos, tanto los de Campo da Torre como la ciudadanía de Pontevedra en general, se volcaron con nosotros desde el primer momento por varios motivos: porque mi hermana era muy conocida, ya que, al trabajar en una tienda, de cara al público, la conocía muchísima gente y sus vecinos, sobre todo. Bueno, hay de todo. Hay unos que siguen creyendo que él no tiene nada que ver y hay otros que creen que sí. Y se volcaron desde el primer momento, y lo siguen haciendo siete años después, nos siguen ayudando y apoyando y les damos las gracias por ese apoyo y ese sentimiento compartido —que creo que es el mismo que tenemos sus familiares—, que es el de saber qué le sucedió. Todos siguen estando ahí, y continuamos, gracias a ellos, adelante.

Yo, al menos, no tengo la esperanza de recuperarla con vida. Mi madre, esa expectativa todavía la tiene, porque, a veces, en la tele, ves a gente que aparece años después, no sé, y entonces sí que tiene esa idea de que pueda estar viva en algún sitio, de que pueda estar retenida en contra de su voluntad... Yo no lo creo, no lo creo, porque una vez que tenemos acceso al sumario policial, en una de sus páginas pone que, en una de las noches en que Julio entra en un cajero bebido, habla hacia la cámara del cajero y claro, no se le entiende muy bien lo que dice, pero sí sabemos realmente lo que dice, y es que esa mujer está muerta y que no va a volver. Mi madre sí que tiene esa esperanza de que siga viva; ahora cada vez menos, pero al principio, sí. Sobre todo, cuando hubo un momento de la investigación en que se puso un teléfono 900 para que la gente llamase y contase cualquier cosa que pudiese aportar algo, y claro, siempre llamaba gente de todo tipo y entonces, pues sí: alguien la vio en tal sitio o en tal otro... Y hay quien llama al teléfono de casa de mis padres, muchos videntes. A alguno de ellos tuve que llevar a mi madre hasta que llegó un momento en que le dije: «No, más no. Esto

no nos lleva a ningún lado y lo único que hace es crearte falsas esperanzas y, además, todo el rato andas machacándote en la misma herida, en el mismo dolor, te estás haciendo cada vez más daño». Pero sí que al principio la tuve que llevar, porque mi madre confiaba en que alguien le pudiera decir algo.

Lo que sí tenemos claro es seguir adelante, seguir luchando, porque, si dejas de luchar, es como si te diceses por vencido y no nos vamos a dar por vencidos. Nosotros creemos que él, si no fue el culpable, sabe quién lo fue, sabe mucho más de lo que dice y, a lo largo de estos siete años, la única persona que ha salido ventajosa de que mi hermana haya desaparecido es él. Todos los demás hemos perdido; yo he perdido una hermana, mis padres han perdido una hija, mi sobrino ha perdido a su madre y él sigue viviendo su vida. Sigue viviendo en la casa que es propiedad de mi hermana, mis padres no lo echan, porque su nieto tiene allí los recuerdos de su madre y también quedaría mal, sería algo feo echar de ahí a tu nieto. Sigue viviendo en la casa que pagan mis padres; la hipoteca, la comunidad, el agua, la contribución... Y él no paga absolutamente nada, porque, como cualquier supuesto delincuente, sabe perfectamente que todos los gastos de la vivienda corren a cargo de su propietario, y su propietaria, que es mi hermana, no está.

A él nunca le van a poder reclamar nada y lo que hace a lo largo de siete años es acumular deudas, que, si mis padres no estuviesen ahí, no les hiciesen frente, mi sobrino, cuando tuviera dieciocho años, se quedaría sin la casa que su madre compró para él. Y claro, eso es lo duro. Aparte, es más duro todavía ver cómo el posible culpable de la desaparición de mi hermana sea el que está criando a su hijo. Y al niño le notas, yo como madre se lo noto, que lo que está deseando es ser mayor de edad para poder decidir por sí mismo y que nadie decida por él.

Una cosa que tenemos que hacer y que no hemos hecho todavía, porque nos cuesta mucho trabajo, es la declaración de ausencia. Me imagino que lo haremos a lo largo de este año. La última vez que estuvimos con nuestra abogada, nos dijo que ya no se podía alargar más, porque ya habían pasado siete años y, sobre todo, porque cuando presentas la declaración de ausencia, la abogada nos dijo

que nos teníamos que hacer cargo de todo lo que ella tenía suyo y entre eso está su hijo. Entonces, como mis padres no han querido pedir la custodia, debido al miedo que tenían y tienen a la amenaza de Julio, lo estuvieron alargando, pero lo que ya es casi seguro es que, si no es este año, será pronto, se pedirá y lo que harán será decidir todo menos la custodia. Esa no la pedirán, porque ahora ya quedan dos años para que él sea mayor de edad, lo que tendrá un peso decisivo cuando llegue el momento.

De lo que no hay duda es de que vamos a seguir ahí, que vamos a seguir luchando y que no nos vamos a dar por vencidos. Nosotros estamos convencidos de que él es el culpable, no sabemos si le ha ayudado alguien, pero él sabe mucho más de lo que dice. Y para mis padres, sobre todo, sería muy importante el recuperar sus restos, sería darle fin a un capítulo y luego intentar buscar las pruebas para que el culpable o culpables cumplieran ante la justicia; eso ya sería lo máximo, pero viendo el caso como está ahora mismo, y sin que haya pruebas ni nada importante para llevar al juicio, nos daríamos medianamente por satisfechos, aunque fuese poco, con que mi sobrino, cuando sea mayor de edad, se independice de su padre en todos los sentidos, eso es lo que están esperando mis padres. Con eso nos daríamos mínimamente por satisfechos, pero aún nos quedan dos años para verlo.

CIERRE

El relato de Mari Carmen aporta, más allá de los datos, enseñanzas muy valiosas sobre el impacto múltiple que produce una desaparición en el seno de un grupo familiar y en su entorno más cercano. Hay una recomposición de roles, forzada por la necesidad de normalizar el día a día: abuelos y tía volcados en el intento por cubrir el vacío materno dejado por Sonia. Un ejercicio que se revela delicado y muy complicado mientras el menor al que se trata de proteger vive bajo la custodia del padre en quien recaen, a la vez, casi todos los indicios de responsabilidad en la desaparición de la madre. Hay una tensión, no resuelta entre las partes que componen este entramado, que se

retroalimenta silenciosa, pero constantemente, como inevitable consecuencia de una culpabilidad intuida pero no probada. Una culpa no expiada que se traduce en impunidad y que las partes implicadas perciben de manera muy distinta: las víctimas, como insoportable injusticia, los beneficiarios, como una suerte de amnistía implícita. Las consecuencias prácticas derivadas de esa situación pueden llegar a ser tan chirriantes como que el presunto autor de una desaparición se beneficie económicamente de la misma como receptor de la pensión de viudedad. Si, además, todo eso se acompaña de una actitud soberbia y desafiante, el efecto sobre las víctimas es aún más demoledor.

Siendo todo esto incontestablemente grave, más aún me lo parece la relativa indefensión a la que se ve sometido el menor que habita en el centro de esta tormenta. Digo relativa por el amparo constante que le procura su familia materna, como ha quedado claro en el relato de su tía Mari Carmen. Entiendo, sin embargo, que hay una manifiesta carencia de asistencia por parte de los servicios sociales públicos. Creo que debería considerarse obligada una atención integral del menor, una exploración regular de su estado emocional y del estado de las relaciones con su progenitor, y de su capacidad para asumir la ausencia sobrevenida de la madre. Hay suficientes indicadores, por lo que se conoce de sus comportamientos, como para concluir en la necesidad de que dicha atención no se demore más.

Los indicios de violencia de género, lejos de ser anecdóticos, componen un historial que hemos visto repetido en muchos crímenes machistas: el maltrato consistente en un control exhaustivo sobre la mujer, llevado al extremo, cuando ella decide poner fin a la vida de pareja, no digamos ya si, como en el caso de Sonia, se acompaña del inicio de una nueva relación; la ausencia de denuncia y la propensión de las víctimas a dar nuevas oportunidades a sus maltratadores.

Todos esos elementos estaban en las diligencias que llegaron hasta un juzgado de violencia de género, pero a la vista está que no tuvieron el peso jurídico necesario para incriminar al sospechoso. La gran pregunta es qué hacer llegados a este punto. La manera serena, pero tenaz, con que la familia de Sonia lo viene afrontando es otra de las enseñanzas que consignar con la debida admiración. No han renunciado a que algún día se haga justicia. No han abandonado la esperanza de que alguien aporte el testimonio o el dato que permita reabrir el caso y llegar hasta el final. No han perdido tampoco el apoyo de sus vecinos y de los miles de ciudadanos pontevedreses que los han

acompañado de manera infatigable durante siete años. Y, en esta andadura, no han perdido tampoco el sentido de lo prioritario: mantenerse al lado del eslabón más débil de la historia de esta desaparición con todas las reservas posibles de afecto verdadero, por más que nunca puedan suplir del todo el abrazo de su madre que alguien le robó un día sin saber por qué.

Capítulo 9

María Dolores Sánchez Moya (Mary)

ELLA NO SE LO MERECEÍA

Medina del Campo, Valladolid. La nueva línea de alta velocidad hace breve el viaje desde Madrid hasta esa localidad castellano leonesa. Es un efecto de la relación espacio temporal que en nada se corresponde con la historia de una desaparición que parece enquistada en el tiempo y detenida en el espacio: la de una muchacha de veintitrés años, María Dolores Sánchez Moya, Mary. Los hechos ocurrieron en 1990 y apenas tuvieron repercusión entonces en algunos medios locales. Ahora, la declaración de fallecimiento, ese inevitable trámite al que tarde o temprano tienen que enfrentarse las familias, ha devuelto el caso a la actualidad.

Las declaraciones publicadas de sus hermanas mostraban el coraje de los buscadores de justicia, a quienes no derrota el tiempo ni la indiferencia social. Por eso las llamé, para que no faltara su testimonio en este compendio de luchadores que honran a sus desaparecidos impidiendo que el olvido diluya la memoria de quienes se fueron.

Así es como voy al encuentro de Jesusa y Tere, las dos hermanas que formaban con Mary el núcleo más unido de los nueve hermanos Sánchez Moya. Incluso cuando las dos mayores se casaron y salieron de la casa, Mary se las arreglaba para seguir en contacto, ya fuera viajando a Madrid para visitar a Jesu o buscando refugio en Tere, que siempre ejerció de segunda madre. Por eso son ellas las que más han echado en falta a la pequeña de las tres y quienes mantienen la guardia y denuncian tan alto como sea necesario

la ausencia casi total de investigación sobre lo que pudo pasar con Mary.

A Jesu se le hace un nudo en la garganta cuando abre el sobre con los escritos que Mary dejó para ellos. Los lee despacio, deteniéndose para coger resuello, y me los entrega luego para que preste atención a su caligrafía. Una letra cuidada y una redacción con tono de diario íntimo, escrita casi siempre a deshoras, por la noche, o en las madrugadas solitarias en las que le asaltaban todos los fantasmas. No anticiparé los asuntos que daban nombre a esos fantasmas, esos miedos que por miedo no pudo o no supo compartir. Lo que cuenta ahora es el sentimiento —mitad culpa, mitad rabia y, al tiempo, sentido de la justicia— que moviliza a estas hermanas. Por eso, ahora quisieran saldar la deuda de no haber estado más cerca de Mary en los críticos momentos anteriores a su desaparición. Creo que también las mueve el deseo de un homenaje a la madre a quien vieron consumirse en los años siguientes a la marcha de su hermana: primero, debido a una anemia severa porque no comía nada, y luego por una leucemia que se la llevó con sesenta y cinco años. A la desaparición de la pequeña de las hijas se había sumado el encarcelamiento de uno de los hijos, y la temprana muerte por sida de otro. Una cadena de penas y sufrimientos acumulados que acabaron con todas sus fuerzas.

Que la desgracia llame a la desgracia es algo que forma parte de la filosofía popular y que parece confirmarse a la vista de este cuadro general. Pero, en ningún caso, puede servir para pasar página sobre la realidad de fondo. Las desgracias no siempre son males ineludibles. Tras ellas hay algo más que fatalidad. Hay hechos y causas que pueden y deben ser investigados en la desaparición de Mary. Sus hermanas lo reclaman en presente dado que en el pasado no hubo nada de eso. ¿Acaso puede reducirse la suerte de un ser humano al folio y medio que contiene la denuncia de su desaparición?

Mary no era una muchacha carente de personalidad ni de proyectos. Los había ido fraguando de manera silenciosa, pero constante, en lucha con casi todos los elementos de su entorno. Le gustaba vestirse a su manera: informal, algo desaliñada, a pesar de los reproches de la que iba a ser su primera y única pareja. Soportó los comentarios despectivos que él le espetaba sobre su físico, y que, paradójicamente, se acompañaban de arrebatos de celos injustificados.

Tere y Jesu guardan los diarios de Mary, que contienen sentimientos encontrados. Les inquietan algunas expresiones que podrían hacer pensar en

una despedida consciente, voluntaria. ¿Para siempre? ¿Hacia dónde? ¿Una despedida de la vida? Eso ya no les cuadra. Mucho menos imaginar su sometimiento pasivo a una decisión que ejecutarán otros. En contrapartida, sus palabras podrían ser un poderoso alegato para reconstruir las circunstancias que rodearon la desaparición, las motivaciones, los actores que formaron parte directa o indirectamente de los hechos y que siguen presentes.

Hay amigas de Mary y testigos que podrían responder al fin a las preguntas que nadie les hizo, entre ellos y, en primer lugar, Jesu y Tere. Mientras, no dejarán de repetir: «Ella no se lo merecía».

TERESA Y JESU

Teresa Sánchez Moya (T.): «Y a ti, Tere... Bueno, tú eres especial, tú siempre has destacado en la familia. Trabajadora, buena, limpia. El hambre no te llegará a la puerta, pero te mereces algo mejor en esta vida, que fueras un poco más dura para todo. Verás cómo se dan cuenta. Que estás en esta vida para vivirla a gusto junto con los tuyos, tú me entiendes, ¿verdad, Tere? Y Jesu, bueno, y a ti qué te digo. Si como aquel que dice nos hemos empezado a hablar ahora... Pues sí, quiero decirte que espables un poco más y no te dejes comer el coco por nadie, tú haz como si te lo estuvieran comiendo, o sea, hazte la despistada, ¿sabes, verdad? Sí, efectivamente, a eso me refiero, aunque creas, tanto tú como todos, que yo no sé nada de vosotros, lo sé todo. No soy tonta, pero con cabeza». Esta es una de las cartas que conservamos de mi hermana Mary, le gustaba muchísimo escribir.

Jesu Sánchez Moya (J.): Las tenemos repartidas entre los hermanos. Es lo que nos queda de ella. Tengo varias en una carpeta, porque ahora es todo por móvil, pero entonces no, y nos escribíamos mucho. Tenemos una importante, la última que escribió, del 19 de julio de 1990, cinco días antes de su desaparición.

T.: La lees y la piel se te eriza. ¿Qué le pasaría a esta niña por la cabeza para escribir algo así? Pero empecemos por el principio... Mary es nuestra hermana menor.

J.: Desapareció el 24 de julio de 1990. Ha pasado mucho tiempo, pero seguimos buscándola. Seguimos recordándola. Es nuestra hermana. A lo mejor no hemos empapelado Medina del Campo con su foto, vale, quizá en aquellos tiempos no se llevaba tanto o nos pilló desubicadas, no sé... Pero no hemos dejado de buscarla y lo seguiremos haciendo. Se lo prometimos a nuestra madre. Antes de morir nos dijo: «No os olvidéis...». «No, mujer, ¿cómo nos vamos a olvidar de nuestra hermana?». La buscaremos mientras vivamos.

T.: En sus últimos momentos de vida, mamá decía que la veía. «Abre el armario —del hospital—, que está ahí metida. Ha venido y se ha escondido. Abre, que está dentro del armario». Le dieron un año de vida y un año fue. Murió obsesionada por su hija. Ella decía: «Me moriré y no la volveré a ver», «Me moriré...», así estaba todo el día, y aquello se cumplió.

J.: Su vida quedó marcada por la ausencia de Mary. Recuerdo que iba todos los meses a comisaría: «¿Sabéis algo de mi hija? ¿Sabéis algo de mi hija?». Nunca dejó de hacerlo. Hasta que murió. Todos los meses. Nunca dejó de ir.

T.: Papá era más reservado. Él podía quererte mucho, pero nunca decía un te quiero. Jamás dijo: «Mujer, tranquila, que va a aparecer, no llores más». Nunca consoló a nadie... Lo que sintiera lo llevaría por dentro. Se lo tragaría. No lo exteriorizó jamás. Mamá lo expresaba. Además, cayó enferma en gran parte por eso, se le quitaron las ganas de comer.

J.: Nadie se muere por nadie, pero a mi madre la desaparición de Mary la empujó. Tuvo leucemia, pero nos dijeron que la leucemia le vino provocada por una anemia muy grande.

T.: Desde entonces no comía.

J.: Mary era la pequeña de las mujeres. Pero no la pequeña de los nueve hermanos que somos. Ella es la séptima por orden de nacimiento. Éramos una familia numerosa, humilde, pero bien... Por ejemplo, nunca nos faltaron a nosotros los regalos de Reyes.

T.: Ni un plato de comida, porque mi padre era muy trabajador. A papá le gustaba mucho beber —hay que decirlo todo—, pero era muy trabajador. Le daba igual estar de pastor que con toros bravos. Su último trabajo fue en ferroaleaciones. Se cayó en los hornos porque

tropezó... Y gracias a que estaba el horno medio apagado, que, si no, se quema por completo.

J.: Sí. Lo dieron por muerto, pero lo superó. Yo recuerdo verlo en una cama redonda, entre cristales. Luego lo jubilaron, porque se volvió a caer y en esa ocasión se quemó el pie. Estaba completamente quemado. Menos la cara, que se la veías bien, el cuerpo... Pero no se quejaba. Era muy duro.

T.: Eso marcó un poco nuestra infancia. Quizá también la de Mary, pero teníamos una vida normal. De la época. En casa no teníamos televisión, ibas a casa de la vecina o a la de tu tía por si te dejaban verla. Y, como todas las familias, cuando compramos la tele nos veíamos hasta la carta de ajuste.

J.: Tampoco había mucho más que ver. La compramos cuando yo tendría doce o trece años y al poco murió la abuela y la tapábamos con aquel trapo verde, cuando no era por una cosa era por otra. Llegábamos a pasar un año entero sin ver la televisión, porque estábamos de luto. Era una pesadilla.

T.: Y nos dejaron sin televisión otra vez. Qué tiempos aquellos. Y lo que luchó mamá. Era una luchadora. Tenía una bata, la pobre, que siempre estaba remendando, pero cuando llegaba San Antolín y nos compraba el pantaloncito típico de las fiestas, un niqui y las playeras de tela, siempre decía: «Bueno, si queda dinero, me compro yo una bata ahí, donde Santiago». Nunca se la compraba la pobre. Le cosía otro trozo de tela encima y ya tenía la bata otro remiendo. Pobrecita.

J.: Cuando Mary nació, vivíamos en una era. Hemos vivido en varias. La única vivienda de propiedad que hemos tenido, ya bien mayores, llegó más tarde. Estábamos casi todos casados menos María Dolores y los dos pequeños. Sus últimos años antes de desaparecer los pasó en esta casa de La Mota.

T.: Recuerdo que, antes de irnos, de casarnos, dormíamos las tres en la misma cama. A las chicas, como éramos ya mujercitas, nos compraron una cama turca. Y nos llevábamos, de verdad, fenomenalmente bien, porque éramos chicas las tres; los chicos, en aquel tiempo, eran más brutos. Nosotras jugábamos a las casitas, a lo que fuera... Había mucha unión. Y recuerdo que Mary era muy rezongona de pequeña; nosotras la llamábamos «la vieja».

J.: Tenía mucho genio. «Viejilla, estás todo el día rezongando, eres una viejilla». La llamábamos así. Pero como le gustaba muchísimo el chupete, se lo dábamos y se quedaba calladita.

T.: Hasta que se le gastaba el sabor, porque se lo mojábamos en azúcar. Qué risa...

J.: Luego fue creciendo y se convirtió en una cría a la que le encantaba estudiar.

T.: Era vergonzosa.

J.: Quizá retraída.

T.: Muy acomplejada. Por su aspecto, porque no es que fuera fea, pero siempre tenía complejo de su nariz. Aunque siempre quería mostrar una actitud de desafío como diciendo: «Aquí estoy yo».

J.: Mirando atrás, Mary no era muy femenina. Le gustaban los chándales, las zapatillas... Y lo que más recuerdo es eso, que le encantaba estudiar. Decíamos: «Bueno, pues mira, va a ser la primera que saca algo». Escribía, escribía y leía mucho. Tanto, que un día llamó a casa el tutor, porque sacaba muy buenas notas y les dijo a nuestros padres que hicieran todo lo posible, que sabían la situación económica por la que pasábamos y que harían todo lo posible ellos también por conseguir una beca para que siguiera estudiando. Para salir, para hacer amigas, se apuntó a Corte y Confección.

T.: Y se fue haciendo mayor.

J.: Y entonces conoció al que sería su novio. Tenía entonces dieciséis años. Él se llamaba y se llama Juan Carlos Maroto. Entonces cambió totalmente, el suyo fue un cambio radical. Se volvió más retraída, ya se encerraba más en su habitación...

T.: Era muy pudorosa y cambió por completo; tanto, que nos tenía asombradas. Antes era incapaz de cambiarse y de ponerse el pijama delante de nosotras, luego le daba igual. Este chico fue su primer novio, el primer y único hombre de su vida.

J.: Cuando empezó a trabajar... llevaba una vida aparentemente normal. Nada apuntaba a nada raro hasta que desapareció.

T.: Aquel 24 de julio de 1990.

J.: Tenemos que pararnos en ese día en el que todo parecía normal. En teoría, Mary había ido a trabajar, pero por la noche no

llegó a casa. Mi madre no se preocupó esa primera noche en que no fue a dormir porque pensaba que se había quedado en casa de la señora —trabajaba en una casa—, había veces que se quedaba allí. Pero al día siguiente, cuando sus amigas, las chicas con las que solía coger el tren le dijeron a mi madre: «¿Está Loli mala? Es que no ha ido» —en casa la llamábamos Mary, pero en la calle la llamaban Loli—. Y fue entonces cuando nos preocupamos por ella.

T.: Fue ahí cuando mamá dijo: «Pero, hija, si se fue ayer...». Rápidamente llamó a la señora de la casa donde trabajaba y esta le respondió: «Pues no ha venido». Después nos llamó a nosotras, que ya no vivíamos en casa, nos preguntó si sabíamos algo de Mary y se fue a la policía. En la comisaria nos dijeron que, como era mayor de edad, había que esperar las setenta y dos horas reglamentarias para poner una denuncia.

J.: Volvimos a ir y nos dijeron que esperásemos un poco más, que a lo mejor volvía. Recuerdo que, además, nos informaron de que, a lo mejor, poníamos la denuncia para nada: «Ya sabemos que las crías ahora se van y vuelven». Y así fue pasando el tiempo hasta que aceptaron que pusiéramos la denuncia, cuando ya había empezado el mes de octubre. Más de dos meses después...

T.: Ese mismo día, mi madre y yo cogimos el tren para Valladolid y nos fuimos a la casa donde Mary estaba trabajando para ver si aquella señora sabía algo, si le había pedido el jornal adelantado. Y nos dijo que no. Que era raro que Mary faltara. Decía que estaba muy contenta con ella, que no había faltado nunca y que no le había pedido dinero nunca. La señora nos pagó, incluso, el mes entero a nosotras, aunque no había llegado a cumplirlo.

J.: Mi primer pensamiento fue que se había ido porque estaba enfadada. Se lo dije a mi madre: «Mira, mamá, seguro que se ha enfadado... y regresa». La policía le preguntó al novio y él contó que ella lo había llamado desde Barcelona, donde estaba con nuestro hermano Santiago. En aquel tiempo él vivía en Barcelona y lo llamamos por teléfono. Santi reaccionó más o menos como yo: «Bueno, no os preocupéis, que no pasa nada». Así que dijimos: «Huy, este sabe algo y está allí con ella». Pero pasaron tres o cuatro días, Santi no decía nada y Mary no regresaba. «Os lo juro de verdad

que Mary no está conmigo», nos contó.

Él pensaba lo mismo que yo: va a volver. «Dentro de cuatro días se le ha pasado y vuelve». ¿Cómo pensar que nuestra hermana estaba desaparecida? Pero la situación empezó a ponernos muy nerviosas. Comenzamos a registrar su habitación para ver si se había llevado ropa, y encontramos una carta que nos hizo buscar, de forma inmediata, al que hasta la fecha había sido su novio.

T.: Había varias cartas. En muchas, ponía la hora, la fecha. Muchas escritas de madrugada. Pero con una de ellas nos dio un vuelco el corazón. Nuestra hermana había escrito una carta despidiéndose; no sé si era una despedida, pero nos dedicó a cada hermano un trocito, a nuestros padres, a sus sobrinos, a las cuñadas... y, además, transcribo literalmente, encontramos lo siguiente: «Me gustaría pedirte tan solo un par de favores. El primero es que cada 1 de agosto me mandes una flor blanca, me da igual la flor; el segundo es que todos los eneros me mandes una flor roja...».

J.: Se ha quitado la vida, fue lo primero que pensamos. Inmediatamente, fuimos a ver a este chico. La carta había sido escrita para él. Cuando se separaron se devolvieron la correspondencia, pero era para él. «¿Dónde te ha dicho...?». «Tú dime dónde te dijo que le llevaras flores. ¿Dónde quería mi hermana que tú le llevaras las flores?». Nos contestó que eso fue cuando decidieron abortar —lo hizo unos meses antes, inducida por él y por su familia, que pagó los gastos del aborto—, ya que tenía miedo por si le pasaba algo. Pero que no se trataba de una carta, ni mucho menos, de despedida. Su niño. Ella quería tenerlo. Nosotras la apoyábamos para que siguiera con su embarazo. Y mi madre también. Se lo había dicho, que no pasaba nada, que se criaría en la casa con todos. Como al final nos habíamos enterado de que había abortado, a lo mejor se sentiría mal pensando en cómo iba a refugiarse en nosotras cuando no nos había hecho caso antes.

T.: Yo pienso que lo que ella quería era no darnos más problemas. Yo tenía ya una casa y era feliz.

J.: No quería complicarte la vida. Yo estaba también feliz: recién casada con mi marido, me había marchado de casa... Pensaría que nos iba a amargar. Porque lo que escribe es como diciendo: no quiero

ser un problema para vosotras... Como diciendo: pobrecillas, no les voy a complicar la vida ahora que son felices.

T.: Había cartas que escribía de madrugada, porque la pobrecita se desvelaba. Lo que pone en esta es terrible, dice: «Ya estoy en la noche», «la noche es mi compañera...».

J.: Sí. Pone todo, te pone la fecha, aquí pone septiembre. Y también las horas en que las escribía... Es que él le decía: «A ti, quién te va a querer», «¿Tú te has visto la cara que tienes?», «No te quiere nadie, no eres femenina». Y, además, en las cartas, ella le echa en cara que siempre le diga que él quería que fuera más femenina...

T.: Todo esto se refiere a él, porque pone: «Siempre te he hablado de tener una casa...». Sí, claramente, esta se dirige a él. Es reveladora. «Tú has ido decayéndote y ¿por qué? Por los celos, a la mínima ya pensabas que te estaba engañando o tenía a otro. Yo no seré legal de palabra, pero yo creo que de espíritu lo soy. Dirás que yo dónde voy con este careto, ¿no? Pues con este careto tú me quieres. Me decías que merecía algo mejor que tú, ¿te acuerdas? Pero tú nunca llegaste a entender que a quien quiero es a ti. Te vas y vienes conmigo cuando quieres. Si yo me he ido de tu lado es porque me estabas echando constantemente con tus bobadas. ¿No me dices tú a mí que soy simpática con cualquiera? Yo me di cuenta ahora que pasa contigo. ¿Crees que así vas a ser mejor? Luego llegó un día y me pegaste, no puedo escribirte más, te quiero demasiado, pero haces mucho daño, yo voy a llorar mucho por ti, no tardes en volver a mis brazos. Te quiero».

J.: Y esta es de cuatro días antes. Del 19. Cinco días antes. Ella desapareció el 24. Aquí pone: «La muerte me llama...». Unas cosas terribles.

T.: Todo eso se lo dijimos a la policía, pero no lo han investigado. Ahora nos ha llamado la jueza a los hermanos y nos preguntamos por qué no lo llaman a él. Van a hacer un escrito, porque lo tienen que hacer, y yo estoy con los municipales y me dicen: «A ver si nos sentamos un día y me explicas para ponerlo en el informe...». Y les contesto: «¿Por qué no lo llamáis a él? Es que es él la última persona que ha hablado con ella». Pero no tomaron nota de esa declaración. En el atestado no consta.

J.: Solo pone que han preguntado al novio, a las amigas y poco más. Yo no sabía, cuando estuvo ella en Madrid —vino a mi casa porque él iba a jurar bandera—, que ya entonces le pegaba. Tenía el cuerpo lleno de moratones; se guardaba mucho de señalarla en la cara. Y, además, era un controlador. Tenemos cartas en las que ella le cuenta lo que ha hecho a lo largo del día, dónde ha ido y en qué momento, con todos los detalles habidos y por haber. Entonces yo se lo dije abiertamente: «Me he enterado de que tú le pegabas». «Es que se lo merecía a veces», me respondió. ¿Que se lo merecía? Me contuve, pero se lo dije: «A ver si el que se lo merecía eras tú...». Me fui a comisaria e informé a los agentes. Es la última vez que yo he hablado con ese chico. Se lo contamos todo a la policía, pero en esa fecha no se hizo ninguna investigación. Ahí empezó nuestra lucha, y ahí mismo terminó. La policía no hizo nada.

T.: Yo, cada vez que lo veo, y lo veo todos los días porque tiene la oficina cerca de donde yo vivo, mi marido me dice: «No, son cosas tuyas». Entonces le pregunto: «¿De qué se ríe?». Y yo tampoco bajo la mirada.

Cuando leímos lo que contaban las cartas, lo buscamos a él y le dijimos: «Mira, queremos hablar contigo. Hemos encontrado una carta y queremos que nos expliques esto». Pero ahí se quedó todo. No sé lo que le hubiera hecho en aquel momento mi hermano José si no lo hubiera detenido, pero como tenía problemas con la justicia y acababa de salir de la cárcel, yo no quería tampoco que se metiera en aquellos asuntos... Y le dije: «No, déjalo, vamos a ir a la policía y que hagan ellos lo que tengan que hacer». Pero la policía tampoco se preocupó ni hizo nada. Y tenía que haberse implicado, haber hecho algo...

J.: Aquí tenemos la denuncia y en la denuncia no hay nada puesto.

T.: Y también supimos después que más de una vez había tenido que salir corriendo por la calle. «Que viene Maroto, que me quiere pegar». Me lo contó un señor al día siguiente de uno de esos ataques: «Porque lo he parado yo, que si no la revienta ahí entre los coches». Era malo con ella, pero estaba ciega y no veía esos maltratos. Para ella era algo normal... La tenía bajo control. Y había testigos de que la maltrataba...

J.: No hicieron nada en aquel tiempo: ni cuando se pide la cartilla en 2002... Esa cartilla, la que acreditaba la fecha de su embarazo, la llevamos nosotras y no consta en su expediente ni tampoco aparece. En septiembre fue cuando lo dejaron, ¿no, Tere?

T.: Sí, en San Antolín, porque estaba con mi marido y conmigo en las fiestas del pueblo y se acercó él para hablar con ella. Ella no quería porque ya lo habían dejado y entonces le dijo mi marido: «Vamos a ver, deja a la chica en paz. Si no quiere hablar contigo, haz el favor...». Pero él se ponía muy pesado e insistía: «María, si solo te voy a decir una cosa...». Entonces ella cedió, aunque mi marido le decía que no fuera, porque volvería con él. Y volvió.

J.: Volvieron otra vez y estuvieron juntos hasta julio, que fue cuando desapareció.

T.: Sí, estuvieron todo el invierno y parte del verano... Él fue el último que la vio con vida.

J.: Seguimos buscando pistas, y encontramos otra carta en la que describía desde que salía hasta que entraba. «He visto a tu hermana, pero que es que he ido a un recado que me ha mandado mi madre...», o «He ido a por el niño porque estaba malo...». Todo. Todo. Desde que se levantaba hasta que se acostaba. Se lo tenía que contar todo. Con todo esto nos fuimos a comisaría. Pero nunca, nunca, se anotó.

T.: Mary, ¿qué te ha pasado? Creemos que no te buscaron lo suficiente. Hoy en día, ¿se hubiera hecho mejor? En la denuncia no constan ni los malos tratos. En el periódico pone que fuimos a denunciar en octubre, que tardamos tres meses en poner la denuncia. No. No nos hicieron caso. Nos lo empezaron a hacer cuando QSD se ocupó de nosotros.

J.: ¿A mi hermana la mataron? ¿Mi hermana se suicidó? ¿Y no se halló rastro alguno? Ella, pese a lo que dijeron los periódicos, llevaba documentación. Miramos —y se buscó— por donde ella iba todos los días a trabajar... y no se encontró nada. Ni el bolso ni sangre ni un zapato. ¿Por qué no se buscó en el coche del novio? ¿En cuántos puntos falló la investigación?

Nuestro lamento sigue estando vivo. Nuestra búsqueda no va a parar. Han pasado tres décadas casi, tres décadas de incertidumbre y

dolor, y los investigadores de ahora suelen apuntar en una misma dirección. «Mire, su hermana seguramente esté muerta, y seguramente la haya matado esa persona, pero es que esto ha prescrito».

T.: ¿Cómo va a prescribir esto? Entonces, si yo quiero que investiguen mejor el caso de mi hermana, ¿no lo van a poder hacer? ¿Dónde está mi hermana? ¿Cómo puede prescribir un caso sin que se hayan hecho las investigaciones pertinentes? El juez nunca llamó a mi madre para decirle: «Cerramos el caso porque no sabemos por dónde tirar». Nunca se nos informó.

La noticia ha vuelto a resurgir ahora a raíz del tema del expediente, al hacer los papeles para ser los herederos, para que mi hermano, que quiere comprar la casa, la pueda comprar. Y hemos cogido un abogado...

J.: Lo primero que hay que hacer es darla por fallecida. Entonces el juez dijo que teníamos que volver a poner avisos.

T.: A sacarla en dos periódicos y no sé en cuantos sitios más...

J.: Por si ella lo ve, por si alguien la conoce... También nos han dicho que se tiene que publicar también en el BOE...

T.: Ahora, el veintitamos de octubre, tienen que ir mis hermanos a declarar... Pero todo esto lo estamos moviendo mi hermana y yo...

J.: Mira, cuando nosotros nos hicimos la prueba del ADN, primero con la Guardia Civil y luego con la Policía Nacional, ya que hay muchos cadáveres y muchos huesos sin identificar, como Jesu vive aquí, le dieron mi teléfono y vinieron a verme. Cuando se lo conté todo, el comisario me dijo que había prescrito.

T.: ¿Cómo va a prescribir esto? Entonces ¿yo no puedo, si yo quiero que investiguen mejor el caso de mi hermana, conseguir que la investigación se lleve por fin a cabo como no se hizo antes? El comisario añadió: «Es que ya, ¿cuántos años hace...?». «Pues 27 o 26, lo que sea. Estoy segura de que ese hombre sabe más de lo que cuenta, aunque a lo mejor no la ha matado él, pero que su comportamiento es extraño: nunca, jamás, aunque nos lo hayamos cruzado en la calle ha preguntado por ella, por si había alguna noticia». Y le enseñé la denuncia al comisario: es que no pone nada.

J.: Y cuando estuve en la policía para la prueba del ADN, me

dijeron: «Anda, y tú eres hermana de José Antonio, Manequé», y les expliqué que no estaba ahí por mi hermano, que ya estaba debajo de tierra, sino por mi hermana que no sabía dónde estaba.

T.: La policía no sabía nada.

J.: Lo primero que tenía que haber mirado era la ficha de mi hermana. ¿Dónde está la de mi hermana? «Aquí, en el periódico», me dijeron. Esto es lo que tienen del caso de mi hermana, dos hojas. Tengo yo más que ellos.

T.: «Hombre, si aparecieran los huesos o apareciera algo, ya se vería...», nos dijeron. «No, no, investigúenlo ustedes mejor». Y les estás diciendo que llamen al novio y te responden que no. «¿Por qué no llaman ustedes a esa persona? Si ustedes van a reabrir el caso...».

J.: Además, el juez nunca llamó a mi madre para decirle que se cerraba el caso, porque no sabían por dónde tirar. Lo digo porque no somos tontos. Vemos la televisión y en ella aparecen casos en los que se ha llamado a los padres para decirles que el caso se va a cerrar. A nosotros nunca nos llamaron, jamás. ¿Por qué? Porque éramos una familia... Como cuando Mary se hizo novia del chico, y se enteraron de que éramos una familia humilde: no les gustó mucho. Y yo me siento orgullosa de mi familia, porque seríamos humildes, pero buenas personas.

T.: Pues sí. Una de las veces vino un chico jovencito junto con el comisario, pero para entonces habíamos estado en la televisión y estuvo hablando con nosotras y me dijo: «Es que esto se ha llevado muy mal». Le respondí que ni bien ni mal, que no se había llevado de ninguna manera y me contestó que iba a tratar de hacer todo lo que pudiera.

J.: Nos llamaron a los cuatro o cinco días por teléfono y nos contaron que tenían contactos que aseguraban que nuestra hermana estaba trabajando en un supermercado.

T.: Y cuando les pedimos que nos dieran la dirección del supermercado nos respondieron que no era en un supermercado sino en un club de carretera entre Medina y Madrid... Yo hubiera ido a comprobarlos uno por uno, pero me contestaron que la gestión la hacían ellos. Luego resultó que no era ella...

J.: Sí, pero a mí no me llamaron para decirme que se habían equivocado. Yo había escrito una carta para que ellos se la dieran a mi hermana si es que, en efecto, estaba en un club, y que en ella iba mi dirección y mi teléfono por si quería ponerse en contacto conmigo. Para que supiera que la estábamos buscando, que no nos habíamos olvidado de ella, que a lo mejor podía ser que no estuviéramos todos los días en la tele o que no hubiéramos empapelado Medina y el mundo entero con sus fotos, pero que supiera que no la habíamos olvidado. Y se la di. Y ¿cuándo me han llamado? Nos llamaron hace dos o tres años para hacernos la prueba del ADN. Hasta entonces no volvieron a dar señales de vida.

J.: Y eso, además, porque salió el tema de la cartilla y llamamos nosotras. El primer ADN que nos hicimos fue con la Guardia Civil, porque vimos un documental en televisión y una persona nos ayudó muchísimo, informándonos acerca del tema y animándonos a que nos lo hiciéramos. Llamamos, fuimos a la Guardia Civil y nos dijeron que se tenía que hacer también en la Policía Nacional porque no comparten los mismos ficheros. Nos lo hicimos hace dos o tres años.

T.: Dijeron que con un solo hermano valía, pero fuimos las dos. En la Guardia Civil sí nos lo tomaron a las dos, pero en la Policía Nacional solo a ti.

J.: Sí, solo a mí.

T.: Y luego conocimos a los padres de unas chicas que desaparecieron y nos enteramos de que habían creado una asociación o algo parecido, y decidimos inscribir a mi hermana en esa asociación. Y sacar su foto en Internet. Y hemos mirado en Facebook, hemos puesto su nombre y nos han salido cuatro personas que también se llaman como ella, pero que no son ella. Una era muy mayor, la otra no se parecía. Pero claro, son veintisiete años. A lo mejor...

J.: Aunque prescriba legalmente, para su familia nunca lo hace. Casi treinta años después seguimos buscándote, Mary, y no lo vamos a dejar de hacer.

T.: Jamás. Te vamos a buscar, mientras podamos y estemos aquí nosotras... Nosotras dos, porque somos las que estamos hablando, pero todos los demás buscan igual. Me gustaría que aparecieses

viva, Mary, pero si tengo que encontrar tu cuerpo, lo encontraré. Quiero saber dónde estás. Quiero saber qué te ha pasado. Mary, me basta con que digas: «Mirad, chicos, estoy aquí. No quiero saber nada de vosotros, pero estoy viva».

Te seguimos buscando. No vamos a parar.

CIERRE

Hace veintisiete años no se había acuñado el concepto de «violencia de género». Las crónicas de sucesos hablaban de «arrebatos» y de «crímenes pasionales» cuando la violencia contra la mujer terminaba en muerte. Son proverbiales las portadas de *El Caso*, sus titulares, expresión de un género periodístico que, en buena medida, se extinguió entre los medios escritos con el fin de dicha publicación.

En los años noventa, la televisión pareció tomar por un momento el relevo con programas como *Al filo de la ley*, emitido en Antena 3 con dirección de Pedro Costa y presentado por Rosa María Mateo, en 1993. En el tándem Costa-Mateo, la cadena privada reunió valores profesionales incontestables: el de un cineasta curtido en el género negro y el de una presentadora emblemática, elevada a la categoría de «musa de la democracia» por haber puesto voz a la manifestación multitudinaria con la que el pueblo de Madrid respondió al fracasado golpe de Estado del 23F de 1981. Un año después, en 1994, TVE estrenó *Código Uno*: Arturo Pérez Reverte y Mayte Pascual fueron sus conductores iniciales. Pero la aventura televisiva del ex reportero de guerra fue efímera y terminó con bronca; la de Pérez Reverte tildando de basura los contenidos del programa. Arturo tomó distancia de la cruda realidad de las cárceles (de la que se había ocupado con anterioridad en un programa de radio) y del mundo del crimen para dedicarse a la creación literaria donde le aguardaban éxitos en una medida que probablemente nunca imaginó por entonces.

Unos años más tarde (1997), yo mismo recibí el encargo por parte de la televisión pública de producir un programa que trataba de emular el exitoso *América's most wanted* de la televisión estadounidense. Se llamó *Buscados con cargo* y fue la periodista catalana Nuria Gispert su conductora y

directora. Una joven agente de la Policía Nacional, Esmeralda, aparecía en pantalla invitando a los telespectadores a la colaboración ciudadana para la localización de los autores de crímenes sin resolver, en muchos casos porque estos se habían convertido en fugitivos de la justicia. He de reconocer que los resultados prácticos fueron escasos y que la audiencia tampoco acompañó demasiado, lo que limitó a ocho entregas la vida del programa en cuestión. Antes de decretar su cierre, la casa quiso convencerme de que asumiera la presentación del programa simultáneamente a la de *Quién Sabe Dónde*. Siempre tuve claro que debía decir no, aunque siempre me haya costado decirlo. No me parecía de recibo someter a la audiencia a dos sesiones semanales. Creo que ser mayoritariamente seguido en un programa no debe entenderse como una suerte de bula con la que pedir un duplicado de la confianza al personal y andar entrando en las casas más horas de las debidas. Además, y, sobre todo, me parecía importante mantener una neta diferenciación entre los sucesos criminales y la casuística de las desapariciones.

Lo cierto es que el género de sucesos dejó de existir en los horarios nocturnos de máxima audiencia televisiva, el famoso *prime time*, para terminar mudándose a las mañanas, pero no como tal género sino como ingrediente ocasional y mediante un enfoque totalmente distinto. La elaboración cuidadosa de los temas que requiere la complejidad del género de sucesos se trocó en improvisación, con el consecuente escaso o nulo contraste de los datos. En contrapartida, se instauró un lenguaje hiperbólico y un uso obsesivo de rotulaciones anunciando «exclusivas», «directos» y «últimas horas». Si hago aquí estas reflexiones es porque estoy convencido de que todo lo que hacemos en televisión incide en la realidad, influye en los comportamientos y conforma el lenguaje con el que se nombran las cosas. Todo es todo. De modo que no cabe la eximente del entretenimiento o la alegación de estar en un medio privado para eludir la responsabilidad correspondiente. O sea que todo es todo... para todos.

Por eso no fue una moda periodística, sino un reflejo de la conciencia social dominante en la década de los ochenta y en parte de la de los noventa: el que la violencia ejercida contra las mujeres se tradujera en clave de asunto estrictamente privado y como fruto de las imprevisibles pulsiones de la pasión.

En el tratamiento informativo de las desapariciones, prevalecía la noción

de misterio. En parte era —y sigue siendo— inevitable que así sea, dado que hasta los investigadores más acreditados en este campo hablan de «la escena fantasma». Pero hay misterios y misterios, y, sobre todo, formas muy distintas de contarlos. Un amplio abanico que va desde lo esotérico al sensacionalismo amarillo o «rosamarillo» (cuando el amarillo se funde con términos y personajes de la llamada prensa rosa). Sin embargo, existe un punto intermedio donde el equilibrio es posible, si se presentan los hechos de manera sustantiva, incluyendo los espacios de interrogación, pero sin aventurar hipótesis fantásticas. Todo antes que la simplificación y el recurso a los tópicos. Porque, por debajo del lenguaje, o en las entretelas del supuesto misterio, la realidad ignorada tendrá como corolario que se ignore a sus víctimas y que permanezcan en la impunidad sus verdugos. Consideraciones estas que a mi entender cobran sentido ante casos como el de Mary Sánchez Moya.

Hay otro plano de necesaria reflexión en la historia de esta desaparición que tiene que ver con el viejo debate sobre si la prescripción jurídica de los delitos comporta la extinción del derecho a restaurar la verdad de los hechos y el honor de las víctimas. Del testimonio de las hermanas de Mary y del que, según ellas, podrían aportar otras personas, se infiere la posibilidad de establecer el detalle de algunos de los episodios que rodearon su desaparición e incluso a identificar a sus autores. ¿Es legítimo volver a olvidar todo eso bajo el velo de la prescripción? ¿Acaso cabe tan solo un lamento retrospectivo? ¿Hay algún impedimento jurídico tan incuestionable como para que sea impensable —por imposible— una revisión de causa?

Me marché de Medina del Campo con una parte de los manuscritos originales de Mary, que necesitaba releer con detenimiento, y el compromiso de devolverlos en cuanto lo hubiera hecho. Me llevé, además y sobre todo, la certeza de haber conocido a dos personas comprometidas hasta el fondo con la memoria de su hermana, animadas no solo del coraje que suele atribuirse casi exclusivamente a la consanguinidad, sino del que nace del sentimiento de justicia, entendida en un sentido reparador y no vengativo. Como derecho a saber y a que la sociedad sepa.

Capítulo 10

Caroline del Valle

ZONA HERMÉTICA

La «Zona Hermética» de Sabadell, cerca de Barcelona, es conocida en los últimos tiempos como espacio de botellón nocturno; fue allí donde desapareció el 14 de marzo de 2015 una niña de catorce años, Caroline del Valle, supuestamente junto a un grupo de chavales que huyeron en estampida ante la presencia de los Mossos d'Esquadra. La investigación sobre lo que realmente ocurrió ha terminado siendo otra zona hermética: nadie sabe nada. O quizá es que nadie quiere decir nada concluyente. Ni siquiera están probados los hechos de aquella noche, ni establecidas las posibles responsabilidades dentro del grupo de veinte chicos y chicas, casi todos entonces menores de edad y una buena parte de ellos fugados de centros. Solo cuatro de ellos han pasado por el Juzgado de Instrucción número 2 de Barcelona que el 14 de junio de 2017 archivó el caso «por falta de indicios de criminalidad contra persona alguna». En ese momento se cumplían dos años y dos meses de la desaparición. El calendario ha seguido corriendo sin que haya aparecido dato alguno que permita ni confirmar ni descartar la hipótesis policial de un «homicidio con ocultación de cadáver». Para la familia esas cinco palabras son una sentencia que la condena a un duelo imposible que, lejos de librarla de la incertidumbre, la empuja a una oscura zozobra de pesadillas y a un irremediable sentimiento de discriminación y desamparo.

Quedé con los padres y con la abuela de Caroline el 20 de septiembre de 2017, uno de los días en los que Barcelona ya respiraba agitada ante la

cercanía del anunciado —y prohibido— referéndum por la independencia. Los periódicos que consulté durante el viaje en el AVE desde Madrid estaban repletos de noticias que confirman el grado creciente de tensión en todos los órdenes: el Tribunal Constitucional denunciaba a Forcadell y a la Mesa del Parlament por las leyes de ruptura; Hacienda intervenía oficialmente las cuentas de la Generalitat; la Guardia Civil registraba varias Consellerías y detenía al número dos de Junqueras. En la radio del taxi escuché que importantes vías del centro estaban cortadas debido a manifestaciones, algo que no afectaba a la zona franca a la que me dirigía. No hay mucha distancia desde la estación de Sants, de hecho pertenece al mismo distrito, justo en el sur de la ciudad que limita con los municipios de El Prat y L'Hospitalet de Llobregat. De buena gana hubiera ido caminando, pero quise apurar todos los minutos posibles del tiempo previsto para el encuentro con la familia de Caroline. Un par de horas, con suerte tres. Porque Isabel, la madre, trabaja por la tarde y Juan Vicente tiene un horario muy condicionado por el turno de noche en la Seat, donde trabaja en la cadena de acabado de pintura. Solo la abuela, Teresa, está libre de esas contingencias desde que decidió jubilarse hace poco, al cabo de algo más de cuatro décadas fregando suelos y limpiando casas.

No es la primera vez que nos hemos visto. Ellos me llamaron nada más desaparecer Caroline para que difundiéramos una alerta en *La Mañana* de TVE, en la recién inaugurada sección *Ventana QSD (Quién Sabe Dónde)* creada precisamente para publicar avisos de los casos y pedir la ayuda de la audiencia. Para la puesta en marcha de esta *Ventana* habíamos elegido deliberadamente el 9 de marzo. Cinco días después, el 14 de ese mismo mes de 2015, es cuando se pierde el rastro de Caroline y la familia comienza a moverse en busca de todas las ayudas posibles para localizar a la pequeña. Después de aquella primera referencia, Isabel vino a participar en directo en el programa y eso permitió que nos conociéramos en persona.

A pesar de ser una sección limitada a dos o tres días a la semana, la difusión de las alertas nos había permitido cosechar algunos resultados alentadores, entre ellos el de una menor de La Palma, Canarias, de la misma edad que Caroline, localizada apenas cuarenta y ocho horas después de su escapada junto a un hombre adulto. Madre e hija quisieron comparecer juntas en el programa siguiente para celebrar que todo hubiera acabado pronto y bien, y ambas aprovecharon ese momento para lanzar un mensaje advirtiendo

de los riesgos de las fugas adolescentes.

Lamentablemente no tuvimos la misma suerte con los repetidos mensajes sobre Caroline. A finales de noviembre volvimos a encontrarnos, aunque no en un plató de televisión sino en el foro de familias convocado en Úbeda y Baeza por la Fundación QSDglobal. Era la primera vez que iban a reunirse familiares de personas desaparecidas de toda España y ellos —Teresa, Isabel y Juan— no dudaron ni un segundo en acudir. Y allá que se fueron, de Barcelona a Baeza, 719 kilómetros por carretera, incluyendo una parada para descansar en el propio coche. Los dos días del foro compensaron el esfuerzo, según me confiaron entonces, sobre todo por la convivencia con otras familias con experiencias similares a la suya. Y por la sensación de que ya no volverían a estar solos en la lucha por saber, en el esfuerzo por mantener la esperanza frente a la incertidumbre cada vez más teñida de pesimismo.

Un año después, el 30 de noviembre de 2016, volvimos a encontrarnos. Esta vez fui yo quien viajé a Barcelona con la directora de la fundación, Anabel Carrillo, para una reunión en el Parlament de Catalunya propiciada por Rafael Bruguera, diputado del PSC, probablemente el político comprometido desde más largo tiempo con la causa de las desapariciones. Luisa, madre de Cristina Bergüa, acudió a la cita con otros miembros de la renovada Inter-SOS: Montserrat Torruella, Roger Pascual y Paola Ferrara. El grupo lo completaba Vanesa González, abogada de la familia de Caroline del Valle. Después de un primer intercambio con los miembros de la Comisión de Interior, fue la propia presidenta del Parlament, Carme Forcadell, quien nos recibió. El nombre de Caroline sobrevuela la reunión de principio a fin. Lo mismo ocurrió durante el almuerzo de trabajo que mantuve unas horas después con el *major* de los Mossos d'Esquadra, Josep Lluís Traperó.

Me sorprendió lo mucho que habían cambiado todos los escenarios visitados apenas un año atrás cuando volví a Barcelona en 2017 para la cita con Teresa, Isabel y Juan del Valle. Los escenarios y las personas: Traperó, sin ir más lejos. Cuando nos vimos con él era casi un agravio la mera insinuación de una posible colaboración entre los Mossos y la Guardia Civil en el caso Caroline. De hecho, había sido denegada judicialmente tantas veces como lo solicitó la defensa de la familia. Traperó sería destituido poco después y sustituido por su número dos, pero ya bajo las órdenes del Ministerio del Interior en aplicación del artículo 155 de la Constitución. ¿Se abre así una puerta a la colaboración de la Guardia Civil o de la Policía

Nacional? Veremos. Porque, superados los escollos corporativos, haría falta una buena dosis de la sensibilidad que no ha habido hasta ahora sobre la suerte de una menor desaparecida y escasamente buscada.

Con estos precedentes y un breve café en el bar de abajo, al que nos invitó su propietario, entré en la vivienda familiar, un piso situado en la octava planta de las catorce que tiene el bloque, donde comparten vivienda la abuela y los padres de Caroline, además de su hermano pequeño. Se llama Kevin. Él no está ni lo esperaremos. Volverá del cole cuando haya terminado nuestro encuentro. Sus padres intentan mantenerlo al margen de las vicisitudes que siguen rodeando la desaparición de su hermana y no le contradicen cuando le escuchan decir que volverá en cualquier momento.

ISABEL, JUAN Y TERESA

Isabel, madre de Caroline (I.): Acuérdate, Juan, de cuando nos conocimos. Tu hermana era amiga mía, y la cosa empezó a los dieciocho años. Y no nos casamos ni nos hemos casado, nos fuimos a vivir juntos y se acabó.

Juan (J.): Ni falta que nos ha hecho.

I.: Me acuerdo de cuando empezó a dolerme de pronto la tripa y me fui al Hospital del Mar y allí me dijeron que estaba embarazada. Diecinueve años tenía y tú veinticuatro. Nos pusimos los dos muy contentos, estábamos felices. A partir de ahí, nuestra vida cambió: empecé a trabajar aunque no durante mucho tiempo porque tuve un embarazo malísimo. Pero tú, Juan, hiciste de todo.

J.: Claro, ya no era lo mismo. Antes era quemar la noche los dos con la moto, de botellón, y si no te gustaba un trabajo te ibas, pero entonces ya estaba la niña, y la cuna, y todas esas cosas.

I.: Trabajaste en cualquier cosa que te surgía. Fuiste mozo de almacén, repartidor de pizzas, en una heladería..., hasta que, al final, encontraste la Seat y te quedaste aquí y llevas ya quince años. Antes hacías tres turnos distintos: tres semanas de mañana, otras tres de tarde y otras tres de noche, pero ahora solo trabajas de noche.

J.: Es que antes era muy difícil. Cuando te estabas acostumbrando

tenías que cambiar el horario. Ahora entro a trabajar a las nueve menos cuarto de la noche y vuelvo a las siete de la mañana, aunque salgo a las seis, lo que pierdo en el trayecto. Entré con un contrato relevo, a sustituir a un compañero que se iba a jubilar. Y hasta que no se jubilaba, yo cobraba un veinte por ciento menos. Cobrábamos quinientos y pico euros, muy poquito. Pero claro, luego, cuando me hicieron fijo la cosa cambió... Yo veía que había categorías y que al final pagaban bien. Había cuatro pagas dobles, parecía un trabajo serio... Y que era para toda la vida, así que aquí me quedé... Estuve en un taller, el taller cinco, que era de pintura, pero no era revisión final y luego me pasaron al once y ahí llevo catorce años y pico dando el toque final a los coches. La misma empresa se ha ocupado de formarme.

I.: Pues sí, turno de noche. Es que te lo ha recomendado el psiquiatra. Vamos al psiquiatra. A mí las pastillas que me mandaba me dejaban grogui y no me las he querido tomar. Además, no solo era que me mandara pastillas, es que también hablábamos siempre de lo mismo y yo tenía que volver a contar toda la historia, y yo no quiero hablar de eso, quiero olvidarme un poco, por eso he dejado de ir. Ahora, eso sí, me he arreglado la boca. Tú no, tú tienes que seguir yendo, porque te pones malísimo y necesitas mucha ayuda...

J.: Voy por la medicación, que me tranquilizó un poco porque estaba desquiciado. Me decían cualquier cosa y me ponía a llorar y rabioso... Estaba en las nubes. Y la medicación me fue bien.

Teresa (T.): Fue mi primera nieta. Mi Caroline... Yo trabajaba por aquel entonces en una pensión en la que estuve treinta años limpiando, y llegaste tú, Isa, hija, y me dijiste que iba a ser abuela. Entonces no sabía qué hacer. Estaba la cosa fatal, yo era la única que trabajaba y me mataba limpiando. Primero en un bar, salía del bar y me iba al Hostal Lirios. Salía del hostal y me iba a limpiar una casa, salía de la casa y me iba a limpiar una panadería, salía de la panadería y me iba a limpiar un bar hasta las once de la noche. Así, así... Todo el tiempo, todo el tiempo.

Vosotros estabais en otra cosa. Noches de copas, de salir y entrar, de botellón, que alguna vez he tenido que salir a buscarte... Pero cuando vi que te iba creciendo la barriga, estaba yo contentísima y,

qué quieres que te diga, cuando nació, con aquella carita redonda y tan guapa...

I.: Le pusimos Caroline porque por entonces estaba la película *Poltergeist* y a mí me gustaba mucho y se lo pusimos. Es que era una muñeca.

T.: Vivía pendiente de ella y le compraba todo lo que podía. La montaba en un caballito mecánico que había en el bar de abajo, el de la Dolores, y me empeñaba siempre con ella. Era increíble, que, cuando me iba a trabajar, tenía que salir con la cabeza tapada con una manta y agachándome porque, si no, se quería venir conmigo adonde yo fuera. Le tenía que amenazar con que si no se portaba bien vendrían los pájaros que hacían cococo (las gaviotas, que a ella le daban un miedo tremendo) y se la llevarían. Luego llegaría el Kevin y más nietos, tengo siete hijos. Bueno, eran más, qué os voy a contar, tuve nueve, pero se murieron dos. Además, es que yo me casé dos veces. Una con Agustín y otra con Fernando.

J.: Fernando sí que era un buen elemento. Un maltratador, eso es lo que era, que entonces no se podía denunciar aquello, pero si hubiera sido ahora... Eso sí, él adoraba a la niña. Pero luego fue cambiando a mejor, sería porque le dio un ictus. La última vez que le pegó a Isa, que estaba embarazada, ya te encaraste con él y se lo dijiste, que me lo contaste: si le vuelves a poner una mano encima, no sé de lo que seré capaz.

T.: Eran unos tiempos en que vivíamos como sardinas en lata. Este piso tiene ochenta o noventa metros y en él vivíamos catorce personas.

I.: Dormíamos en el cuarto de estar. ¿Te acuerdas? Y la niña dormía mal.

Estuvo muchas veces en el hospital porque respiraba mal... Tenía bronquitis asmática y estuvo mucho tiempo ingresada en el Hospital del Mar, en pediatría. Hasta que cuando cumplió tres años se produjo un cambio. Hasta entonces cada invierno había que ingresarla.

T.: No sé si te acordarás, madre, de que yo me dormía sentada en un sillón y me ponía a la niña encima y así me quedaba dormida toda la noche. Sí, reiros. Cuando tú te levantabas, Juan, y yo te decía, cállate..., que se duerme así, que, si no, no se duerme...

I.: Y aquella vez que se te cayó por la litera, por el hueco.

J.: Sí, se me cayó, pero es que por aquel entonces vivíamos como sardinas en lata, catorce personas con sus respectivos animales... Nosotros vivíamos aquí en el comedor, en el sofá cama, y la niña en una cuna ahí.

I.: Ahí donde estás tú, en la puerta, estaba la cuna, ahí. Y aquí el sofá cama. Parece que lo estoy viendo.

T.: Claro, tantos hijos y tantos nietos... Me acuerdo de que Carmen dormía conmigo en un cuarto y Fernando, Jero y Jesús, en otro. Y mi marido, que dormía solo. Como me dio la vida que me dio, pues la relación ya no existía. Mi marido vivía solo, y el resto en dos habitaciones y en el comedor. Lo peor, claro, es que con el tiempo cada uno se echó novio o novia, y ellos también venían.

Lo que nunca os dije es que había veces que me quería quedar sola... Y actualmente me quiero quedar sola muchas veces... ¡Me voy a buscar un piso donde nada más que haya una habitación! No aguanto a nadie. ¿Sabéis el regalo que tiene que ser decir «vivo sola»? Si quiero comer, como, y si no, no...

J.: Bueno, no te quejes, ahora estamos los cuatro, como si vivieras sola. Y tampoco te puedes ir a ningún sitio porque no estás en condiciones, te dan mareos...

T.: Lo que yo daría por que fuéramos cinco. Mi niña, que eso era hasta poco antes de que pasara lo que pasó...

J.: Muy poco antes, ella jugaba todavía en el barrio. No. Todavía no era una adolescente.

I.: Pero luego conoció al grupito ese de las LN, que vaya lo que significa el nombrecito. Las Nalgonas. Antes tenía amigas del colegio, de aquí del barrio, y bajaba a jugar. Por lo menos hasta siete u ocho meses antes de desaparecer, estaba jugando abajo, que parece que la estoy viendo.

T.: Estábamos haciendo obras en el bloque y había andamios y ella se subía por ellos y le gritábamos: «Pero, Carooooool, ahí subida pareces una rumana, mira cómo estás de sucia». Pero ella, con sus catorce años, nos gritaba que la dejáramos, que a ella le daba igual estar limpia o estar sucia...

I.: Entonces iba al colegio del barrio, al instituto Montjuic, que es al

que va Kevin. Ella estaba en segundo de ESO, pero no se le daban bien los estudios. En primero sí, tenía ilusión, pero luego... Que si no tengo ganas de ir hoy, que voy más tarde... Fuimos a hablar con los profesores y nos contaban que se distraía mucho, pero que tenía buenas relaciones con ellos y con sus compañeros.

J.: Nos decían que le costaba mucho prestar atención, pero que ponía interés. Pasaba una mosca y se distraía. Ella lo que quería era hacer peluquería. A la mínima se distraía enseguida con nada, pero no tenía problemas con nadie.

I.: Todo ocurrió cuando hizo el cambio de amigas, con Silvia, que se las presentó él... El último que la vio la noche en que desapareció. El momento decisivo es cuando empezó a estar con ellas. Son de Hospitalet, de muy cerca. De detrás de los juzgados, que es donde vive mi hermana, entonces Silvia vivía ahí, y Carol iba mucho a casa de mi hermana y entonces la conoció. Tenía un año más que ella. No sabíamos qué hacían ni cómo o qué eran las LN, no teníamos ni idea. Pero a Silvia sí que la conocíamos porque ella se quedaba a comer en casa y Caroline comía en la suya y se quedaban también a dormir... Parecía una mosquita muerta...

T.: Sí. Que nunca había roto un plato. Pero no veas Silvia lo que llevaba detrás...

J.: Entonces, Carol empezó a cambiar.

I.: Todo el día con el móvil, se lo cogías y hacía unas cosas muy raras. Tenía una contraseña para todo, para entrar en WhatsApp, para entrar en Facebook, para entrar en el móvil. Cambió mucho con las nuevas amistades. Me acuerdo de cuando estuvo padre en el hospital ingresado, casi muriéndose, y tuvimos que ir a la comisaría a buscarla, porque con el grupo de niñas estas —iban chicos árabes y niñas, no había ningún español—, cogieron a un niño, le pegaron y le quitaron las bamas, y tuvimos que ir a comisaria a buscarla porque la habían detenido con el grupo. Eso fue un par de meses antes de la desaparición.

Menuda bronca le eché: «Pero, Caroline, ¿cómo haces estas cosas y tal y como está tu abuelo...?». «Mamá, que yo no he hecho nada, si es que yo iba con ellos...». «No, tú nunca haces nada, pero siempre eres la que pringas, no sé cómo te las apañas, hija». «Mamá, te lo

juro, que yo no he sido..., ha sido ese niño, que le ha pegado al otro...».

Ah, tienes razón. La verdad es que salimos bien de aquella porque fue entrar, le dijeron lo que había hecho y se fue. No hubo ni juicio ni nada. Dijo el mosso que pasaría a fiscalía de menores, pero no tuvimos noticia de nada.

J.: Eso fue una semana después del 13 de enero, que fue cuando operaron a tu padre.

I.: Con respecto a Silvia, empezamos a saber de ellas después de que desapareció. Carol cogía nuestro ordenador para meterse en Facebook y se quedaba ahí tumbada toda la tarde. Muchas veces no bajaba ni a la calle.

T.: Mira, todavía está la estufa donde la dejó ella.

I.: Está rota y ahí se ha quedado. Un día cogí el ordenador porque no lo cerraba, se quedaba abierto el Facebook, y pude ver las amistades que tenía y hablando con ellas fue cuando ya me enteré de todo. Le pasamos toda la información a la policía.

J.: Le ofrecimos a la policía que se llevaran el ordenador de Carol por si podían sacar alguna información, pero no lo quisieron. Nosotros hablábamos con todos los niños y la policía venía al día siguiente para hablar con ellos. Iban detrás de nosotros.

I.: Los Mossos d'Esquadra de menores, que están aquí en la Ciudad de la Justicia, se portaron muy bien.

J.: Hacían todo lo que les pedíamos: si hay que ir al monte a buscar una casa, allá que iban...

I.: También a la casa de los enanitos, en el monte, porque decían que había estado ahí nuestra hija... Nosotros íbamos un paso por delante o ellos un paso por detrás. Siempre estábamos en contacto, pero fue cuando nos derivaron a la Unidad de Desaparecidos y ahí fue cuando se trunció todo. Yo pensaba que habían recibido el caso al momento y dicen que fue a los dos meses.

J.: Sí. Hubo dos meses en que la cosa estuvo muy parada. Parada del todo... Desapareció ese contacto que teníamos. Y empezó el calvario.

T.: Y mira que yo he hablado con Silvia y nada. Le he hablado siempre de buenas, a ver si era capaz de sacarle algo. «Mira, Silvia,

cariño, yo sé que tú no tienes nada que ver, yo sé que tú quieres mucho a mi Carol, y a ver si acaso nos podemos ver y me dices más o menos qué es lo que pasó con Carol. Tú tranquila...». Y me la he llevado ahí al bar del chino y la invitaba a una Coca-Cola... Y siempre decía lo mismo. Que Carol se había escondido detrás de un coche. Otras veces me decía que el que lo sabía era Justin, porque, había habido una pelea en la discoteca y cuando llegaron los *mossos* a la zona, como entre los que integraban la pandilla de Carol había algunos que se habían escapado del centro de menores en el que estaban encerrados, entre ellos Justin, salieron todos corriendo. Y contaba que él y Carol corrían y llevaban a un *mosso* detrás. Y que Carol le decía que estaba muy cansada y él le recomendó que se escondiera debajo de un coche. Siempre me decía lo mismo.

J.: Dirían eso, pero yo no me creo que una niña con catorce años como Carol se cansara de correr a los cincuenta metros. Recuerda que los *mossos* dijeron que no habían corrido detrás de ellos y que no había habido estampida. Así que tampoco me creo que Caroline se hubiera escondido debajo de un coche. Me juego el cuello a que lo que dice Justin es mentira.

T.: Hay tantas versiones... que no sabes ya ni lo que creerte.

I.: Pero lo que sí es cierto es que estuvieron en la Zona Hermética y que el grupo que estaba con ella, que eran como unos veinte, estaban todos identificados. Ellos y las LN, Las Nalgonas, mira tú qué bonito.

T.: Sí. Eso sí que es cierto.

I.: El grupo eran todo niñas. Luego, los chicos, muchos, eran novios de unas, otros novios de otras..., absolutamente todos eran árabes. No había ni uno que no lo fuera. Es más, iban a la Zona Hermética a robar móviles. Nos lo dijo, que robó uno un móvil. Estaba Caroline, pero se ve que el chico rompió la tarjeta y todo y no pudieron ubicar nada, pero iban allí a robar a la gente que se emborrachaba. Aprovechaban el descuido para robarles. Y la policía los paró porque ya los conocía, ya sabían quiénes eran.

T.: Ay, Dios mío. Algunos se habían escapado de un centro de menores, entre ellos Justin.

I.: Y una mora, Nis, que también se fugó y sigue desaparecida. A

ella fue a la que Caroline, a eso de las seis de la mañana, le hizo una llamada que la otra no cogió. Todo eso lo investigó la policía y está en el sumario. Me tengo que contener mucho. Muchísimo. Tengo que mirar a mi hijo a la cara y decir: «Me frenas tú» porque Silvia nos ha hecho mucho daño, nos ha mentido mucho.

J.: Y Nis.

I.: Bueno, Nis me ha llegado a decir que a mi hija la he matado yo. Me ha llegado a decir de todo. Me han hecho tanto, tantísimo daño estos niños... Porque me han llegado a decir barbaridades brutales. Que yo he matado a mi hija, que mi hija a mí no me quería... Me han dicho de todo.

No puedo dejar de pensarlo. Por qué nos engañó. Por qué me llamó, a eso de las nueve, para decirme que acababa de salir de la discoteca de menores y que se quedaba a dormir en casa de Silvia. Era algo normal. Otras veces yo hasta hablaba con el padre o con la tía e incluso les decía: «Pásamela», y entonces hablaba con ella.

J.: Uno de ellos grabó un video con el móvil en el que se les veía perfectamente a todos. A Caroline también. Ese video lo tuvo la policía en su poder, podía haberlos identificado. Pero no sabemos si lo hicieron, al menos no nos lo contaron.

I.: Pero han pasado de todo. Solo cogieron a uno y de los demás ni rastro.

J.: Y han dejado en libertad a Justin porque dice la jueza que no hay indicio de criminalidad ninguno... La secretaria del juzgado me dijo que lo de Caroline había sido una fuga voluntaria.

I.: La policía me dice que fue un homicidio con ocultación de cadáver. La última vez que hablé con la policía fue cuando se levantó el secreto de sumario... Yo ya no sé si ahora lo ven como sospechoso o no. Porque no he vuelto a tener contacto con ellos. Cero. Por otro lado, que de veinte que eran en el grupo solo hayan entrevistado a cuatro...

J.: Es más, cuando hicieron la búsqueda con los perros y todo, vinieron... y ni hola ni nada, pasaron de largo... Ni nos miraron. De eso hace poco, ¿eh? Que fue en febrero.

I.: Por no hablar del hombre ese que me llamó y me dijo que a Carol la tenía un moro en su casa, que la estaba violando y que si yo

quería ver a mi hija tenía que pagarle cuatrocientos euros a él y me decía dónde estaba mi hija. Yo se lo dije a los Mossos y se movilizó todo, ya se hablaba de un secuestro, no de una desaparición. Entonces estuvimos un día aislados, ¿te acuerdas?

J.: Sí, en comisaria. Porque él nos llamaba y nos decía: «Quedamos en tal sitio», y nosotros le preguntábamos cómo iba vestido...

I.: Tipo película, sí. Nos apuntaban la respuesta que le teníamos que decir para coger tiempo o localizarlo por teléfono. Me hizo quedar a mí con él. Me dijeron que en vez de ir yo se presentarían ellos: «Tú le dices que estás sentada, y que cómo va vestido para reconocerlo». Así lo hice y ya la policía lo cogió.

J.: Dicen que estaba mal de la cabeza.

I.: Que se lo había inventado todo y quería sacar dinero. Y yo le dije al policía: «Pero es que dice cosas que no puedes saber si no has estado ahí, no las puedes saber». Porque me decía a mí que había estado con moros esa noche, con un coche rojo, que es verdad, que había un coche rojo, que había estado bailando, que había más niñas. Me explicó tal y como iba mi hija, cómo estaba. Eran cosas que me cuadraban.

J.: A lo mejor pudo estar y de ahí sacar algo, no lo sé, Isabel. Pero tenía que haberse investigado más... Me parece que se llama Antonio, ¿te acuerdas, mamá, de lo del gitano?

T.: Sí. Se llama Juan Carlos Flores Moreno. Siempre me acordaré de su nombre.

I.: Sería de mi edad, tampoco era tan joven. Y la policía fue a su casa y todo, habló con sus padres... Qué haría en una discoteca con niños si él tendría unos treinta y cuatro años, pero ahí es donde desapareció Caroline, en el Bora Bora, bueno entre el Bora Bora y Globals, que son dos discotecas.

J.: Hay un descampado en el que se junta mucha gente con los coches y hace botellón.

I.: Gente de todas las edades. De treinta, de cuarenta, de dieciocho, de veinte... Es más, los que estaban en el coche con mi hija bailando, los dueños del coche que salen en el vídeo, eran mayores de edad. Y ese vídeo lo tiene la policía también, se les pasó

a ellos. No sabemos si los habrán identificado.

T.: Es que hay que ver, qué trato te dan. Como aquella vez que fui al juzgado y hablé de unos mensajes que me habían llegado y quería enseñar a la jueza... Hablé con la secretaria de la jueza, una morena como de sesenta años. Eran de la hermana de Justin, que nos amenazaba diciendo que sabía dónde estaba mi hija, que estaba viva, y que iba a decir dónde estaba cuando ella quisiera... Y que nos iba a meter una paliza que nos iba a matar...

Esos mensajes me los mandó a mí y me dije que se los llevaría a la jueza. Entonces, la secretaria de la jueza me llamó a un cuarto aparte donde había dos *mossos*. Me dijo: «Mire, señora, deje de buscar más a su nieta. Su nieta, a la hora que desapareció y el lugar donde desapareció... A esas horas hay mucho indigente. A su nieta la cogerían, la violarían, la tirarían a un contenedor, vino el camión de la basura... Y vayan a buscar al vertedero». ¿Cómo se busca en un vertedero? Cómo me va a decir a mí cómo se buscan unos restos humanos en un vertedero... A mí dígame cómo se friega un suelo, pero no me diga eso. Vamos, tuve una pelea con ella porque le dije: «Usted tiene hijos? ¿Sabe que está hablando con su abuela?». Me fui de allí hecha polvo. Estaban presentes dos *mossos*, pero como estaba tan nerviosa solo me fijé en uno alto y un poco calvo. Pero como me puso tan nerviosa... Hubiera cogido a la mujer por el cuello y yo que sé. Ni se inmutaron. Es que es para denunciarlo porque esos *mossos* fueron testigos mudos de todo. De todo.

I.: Estaba contigo en ese momento Vanesa, la abogada, ¿no?

T.: No bajó, estaba yo sola.

I.: Se lo dijiste, ¿no?

T.: Yo se lo conté a Vanesa y dijo: «Espérate aquí un momento sentada, que voy a subir yo para arriba». Entonces Vanesa cogió los mensajes y denunció a la hermana de Justin: «Yo sé dónde está Carol, yo tengo una cosa guardada de Carol que no la tienen los Mossos, la sacaré cuando a mí me dé la gana...».

I.: La abogada cogió los mensajes, los subió al juzgado y se los rechazaron. Cada vez que voy al juzgado me miran con una cara de «ya está aquí la pesada». Y entonces te encuentras desamparada. Ya veis, la jueza nunca me ha querido recibir. Nunca.

J.: Y el tema de las cámaras de la estación, las de Sabadell, esas que todas las imágenes salen pixeladas y no se distingue nada bien...

I.: A mí me lo dijo el *mosso*. Me dijo que le daba rabia que no se pudiera ver nada, porque estaba muy, muy pixelado. Que habían estado no sé cuántos meses esperando las imágenes y cuando habían llegado se había llevado un desengaño porque no se veía nada. Estaba frustrado.

J.: Y que no nos hayan llamado nunca ni del grupo de desaparecidos ni de la Oficina de Atención a las Familias de Desaparecidos. Nos llamaron a partir del encuentro de familias de Baeza en el que participó un miembro de la oficina. Esa fue la primera vez.

I.: Y luego hubo algún que otro paripé, como cuando los Mossos habían estado mirando y sacando agua en un trozo de parking en Sabadell... Porque era 9 de marzo, día de los desaparecidos... Claro, como el día antes yo había dicho en 13Tv que no hacían nada, al día siguiente lo hicieron y lo pusieron en Twitter. «Estamos continuando con la búsqueda de Caroline del Valle. No te olvidamos. Día de los desaparecidos, 9 de marzo».

J.: Y al día siguiente, paran y lo dejan.

I.: Dejaron de buscar porque decían que el parking era propiedad de un banco y hasta que el banco no lo limpiara, ellos no iban a buscar ahí. Y yo les dije: «Ah, o sea, que si el banco no lo limpia en cinco años..., ¿no se busca en cinco años?».

J.: «De manera que ayer, ¿por qué estuvisteis sacando el agua? Si era del banco... ¿para qué la sacasteis?». Pues porque les interesaba.

I.: Juegan con nosotros como quieren, eso es jugar con las personas y los sentimientos.

A mí me llamó la secretaria de la Policía Local de Sabadell y me lo dijo: «Isabel, no te pongas nerviosa, pero pasa esto. No... La información es buena, pero es falsa a la vez. Es falso que estén buscando expresamente a tu hija ahí porque crean que esté ahí, pero sí que es verdad que están haciendo búsqueda. Pero buscan porque tienen que hacerlo. Te lo digo para que lo sepas. No te pongas nerviosa, pero no es por nada especial. Es porque hay que buscar».

Luego decían que era por petición expresa de la familia. Mentira, porque yo ni sabía que ese local estaba ahí. Yo, de Sabadell lo que me conozco es la estación, el Bora Bora, el descampado y el castillo.

J.: Y después estaba la abogada. Ella, a su manera, ha peleado y tampoco ha tenido respuesta de los juzgados. Porque lo que ella transmite, en el dossier que hicimos, es que ha pedido pruebas y se las han negado. Lo mismo que la llamada esta de la hermana de Justin, que no se la admitían. Cuando se pedía que interviniera la Guardia Civil tampoco se admitía... En fin..., qué curioso que ahora con todo este conflicto de la independencia esté interviniendo la Guardia Civil...

I.: No entiendo... Hay tantas cosas que no entiendo de la desaparición de nuestra hija. Porque cuando hemos hablado con los Mossos, me dicen no te centres en Justin, que abras tu mente... Que a lo mejor se la ha podido llevar un coche, uno de su entorno, pero no sabemos cómo investigar eso. O sea: ¿qué me estás diciendo?, ¿qué ya he perdido a mi hija? Porque si me estás diciendo que no sabes cómo investigar un secuestro... Entonces ¿qué me estás diciendo? ¿Que ya la he perdido?

I.: Yo no sé lo que pensaréis de mí, pero yo estoy fatal. Me he tenido que teñir el pelo de su color para poder volverla a ver. Sí, necesito sentirme como unida. Lo necesitaba. He tenido que quitar la foto de ahí porque no puedo ver su foto. No puedo. Me cuesta mucho, mucho, ver una foto de Carol. Hay veces que mi cabeza la quiere como borrar. Como decir, no la has tenido. Pero, por otro, el corazón dice: «No. Ha estado». Porque ha dejado restos. Pero la cabeza no sé si es que no quiere sufrir o no sé... Me la intenta borrar cada día. No sé cómo explicarlo. Es un sentimiento muy raro porque pienso que no la voy a volver a ver más, que ya me he quedado sin hija. Que la última vez que la vi fue cuando le di los veinte euros. Es lo que pienso... No llores, Juan, no llores... Es que parece que estoy reviviendo aquellos momentos, cuando me dije que no había venido y no sabía nada de ella en todo el día. La llamé y no me cogía el teléfono, saltaba el contestador. «Acaba de salir ahora mismo de mi casa, Isa, va para tu casa», me dijo Silvia. Le respondí: «Ah, vale, pues la voy a esperar por aquí abajo». Y estaba esperándola, pero

nada, las nueve y media, las diez y media, las once y tuve la sensación de cuando se te pierde algo y dices: «Ya no voy a encontrarlo, ya lo he perdido». Tuve la sensación de que no iba a verla más. Una sensación muy fría, no sé cómo describirla. Llamé a Silvia otra vez y le dije: «Silvia, que mi hija no viene. Ya son las diez y media o las once». «Ah, pues le habrá pasado algo de camino de mi casa a la tuya, porque en mi casa se ha quedado a dormir, Isa». La seguí esperando y me dieron la una, las dos..., y fue cuando la niña esta me mandó el mensaje y me dijo que fuera a comisaría porque la habían llamado y le habían dicho que estaba en una casa, en mal estado. Me dijo: «Ve a denunciar, porque tengo miedo. Me han llamado por un número privado y me han dicho que no busque a la Caroline, que está muy lejos en una casa abandonada y que no está bien». Y fui con ese mensaje directamente a poner una denuncia. En ese momento los Mossos se pusieron a investigar y a mover todo, pero, ya te digo, tuve una sensación de decir: «La he perdido, ya está. Ya no la voy a ver más».

J.: Yo también estoy fatal. Muy mal. Hay días en que estás mejor, pero no es que eso sea una mejoría: es que no me acuerdo o intento no recordar. Pero cuando me viene a la mente, me pongo muy mal. En el trabajo me como mucho la cabeza. Hubo una época en que iba con el coche como un loco para matarme. Y hay días que pienso: «¿Para qué estoy aquí?». Pero entonces pienso en Kevin. Pero digo: «Si me pasa algo, pues está mi mujer y tú, Tere...». Sigo teniendo la esperanza de que la tengan en algún lado, pero conforme va pasando el tiempo... Ya son tres años. Cosas peores se han visto, ¿no? Pero pierdes más la esperanza.

I.: Es como una llama que se va. Al principio está y, poco a poco, se va apagando y apagando... Y la vas perdiendo. La gente te dice que no pierdas la esperanza: «No. Si perderla no la pierdo. Pero ya han pasado treinta meses, y si en treinta meses no ha habido algo»... Me cuesta mucho tener la esperanza de decir un día van a llamar a la puerta y va a ser mi hija. O va a estar mi hija aquí.

Y Kevin, que la quería tanto, que se preocupaba si no llegaba a su hora, ahora no quiere ir al psiquiatra ni que le hagan hablar de ella. Hay veces que delante del niño haces que no parezca tanto, porque

él lo está pasando muy mal, es su hermana, hacía todo junto con ella. Dice: «Mamá, que la Carol vuelve, mamá. Esto son cosas de niños. Ella vuelve, mamá. Ella vuelve».

J.: Y luego están las llamadas que nos dicen que la han visto en tal o en cual sitio, que la han matado, que la tienen secuestrada, y venga a ir y venir. Hace poco, de Alicante llamó una chica que decía que le había parecido verla en una discoteca o en el puerto, no sé dónde. Me puse en contacto con la policía de Alicante, la Policía Nacional, les expliqué el caso y se sorprendieron mucho. Me dijeron que les mandara una foto de la niña actual que la pasarían por los coches por si veían algo, cogerla. Pero...

T.: Y cómo se llama ese que mandó el mensaje a la niña esa... El que dijo: «No busquéis a Caroline».

I.: Eso fue una llamada de un número privado.

J.: Te llamaban... «Eh, que la hemos visto por aquí». Y nos íbamos corriendo con el coche para allí. «Que la hemos visto por allá», corriendo para allá.

I.: Sí. La gente nos llamaba.

T.: Por las alertas y por hacer daño.

I.: Por las alertas llamaban y decían: «Que la hemos visto en Mataró». Cogíamos el coche y hasta Mataró. «Que la hemos visto en Tarragona», pues a Tarragona.

J.: Fuimos al Splau de Cornellá, donde vive Silvia. ¿Dónde es?

I.: Pineda del Mar, también allí dijeron que la habían visto. En todos los lados.

T.: Es que no dejo de darle vueltas. Nos sentábamos ahí, en esta mesa. Tenía mucho genio... Bueno, tiene. Para mí, tiene. No sé si viviré para verlo, pero yo creo que aparecerá un día. Vivo con la cosa esa de que aparecerá. A lo mejor me equivoco, pero no sé. Lo que sí pienso muchas veces es que igual me la cruzo por la calle, porque muchas veces paso...

J.: Y no la reconoces. Pero no llores, Teresa, llorando no se arregla nada...

T.: Y como yo tengo a mi hijo Jesús preso en Cuatro Caminos... Por qué se metería en la droga... Cada sábado voy a verlo y, al venir para acá, me bajo en Urquinaona, que está cerca de donde ellos paraban,

en la plaza Cataluña, y me doy la vuelta. Veo a muchos moros de ellos, de la panda esa y me digo: «A lo mejor está la Carol aquí, pero claro... a lo mejor no la reconozco».

I.: Eso me pasa a mí también cuando veo a las amigas. Cuando veo a las amigas de toda la vida del colegio...

T.: O veo por aquí muchas chavalitas que vienen cuatro o cinco juntas y oye, se arropan unas a otras. Entonces yo pienso: «¿Por qué mi Carol no encontró unas amigas como estas? Que donde va una va la otra». El otro día, se lo decía a Isa, Juan, mira qué amigas y no la secta esta que encontró mi Carol, porque eso es una secta, son innombrables. Y ya te digo. Muchas veces, casi todos los sábados, me bajo en Urquinaona y me vengo de allí al lado de donde estaba la discoteca donde ella iba.

I.: El In Time.

T.: El In Time ese, ¿no? Solo por estar ahí parece que estoy más cerca de ella. Y me siento allí en Urquinaona, y luego me vengo andando hasta la plazoleta donde pasaban tiempo, en la plaza Cataluña. Y me quedo mirando, mirando y digo: «¿Qué voy a ver? Si a lo mejor está ahí, pero no la voy a reconocer. Y si ella me viera me conocería, claro, pero...». Entonces ya se funde todo. Cojo el autobús y desaparece todo. Creo que no voy a vivir para verlo, pero aparecerá. Ya verás. Tarde o temprano, pero aparecerá. Muchas veces digo: «¿Y si aparece que se ha juntado con un chico y viene con un hijo? Igual le da cosa de venir...». Me monto cada película... Aquí cada uno se monta la suya.

J.: Como piense, no duermo. Ni duermo ni me deja vivir.

T.: Yo lo que no quiero pensar es que le han hecho o le ha pasado algo. Sí que me gusta hablar de ella, a la mínima oportunidad que tengo, sea con quien sea, me gusta hablar de ella porque creo que mientras lo haga, cualquier día llega.

I.: Trato de no pensar porque, si le han hecho algo y ha dicho «mamá» y no he podido estar yo... O le han dado un golpe y me la han tirado por algún barranco... Pero es algo que nos ha unido a nosotros y a toda la familia. Yo siempre soy la que se echa la culpa. Si no la hubiera dejado quedarse a dormir, pero quién se lo podía imaginar. Si un día me dicen que han encontrado a mi hija muerta o lo

que sea, no podría creérmelo. Por eso digo yo que son unos sentimientos muy raros porque, por un lado, la cabeza me dice no la vas a volver a ver más...

J.: Yo lo que le pediría al ministro de aquí de Cataluña, es que dejara que investigara a otra policía. Yo que sé, la Policía Nacional, la Guardia Civil...

I.: Que investigara y que investigaran bien.

J.: Que hicieran al menos un pequeño repaso de todo lo que tienen.

I.: Yo fui hace poco a hablar con la Guardia Civil de la central de aquí de Cataluña, que está en el Palau... Le lleve el caso de la niña, lo que pude llevarle, bueno. Estuve hablando con ellos, y me dijeron: «Nos quedamos con esto, vamos a ver si podemos hacerlo, pero lo vemos muy negro, porque ya está todo judicializado y si me dices tú que la jueza ya te ha denegado seis veces que no intervengamos no creo que se pueda hacer nada». Pero yo, por mi hija, hago lo que haga falta. Hago de todo.

J.: Lo que sea. A mí me dicen que para que mi hija llegue, yo me muera hoy, yo me muero hoy. Aunque no la vaya a ver. Venga, ahora mismo.

T.: Yo también lo cambiaría. Por lo menos darle un beso.

J.: No, yo prefiero que vuelva aunque no la vea, aunque me muera antes.

I.: Yo me cambiaría por ella donde estuviera, sin pensarlo. Me cambiaría por ella.

T.: Todos daríamos nuestras vidas con tal de que ella viviera y apareciera por fin...

CIERRE

El historial de agravios y desatenciones sufridos por la familia Del Valle hace emerger carencias repetidas en otros casos, tanto en el plano policial como en el judicial. No creo que haga falta recordar la absoluta interrelación entre ambos planos, pero sí es necesario constatar cómo los errores en uno de ellos determinan los del otro, en una suma que resulta letal para quienes sufren las

consecuencias.

España cuenta desde 2010 con un sistema de alerta temprana frente a las desapariciones de menores, consideradas siempre como de alto riesgo: se trata de la Alerta Menor Desaparecido. La Secretaría de Estado de Seguridad del Ministerio del Interior es la responsable de la activación de este sistema de movilización general destinado a la rápida identificación y localización del menor. Sin embargo, esta alerta nunca ha sido activada. Tampoco cuando desapareció Caroline del Valle, una menor de catorce años, el 14 de marzo de 2015. ¿Por qué? No lo sabemos. Nadie ha aportado una explicación. Ni siquiera una justificación. Cataluña es una comunidad con competencias plenas en materia de seguridad y con su propia institución policial, los Mossos d'Esquadra. En ningún sitio está escrito que el territorio de Cataluña esté excluido como escenario de una posible Alerta Menor Desaparecido.

A lo que no se hizo, hay que añadir lo que se hizo mal. Por ejemplo, que el caso pasara sucesivamente del grupo de Menores al de Desaparecidos y de este al de Homicidios. Esta unidad es la que lo etiqueta como posible «homicidio con ocultación de cadáver». La gravedad de esta calificación no se acompaña de un refuerzo de la investigación ni de un plan de rastreos en busca del supuesto cadáver. Para la familia todo ha empeorado: se le cierran de golpe todas las expectativas de recuperar con vida a la pequeña y se vuelve hermética la comunicación con los nuevos responsables, todo lo contrario de lo que ocurría con el Grupo de Menores.

Los Mossos no valoraron tampoco una colaboración basada en el método de rastreo B. G. A. (Búsqueda en Grandes Áreas) ideado por el policía local José Ángel Sánchez. Yo había informado personalmente a Josep Lluís Trapero, por entonces máximo responsable del cuerpo, de la eficacia probada del método, durante la reunión que refiero al comienzo de este capítulo. Pues bien, ni eso ni el detallado informe que José Ángel remitió a continuación les hizo salir de su cerrazón.

El panorama se oscureció aún más con la decisión del Juzgado de Instrucción número 2 de Barcelona: sobreseimiento provisional y archivo de la causa. La «falta de indicios de criminalidad frente a persona alguna» fue la causa aducida, pero, en rigor, era más bien la consecuencia de la denegación sistemática por parte de ese mismo juzgado de las peticiones de la defensa para que declarasen determinados menores, para que se investigasen las cámaras de la zona, para autorizar el uso de georradars o para incorporar a

expertos de la Guardia Civil a la investigación.

Es insostenible desde cualquier punto de vista someter a unos padres cuya hija lleva desaparecida dos años y medio al sufrimiento añadido de frías hipótesis policiales (homicidio con ocultación de cadáver) o de aún más gélidas resoluciones de los juzgados (archivo de la causa). Ni siquiera ha habido el esfuerzo por explicar, de manera sencilla y en persona, que la actuación del juez es consecuencia de la Ley de Enjuiciamiento Criminal vigente, pero que eso no tiene por qué suponer el cierre definitivo de la investigación. No cabía esperarlo de una jueza que no ha recibido ni una sola vez a los padres de Caroline, pero sí de la Oficina de Atención a las Familias de Desaparecidos con la que cuentan los Mossos desde 2014.

La historia de Caroline plantea, además de todo lo anterior, una llamada de atención a todos los padres y madres de hijos adolescentes o preadolescentes. En la edad de la pequeña desaparecida en Sabadell, se percibe un dato de gran relevancia: la de la invisible frontera entre la niñez y una adolescencia cada vez más temprana.

La historia de Caroline debería ser analizada en profundidad no a partir de la noche en la que desaparece, sino empezando por los meses anteriores en los que, sin que en su casa fueran conscientes, empezó a deslizarse por la pendiente sin retorno de salidas nocturnas incontroladas y compañías conflictivas. Una pendiente facilitada por el uso del móvil, las redes sociales y grupos como la de las LN, Las Nalgonas, a los que sus integrantes llaman «hermandad». Son universos cerrados a la mirada del mundo adulto y, por supuesto, de acceso prohibido a padres y tutores. Es un mundo paralelo, casi el mundo al revés, que refleja una de las series televisivas de moda, *Stranger things*. Pero la realidad siempre va mucho más allá de la ficción.

Capítulo 11

María Teresa Fernández

ESPÉrame

¿Cuándo se da por terminada la búsqueda de un desaparecido? Si la pregunta se la hacemos a algún responsable policial responderá tajantemente: «Nunca». Si precisamos un poco más y queremos saber en qué se concreta la continuación de los casos, lo más probable es que nos digan: «Depende». Y si tratamos de dar el siguiente paso con un ¿de qué depende?, puede que empecemos a acercarnos a algo más o menos parecido a la realidad verdadera. O sea, que debemos preguntar y preguntar. Las familias y las asociaciones de desaparecidos saben bien lo que es eso. A golpe de preguntas se ha ido fraguando su derecho a saber y se han ido obteniendo logros. También a golpe de muchos golpes recibidos en forma de silencio, de desatención y menosprecio.

Teresa y Antonio, padres de la hija desaparecida en Motril en agosto del 2000, María Teresa, dejan entrever en el relato de su peripecia no solo los pliegues más íntimos de su sufrimiento, sino todas las carencias con las que se han ido encontrando. Antes de la larga conversación que acordamos para este libro, nos habíamos conocido en programas de Canal Sur, no sé en cuántas ocasiones, muchas. Porque, tras la interrupción de *Quién Sabe Dónde* en 1998, recuperé mi relación con la televisión de mi tierra, precisamente a partir del año que marcaba el cambio de milenio. En *La llamada del Sur* y más tarde en *Siete Lunas* o *La vida en tiempo real* fuimos viéndonos de manera intermitente pero constante. En esos programas no teníamos ni el

equipo ni los medios de *Quién Sabe Dónde*, pero contábamos con una audiencia suficiente como para confiar en que el testimonio de Antonio y Teresa hiciera emerger en cualquier momento algún nuevo dato que ayudara a esclarecer lo que pasó en Motril con una muchacha de dieciocho años recién cumplidos que se disponía a asistir a un concierto pop con el que se abría la feria local. De hecho, en esos programas habíamos informado de sucesos que causaron en su momento un gran impacto y una notable alarma social, como fueron los asesinatos de las jóvenes andaluzas Rocío Wanninkhof y Sonia Carabantes. Los indicios sobre esa posible vinculación implicaban la sospecha de una acción criminal en la desaparición de María Teresa Fernández, pero eso no llegaría hasta pasados varios años de aquel agosto del 2000. Mientras, una de las claves de la investigación estaba en el último mensaje registrado en su móvil dirigido al chico con el que llevaba un tiempo saliendo: «PUEDE QUE TARDE, PERO VOY. ESPÉRAME».

ANTONIO Y TERESA

Teresa, madre (T.): María Teresa era la más alegre de la casa. Y, como su padre, la más juerguista. La mayor era muy seria, aunque ya ha cambiado. Siempre ha sido muy madrastrona... Pero se llevaban estupendamente. No salían la una sin la otra. Siempre estaba de broma y, además, era muy besucona y muy cariñosa. Siempre estaba dando besos, los mismos que tanto echo de menos ahora...

Antonio, padre (A.): No quiso seguir los estudios en Suiza y por eso nos vinimos a España, a Granada, a esta casa que es donde nació María José, la primera, nuestra propia casa. Nos vinimos cuando María Teresa tenía quince años cumplidos camino de los dieciséis. Las hermanas ya eran mayores, porque María José le lleva siete años y María Mercedes uno y pico menos. Se lleva catorce meses con la mayor.

T.: Tuvo problemas con la lengua y la geografía española al principio, pero lo superó todo pronto. Cuando estábamos en Suiza, en la casa se hablaba siempre en español, pero en la calle lo que utilizaban era el francés.

A.: Ella quería ser profesora de francés, profesión muy distinta de sus hermanas: una *esthéticienne* y la otra peluquera. Era buena estudiante. De hecho, el profesor, cuando daban en el instituto clase de francés: le decía: «María Teresa, explícale tú a esta gente lo que quiere decir esto, porque yo no soy capaz de explicárselo para que me entiendan». Y ella lo hacía. Es que el francés era su lengua materna...

T.: De hecho, su padre le prometió que, si lo aprobaba todo, le compraba un caballo, era un animal que a ella le gustaba mucho. Se puso muy contenta cuando se lo compró. Todo iba sobre ruedas. Tenemos un cortijo, y ella se iba al campo y allí disfrutaba montándolo. Ya traía la afición de Suiza y disfrutaba mucho con su caballo o con una yegua que teníamos. La montaba tan bien que era una amazona de categoría. Hasta tres caballos hemos llegado a tener allí, uno para cada hija. Pero ella era la mejor de todas. Los sabía dominar con maestría.

A.: Además, tenía muy buen corazón, le gustaban los animales... Nuestra hija no podía ver ni un perrito abandonado ni un gato. Los cogía, los lavaba, los llevaba al veterinario para que les pusieran las vacunas, para que los desparasitaran, lo que hiciera falta, sin buscar ninguna asociación de animales: por su cuenta y de su bolsillo.

T.: Si le hubiéramos hecho caso, tendríamos en el cortijo...

A.: Uh. Y con todo y con eso, había veces que teníamos hasta seis o siete perros. Ella sentía ese amor por los animales.

T.: Por aquel entonces ya estaba saliendo con el chico, un marroquí que se llamaba Zili o Phillips. Fue poco antes de la desaparición. Llevaba ya cuatro o cinco meses con él.

A.: Montaban juntos a caballo. Venía al cortijo a montar... Y ahí empezó la relación. Ella empezó antes que sus hermanas, que tardaron más en echarse novio.

T.: Las otras lo hicieron mucho más tarde. Mis hijas no tenían novio cuando vinieron. Aquí fueron conociendo a gente. Salían las tres juntas con vecinos, tenían una pandilla de jóvenes... Y así empezaron a conocerse. María Teresa empezó más joven, pero tenía una cosa buena: confiaba mucho en mí y me contaba sus cosas.

A.: El padre del muchacho era marroquí y la madre inglesa. Tenían

un cortijo un poco más pequeño, un chalet en el Monte de los Almendros. Y el padre hacía chapuzas nada más, ese era su trabajo, pero iba casi todas las semanas a Marruecos. No tenían de nada en la casa, cuatro mueblecillos: una mesa, una silla...

T.: El chico la tenía engañada. Es un tipo alto y muy moreno... Con aspecto de árabe. Él tenía quince años y decía que iba a cumplir los diecinueve. Le mentía hasta en la edad.

A.: Sí, era más joven que ella. Por lo menos dos años o dos años y medio. Y era con él con quien había quedado aquella tarde. Hacía muy poco que había cumplido los dieciocho.

T.: Su cumpleaños fue el 19 de junio y ella desapareció el 18 de agosto.

A.: Dos meses después.

T.: Pero parece que no llegaron a verse, porque ella le mandó un mensaje raro: «PUEDE QUE TARDE, PERO VOY». Con letras mayúsculas.

A.: Puede que tarde un poco...

T.: No: «PUEDE QUE TARDE, PERO VOY, ESPÉROME». Entonces, cuando él nos enseñó el mensaje le dijimos que por qué no la había esperado y nos contestó que se había subido andando, por si le había pasado algo.

A.: Pero eso lo hizo a la misma hora a la que habían quedado. No esperó ni treinta minutos...

T.: Si recibió el mensaje a las diez, a esa misma hora echó a andar. Según dice.

A.: Según dice él... Es sorprendente, desde luego.

T.: Justo a la hora en la que terminó en el bar —porque esto lo hemos estado investigado— y a la hora que estaba en Motril, en el autobús, donde estuvo cambiando un billete de cinco mil pesetas en el quiosco para poder llamar por teléfono en la cabina...

A.: No es posible que llegara en ese tiempo desde el bar hasta el lugar donde habían quedado. Lo decimos con conocimiento de causa porque lo hemos hecho a pie mil veces.

T.: Hasta la policía ha hecho conmigo ese recorrido. Es imposible hacerlo en el tiempo en que dice él que lo hizo, y eso que yo ando muy deprisa. Es imposible. Él decía que había tardado cinco minutos

y se tardan quince.

A.: Quince minutos largos. Él estaba trabajando allí cerca, como a unos veinte minutos...

T.: Es una incógnita que nunca se ha despejado.

A.: La policía investigó su teléfono y sabíamos que mi hija había hecho aquella llamada.

T.: Eso fue lo que él nos dijo, con estas mismas palabras: que no la había esperado, que subió por si le había pasado algo... Después, ya no hubo más llamadas.

A.: No. Yo llamé a las doce y algo porque María Teresa había quedado en la feria para que la recogiera mi otra hija. Llevaba su teléfono móvil y su monedero. No se llevó el bolso porque iba a una fiesta.

T.: A un concierto, a ver a Café Quijano.

A.: Nosotros supimos enseguida que algo había pasado, porque ella le dijo a su hermana que, en cuanto terminara el concierto, a las doce, estaba en la puerta de la sala. Se abrieron las puertas, salieron todos, entró para dentro con su novio mi hija Mercedes, y vio que no estaba. Empezó a dar vueltas por toda la caseta, y, sobre las doce y media, me llamó mi hija: «Papá, que a Mari Tere le ha pasado algo». «¿Qué dices?». «Sí. Mari Tere no está, y la estoy llamando al móvil y no me contesta».

T.: El teléfono estaba apagado o fuera de cobertura.

A.: Cogimos nosotros y llamamos. Empezó dando llamada, pero se cortó y no sonó más. Fuera de cobertura o apagado.

T.: Y a esa hora llamamos a Philip, y Philip estaba ya en su casa durmiendo, en Salobreña. Lo llamamos, vino con la madre y nos dijo que no la había visto, que no la había encontrado...

A.: Él no ha declarado ni ha salido apenas en televisión. Al niño no se le podía tocar porque era menor de edad. Cuando le dijimos a la policía la edad que tenía, la policía nos dijo que solo tenía quince o dieciséis años.

Él se despegó de nosotros, y la familia ya no quiso venir a más rastreos ni a búsquedas ni a nada a los pocos meses...

T.: No quiso hablar más con la televisión. Y cuando íbamos a buscarla, él se iba con su padre a buscar a otro lado, al menos eso

decía. Íbamos en varios coches cargados de gente, pero la madre de él iba con su coche aparte...

A.: Antes era menor de edad, pero ahora no. Ahora sí que ya puede declarar...

T.: Entonces empezamos a llamar. Preguntamos a todos los guardias jurados que había por las casetas, por si había habido algún accidente o había pasado algo, si había habido alguna ambulancia que se hubiera llevado a alguien. También llamamos a la Policía Local. Nadie sabía nada ni había ocurrido ninguna cosa anómala. Preguntamos en el hospital, y tampoco supieron decirnos nada.

Entonces fue cuando pusimos la denuncia en la Guardia Civil. Serían las cuatro de la mañana...

A.: Y llevamos una foto... Así empezaron las cosas. Pero en aquel momento no querían recibir la denuncia y entonces, por mediación de un amigo, conseguimos que interviniera el comisario principal de aquí, y ya sí la aceptaron. Me acompañaban los guardias civiles a buscar. Me seguían. Quedó arreglado todo en cuestión de dos horas.

T.: Y al día siguiente, creo que fue por la tarde, la policía aceptó la denuncia. Y esa misma tarde ya estábamos nosotros poniendo carteles. Que, de hecho, la policía nos regañó, porque pensaban que era demasiado pronto para ponerlos.

A.: Porque sabíamos que nuestra hija no había desaparecido por su voluntad, que le había pasado algo. Nosotros la conocíamos.

T.: Era muy estricta para la hora.

A.: Iban a un cumpleaños de una amiga a comerse una pizza un viernes o un sábado, y yo las llevaba a ella y a su amiga y me preguntaba: «Papá, ¿hasta qué hora?». «A las doce de la noche. A las doce de la noche aquí te espero». Había veces que acababan antes y me llamaba y me decía: «Papá, ven a buscarme, que ya hemos terminado de comer». A lo mejor eran las once y cuarto. La otra le proponía ir a dar una vuelta, pero ella no quería.

T.: Nunca hacía esperar. Jamás he tenido que esperar a que volviera más tarde de la hora fijada. Y si se tenía que retrasar por lo que fuera, porque no habían servido la comida, llamaba y pedía diez minutos más.

A.: Tenemos que hablar de los vecinos, de los amigos. En aquel

momento respondieron muy bien. Teníamos aquí como mínimo diez o doce personas los días de diario. Recorríamos la vega, todos los sitios... Y los fines de semana había siete, diez y hasta doce coches, todos llenos de gente. Hacíamos un esquema, un plano, salíamos a una hora prefijada, nos repartíamos, y poníamos la hora en que nos encontraríamos en un punto. Y eso así, durante años y años. No durante una semana ni unos meses... Años y años.

T.: Íbamos con el criterio de buscar algo: lo que fuera, una pista. En una ocasión nos sugirieron que fuéramos a la comuna donde estaban los hippies, y entrábamos todos allí, cada uno por un lado. Allí nos encontrábamos con locos, croatas, yugoslavos, y todos drogados... Allí han encontrado a uno que está buscando la policía ahora...

Ellos han estado en alguna ocasión. Cuando hemos tenido algún soplo, que ha habido un par de ellos. Sobre todo, el de un detective criminólogo o abogado criminólogo. Nos dijo que en Málaga tenían a mi hija en un club de alterne y allí fuimos con una amiga nuestra que era cabo. Fue con su pistola y todo. Pero fue todo en vano, porque no era nuestra hija. Y así, varias veces en que la policía ha tenido que intervenir. Otra vez fuimos a Jaén.

A.: Nos mandaron un anónimo que decía que sabían de la niña.

T.: Otra vez fuimos a Alicante.

A.: Eso ha sido ya entre nosotros, sin que la policía intervenga. Yo les decía siempre a ellos adónde iba, por si pasaba algo, para que lo supieran o por si querían venir... Una vez me dijeron que mi hija estaba limpiando cristales de coches entre Alicante y Valencia, en Almansa. En un polígono.

T.: Un día nos llamó una persona, y nos dijo que hiciéramos un hoyo donde encontraríamos una cruz, cerca de Almuñecar, pegando al mar. El sitio, según nos dijo, lo había señalado ella. Y que allí estaba mi hija enterrada a cuatro metros de profundidad. Y fuimos los dos: mi mujer y yo, con una máquina excavadora y mucha gente.

Las máquinas, todos los viajes, los desayunos y cervezas de todos los amigos, la gasolina..., todo corría de nuestra parte.

Encontré unos mechones de pelo muy parecido al de mi hija allí, en el barranco de Enmedio, cerca de Almuñecar. Por aquellas habían pasado ocho o nueve meses de su desaparición. Se hizo el agujero

con la máquina excavadora, pero en un momento dado, empezó a salir agua, y paré la máquina para que no se siguieran riendo de nosotros.

Le conté a la policía lo del mechón de pelo y entonces me preguntaron si los podía llevar allí. Los acompañé, y aún quedaba más pelo. Ellos pudieron comprobar que yo solo había cogido un poco.

A.: Llegamos con la trenza de mi hija, que la guardábamos desde que se la cortó, y me dijeron que lo habíamos sacado de la trenza; o sea, que, en principio desconfiaron hasta que llegamos allí, al sitio, y ellos vieron que era igual, aunque fuera más corto que el pelo que llevábamos de la trenza.

T.: Era pelo real, ni sintético ni nada. Lo cogieron y lo mandaron analizar. Se quedaron con mi trenza. Y nos dijeron que no habían podido hacer nada, porque no había bulbo, no tenía raíz. Lo mandaron, según ellos, a Madrid.

A.: Fue un momento de bastante tensión. Otra vez vinieron los geos, antes de que hicieran la zafra, la corta de la caña —no se acostumbraba a quemar la caña, pero luego se empezó a quemar—, y vinieron los geos de Jaén, de Málaga y Granada y empezamos a recorrer toda la vega. Nosotros ya llevábamos muchas hectáreas analizadas a lo largo de muchos meses, los campos de caña y azúcar...

T.: Fuimos hasta Torrenueva y Salobreña. Cientos de hectáreas. Y poníamos un letrero cada vez que una finca estaba revisada en cada esquina para evitar confusiones.

A.: Hubo otro momento importante que fue cuando llevaron unos perros, entrenados para la búsqueda de personas a la charca Suárez.

T.: Nos dijeron que les diéramos algo que ella hubiera utilizado. Estuvieron una semana entrenándolos con sus cosas... Los perros vinieron, los llevaron a varios sitios y trajeron de la charca Suárez, aquí, en la playa de Motril, la plantilla de una zapatilla del número 41, que era el número de Mari Tere. Pero como ya estaba mojada... Los perros la cogieron, pero no pudieron sacar nada en concreto.

A.: Después de todo esto, el siguiente momento importante es cuando nos enteramos por un amigo que trabajaba en televisión de

que le habían cogido una carta a Tony King, que iba dirigida a su mujer, en la que le decía que cuando saliera iba a contar lo que le hizo a la niña de Motril y al hombre de Cabopino.

T.: Entonces yo no sabía nada, pero luego me enteré de que era un chico de Cabopino que había desaparecido. Me puse en contacto con él. Le escribí a la cárcel a Alhaurín de la Torre.

Al propio Tony King, con acuse de recibo para estar segura de que lo había recibido. Me mandaron el acuse de recibo, pero no me contestaron. Cuando lo trasladaron a Granada, a Albolote, llamé al teléfono de la cárcel. Me anuncié, dije quién era y pedí hablar con el director de la prisión. Me atendió y le conté lo que pasaba. Le pedí que me consiguiera una entrevista con él. Este señor se portó amablemente conmigo y me dijo que sí, que lo haría y me pidió el número de teléfono.

Cuando llamó para decirme que Tony había aceptado, yo estaba ingresada en el hospital, así que pedí el alta voluntaria y nos fuimos mi marido y yo a Albolote. Lo vimos entre cristales.

A.: Esto fue por el 2007, después de lo de Rocío Waninckhof que fue en el 99... Y luego sería el caso de Sonia Carabantes, en el 2003, en Mijas. Le encontraron en las uñas trozos de piel del británico...

T.: Me dijo que él no recordaba mucho. Que cuando venía a Motril estaba siempre borracho y drogado... Y que, si yo quería ir a hablar con él que podría ir todas las veces que quisiera. De lo que sí estaba seguro era de que Robert Graham había sido el culpable de la muerte de mi hija. Que, con el mismo cuchillo con que mataron a Rocío, mataron a María Teresa.

A.: De eso estaba seguro.

T.: Él relataba que Mari Tere se subió en un coche que iba delante de él, en un Rover, un todoterreno, en el que iba una mujer, por eso Mari Tere se confió y subió.

A.: Era un asesino confeso, esa fue la primera impresión que tuvimos, y quería recordar y hasta lloraba, palabra de honor.

T.: Daba la impresión de que nos quería ayudar... Yo hablé con el director, por si le podía mandar un cartón de tabaco y me dijo que sí. Dos o tres veces le mandamos un par de cartones de tabaco.

A.: Entonces llegamos a Motril, lo pusimos en conocimiento del

inspector que llevaba el caso. Quiso ir a hablar con él, pero Tony King dijo que, si no iba la madre de Mari Tere, no lo recibiría. A mí no me daba miedo, y, por supuesto, fui. Y nos recibieron en el despacho del director.

T.: Y esta vez fue un enfrentamiento cara a cara los cuatro. Entonces me dijo: «Yo, para matar no necesito cuchillo. No necesito nada». Hizo un gesto brutal, un gancho con dos dedos, y yo pensé que como se tirara para mí, con una fuerza que se le veía...

A.: Dijo que con aquello él mataba a una persona. En un momento del encuentro quisimos revolverle un poco las tripas y hablarle a Tony King como padre de una hija que estaba muerta. Él no sabía que su hija estaba muerta; mi mujer se lo dijo: «Mira, te voy a decir una cosa. Tu hija está muerta. Tu hija está muerta ya. Y por eso te lo pido, por tu hija, que nos digas qué pasó con María Teresa».

T.: Empezó a pegarse. Y fue cuando dijo que me iba a ayudar todo lo que pudiera... Lo más impresionante fue aquello. Me pintó un camino en un papel y decía: «Vienes de Málaga, aquí hay una carretera que va a la playa. Este camino sigues... y aquí hay un cerro, el cerro de la Virgen. Aquí hay otro camino».

A.: Yo le dije que si él no había venido nunca a Motril cómo me podía dibujar aquel camino de Málaga, un camino que iba a la playa y el cerro de la Virgen, así se lo dijimos. Todo aquello estaba en obras.

T.: Y nos habló de unos tubos de esos enormes de hormigón...

A.: Las tuberías que estaban instalando.

T.: Pero a mí, lo que me extrañó fue que dibujara aquel cerro que había en medio del pueblo. Aquel tipo había estado en Motril.

A.: «Entonces, supuestamente, aquí, en esta rotonda es donde paró el Range Rover que iba delante, que yo iba detrás. Mari Tere iba por allí, que la parada está aquí. Le preguntaron lo que fuese y se subió, porque vio que iba una mujer». Todo ese esquema me lo hizo él y a partir de ahí ya está. No se acordaba de nada más.

T.: Y nos dijo que Graham fue quien la mató. Graham, que Graham lo utilizaba a él como cebo. Graham era el que conducía, pero la mujer rubia iba al lado de él.

A.: Le debieron decir: «¿Por dónde se va... a cualquier lado?». Sí. Y Mari Tere se subió. Y no me extraña, conociendo a mi hija. «Sí. Os

llevo». Y como ella iba para la playa a buscar a su novio... Por eso le dijo que podía ser que tardara un poco, pero que iba. Ahí está la duda.

T.: Y no dio más detalles...

A.: Tony King ya estaba en la cárcel, y a Robert Graham lo detuvieron también por cómplice de Tony King, por encubrimiento en el asesinato de la primera chica, Rocío. Lo echaron a los dos días, porque el delito de encubrimiento había prescrito. Lo echaron esa noche.

T.: Al día siguiente estaba desayunando en Motril, en la misma cafetería a la que vamos nosotros todas las mañanas. Estaba desayunando, que lo vieron todos, con la muchacha esa.

A.: Pero eso fue después de haber desaparecido María Teresa, y de Rocío ya había pasado todo. Entonces es cuando lo detuvieron. Fue cuando relacionaron los asesinatos de las chicas, del asesino en serie y de Sonia Carabantes, que era la otra chica.

T.: Una de Mijas y la otra de Coín. Sonia Carabantes era también hija de emigrantes. Y Rocío también hablaba lenguas y tenía el mismo pelo...

A.: Responden a un perfil...

T.: El mismo perfil más o menos, la misma edad, en feria... Quisimos ver a Robert Graham, pero no pudimos porque, en cuanto salió de la cárcel, se fue de España.

A.: Pedimos un careo entre él y King. Pero Graham se había ido y no hubo careo entre ellos. Nunca. Lo hemos pedido varias veces.

T.: Sí, claro. Porque King le iba a decir: «Fuiste tú quien mataste a esta niña e hiciste todo eso». Pero como no han podido enfrentarlos, no le han podido preguntar. Yo quería que se hiciese delante del comisario jefe de policía de aquí y del abogado para que lo que dijera constase...

A.: Y Tony King está en la prisión de Guadalajara o por ahí. A Graham le estuvimos siguiendo los pasos. A los cinco o seis días de estar aquí, se fue a Egipto. En Egipto estuvo de acá para allá... Se le perdió la pista. Y a los dos o tres años volvimos a dar con él en Irlanda. Y la policía dice que no, que no tiene nada contra él. Al contrario de lo que dice King.

T.: No le han dado credibilidad a su testimonio...

A.: Donovan, el abogado de ellos, por teléfono se comprometió con nuestro abogado para traer a Graham a declarar. Para enfrentarlos. Salió en Canal Sur, pero como ahí lo tienen todo desordenado... Pero sí salió en Canal Sur y la gente decía que ya estaba bien de jugar con los sentimientos de la gente. Y entonces fue cuando nuestro abogado le dijo que se comprometiera a que hubiera un careo, a traerlo... Pepe Rojas era nuestro abogado.

T.: El caso es que esa vía se queda detenida porque el juez la desestima. Siempre el mismo juzgado, el número 5.

A.: Dijeron que no se le podía hacer caso a un criminal.

T.: Desde que llegó este juez, que es precisamente hoy en día el decano de los jueces, las cosas han mejorado. Se portó bien y dijo que cuando quisiéramos podíamos ir a hablar con él. Pero que cuando quisiéramos hacer algo, se lo expusiéramos al inspector jefe, que él se lo llevaría en un papel, para que lo firmara y diera autorización. «No tenga usted dudas, no se quede usted sin hacer nada que piense que se puede hacer». Eso me lo dijo el juez decano.

A.: Pero está esa espina que nos queda. El enfrentamiento, el careo, que tampoco nos ha autorizado este juez. Quizá se pueda sacar algo.

T.: Si este hombre, que llevaba ya tres o cuatro años en la cárcel, sacó a relucir a la chica de Motril y al hombre de Cabopino...

A.: Lo mínimo es preguntarse por qué lo hacía. Antes de decir que no tiene credibilidad habría que ver por qué lo ha dicho.

T.: Pero ahora ya no se sabe ni dónde está Graham. Pero supongo que pronto lo buscarán... Después de todo eso no ha vuelto a haber ninguna pista relevante. Meses después fue cuando me agredieron a mí. Me dijeron que parara de buscar o que la próxima sería yo. En lengua extranjera...

A.: No, en lengua española, pero con acento extranjero. No te equivoques.

T.: Me dieron por detrás con un puño americano y me ahogaban.

A.: El que la atacó lo hizo por detrás, con una mano le rodeó el cuello con una especie de gancho, de garfio. Y con un puño americano en la otra mano le pegaba en la espalda. Se quedó tirada

en el suelo. Cuando llegó la policía con el 061, tenía toda la espalda hecha polvo.

T.: Fue aquí, en Motril, pero no me acuerdo del año...

A.: Y le dijeron que dejara de buscar ya a Mari Tere o la próxima sería ella.

T.: Iba sola en aquel momento.

A.: Hacía cinco minutos que la había dejado yo a ella.

T.: Fue una experiencia muy fuerte, pero no me dolió tanto lo que me hicieron como no poder verle la cara al agresor. No lo conseguí.

A.: Es que la tiró al suelo.

T.: No lo conseguí, porque me cogió y notaba yo que no podía respirar. Y luego me tiró al suelo y, cuando levanté la cabeza, lo único que pude ver fueron unas botas de esas gordas como de militar y unos pantalones con bolsillos, también tipo militar.

A.: Enseguida la atendieron y pusieron en alerta las cuatro salidas de autobuses de Motril.

T.: Denunciamos inmediatamente, pero no dieron con él.

A.: En ese punto hay un sitio concreto que tiene cámaras...

T.: Pero donde me agredieron la cámara no grababa. No llegaba. Y lo sabían.

A.: Esto está, en el tiempo, lo suficientemente cerca de lo de Tony King. O sea, que hay una vinculación. La policía tampoco dijo: «Esto es un dato muy importante»... Además, el médico forense, que la llevó enseguida al hospital, dijo: «Dos segundos o tres más con el gancho ese aquí, y te rompe la tráquea». Y la espalda toda llena de hematomas, de haberla golpeado todas las veces que quiso con un puño de hierro.

T.: Estuve tres semanas con la espalda que no me podía ni mover. Me destrozó las costillas antes de tirarme al suelo... Lo que hizo fue que me estampó contra la pared. Y claro, cada vez que intentaba soltarme, me apretaba y me apretaba el cuello. Después hubo cartas anónimas...

A.: Eran cartas escritas con recortes de periódicos y todas jugando a dar una pista...

T.: En las cartas anónimas no pedían nada. Lo que querían era informar de que, en tal o cual cortijo, de noche ocurrían cosas raras. Y

cosas así, pero todo muy elaborado. Todo eso también acababa en poder de la policía.

A.: Acusaban a gente, y nosotros llamábamos a la policía, que investigaba. Han tenido muy mala idea con nosotros. Hay una cosa que mi mujer no sabe todavía. Un día, cuando ya hacía años de la desaparición de mi hija, por la mañana, encontraron en la misma puerta del cementerio una calavera de muerto. La pusieron para que pensáramos que era de nuestra hija.

T.: Eso fue aposta. Para hacer daño. La policía la investigó y vio que era de una persona con muchísimos más años.

A.: Nos han hecho mucho, mucho daño.

T.: Pero, a pesar de todo, seguimos. Seguimos.

A.: Seguimos siempre con la misma rutina...

T.: Tuve el impulso de explicar mi historia para que los videntes no engañaran más a otras personas que estuviesen en mi situación, porque habían sido muchos los miserables que se habían aprovechado de nuestro dolor.

A.: Pero muchos. Muchos, muchos, muchos...

T.: Me hizo mucho bien escribir. Sí. De hecho, todos pensaban que iba a caer enferma, y lo que hizo fue darme fuerzas. Porque saqué la rabia y la vertí en esas letras que salían de la pena, del coraje, del sentimiento...

Al día siguiente, cuando lo leía, te juro que me preguntaba de dónde me habría salido todo aquello.

A.: Y aquí estamos. Y seguimos.

T.: Lo llevamos como hemos podido. Pero hay veces en que han venido los psicólogos y nos han visto demasiado tristes y nos han recordado que teníamos que vivir, porque también teníamos más hijas, y los teníamos a ellos y también nietos. Pero eso no te consuela. Ese vacío que tienes dentro... Eso no se llena. Por mucho tiempo que pase y por muchos esfuerzos que hagas, intentas todo lo que te dé la gana, pero el vacío ese está ahí.

A.: Esta experiencia tan dolorosa no ha conseguido separarnos, sino unirnos más. No hay ningún sentimiento de culpa por parte de ninguno de los dos.

T.: Llevamos cincuenta años juntos entre el noviazgo y el

matrimonio. Y nos queremos muchísimo. Con todo lo que hemos luchado cuando éramos recién casados y después...

A.: Hemos intentado seguir como si no pasara nada por nuestras otras hijas... Pero nosotros podemos arreglarnos, podemos maquillarnos, pero el fondo de nuestros ojos dice la tristeza que llevamos encima. Ya no brillan como antes.

T.: Esa luz que teníamos en la cara se fue con ella. Y lo único que le pido a Dios con todo el corazón es que no me deje marchar sin saber lo que le ha pasado a mi hija. Por lo menos tener un sitio donde ponerle una flor y pensar que, aunque te vas, lo haces en paz porque sabes dónde está.

Cuando tuve el ictus pensé que me iba, se me quedó medio cuerpo paralizado. Y me quedaba la pena... Sí, lloro y no lo puedo remediar, no porque me moría y me iba a descansar, sino porque pensaba que le dejaba a mi marido y a mis hijas la pena de no saber dónde estaba su hermana.

A.: Hemos sufrido mucho, pero lo que pedimos, por lo menos, es poder poner una flor y decir: «Está aquí». Y poder respirar y decir: «Acabó la pesadilla del dónde estará». ¿Estará tirada en un barranco?

T.: Porque no nos han dejado ni espacio para la fantasía. Te pones a pensar y es imposible. Que una criatura pueda desaparecer... Como yo le digo a la policía: «Pero, por Dios, ¿es que tenían ya el hoyo preparado?». Lo tenían preparado y ya está. No existe. No existe, porque no se encontró su móvil, no se encontró su monedero...

A.: Ella no se subió a la fuerza a ningún sitio. Ella, si se subió con alguien, era porque lo conocía. A traición tampoco la cogieron porque ella tenía una fuerza enorme, porque estaba acostumbrada al caballo y se ponía a jugar con los futuros cuñados, y tenía una fuerza... Cara a cara, nadie la vencía. Pero claro, ella tuvo que conocer a la persona con la que se fue... porque si no, no se iría.

T.: Y aquí estamos. Destrozados. Esperanzados y esperando que un día esto tenga un final.

A.: Nos merecemos saber. Es lo único que pedimos. Saber lo que ha pasado.

CIERRE

En el relato de estas casi dos décadas de búsqueda de la hija desaparecida, hay una perplejidad sostenida en la que sus protagonistas vienen a preguntarse por qué les ha tocado a ellos sufrir estos hechos, y también por qué no han encontrado por parte de las instituciones una respuesta mínimamente proporcionada a sus consecuencias arrasadoras. Es un sentimiento que Antonio y Teresa comparten con muchas otras personas que han pasado por circunstancias similares y que constataron plenamente en el foro de familias de Úbeda y Baeza de 2015. Creo que no hay ni uno solo de los participantes que no lo mencione como un verdadero punto de inflexión, como un antes y un después. Porque, es verdad, nunca antes se habían reunido familias de toda España bajo el denominador común de tener a un ser querido desaparecido, y con el propósito de buscar juntos soluciones. Casos muy diferentes de desapariciones sin causa aparente o conocida, aunque a menudo con tantos indicios como los que han desgranado en estas páginas los padres de María Teresa Fernández. ¿Qué diferencia hay entre esos indicios y las pruebas que podrían llevar a identificar y a incriminar a los posibles culpables de una desaparición? Medios, medios, medios: materiales, científicos, humanos y profesionales. Y pautas, pautas, pautas: criterios y protocolos de actuación unificados entre los distintos cuerpos policiales. Ese es el grito que se alzó unánime desde Baeza, desde la sede Antonio Machado de la Universidad Internacional de Andalucía, que, junto con la UNED, cedió sus instalaciones para aquel cónclave sin precedentes. El edificio Carmen de Burgos, cedido a su vez por la Junta de Andalucía, fue durante dos días la casa común de los participantes. Allí, en su sala principal, reunidos en corro se sucedieron los testimonios a corazón abierto. A mí me correspondió simplemente dar los turnos de palabra, o todo lo más sugerir un enunciado para facilitar la siguiente intervención. Y escuchar, escuchar, escuchar. No hubo las limitaciones de tiempo características de los programas de radio o televisión. No hubo debate ruidoso ni polémica forzada. Cada uno contó su historia y todos se reconocieron en cada una de ellas. Un psicólogo probablemente lo hubiera definido como terapia de grupo; a mi entender fue mucho más que eso. Desde luego, puedo asegurar que fue una de las

experiencias más intensas que nunca he vivido como periodista. Y me parece que fue más allá de una terapia convencional porque el punto de partida de los allí presentes no era encontrar una salida individual a su drama, sino, más bien, una voz común con la que hacerse oír. Aunque estoy convencido de que hubo algo más: un movimiento de fondo mediante el cual el dolor más personal e intransferible pasaba a ser compartido en aquel preciso espacio público, donde en lugar de generar una suma de insoportable peso, todo se hizo más liviano. Donde sí hubo suma fue en el acopio de voluntades, en el reconocimiento recíproco de capacidades de resiliencia y de esperanzas. Componentes todos ellos que son el signo de identidad de los supervivientes. Ese fue el nombre con el que Flor Bellver, psicóloga y presidenta de Inter-SOS durante diez años, se refirió siempre a los familiares de desaparecidos. Supervivientes, que no víctimas. Las víctimas serían, y no en todos los casos, los desaparecidos. Que sus familiares sufran procesos de victimización es harina de otro costal. Puede que la victimización sea las más de las veces el otro nombre de la desatención social de estas personas, como colectivo e individualmente. Por algo ya desde sus inicios, a finales de los noventa, asociaciones como Inter-SOS venían reclamando de los cuerpos policiales una oficina de atención a las familias. Su persistencia hizo posible la creación en 2014 de la primera de ellas en Cataluña, como área especializada de la Unidad de Desaparecidos de los Mossos d'Esquadra. Un grano no hace granero. En España las carencias en este ámbito siguen superando con creces a las soluciones, aunque se haya esbozado una atención provisional a las familias de desaparecidos a través de las Oficinas de Atención a las Víctimas. Pero, incluso dejando de lado las consideraciones semánticas sobre el concepto de víctima, es patente lo corto que resulta este paso, habida cuenta de que por el momento solo se ha conseguido en las oficinas del Ministerio de Justicia y no en las homólogas de las comunidades autónomas que tienen transferidas las competencias.

Desde la mencionada reunión de Úbeda y Baeza hay una petición que no cesa entre las familias para volverla a repetir; y tomar así la medida de los avances, y también para insistir en las demandas pendientes. Me consta que Antonio y Teresa, desde Motril, están siempre atentos a esta posibilidad. Saben que la unión es clave y que su fuerza depende de la que aporte cada uno. Ellos no escatimarán energías. Me sigue sorprendiendo la fortaleza de ánimo con la que reconstruyen una y otra vez el historial de un tormento

inacabado, y la firmeza de su determinación de no quedarse quietos, sino de movilizarse ante cualquier posibilidad de reabrir la investigación, por pequeña o remota que sea. En eso, uno y otro caminan dándose el relevo, cuando la emoción se hace nudo en la garganta de Antonio, o cuando Teresa confiesa haber perdido el brillo en la mirada. Siempre nos despedimos con un hasta pronto, porque siempre se nos queda corto el tiempo para conversar, para hablar sobre todo de María Teresa, pero también de su época de emigrantes en la Suiza francófona, la misma en la que yo pasé mis años de exilio. Antonio no deja de animarme para que reclame la pensión que me corresponde por el tiempo que trabajé allí, aunque el franco suizo ya no sea lo que fue, ni su cambio al euro sea comparable al de la peseta. Le digo que sí, que lo reclamaré y que le avisaré para el viaje. Quién sabe si terminaremos por hacerlo juntos.

Capítulo 12

Borja Lázaro

UN MISTERIO SIN INDICIOS

A lo largo de las dos décadas y media que llevo vinculado al fenómeno de las desapariciones de personas no he parado de batallar contra el más extendido de los tópicos: el de dar por supuesto que la mayoría de ellas respondan a una decisión voluntaria. Al tópico suele asociarse la manida expresión sobre «el que se fue a por tabaco y no volvió». No falta quien acompaña la frase de un guiño irónico dejando entrever maliciosas suposiciones atribuidas al desaparecido, casi siempre relacionadas con alguna aventura sexual o, en el mejor de los casos, con algún inconfesable arrebató amoroso. El esfuerzo por rebatir con argumentos y datos la dañina simplificación de hechos tan complejos y con tanta carga de sufrimiento tiene que renovarse ante cada oleada de banalidad.

Pero el antídoto más rotundo lo aporta una historia como la de Borja Lázaro. Un ingeniero informático brillante hasta el punto de haber reunido, a sus treinta cuatro años, los ahorros suficientes para poder permitirse el sueño de un año sabático. Una mochila y una cámara con la que practicar su verdadera pasión, el fotoperiodismo, eran casi todo su ligero equipaje para viajar por el mundo. No fue una decisión improvisada, sino minuciosamente planificada. No fue una escapada a escondidas, sino comunicada con detalle a su familia y a sus amigos. Hasta ahí es evidente que se trataba de una marcha voluntaria. Sin fecha precisa de retorno, pero seguro de que volvería, probablemente cuando hubiera agotado los ahorros. Aunque, quién sabe si

soñó que al fin podría armonizar trabajo y pasión, y lograr vivir de los reportajes que iría haciendo en cada etapa de su recorrido. No era imposible ni utópico que algo así pudiera ocurrir porque ya había comenzado a darse a conocer en ese campo. No sé si con cuota o sin ella, pero todo en él respondía al genuino Reportero Sin Fronteras.

Puedo imaginarme a su madre, Ana María, viviendo por un lado el orgullo de reconocer en el pequeño de sus dos hijos el brillo inconfundible de los audaces, y, por otro, sintiendo el inevitable pellizco de temor ante los peligros que podrían acecharle en el solitario periplo por el mundo que se disponía a emprender. A Ana María la conocí precisamente cuando esos temores se habían confirmado por la total falta de noticias de Borja desde hacía casi un año. Fue en noviembre de 2015, en el foro de familias de personas desaparecidas celebrado en Úbeda y Baeza. Allí nos contó que había tardado casi un mes en poner la denuncia de desaparición porque quiso pensar que el silencio de Borja respondía a un simple problema técnico de comunicación. Sus últimos mensajes le habían llegado desde el remoto paisaje de la Ciudad Perdida en la Colombia más profunda, camino de La Guajira.

Así queda marcado, con detalle de fecha y de lugar, el momento en que la marcha inicialmente voluntaria de Borja deriva en un rumbo incierto y fulmina todas las certezas anteriores.

Quedan destruidos también todos los tópicos y simplificaciones. Empieza el sordo runrún de la incertidumbre. Y todo ocurre, además, en un espacio lejano, extraño, ajeno a los parámetros de nuestra cultura y de nuestro modo de entender la seguridad. Una desaparición internacional ya supone, de entrada, una enorme dificultad añadida a las posibles estrategias de búsqueda o de investigación. Tanto más si se trata de un territorio como La Guajira colombiana. Un mundo refractario a las miradas ajenas en el que se pierde el rastro de Borja como pasos sobre la arena que el mar se hubiera bebido de golpe y para siempre.

ANA MARÍA, MADRE DE BORJA

Lo miro en esta foto y es que no me lo creo. Lo guapo que estaba. Este pelo rizado que le caía sobre los ojos, la barbita y el bigote. En

esa playa de arena blanca... ¿Por qué le gustaría tanto viajar...?

Estaba muy bien en Luxemburgo, con su trabajo, pero cada vez le tiraba más lo de la fotografía, y todo el tiempo le parecía poco para viajar. Fue entonces cuando se tomó un tiempo sabático. Estaba aún reciente el fallecimiento de su padre y él, según piensa su hermano Sergio, se quedó con el sentimiento de no haberse podido despedir de él. Le afectó muchísimo. Bueno, a todos en la familia nos marcó un antes y un después. Y Borja decidió que era el momento de darle un vuelco a su vida. Salió a buscar nuevos horizontes y puede que también a buscarse a sí mismo.

Sí, desapareció en 2014. Había conseguido su ansiado descanso, y, aunque era muy familiar y siempre que podía se escapaba para vernos, esta vez decidió viajar por Sudamérica por un tiempo más largo, y el 6 de octubre salió de Vitoria rumbo a México, con su mochila. Parece que lo estoy viendo en el *hall* de casa. Iba a coger el autobús para Bilbao; en Bilbao, un vuelo para Madrid, y de Madrid saldría para México. Esa sería la última vez que lo viera.

Sí, el 6 de octubre. Quién se podía imaginar lo que ocurriría después. Decirle adiós de esa manera no es como cuando pierdes a alguien a quien acabas de despedir hace unas horas. No es lo mismo una desaparición donde se vive, cuando has estado hace poco con esa persona, que ver que se marcha de viaje y esperas su regreso. Nosotros estábamos acostumbrados a sus idas y venidas, porque primero había estado viviendo en Madrid y luego en Luxemburgo. Esta vez se trataba de un viaje más largo de los que acostumbraba hacer, que eran un puente, unas vacaciones, los fines de semana. No es que viajara solo al extranjero, venía a Vitoria también, porque era, aunque muy libre, muy familiar; y siempre llegaba cargado de regalos.

Se recorrió todo México. Aún conservo un vídeo que nos mandó de los clavadistas de La Quebrada, uno de los mayores atractivos de Acapulco, en el estado de Guerrero. Son chicos muy jóvenes que se lanzan al mar desde una roca de 35 metros de altura. Una de las veces que estuvo allí había ido precisamente por su trabajo, pues su empresa hacía proyectos para gobiernos, así que estuvo en México, en Aguascalientes. Tenía que traducir el proyecto del inglés al español, y luego se fue a formar allí a la gente. No, no solo se movía

en vacaciones, también por trabajo. Estaba contratado en una empresa privada que trabajaba para organismos públicos... Y nos contaba que le decían muchas veces, cuando lo veían entrar a enseñarles con aquella carita de crío que tenía: «Pero ¿tú nos vas a dar el curso?». Fuera donde fuera siempre estaba en contacto con nosotros, y más con el WhatsApp, que ha sido un gran invento, porque muchas veces era muy difícil acertar en el momento de la llamada, por aquello del cambio horario.

Ya en noviembre pasó a Colombia, que le gustaba más que México. Cuando se marchó ya le dije: «¿Y dónde vas a parar?». Y me contestó: «Podría dar la vuelta al mundo que no tendría ningún problema, porque tengo amigos por todas partes». Él no tenía ningún problema, decía: «Ah, bueno, pues igual voy hasta Brasil, porque tengo un amigo...». Y así en Bogotá —aunque a él Bogotá no lo atraía—, en Villa de Leyva, en Santa Marta, en Cartagena de Indias... Luego pasó unos días en la Ciudad Perdida, que está en la sierra nevada encima de Santa Marta, por la selva; además, nos decía: «Voy a estar unos días sin cobertura». Había veces en que te lo repetías a ti mismo: «Por dónde andará ahora».

Guardo una foto suya preciosa en la Ciudad Perdida, esa en que está agachado con la mochila. Es que el paisaje de esa zona es una maravilla, tan verde y con tantos restos arqueológicos. Pues por allí iba él, andando unos cuantos días por la selva, con un grupo de personas y un guía, y mandaba las imágenes de las chirucas secándose al lado del fuego llenas de barro. Luego, llegó a La Guajira a principios de diciembre.

Ya en La Guajira perdimos la comunicación, allí ya no había medios. No tenía cobertura. En Santa Marta tuvo lugar la última conexión, y desde allí nos avisó de que se iba a La Guajira en diciembre. Cuando llegó, como no tenía ningún problema para hablar con nadie —ya se encontrara con un italiano, con un alemán o con un chino, lo mismo en Marruecos que en Nepal, no había fronteras para él—, se encontró en La Guajira con un pueblo muy especial, el de los wayús.

Los wayús son una etnia que vive en La Guajira; conserva mucho sus tradiciones, es a la vez muy cerrada, vive en una zona

semidesértica con pocos medios, así que se puede leer en los periódicos que los niños wayús se mueren de hambre, que viven de tener cabras y de tejer chinchorros —las hamacas—, y unos bolsos que, por cierto, por aquí se venden carísimos y que son pura artesanía. Hablan su propio idioma, el wayuunaiki o algo así.

Cuando él llegó estaban celebrando un rito: la fiesta de los Huesos. Claro, él, que también era fotoperiodista, hizo un reportaje. Les pidió permiso y lo admitieron entre ellos, aunque no fuera lo normal. Esa fiesta de los Huesos es algo terrorífico: desentierran a un muerto que, en aquella ocasión era una abuela que se había muerto hacía diez años, y que ya ella había dejado establecido que una nieta limpiase sus huesos para darle el enterramiento definitivo.

La fiesta de los Huesos es una tradición: a los diez años de morir y ser enterrada, la persona que el fallecido deja asignada tiene que limpiar los huesos para volverla a enterrar, esta vez para siempre. Es el segundo entierro. Sacar los restos de la urna y depositarlos con los de sus ancestros. Se lleva a cabo en las primeras horas de la madrugada. Luego, la persona que ha estado en contacto con los huesos, que, generalmente, suele ser una mujer, se somete a ritos de purificación. Es como viajar al más allá, y comprendo que él se sintiera subyugado.

Borja fue con su cámara, sacó diferentes fotos de la ceremonia, cómo se reunían los wayús con sus familiares y con sus amigos, incluso del otro lado de la frontera —porque wayús también los hay en Venezuela—, y ese día mataban cabras, vacas, gastaban el dinero que no tenían en la celebración, y bebían un licor, el chirrinchi, fabricado por ellos, un aguardiente matarratas: tres días duraba la fiesta.

Cuando llegaron las Navidades, Borja se fue a Bogotá a pasarlas en casa de unos amigos y nos lo dijo: «Ay, les he comprado una botella de champán», y yo le contesté: «Pero ¿allí beben champán?», y él me respondió riéndose: «No, aquí todos beben aguardiente». O sea, que lo celebraban casi como nosotros. Y, estando con ellos en Bogotá, también sacó fotografías de una manifestación que hubo, no sé si en contra o en favor de un alcalde que había, alguna polémica. A él eso de fotografiar conflictos le iba, pero también a niños y a

mujeres, el trabajo de la mujer, el trabajo de los niños... Lo suyo no eran las típicas fotografías turísticas, sino las que expresaran una cultura determinada, una forma de vivir... Hacía retratos de personas sobre todo.

En Bogotá, reveló en papel aquellas fotos que había hecho porque decía que les había prometido a los wayús llevárselas en agradecimiento por haberlo dejado participar en sus ritos. Si no llega a ser por eso, no tenía que haber vuelto a La Guajira, al cabo de la Vela, habría seguido su camino. El último comunicado que tengo de WhatsApp es del día 6 de enero desde Santa Marta, pero se supo que el día 7 se encontró en el cabo de la Vela con un alemán que conocía. El cabo de la Vela es un sitio en el que no hay luz, no hay de nada. Es muy pobre. Parece ser que, a las diez de la noche, cortan la luz de los generadores y allí perdimos toda comunicación. Directamente, el 6 de enero. Vimos que pasaban los días y ya eran demasiados. ¿Estamos a 23 y no ha dado señales de vida? Ya eran demasiados.

Ese día, mi hijo Sergio, el mayor, y los amigos de Borja, fueron a poner la denuncia a la Ertzaintza, y de allí se pasó aviso a Colombia y resultó que, en la posada donde estaba, dijeron que estaba su taquilla cerrada: pensaban que se había marchado sin pagar, y contaron que desapareció entre la noche del 7 y el 8 de enero. Cuando amaneció el día 8 no sabían nada de él, si se había marchado o qué. Rompieron el candado y allí estaba su mochila, su ordenador, su cámara de fotos... Fue la policía con un helicóptero, empezaron a rastrear el medio desierto que es aquello y como no usan la frontera oficial para pasar a Venezuela, y allí no hay ni carreteras, solo caminos que llaman trochas, la policía no sabe pasar, porque entre Venezuela y Colombia hay un tráfico tanto de drogas como de combustible, como de alimentos... No supieron explicarlo muy bien, un verdadero lío. Por ahí es por donde sobrevolaría el helicóptero, y miraron también por el mar, porque dijeron que podría haberse ahogado, aunque yo dije que era imposible ya que tenía carnet de submarinista y porque, además, el mar devuelve los cuerpos.

¿Se perdió en el desierto? No sabemos. ¿Tuvo algún conflicto con algún wayú? Pero pasa el tiempo y nadie dice nada entre los wayús.

La respuesta es que se trata de un misterio. Esa es toda la respuesta. Un misterio. Pero que es que va a hacer cuatro años y seguimos oyendo lo mismo: es un misterio sin indicios. Cuando ya vino la Ertzaintza a casa, nos previnieron de que podía haber sido un secuestro. Que por allí hay muchos... Y nos desaconsejaron viajar a la zona porque hay bandas organizadas que intentan secuestrar a las familias de los secuestrados. O sea, que podíamos ser el secuestro del secuestro, eso le dijeron a mi hijo Sergio. Esa fue la principal razón por la que no viajamos.

No había pasado tanto tiempo desde que desapareció. La policía también hizo unos carteles que difundieron por allí, pero nadie llamó. Los distribuyeron entre la gente del cabo de la Vela, por los alrededores, pero esa gente es muy especial, digamos, y no les sacaron absolutamente nada. Y encima te dice la Ertzaintza: «Allí ustedes no pueden ir, no harían más que complicar la investigación, porque ustedes no pueden ir solos». Que lo podían haber secuestrado, pues, en cuanto notan que llega un europeo, dicen: «Este tiene medios», así que paciencia, y esperar a ver...

Empezamos con las redes sociales, con los amigos, con Facebook, con Twitter, buscando famosos para difundir la historia: Shakira, futbolistas... Los amigos hicieron una página web, paraderoborja.org, y ahí han ido cargando cosas. Movieron las redes sociales muchísimo. Y a esperar. Esperar, ¿y qué haces? Porque pensamos que, si fuera en España, nos podríamos plantar en la puerta de la comisaría todos los días y estaríamos presentes cuando salieran a buscarlo. Pero nos dicen que no podemos ir y tenemos que estar esperando noticias de Colombia. Y la Ertzaintza te dice: «Tranquila, que nosotros hablamos con ellos», pero qué es lo que cuenta el policía colombiano... Hay que tener mucha fe...

Yo cogí el ordenador y empecé a escribir a varias ONG: a Medicus Mundi, Reporteros Sin Fronteras —que por cierto se han portado muy bien, han llevado nuestro caso a la ONU—, también Manos Unidas, Intermón Oxfam, asociaciones de mujeres wayús, el obispo de La Guajira... A todo el mundo. ¿Qué pasa? ¿Qué hemos conseguido? Lo habrán leído algunos, pero nadie dice casi nada. Algunos contestaban, otros no —la mayoría no contestan—, y los que

contestan dicen: «Bueno, señora, bien, estaremos atentos», pero no se puede ir preguntando si alguien ve u oye algo, pues de hecho sabemos que un wayú amenazó a un antropólogo que fue a preguntar allí. No se puede preguntar. Y aquí seguimos, esperando.

¿Y qué se puede hacer? Pedir ayuda, pero ¿quién te puede ayudar? ¿Quién te puede acercar a las instituciones? Porque lo nuestro tiene que ir más allá de lo que es España, no nos sirve el Ministerio del Interior, no nos sirve la Guardia Civil, hay que ir más allá. El que ahora es alcalde de Vitoria —Gorka Urtaran— nos consiguió una entrevista con el Rey, y estuvo presente el director de Asuntos Consulares. Qué casualidad que, cuando volvíamos de esa entrevista con el Rey —un 19 de enero de 2016, justo un año anterior al encuentro con la reina Sofía—, a Sergio lo llamó el embajador de Bogotá, pero no lo hizo nunca más. Yo seguí en contacto con el director general de Asuntos Consulares, pero hubo elecciones y cambió el titular.

Nos recibió la reina Sofía por medio de la fundación en el 2017, un año después, qué casualidad, de haber estado con su hijo; y el alcalde de Vitoria le mandó también una carta precisamente el 9 de marzo al ministro de Asuntos Exteriores recordándole la necesidad que teníamos de tener contacto con aquel país. Y yo creo que fue por eso por lo que me llamó a mí el cónsul en julio, cuando estábamos en Granada. El cónsul, muy amable, me dijo que sí, que tranquila, que la policía seguía trabajando en ello, que el caso estaba abierto, que me daba su teléfono, que me daba su correo, que, cuando fuera, le podía escribir. Y le volví a escribir este verano y me dijo que sí, que bien, que no le molestaba que yo le escribiera, pero que dejara pasar un poquito más de tiempo, ya sabe usted cómo son aquí las cosas...

Bueno, le voy a volver a escribir dentro de nada, ¿eh? Que ya he dejado pasar un poquito de tiempo... Ahora ha estado el jefe de la Ertzaintza en Colombia, invitado por la policía colombiana, y las noticias que nos trae las voy a resumir con una frase: «Es un misterio sin indicios». Que la policía colombiana sigue trabajando en el caso, pero él ha visto lo que hay allí, cómo es el país, la poca importancia que se le da a la vida. ¿Qué conclusión sacamos de esta información? Pues que tenemos que seguir buscando, seguir

esperando, pero también tenemos la necesidad de saber qué ha pasado allí, aunque haya pocas esperanzas.

Yo sigo en la brecha y no me canso, aunque esté sola, porque mi marido se murió de un cáncer, y Sergio puede ayudarme a medias: está agobiado, trabaja muchas horas, lo hace también mi nuera, tienen dos niñas pequeñas. Él no tiene ningún problema para ir y venir, de hecho ha venido a Madrid alguna vez. Trabaja como topógrafo en una empresa de obras públicas, pero me dice: «Justo en este momento estoy presentando unos proyectos a unos concursos», o «Cuántos más estudios tengo que hacer...». Y yo, para no agobiarlo, me ocupo de todo... Hay veces en que el jefe de la Ertzaintza, que nos ha ayudado mucho, me dice: «Voy a hablar contigo», porque Sergio es mucho más cortante. Él lo siente muchísimo, desde luego. Es su hermano. Muchísimo, pero no lo exterioriza.

Hemos estado hasta con el obispo de Vitoria. Un día, leo en *El Correo* que el ministro del Interior iba a Vitoria y que recibiría a los padres de Hodei Egiluz, informático como mi hijo pero algo más joven, que había desaparecido en la ciudad belga de Amberes. Apenas leí en el periódico la noticia, cogí el teléfono —había dejado a mi hijo Sergio que se ocupara de la policía, y yo me ocupaba de otras gestiones como el teléfono o el ordenador—, y hablo con el delegado del Gobierno: «Estoy leyendo en el periódico que vienen desde Galdácano los padres de Hodei, y que el ministro va a hablar con ellos. ¿Y estando nosotros aquí no nos va a recibir? Ya podéis empezar a sacudir las cosas». Y ese día fue cuando empecé a hablar con la policía. Y lo dije: «Me pongo con un cartel en la puerta del ayuntamiento, vosotros veréis qué hacéis». Pues al día siguiente lo estaban activando todo. Ese fue el primer día que me moví a través del delegado del Gobierno y recibieron primero a los padres de Hodei y luego nos recibieron a nosotros.

Y me vienen a la cabeza los recuerdos, los años aquellos en que yo andaba dando tumbos sin tener plaza fija como maestra, y a Sergio me lo llevaba yo en el coche, que se venía conmigo al colegio. Borja se quedaba en casa con una muchacha, porque nació cuatro años después. Hasta que ya logré ir destinada a Vitoria. Éramos una

familia normal: dos padres trabajando, dos niños en la escuela. Viajábamos mucho; íbamos los fines de semana al pueblo, los veranos donde pillábamos, de camping al Algarve o al Levante o a Sedano. Los muchachos hicieron muchos amigos.

Borja se hizo ingeniero informático en Deusto, pienso que influido por el padre más que por mí, aunque era muy diestro en manualidades y muy buen lector, como yo. Cursó una carrera brillante: a los veintitrés años ya tenía el título, Estuvieron los dos yendo cuatro veranos a Estados Unidos, con lo cual tienen un inglés perfecto; además, Borja era muy hábil escribiendo. Tenía cierta tendencia al arte también, creo que también influido por mí.

Terminó la carrera, y como siempre había estado en Vitoria cursando sus estudios, sintió la necesidad de buscar trabajo fuera, salir de casa. Se fue a Madrid, estuvo trabajando con una empresa americana y después en Telefónica con un contrato indefinido. Pero como en nuestros inviernos íbamos mucho a esquiar y desde los tres años tenían esquiés en los pies —todas las Navidades íbamos a Andorra y, por lo tanto, lo hacían estupendamente—, cuando fue mayor, hizo de guía y de monitor de esquí y, aunque se fue a la capital, venía los fines de semana a Vitoria para seguir de monitor y haciendo de guía. Pero tampoco se quedó en Madrid; él era muy joven para lo acomodada que vivía la gente allí; los lunes, pádel; los martes, partida de mus. Lo de Madrid le resultó demasiado acomodado. Era muy joven para estar ya inmóvil en un sillón.

A él no le gustaba ese ambiente, por lo que puso su currículum en Internet y lo llamaron de un montón de sitios; Austria, Estados Unidos y Luxemburgo. Se decidió por Luxemburgo. Lo contrató una empresa para hacer unos proyectos, unos programas informáticos. Era programador consultor.

Pero era tan inquieto que de nuevo cambió de empresa. Primero estuvo viviendo en una casa de alquiler, pero como veía que iba a estar allí mucho tiempo y la vivienda de alquiler era muy cara, se compró una casa, y ahí es donde al desaparecer empezaron mis problemas. Siete años estuvo viviendo en Luxemburgo. Venía siempre que podía. En Navidades lo hacía con el coche, conduciendo desde Luxemburgo, porque así podía traernos regalos; otras veces,

en avión. Casi siempre tenía un hueco para la familia. Viajaba desde Luxemburgo, y en su blog narraba la experiencia de llegar a la ciudad y ver las torres y el cartel que avisaba de la llegada a Vitoria. Dieciocho horas en el camino solo, si no fuera por Tiro, un perrito que lo acompañaba siempre. Viajaba con él a todos lados.

Hizo muchos amigos; además, la ventaja de estar en Luxemburgo era que tenía amistades de todos los países, porque él trabajaba haciendo proyectos para el Parlamento Europeo y había parlamentarios y funcionarios de todas partes. Él trabajaba en inglés siempre, pero también aprendió francés, por supuesto, italiano y andaba aprendiendo alemán. Vivió muchas experiencias y muy divertidas. Trabajaba, pero, por supuesto, se hacía sus viajes; tenía autonomía económica total. Pero mantenía con nosotros, a pesar de esa vida tan cosmopolita, una comunicación continua. Le gustaba mucho venir a Sedano, le gustaba el pueblo. Seguía manteniendo a los amigos de infancia, los amigos de Vitoria, los de su antiguo colegio, San Prudencio, al que fueron los dos hermanos y que también publicó en su web su desaparición. Era una cooperativa.

Ya en 2013 se sentía un poco agobiado por la manera de vivir en Luxemburgo: la forma de trabajo, los ejecutivos, los llamaba los hombres grises. Mucha burocracia, todo muy serio, necesitaba moverse, viajar más de lo que lo hacía. Pero aguantaba en Luxemburgo ya que le servía de lanzadera estando en medio de Europa. Desde allí, los fines de semana, hacía constantes viajes a los países centroeuropeos, Alemania, Chequia...

Sí, tenemos sus posts del blog porque, cuando viajaba, siempre escribía y colgaba ahí sus trabajos de fotografía. Borja, el ingeniero informático de profesión, es fotógrafo de vocación, un fotoperiodista que llegó a publicar en medios y se vendía muy bien. Participaba en exposiciones, en concursos... Dos años expuso en Periscopio, en Vitoria. Se exponían fotografías en locales públicos, en dos cafeterías, con su firma y el texto alusivo a las fotos.

Estuvo en México en 2006 y en 2012, y el primero de estos años trajo un reportaje de las elecciones en que ganó Felipe Calderón, y la manifestación que tuvo lugar en la plaza del Zócalo, y se autopublicó un librito con fotografías y textos de aquella manifestación en protesta

por el presidente elegido. Luego volvió y estuvo haciendo fotografías en otras manifestaciones mexicanas. Y también en Nepal, en Japón, en Costa Rica, en Bruselas, en Frankfurt. Y cuando hubo el movimiento del 15M viajó a Madrid expresamente para hacer un reportaje.

Cómo se iba a venir a vivir a España... Su trabajo era muy bueno, porque en Luxemburgo estaba muy bien pagado. Yo veía muy difícil que volviera a Vitoria: el sueldo de Luxemburgo no lo iba a tener aquí, y allí estaba pagando su hipoteca. Le salía más barato pagar una hipoteca que pagar un alquiler. Y le permitía moverse por el mundo con más libertad. El mundo le pillaba más cerca.

Ahora cuando te das cuenta, te dices: murió mi marido y cambió mi vida, pero, en realidad, es ahora cuando mi vida ha cambiado y la estoy viviendo solamente en lo que es Borja. Todo depende de él y tengo que aprovechar todas las oportunidades que tengo para que Borja aparezca en el espacio público, y para que siga ahí, que permanezca en la memoria. Cuando echo la vista atrás, mi vida se me aparece como una película que quisiera detener en un momento dado.

Nací en Sedano, Burgos. Pero me casé con un alavés y me vine a vivir a Vitoria. Éramos una familia normal; yo, maestra, viajando de pueblo en pueblo hasta que vine destinada a Vitoria. Mi marido era aparejador, luego funcionario del ayuntamiento. Yo soy especialista en educación infantil y terminé mis últimos años de maestra en la biblioteca, mejor dicho, en la ludoteca del colegio durante catorce años.

Ahora solo es Borja. A mis setenta años podría estar en una playa de Benidorm tomando el sol tranquilamente. Con el Imsero. Qué risa. Sin mi marido, qué le vamos a hacer, vivió su vida, pero yo ahora no dispongo de mi tiempo para decir «me marcho una temporada». Voy y hago escapadas, pero siempre pensando en que no me puedo marchar lejos, porque ¿y si en este momento hay alguna novedad? ¿Y si, porque tengo que hacer otras cosas...? Y me queda esa sensación de que, como siempre iba y venía, de un largo viaje, quizá va a volver...

Mientras no me demuestren lo contrario, ese sentimiento lo sigo

teniendo. Si tu hijo desaparece cerca de ti, dices: «Me voy al monte y cojo un perro o una cuadrilla de perros y me pongo a rastrear, y voy yo de cabeza, aunque le tenga miedo a los perros»; pero allí no puedo ir. Lo único que puedo hacer es dormir con el móvil todo el día activo, porque con el cambio horario...

Y que además de todo este sufrimiento, lo que ha dejado atrás Borja es otra carga. La labor de Borja no se puede dejar ahí. Tengo que gestionarlo todo porque su vida se ha quedado aquí y en Luxemburgo. Hay una vida de Borja que lo sobrevive o que vive en paralelo con la vida que no conozco. No quiero ni pensar en el día en que tenga yo que volver a Luxemburgo a resolver sus asuntos y encima en francés... Él ha desaparecido, pero parte de su vida está aquí. Está aquí, en Vitoria, porque es su casa, pero también en Luxemburgo, que también es su casa. Lo de Vitoria lo controlo sin problemas, y la otra parte tengo que aprender a gestionarla... Hay que dejar a un lado los sentimientos y ser fría para resolver estos asuntos. He tenido la suerte de contactar con una chica, Kelly, de Vitoria, que trabaja en una agencia que lo hace también con Luxemburgo, y ella me ayuda mucho...

Ahora también estoy liada, porque hablé con el alcalde en enero: tengo las fotos de Borja, y se puede montar una exposición... Tiene algunas muy buenas de sus viajes, que merece la pena que se conozcan. Las hemos estado poniendo en la puerta del bar donde se hacían los conciertos, pero yo creo que hay que hacer una exposición más digna. ¿Qué pasa? Que no dispongo de medios económicos ni de medios para lograr una sala ni para darle forma. ¿Qué seleccionar? ¿Hacerlo por temas? De viajes, de niños, de mujeres, ¿de qué? ¿Quién me puede ayudar en eso? Aparte de que yo sé que él escribía un pequeño texto debajo... Es un trabajo al que no llego. Yo puedo aportar lo que tengo y, si me ayudan a recuperar lo del ordenador, tendremos más, pero necesito esa ayuda. Esa exposición quiero hacerla en un sitio fijo durante quince días, un mes..., algo digno, un sitio digno, un local digno, no en la puerta de un bar.

Ahora me siento mejor porque he contactado con otras familias que viven o han vivido situaciones parecidas. Me he identificado con ellas y nos hemos convertido en cómplices. El primer acercamiento que

tuvimos fue, por desgracia, con Hodei, por ser del País Vasco, pero luego fui invitada por la Fundación QSDglobal a Baeza, y ese encuentro me marcó. Ahí nos conocimos y supimos las historias reales de cada familia contadas por cada una de ellas y me sentí mal, porque, en el fondo, mi hijo era un adulto que estaba haciendo algo lúdico, pero oír casos de niños, de otras desapariciones... eso marca. Y nos conocimos, nos arropamos y, de hecho, las veces que nos encontramos, nos saludamos como conocidos y nos seguimos en los medios. Yo, desde mi casa, desde Vitoria, ¿qué puedo hacer? Pues compartir; yo le doy a compartir en Facebook y quién sabe si esa cara que se ve ahí ya no está en Andalucía sino que ha subido hasta el País Vasco. Esa es la ayuda que puedo aportar al resto de las familias, aparte de que les puedes mandar un abrazo por WhatsApp. Tenemos un grupo y una frase de apoyo o una enhorabuena puede ayudar, como hace unos días, cuando se encontró a un muchacho que llevaba tres meses desaparecido. Esa es la aportación que yo puedo hacer además de encontrarnos de vez en vez, cuando nos viene bien. Y seguir en la brecha, esperando, porque mientras se tenga un hálito de vida, hay que tener esperanza.

CIERRE

Las desapariciones de sus hijos en el extranjero han unido a Ana María Herrero, madre de Borja, con la de Sabino Llona, María Jesús Sáenz, y a ellas dos con Blanca Martínez, que lleva doce años intentando esclarecer la desaparición de su hermano Miguel Ángel en Suecia. Tres mujeres vascas que han unido sus fuerzas en un desigual combate contra el Goliath de la burocracia internacional, las barreras idiomáticas y la exasperante lentitud de los oficios judiciales entre países. Juntas buscan incansablemente respuestas en todos los estamentos posibles: desde el Parlamento Vasco o la Casa del Rey, hasta el Parlamento Europeo. En este último, la eurodiputada Izaskun Bilbao, siempre receptiva a las demandas de sus conciudadanas y también al caso del joven de Galdakao Hodei Egiluz, desaparecido en Amberes el 19 de octubre de 2013, convocó un seminario (Respuestas europeas a las

desapariciones) el 19 de octubre de 2015. Izaskun se había implicado activamente para procurar ayuda a los padres de Hodei, Pablo y Koro, en su agotador periplo por Bélgica y Holanda, y esa cercanía motivó sin duda su decisión de hacer coincidir aquella convocatoria con el segundo aniversario de su desaparición.

Hodei, de veintitrés años, era ingeniero informático como Borja, pero, a diferencia del vitoriano, la vida laboral justo empezaba para él con el contrato en prácticas que le ofreció la empresa Createlli de Amberes, en Bélgica. «Ahora voy a vivir», le dijo a su madre al hacer las maletas camino de su primer empleo a 1244 km del pueblo en el que había nacido y donde hasta entonces vivió en la casa familiar. Llevaba solo siete meses cuando desapareció después de ser víctima de dos robos consecutivos la noche de aquel viernes de octubre en que había salido a tomar unas copas con los amigos. Ocurrió en el barrio de Schipperskwartier, según registraron las cámaras del lugar que, sin embargo, no permitieron establecer el rumbo que había tomado a continuación.

A partir de aquel día y durante los siguientes dos años y cuatro meses los padres de Hodei se entregaron a una búsqueda sin cuartel y sin otra ayuda inicial que la de decenas de vecinos solidarios, muchos de los cuales les acompañaron desde Euskadi en sucesivos viajes a Bélgica y Holanda, donde recorrieron comisarías y calles colocando carteles con la imagen de Hodei. Así ocurrió también en la reunión de Bruselas: los escaños de la Eurocámara se poblaron de camisetas con el rostro de Hodei. La sensación dominante no podía ser más que muy preocupante habida cuenta del tiempo transcurrido, pero aún quedaba un resquicio para la esperanza. Siempre quedó mientras no hubo las evidencias que demostraron lo contrario cuatro meses después.

Su hermana Maite, siete años mayor que Hodei, expresó ese sentimiento dual en una carta publicada en la web «Hodei missing» donde le habla en primera persona:

«El día que tu cuerpo sin vida apareció, el 11 de febrero de 2016, era mi cumpleaños, mi 33 cumpleaños. Si ya un día así era difícil sin ti..., imagínate que todas mis ilusiones de volver a verte se extinguen en un segundo. Sabía que iba a ser difícil tenerte otra vez con nosotros, pero era imposible descartar esa opción sin evidencias palpables. No sé cómo tomarme el regalo de tu aparición aquel día, desde luego será una fecha marcada para siempre. Te prometo, Hodei, que aprenderemos a vivir sin ti, a sonreír sin ti, aunque

todavía será difícil».

Justo un mes después, el 10 de marzo, Galdakao despidió a Hodei en un acto civil masivo frente al ayuntamiento. Yo estuve allí. Fui testigo de una plaza abarrotada, desbordada por los vecinos, apiñados bajo un enjambre de paraguas, a pie firme, a pesar de la lluvia implacable. El tableteo de la *txalaparta* se impuso por un momento al sonido del aguacero para dar paso a las palabras de Pablo, en euskera, y de Koro, en castellano:

«Hoy queremos que este acto sea la despedida para Hodei y un homenaje a la solidaridad de las personas que nos habéis acompañado, que nos habéis emocionado, que habéis hecho vuestro nuestro dolor, nuestra búsqueda y nuestra desilusión ante la muerte».

Sin embargo aquella despedida no iba a ser el punto final. Ni mucho menos. Estos padres se vieron obligados a viajar a Amberes cada vez que aparecían nuevos restos en el río Escalda. Y también para escuchar en persona la decisión del Tribunal de Amberes que juzgaría a las cuatro personas imputadas en el doble atraco a Hodei. Fue el 24 de noviembre de 2017; a la salida del juicio, Pablo y Koro expresaron su decepción por que no se hubiera podido probar la relación del robo con la caída de Hodei al río. Y Koro quiso dejar constancia de su desolación en una carta abierta:

«Aquí estoy intentando comprender lo incomprensible. Para mí está tan claro. El tribunal ha hablado. Cuatro años para uno de los imputados, cuarenta meses para los otros dos por el robo a Hodei y seis meses para la cuarta imputada, de los cuales solo cumplirán una pequeña parte, o tal vez ni eso. Quedarse sin tu hijo y una condena tan ridícula. Tanta espera, tanto sufrimiento, para esto. La justicia es tan complicada, compleja, dura y absurda. ¡Sale tan barato matar a una persona! A estos, concretamente, les ha salido gratis. ¡Ay! ¡Tienen tantos derechos! Y mi pobre Hodei ninguno...(...)»

A veces cierro los ojos y deseo una y otra vez que vuelva Hodei, pero Hodei no vuelve. Soy consciente de que nunca volverá; solo es un deseo, un sueño, no sé cómo llamarlo... Es tan horrible la realidad que, de vez en cuando, es necesario viajar, soñar, volar... Muchas gracias a todos por vuestra ayuda».

El sentimiento de injusticia, por la convicción de que han quedado zonas oscuras sin investigar y culpas sin expiar, demora todavía para la familia Egiluz el ansiado punto final a tanto sufrimiento.

Las otras familias vascas con desaparecidos, después de haberles

acompañado, se preguntan cuándo llegará para ellas el momento en que poder liberarse de la incertidumbre. Y cómo. En el caso de Sabino Llona la espera acumula ya más de doce años: desde aquel 2 de agosto de 2004 en que desaparece en Tallahassee, una pequeña población situada en una zona boscosa del estado norteamericano de Florida. Sabino había ido a visitar a su hermana Nerea. Una amiga de esta, Champa, fue la persona que atestiguó haberle perdido el rastro durante un paseo por el campo. Años después se supo que había sido detenida por drogas; en cambio, no hay constancia de que ningún juez le tomase declaración por la desaparición de Sabino. María Jesús, su madre, viajó inmediatamente a Estados Unidos para intentar obtener sobre el terreno la ayuda de las autoridades consulares que no había conseguido desde España. Pero de poco le sirvió. En la embajada de Washington le dijeron que había que dejar a la policía hacer su trabajo. Y hasta pasados tres años no consiguió que la policía autónoma vasca, la Ertzaintza, fuera a su casa a interesarse por lo ocurrido con Sabino. María Jesús recuerda que fue gracias a las Jornadas Técnicas sobre Desaparecidos de Arrigorriaga, y a la mediación de su organizadora, Marisol Ibarrola. Pero tuvieron que pasar otros tres años para la siguiente visita de la policía vasca, después de que ella escribiera una carta al lehendakari. «A partir de ahora, iban a estar pendientes del caso», le dijeron. Incansable, María Jesús se ha encomendado ahora al alcalde de Bilbao para que escriba a su homónimo norteamericano de Tallahassee.

Más complicada aún es la batalla de Blanca Martínez Santamaría por esclarecer la desaparición y muerte de su hermano Miguel Ángel en Suecia. Había salido el 28 de agosto de 2005 de Londres, donde residía, para un viaje por Europa en Interrail. Esa era su pasión principal y la que practicaba con regularidad, a pesar de la esquizofrenia que sufría, que se expresaba en episodios psicóticos crónicos. Había aprendido a medicarse y vivir con una considerable autonomía. Pero eso no impidió que aquel fuera su último viaje: no había pasado un mes de su partida londinense cuando en aguas de Lidingö, en Estocolmo, aparece un cadáver flotando. ¿Era el de Miguel Ángel? Así parecía confirmarlo la fotocopia de su DNI que se rescata con el cuerpo. Pero ¿cómo explicar que esté intacta si de verdad procede de un cadáver sumergido en agua durante bastante tiempo? ¿Qué explicación tiene que a ese cadáver le falte el corazón? Sin resolver estas cuestiones, cuando Blanca consigue hacerse cargo del cuerpo decide su traslado a Londres, a fin

de cumplir el deseo de descansar en aquella que había sido su ciudad, que en algún momento había escuchado expresar a su hermano. El proceso se ve detenido cuando a Blanca se le plantea la duda de que el cadáver que ha sido trasladado a Londres es realmente el de su hermano. Un laberinto de verificaciones forenses y de comisiones rogatorias entre Suecia, Reino Unido y España, incluida la intervención de la Audiencia Nacional, sigue manteniendo abiertas todas las incógnitas y el caso sin resolver. Así es como el caso de Miguel Ángel Martínez se ha convertido en el más extremo exponente del tormento al que se ven sometidas las familias con un desaparecido en el extranjero. Del mismo modo que el tesón de Blanca confirma la imbatible voluntad de ejercer hasta el final el derecho a saber y la necesidad de despedir honrosamente a los seres queridos.

Capítulo 13

Sara Morales

CALLAR Y GRITAR

Sara Morales Hernández tenía catorce años cuando desapareció del barrio de Escaleritas, en Las Palmas de Gran Canaria. Era verano, julio de 2006. Su caso estuvo muy presente en los medios locales y nacionales en los primeros momentos. Un año después su nombre se unió al de otro menor desaparecido en la misma isla, Yéremi Vargas. Eran casos muy distintos, aunque hubieran ocurrido con pocos meses de diferencia y apenas a media hora de distancia. Mientras todo apuntaba a que Yéremi había sido víctima de un rapto, sobre Sara no había ni el más mínimo indicio de su paradero.

Durante este largo tiempo he seguido el caso desde la península, principalmente a través de la prensa. En 2015, viajé hasta Gran Canaria para un pequeño especial de la sección que había empezado en *La Mañana* de TVE, el matinal que presentaba Mariló Montero. Fue esa la ocasión en que conocí en persona a Nieves Hernández, la madre de Sara, para una entrevista en directo compartida con Ithaisa Suárez, y con las hijas del matrimonio Artiles, otro caso por entonces sin resolver. Un año después volví a Las Palmas invitado por el canal autonómico con motivo de una emisión dedicada íntegramente a los casos de desaparecidos en Canarias. Ahí estaban sus familiares, ocupando buena parte de las gradas del plató y contando por turnos sus historias respectivas. Todos, menos Nieves: no tenía fuerzas para acudir al directo, aunque aceptó intervenir por teléfono. Su voz apesadumbrada ocupó durante unos minutos todo el espacio. Resultaban

inútiles los esfuerzos del presentador por consolarla. Creo que me hizo un gesto por si quería decirle algo, pero me limité a enviarle un abrazo y ella se despidió repitiendo: «Gracias, gracias, gracias». No habíamos vuelto a hablar ni nos habíamos visto desde entonces, pero accedió con nuevos agradecimientos a que quedáramos para hablar de Sara y que no faltara su testimonio en este libro.

Nieves me había advertido que la cita sería por la tarde, en casa de su madre, porque en la suya su marido estaba recién operado. Las dos viviendas pertenecen al barrio de Escaleritas y distan poco entre sí. Es este, por cierto, un dato significativo para entender el entorno en el que nació y creció Sara.

Con mi grabadora y una libreta llegué a la vivienda de Josefa, la abuela de Sara, a media tarde de aquel cálido día de inicios de diciembre en el que la anunciada lluvia no llegó, aunque se dejara sentir en forma de la humedad característica en las islas. Fue fácil reconocer la casa porque está a ras de calle —primer piso de un bloque de tres alturas— y, además, porque me estaban esperando con la puerta y la ventana abiertas. Nieves no estaba sola, ni mucho menos. Había informado a todos los suyos de mi visita y todos quisieron estar: los abuelos de Sara, Josefa y Antonio (también operado no hacía mucho, pero completamente lúcido y atento a todos los movimientos), Lupe, hermana de Nieves, y su hija Patricia. Me invitaron a ocupar el lugar preferente, el sofá en el que Sara se pasaba las horas haciendo sus deberes o viendo la tele, muchas veces en compañía de su prima Patricia, a quien tenía ahora sentada a mi lado. No hubo necesidad de protocolos, fue encender la grabadora y empezar Nieves a hablar, con su tono siempre sosegado y casi a media voz, pero a la vez decidido, seguida atentamente por los demás. Unos asintiendo, otros entrando en el relato con sus propios recuerdos, todos siendo parte de un relato coral, vivo reflejo de la manera en que vivieron la desaparición de Sara, su búsqueda y la espera que todavía no ha terminado: la de saber qué pasó para que se les arrebatara de golpe una parte de sus vidas.

NIEVES, JOSEFA Y PATRICIA

Nieves, madre de Sara (N.): Me casé con veinticinco años, pero hasta los 28 no nació Sara. Estaba deseando tener descendencia y fue un

regalo, era una muñeca. Mi madre se volvió loca con ella y puede decirse que la crio ella. Ya desde muy pequeña estaba más en su casa que en la mía, porque yo trabajaba. Era tal la unión entre la abuela y la nieta que Sara la llamaba mamá, con lo que yo me en celaba un poco. Salía del colegio y, con cinco años, se iba a casa de mi madre a ver qué tenía de comer y luego a la mía y, dependiendo de cuál fuera el menú, comía en una casa o en la otra. Pronto nació Patricia, su prima, hija de mi hermana Lupe. Se llevaban muy bien y jugaban juntas. Solo las separaban tres años.

Sara fue una niña ejemplar. Nunca nos dio ningún disgusto. Era estudiosa, sacaba buenas notas, no le gustaba salir sino estar en casa y jugar a las cartas con las vecinas en el patio que tenemos detrás. El año en que desapareció iba a entrar en tercero de ESO, y estaba muy contenta, pues solo tendría clases por la mañana. En años anteriores tenía colegio mañana y tarde. Yo la llevaba y la recogía cuatro veces al día.

Patricia, prima de Sara (P.): Nos gustaba mucho estar juntas, aunque íbamos a colegios diferentes: ella a San Rafael y yo a San Martín de Porres.

Después de mí nació mi hermana Andrea, y luego Alba, su hermana, a la que le llevaba ocho años. Alba tenía 6 cuando Sara desapareció. No se llevaban mal, pero a Sara no le gustaba que entrara en su habitación y removiera y desordenara sus cosas. Alba era enredadora y se lo desbarataba todo dada su edad. Nada anormal entre dos hermanas que se llevan tantos años...

N.: Con Patricia se llevaba muy bien.

P.: Yo me quedaba muchas noches a dormir aquí, y leíamos revistas, veíamos la tele, jugábamos a la Play y bailábamos. No me contaba muchos secretos, era bastante reservada... La tarde de su desaparición estaba en mi casa, porque ella no tenía ordenador y estuvimos entretenidas con el mío hasta que se subió a arreglarse a la suya, y yo me quedé apagándolo y me fui cinco minutos después para su casa. Había quedado con ella en que nos veríamos antes de que se fuera a encontrarse con su amigo.

N.: Estábamos todos en casa la tarde en que desapareció, el 30 de julio de 2006: Alba, Patricia... Mis padres no, porque se habían ido a

una excursión. Y ella me dijo que se iba a La Ballena, un centro comercial que está a unos quince minutos de aquí, porque había quedado a las 17.00 con Jhonny, un amigo que le gustaba, y se marchó a las 16.30. Le pregunté por qué se iba tan pronto y me contestó que pensaba ir despacito y sin prisas. Y me pidió 50 céntimos para poder llamar por teléfono desde una cabina, ya que no tenía saldo en el móvil... Se fue sin dinero, sin documentación, solo con el teléfono. Llegó al centro comercial, y desde una cabina llamó a Jhonny a su casa; le dijeron que tenía que estar al llegar porque hacía un rato que había salido. Y ya no se supo nada más de ella. Al principio, cuando se la llamaba, saltaba el contestador del móvil, pero a eso de las 6 de la tarde solo daba como apagado o fuera de cobertura.

Fue Jhonny el que llamó preguntando por Sara y el que nos alarmó. Mi hija era muy formal y cumplidora y nos extrañó mucho que no hubiera acudido a la cita, así que se lo conté a Lupe, mi hermana, que se puso a buscarla como una loca por todas partes sin ningún resultado. Y a las once nos fuimos ya a la policía a poner la denuncia. A la policía le pareció pronto, pero nosotras, que la conocíamos bien, sabíamos que algo había ocurrido, porque aquel comportamiento no era normal en ella. Mi marido no vino con nosotras, en aquellos momentos estaba dándose cabezazos contra las paredes.

La policía de Madrid nos dijo que para qué poner la denuncia tan pronto y yo les contesté que no iba a esperar al día siguiente. Entre otras cosas porque tanto mis hijas como Patricia son muy juiciosas en todos los aspectos. Una niña de catorce años que siempre llegaba a su hora, una niña formal y que no tenía problemas familiares ni personales... Siempre recordaré a Badena, el jefe de la policía que por aquel entonces estaba aquí y ahora está en Tenerife con la policía canaria. Una buena persona que se portó muy bien con nosotros... No se me olvidará en la vida: la denuncia se puso un 30 de julio de 2006 a las 11 de la noche.

P.: No sabemos lo que hizo la policía en los primeros momentos, pero revisaron mi ordenador y todavía no me lo han devuelto. La policía se quedó con todas las cosas.

N.: Ni han devuelto el ordenador de Patricia ni el de la amiga,

porque estuvo conectada con ella ese día. Y es raro, porque una vez que se obtienen los datos, suelen devolverlo todo. Pues no, está todo en Madrid junto a cosas más de la habitación; unas piedritas, unas cadenas, unos zarcillos, el ADN —que a nosotros también nos tomaron las muestras—. Ya me lo dijeron, que a lo mejor eran cosas que no volvía a ver. Les contesté que lo único que quería era ver a mi hija, porque las cosas materiales realmente tampoco me importan. Todo se puede sustituir, pero a ella no.

P.: Así que perdí mi ordenador y todas las fotos tuyas que tenía. Montones de fotos.

N.: Claro, porque Sara se iba siempre con mi hermana de vacaciones, a un apartamento al sur, y los domingos también, y era normal que estuvieran haciéndose fotos continuamente.

P.: Entonces usábamos el Messenger; no es como ahora que hay Instagram, WhatsApp... Hace diez años, las cosas eran diferentes.

N.: Sí, los móviles antes eran para llamar y poco más. Y para enviar mensajes.

P.: Después de que desapareciera, recuerdo entrar en mi cuenta y estar pendiente por si de repente ella iniciaba sesión. Tenía su contraseña y una vez entré en su correo, en su Messenger, para mirar no recuerdo qué cosa y entonces la gente me empezó a hablar... Creían que era Sara. Todo el mundo quería saber dónde estaba.

N.: Y Eduardo, mi primo, también estuvo llamándola al móvil, y la policía lo localizó para hablar con él y ver quién era y por qué la llamaba. Cuando pasó el tiempo me llamaron y me dijeron: no llames más, porque el teléfono ya ha quedado inoperativo, ya no sirve, el número lo tiene otra persona. Pero la verdad es que lo tenían ellos para ver quién llamaba y quién no llamaba. Lo tenían ellos, que son los que investigaban estas cosas. No es que lo tuvieran en la mano, pero la compañía les facilitaba toda la información que necesitaban, y así sabían las llamadas y de dónde procedían.

Mi hermana fue la que se movió sin parar. Llegaba a todo antes que la policía. No sabemos si se movieron mucho al principio, solo el sábado salió un pequeño anuncio, desaparecida una niña de catorce años. Y ahí empezaron las llamadas, porque pusimos el teléfono en

los carteles que se distribuyeron por doquier, y hubo de todo: mensajes macabros, bromas pesadas, «mamá, mamá, ven a buscarme...». Una vez conseguimos localizar y coger a una chica que estaba aburrida y se puso a llamar.

Lupe era la que más la buscaba. Le decían está en tal sitio, y allá iba ella, camuflada, con una peluca y unas gafas para que Sara no la reconociera por si de verdad estaba allí voluntariamente y no quería volver, y se pasaba la noche entera dentro del coche a esperar a que saliera. Pero luego no era ella, y así una vez y otra. Gente sin escrúpulos que nos engañaba para divertirse...

Y cuando yo salía en televisión, había gente que llamaba a la policía, pero nunca hemos sabido lo que hacían ellos, porque no nos lo contaban. Decían que eran cosas secretas de la investigación, e incluso nos reñían, porque podíamos estropearles el trabajo. Nos pusieron un grupo especializado para el caso de Sara, de homicidios. César, Félix, Acoraida, Pepa...

Estuve buscándola en La Paterna. Una vidente estuvo en casa y me dijo que estaba enterrada allí, justo cerca del centro comercial La Ballena y yo fui a la policía y me dijeron que ellos no creían en videntes.

P.: Hemos vivido momentos muy duros. Y lo de las flores...

N.: Un señor que llamó y nos pidió 3000 euros para flores. Y nos aseguraba que, si las tiraba desde un puente, iba a aparecer Sara. Y ya estaban mi hermano y mi marido buscando el dinero, porque nosotros no teníamos. Al final no se lo dimos. Era un camelo. Pero siempre te queda la duda: y si mi hija apareciera...

Otra vez nos llamó una señora desde Tenerife —yo creo que estaba un poco trastornada por la forma en que hablaba—, y me decía: «Ven para acá o alguien de tu familia de incógnito, porque tu hija está trabajando en un puticlub aquí, en Tenerife». Nos han contado que es un clásico que se repite siempre. Y yo le decía que no tenía dinero para ir a Tenerife y se empeñaba y hasta se ponía violenta, y me decía que a mí no me importaba mi hija. Hemos tenido que pasar cosas terribles. Y me aconsejaba que fuera de incógnito, porque, si me reconocían, hasta la podían matar. Yo se lo contaba todo a la policía y ellos me decían que no hiciera nada, que aquella

mujer no estaba bien de la cabeza y que todo era mentira.

Otra vez, un señor me paró y me dijo: «Usted es la madre de Sara Morales Hernández», así, con los dos apellidos. Y como yo escucho a todo el mundo, lo atendí y me dijo que estaba seguro de que a Sara se la llevaron los extraterrestres, porque en el centro comercial de La Ballena había un punto de luz. Y después me habló de montones de desaparecidos que yo ni conocía, de Marta del Castillo —a esa sí, pero a otros no— y que todas aquellas desapariciones se debían a extraterrestes, porque habían desaparecido donde había puntos de luz. «Es lo que yo opino, mi niña», me dijo, «Y es usted muy valiente». Y le di la mano y se marchó tan tranquilo.

Estaba comprando en Mercadona una vez, y una señora me abordó y me dijo: «Tu hija está con un señor en un país lejano», y yo le pregunté: «Señora, ¿en qué país?». «No te puedo decir el nombre, pero cuando ese señor se muera, ella va a volver». Y cómo se te queda el cuerpo cuando tú oyes eso. Me dio el teléfono y, en cuanto crucé la esquina, lo tiré. Deme datos, dígame algo real, pero lo que usted me está diciendo solo sirve más para angustiarme aún más. ¿Mi hija no me quiere? ¿Por qué no me llama y me dice: «Mamá quiero hacer mi vida» y ya está?

¿Hay alguna posibilidad de que tuviera otro amor secreto? ¿Alguien que la engañara por Internet? Que ella quedara con alguien... No lo sé.

Josefa, abuela de Sara (J.): Otro señor, que iba en su coche, detuvo el vehículo, se bajó, fue hacia ella caminando y le preguntó si era la madre de Sara. Y solo quiso darle un abrazo, sin más. Eso también son cosas que ayudan a sobrellevarlo todo un poco mejor.

N.: Lo de las videntes es de vergüenza. Una señora me llamó contándome que era arquitecta y me preguntó si había consultado con una vidente de la televisión canaria. Cuando le dije que no, se ofreció a cederme su cita —la tenía desde hacía seis meses—. Y mi hermana y yo fuimos, y la vidente nos cobró ochenta y cinco euros y no nos dijo nada, solo que tenía un equipo en Canadá y que me seguiría llamando. Que lo único que veía era que mi hija estaba en un sitio con césped verde, con las manos dando vueltas y que ella quería que estuviera tranquila. Marilyn Rossner, se llama, en la televisión

canaria. O sea, que, a la postre, no me dijo nada: resumiendo, que mi hija Sara estaba en paz. Y le dije que era imposible, mi hija no puede estar en paz porque yo no lo estoy. No me quería ir, pero ella, que iba con unas gafas negras que no se las quitaba para nada, me acompañó hasta la puerta, pero yo no me quería ir, así que le llevé un plano de Las Palmas, de Tenerife, de la Península, y le insistí: «Dígame dónde está, dígame», y ella imperturbable, y yo deseando verle los ojos y que me mirara, pero se levantó y me llevó hasta la puerta como diciendo: «Váyase ya, que lo que quiero es dinero»... Estaba la sala, afuera, abarrotada. Vaya negocio...

A todo esto, mi marido no quería que acudiéramos a los medios; pensaba que no servían para nada. Yo sí, porque tengo que buscar a mi hija con todo lo que tenga a mi alcance. Además, él trabajaba de camarero doce horas diarias y tenía que ganarse la vida para poder mantenernos a mí y a mis hijos. Por eso iba siempre sola a los sitios, aunque eso no quisiera decir que hubiera problemas entre nosotros, solo que veíamos lo que pasaba desde dos prismas distintos.

Lo triste de todo esto fue que, por añadidura, a mi otra hija, Alba, le afectó y le hizo perder un año de estudios, aunque ya está en primero de Bachillerato. Las compañeras hablaban en el colegio, a veces le decían: «Tu hermana ya está muerta». Alba sufrió acoso escolar y se negó a ir a clase, pero ya se ha vuelto a incorporar y lo aprueba todo. Aquellos momentos fueron muy duros, sumados a todo lo que ya teníamos. Los niños son muy, pero que muy crueles. Y ahora, si alguna vez yo saco el tema y le pregunto si se acuerda de algo en concreto, cambia de conversación. Es como si le estuvieran removiendo los sentimientos. Es una manera de no sufrir, una autodefensa.

Ahora quiere, como Sara deseaba, estudiar Magisterio.

P.: Yo también hago por recordarla, por eso hice un trabajo sobre Sara en el colegio. Era un concurso de *El País*, voluntario, para hacer, entre todos, un periódico. Éramos unas 12 personas y cada uno se ocupaba de una parte. Yo entrevisté a mi prima y fingí que se la hacía a ella; quedamos los primeros de Canarias y ganamos un viaje para ir a Madrid, a la final: quedamos segundos de España. Le hice la entrevista a Nieves y hasta puse una foto suya... Qué suerte, poder ir

a la Península: 6.000 euros nos dieron. Es muy caro viajar hasta allí. Después de nuestro grupo, que era muy grande, nadie ha ganado ni ha viajado como nosotros.

J.: Una maravilla esta sobrina mía. Saca unas notas estupendas. Lo hizo como si fuera una periodista de verdad, aunque ella lo que quiere es estudiar Educación Física. Le encanta el fútbol.

N.: Lo peor es la incertidumbre, el no saber. Hay mucha gente que me ha dicho: «A mí se me mató mi hija en un accidente». Sí, pero usted sabe dónde está su hija y eso es muy triste también, pero es que yo no sé dónde está la mía y eso es lo más duro.

Es lo peor, porque después tienes que aguantar lo que te dicen. Todo el mundo opina: «Yo pienso que no sé qué», «yo pienso que...».

J.: Y hay gente que te dice: «Ya verás que mañana llama a la puerta y va a venir con muchos panes debajo del brazo».

N.: A mi marido, en el trabajo, le han dicho barbaridades y ha tenido que darse cuenta de los cuchicheos. Estar trabajando y tener que guardar la compostura cuando oía: «Mira, ese es el padre de Sara y seguro que la chiquilla tendrá dos o tres chiquillos por ahí y mira él cómo está, ya ves». O que nos estábamos haciendo de oro con la televisión vendiendo nuestra historia a los programas. Cómo iba yo a hacer negocio con la desaparición de mi hija, qué mala esa gente... Aunque a mí tampoco me importa lo que piensen los demás: yo tengo la conciencia bien tranquila.

El dolor es saber que no va a volver. No solo yo, sino que toda la familia pensamos que algo le pasó, porque Sara no tenía motivos: era una niña feliz. Hasta la policía me lo ha dicho, era una niña que lo tenía todo; una familia estructurada y que la arropaba, sus estudios, una casa, sus padres...

La verdad es que no la olvidamos nunca. Mi madre siempre está nombrándola, aunque enseguida se pone a llorar y a repetir: «Ay, te acuerdas cuando Sara esto, te acuerdas cuando Sara lo otro...».

J.: Qué pena y qué dolor más grande. Yo digo como dice el cura: «A todas las rosas se las llevan o se marchitan pronto».

CIERRE

De haber estado unos años antes en la casa de Escaleritas, la de Josefa, abuela de Sara Morales, me habría encontrado con una foto mural que ocupaba toda la altura del bloque. Me dijo Josefa que había sido un detalle del que fuera alcalde de Las Palmas, José Manuel Soria, para quien ella trabajó un tiempo como empleada doméstica. Estuvo mucho tiempo ahí, hasta que una vecina se empezó a quejar porque le molestaba el zarandeo del mural contra la fachada cuando había viento.

Tampoco está ya el cartel más conocido de Sara, el que reproducía una fotografía suya tomada unas semanas antes de que desapareciera, con la sonrisa que dicen era su gesto más habitual y con sus gafas de niña aplicada en los estudios. El cartel rotulado con los teléfonos privados a través de los que esperaban tener una pista que les llevara a ella, pero que, en lugar de las ansiadas noticias, les acarrearón mensajes ofensivos y burlas despiadadas. Un fenómeno que no cabe sino tildar de crueldad social, repetido en muchos otros casos, aunque especialmente incisivo en el de Sara Morales. Me pregunto si tanta maldad, si tanto ensañamiento con la desgracia ajena debería preocuparnos un poco más, en tanto que es barómetro de la parte menos cívica, por insolidaria, de nuestra convivencia en sociedad. Y me admira, una vez más, la capacidad de resistencia de este grupo familiar tras ver amputado gratuitamente uno de sus miembros y sin que el vacío de esa amputación —no meramente simbólica, sino vital— haya encontrado paliativos. No los ha habido, desde luego, en el plano de la investigación policial. Ya hemos escuchado la indolencia inicial con que se respondió a Nieves cuando acudió a poner la denuncia en comisaría. Estábamos en 2006 y esta madre tuvo que escuchar que esperase setenta y dos horas. Estamos en 2017 y el ordenador y los objetos personales de Sara que fueron retirados para la investigación aún no les han sido devueltos. Pero lo peor no es eso, ni siquiera que las pesquisas no hayan dado resultados. Lo peor es que ahora se vuelva a someter a esta familia a un estadio primigenio y aún más agudo de incertidumbre al barajar la hipótesis de un homicidio imprudente (un posible atropello con resultado de muerte y ocultación del cadáver), sin que, a la vez, se practiquen las diligencias necesarias para verificarla. Nieves me lo refiere casi al oído. Como si no quisiera dar crédito a lo que le han contado de

manera extraoficial, pero, sobre todo, para que no llegue a oídos de la abuela. De hecho, ha aprovechado que ella ha ido un momento a buscar agua a la cocina para contármelo tan bajito que apenas es inteligible cuando reviso la grabación. La confidencia me produce un fuerte impacto porque es el enésimo golpe que recibe esta madre, quizá más duro y seco que todos los anteriores. La veo hacerse aún más pequeña ante la magnitud de la oscura versión que han dejado caer sobre ella y el círculo familiar con el que la comparte. Distinto sería que esa hipótesis estuviera acompañada de un esfuerzo investigador serio, de una estrategia encaminada a conseguir pruebas. Y me digo que ni todas las dificultades imaginables para conseguir pruebas pasados once años, ni el riesgo de prescripción del presunto delito pueden justificar que no se intente su esclarecimiento. La sociedad tiene una deuda con Sara Morales que debe ser saldada, judicialmente si posible fuera todavía, o cuando menos moralmente.

Nieves hace todo lo posible para evitar a su madre, Josefa, nuevos motivos de sufrimiento. Prefiere verla rodeada de las fotos de quien fue su primera nieta o, en muchos sentidos, su última hija. Que por algo siempre la llamaba mamá en vez de abuela. Nieves, Lupe, Patricia y Josefa siguen aliadas, ahora, además y sobre todo, para proteger a Alba, la hermana de Sara. Por ella es por quien han decidido quitar el cartel de la puerta y dejar de acudir a los medios casi por completo. Así se lo ha recomendado la psicóloga, me cuentan, sin estar muy seguras de que sea la opción que mejor se corresponde con sus sentimientos sobre Sara, en quien no dejan de pensar ni un solo día y a quien no quieren que se olvide sin más. No es posible callar y gritar a la vez, pero ellas no dejarán de intentarlo.

Capítulo 14

Yéremi Vargas

Y... YÉREMI DIBUJÓ UN CORAZÓN

2007 quedará para siempre anotado en las crónicas de sucesos como el año en que desaparecieron Madeleine McCann, en el Algarve portugués, y Yéremi Vargas en la localidad gran Canaria de Vecindario. Maddie tenía entonces cuatro años, Yéremi siete. Salvadas las diferencias de lugar y de entorno, en ambas desapariciones sobrevoló la sospecha de un rapto. El siguiente paralelismo está escrito en los calendarios: ambos casos seguían sin resolverse diez años después.

El 3 de mayo, Madeleine, la pequeña inglesa, dormía junto a sus dos hermanos mellizos mientras sus padres, Gerry y Kate, cenaban con unos amigos en un restaurante del resort turístico en el que estaban alojados, a una decena de metros. A las 21:30 Kate se acerca a la habitación y descubre que la cama de Madeleine está vacía. Así empieza una búsqueda desafortunada, comenzando por el radio más cercano al hotel para ampliarlo poco después a España como paso probable de los presuntos secuestradores por la vecindad del Algarve y la facilidad para pasar la línea fronteriza, carente de controles. Durante su escala española, los padres de Madeleine convocan a los medios en el Hotel Villamagna de Madrid. Minutos antes de la rueda de prensa conceden la única entrevista en directo a Antena 3, que, a su vez, me pide que sea yo quien la haga. Así es como conozco a Gerry y Kate McCann en las horas en las que todavía acariciaban una pronta resolución; es eso esencialmente lo que expresaron durante aquella comparecencia, además de

pedir ayuda con la vehemencia de quienes sienten que el tiempo juega en su contra. Aunque habían pasado solo unas pocas semanas ya había empezado a recaer sobre ellos la sombra de la sospecha. El primer responsable de la investigación por parte de la policía portuguesa, el comisario Gonçalo Amaral, había comenzado a cerrar el círculo en torno a ellos, incriminándoles como presuntos autores de los delitos de simulación de rapto y ocultación del cadáver. Amaral terminó siendo retirado del caso y al poco abandonó la policía, aunque siempre mantuvo sus tesis que lanzó a la luz pública en un libro titulado *La verdad de la mentira*.

Sembrada la duda, fueron bastantes las personas que, sabiendo que yo había tenido frente a frente a los padres de Madeleine, me preguntaban por qué lado me decantaba o, más directamente, si creía en ellos, en su inocencia, si estaba seguro de que me habían contado la verdad. Mi respuesta fue siempre un sí sin reservas. No sé cuántas entrevistas habré hecho en mi vida de periodista, las suficientes en cualquier caso para saber que la veracidad no está tanto en las palabras de tus interlocutores como en sus miradas. Y en el fondo de los ojos de Gerry y de Kate, por lo demás transparentes como los de su pequeña Maddie, solo vislumbré un velo de infinita tristeza y una desolación estremecedora.

A las acusaciones policiales, los McCann tendrían que añadir pronto otras de gran calibre relacionadas con el despliegue de medios que habían conseguido hacer en Internet, ciertamente en una escala sin precedentes. Se dudó de la procedencia de los fondos económicos con los que estaban financiando la campaña para buscar a Madeleine, por su ámbito mundial, y por haber contratado como portavoz generosamente remunerado a un prestigioso comunicador británico. Ellos, no se sabe bien cómo, persistieron. Nunca dejaron de promover iniciativas, de comunicación y de búsqueda profesionalizada a cargo de detectives del máximo nivel. Llegaron pistas desde las cuatro esquinas del mundo, de Suiza a Río de Janeiro, pero ninguna de ellas se reveló como cierta.

Al cumplirse diez años publicaron una carta abierta donde se confesaban devastados pero no derrotados, donde proclamaban que nunca tirarían la toalla a pesar del «horrible marcador de tiempo, de tiempo robado».

Decían estar preparados —aunque a la vez parecían invocar compasión— frente a lo que temían que acarrearía la fatídica cifra de los 10 años sin Madeleine: «La desinformación, las verdades a medias y las mentiras

absolutas que publicarán los periódicos, las redes sociales y las “ediciones especiales” de los programas de televisión». Y terminaban, sin embargo, con una declaración esperanzada: «Nos consideramos inmensamente afortunados de haber recibido el amor, solidaridad y apoyo de tanta gente amable y considerada durante la última década. Ha habido muchos desafíos y puntos bajos en el camino, pero la calidez, los ánimos y la positividad que hemos experimentado por parte de la “mayoría silenciosa” indudablemente nos han sostenido y han mantenido nuestra fe en la bondad humana. Y mientras esta esté presente, siempre habrá esperanza».

Portugal y Canarias comparten el mismo huso horario. La familia de Madeleine y la de Yéremi también han compartido ese «horrible marcador de tiempo» que supone rebasar el umbral de una década sin que se resuelva su caso; unos y otros lo han vivido como «tiempo robado». Unos y otros se han visto empujados a una montaña rusa de sensaciones y sentimientos encontrados: creer estar al final del camino y verse arrojados una y otra vez hacia el punto de partida, al kilómetro cero. Unos y otros comparten las mismas divisas: perseverancia y gratitud. Gratitud hacia los que han sentido a su lado, perseverancia para seguir hasta donde haya que llegar para dar con la verdad y para que se haga justicia.

En Canarias hasta los inviernos son cálidos, ya se sabe. En casa de Yéremi, la de sus abuelos José y Herminia que es también la de Ithaisa, su madre, hay una nube emborronando el cielo. Lluve a conciencia precisamente la mañana del 2 de diciembre de 2017 en que se ha convocado una concentración para pedir que se reabra el caso, que el juez reconsidere el archivo de la causa que ha convertido en agua de borrajas diez años de investigación. Más de trescientas personas han plantado cara a la lluvia y la voz que clama justicia por Yéremi se ha escuchado con firmeza en el corazón de Las Palmas. Sin embargo, la diferencia con el apoyo masivo de los primeros años es patente. El equipo de reporteros del programa *Desaparecidos*, con el que he viajado para realizar algunas de las entrevistas que incluiremos cuando se emita el caso, hemos sido testigos directos. Nos llevamos literalmente grabado el momento vivido y nos preguntamos en qué punto estará todo cuando llegue ese momento, el de la puesta en antena.

Antes de que se disuelva la concentración hablo con José y Herminia, con Ithaisa y con Jonathan, que es quien ha puesto voz al manifiesto. Hay que sumar voluntades para la nueva travesía a la que se enfrenta la familia de

Yéremi, ese es el corolario.

A media tarde, la lluvia ha cesado. La nube sobre la calle de Vecindario en la que desapareció Yéremi parece haberse retirado hacia las montañas de Santa Lucía, probablemente coronando el impresionante barranco de Tirajana. En la casa hay un café humeante preparado por Herminia y unos taburetes alrededor de la mesa de la cocina dispuestos para hablar sin prisas con ella, con José y con Ithaisa. De Yéremi, claro.

I THAISA, HERMINIA Y JOSÉ

Ithaisa, madre de Yéremi (I.): Nací en La Palma, pero mis padres vivían en Maspalomas. Mi padre era albañil, oficial de primera. Ayudado por mi madre y mis hermanos, que todavía eran pequeños, hicieron poco a poco la casa; primero la parte de abajo, que ahora es el garaje, y poco a poco dos plantas más.

Herminia, abuela (H.): Yo hacía la masa y José Alexis, Gilberto y Mili colaboraban como podían. Mi marido siempre fue muy trabajador y nunca nos faltó de nada.

I.: Yo jugaba en el solar de al lado con mis primos Naiara y Samir, y con una vecina. El solar de al lado lo mantienen limpio mis padres, porque la gente tira al suelo todo lo que le apetece.

José, abuelo (J.): Bolsas y bolsas de basura hemos recogido.

H.: Pero volviendo a lo anterior. Ithaisa fue una niña buena, que no daba ningún problema. Pero ya de adolescente...

J.: Si es que en su caso se puede hablar de adolescencia...

H.: Porque con dieciséis años tuvo mi hija a Yéremi. Y el padre... ¡Cuando nos enteramos de quién era! Un chiquillo morenito todavía más pequeño que ella..., tenía quince, si acaso. Qué va, todavía no los había cumplido. Y para colmo el niño se adelantó y fue sietemesino. Por entonces, ya estaban casados Mili y Alexis, y Gilberto tenía novia.

I.: No se me olvidará el parto. Me empezó a doler la tripa y yo no tenía ni idea de que aquello fuera lo que fue. Fue Mili, mi hermana, quien se dio cuenta de lo que pasaba, me dijo que me subiera a su

coche y me llevó a toda prisa al hospital. Era la tarde de un domingo, 18 de julio. Ese día nació el niño mío con un kilo ochocientos, luego perdió doscientos gramos. Como yo había tenido anorexia nerviosa en el embarazo... Era flaquito y tenía un temblor en una pierna, una especie de tic nervioso. A mi padre, el saber que me había quedado embarazada le sentó fatal, estuvo mucho tiempo sin levantar cabeza, con la cara larga. En realidad yo los veía a todos serios y muy preocupados, hasta que un día mi hermana Mili dijo que yo no abortaba —porque la psicóloga era lo que me aconsejaba que hiciera—, que el niño se lo quedaba ella, y también lo dijo mi hermano, así que la decisión fue unánime. Y nació Yéremi, y fue una bendición. Era más bueno... Ni lloraba de noche.

H.: Y todos teníamos mucha ilusión, porque fue el quinto hijo para todos. Menos mal que nació en el hospital, porque había incubadora. Nos lo entregaron al cumplir el mes, pero lo tuvimos que volver a ingresar. No comía y se ponía morado y azul porque se asfixiaba. Un mes y una semana de incubadora. Y sin embargo luego fue un niño muy sufrido, que aguantaba el dolor cuando se daba un golpe, el pobrecito.

J.: Y muy tierno. A mí me decía: «Abuelo, por qué no me das un paseo en coche y así me quedo dormido y luego tú me sacas en brazos y me metes en la cama».

H.: Ha habido veces que ya estábamos acostados, porque nos gustaba meternos tempranito en la cama y desde allí ver la televisión, y sacó al abuelo de la cama para que le diera el paseo.

I.: Y yo pasándolo fatal porque me entró una depresión... Ser madre con dieciséis años era traumático. Yo le daba el biberón, pero me daba miedo cogerlo, a pesar de que había experimentado antes con mis sobrinos. Por suerte estaba mi madre; ella hacía de madre y abuela a la vez. En cuanto a mi padre... En un principio no quería ver al padre del niño, aunque cedió pronto y entonces él venía y nos lo llevábamos los dos a dar paseos en el cochecito de bebé por Vecindario, era como si lleváramos un muñeco.

H.: Luego se fueron a vivir juntos en El Canario, muy cerca de aquí. Entonces trabajaban los dos y se ganaban la vida. Pasaron unos siete años, sí, tenía ya veintidós o veintitrés años cuando tuvieron el

segundo niño, Eiden. Y mi marido les hizo una habitación para que estuvieran juntos los hermanos y se vinieron para acá. Yeri tenía 6 años cuando nació su hermano.

I.: Eiden tenía ocho meses cuando nos separamos. Sí, terminó nuestra relación y cinco meses después fue cuando desapareció Yeri, con siete años. Lo recuerdo perfectamente, porque el mayor siempre estaba empujando al hermano para que echara a andar. Lo estaba deseando.

H.: Lo empezamos a mandar al colegio con tres años. Al principio a Los Llanos y luego, cuando fue un poco más mayor, pasó a El Canario. Estaba muy contento en el colegio. Disfrutaba mucho. Era muy vivaracho, tanto, que lo llevamos a un psicólogo, porque era hiperactivo.

I.: Pero el psicólogo dijo que no hacía falta ponerle tratamiento, que con el tiempo y cuando creciera, lo superaría por completo.

H.: El pobre, cuando veía que yo lo vigilaba, me decía que era responsable: «Abuela, no te preocupes, que soy responsable...».

I.: Era un sábado del mes de marzo, todavía no era época de vacaciones. Entonces fue cuando pasó todo. Él había hecho sus deberes por la mañana junto a su primo Álex. Fue antes de comer.

H.: Había llegado mi hijo Gilberto de la joyería, se había dado una ducha y los llevó a jugar con la Play y luego los trajo a casa y nosotros nos fuimos por los pollos porque íbamos a comer todos juntos. Era el cumpleaños del abuelo Pepe. Como estaban jugando los dejamos fuera un poco más. Ellos se pusieron a arreglar una puerta y, al poco, cuando los llamamos para comer, Yeri se retrasó. No subía, y cuando bajamos a buscarlo ya no estaba.

I.: Yéremi había salido fuera a jugar con la caja de un televisor que acabábamos de comprar; le gustaba hacerle un agujero como si fuera una ventana y metía dentro a los primos, y a veces a Eiden con el andador. Eran esos sus juguetes preferidos, por eso mi hermano me decía que a Yeri no hacía falta que le pusiera Reyes, que él le daba patadas a una garrafa y se lo pasaba fenomenal.

H.: El día de Reyes es una de las cosas que ha cambiado por completo desde que no está Yéremi. Antes teníamos la costumbre de ir a casa de Mili ese día. Cada uno llevaba algo, nos tomábamos el

roscón, nos pasábamos allí toda la mañana y luego nos íbamos a comer juntos a algún sitio.

I.: Al año siguiente, no pude levantarme de la cama. Era tan doloroso, no podía.

H.: Yo estuve tres años sin poder ir a la playa.

I.: Y los niños, llorando. Han llorado mucho.

H.: Y de pronto, un buen día, los oímos que jugaban y le hablaban a él, como si estuviera con ellos. Era su primo invisible. Pusieron un cartel en una silla, como si estuviera allí. Sus primos Aaron, Sheila y Maue. El que lo ha pasado fatal ha sido Aaron. Y Maue. No podía venir a casa, porque no era capaz de comer y, además, todo lo vomitaba. Se ponía malísimo. Le dolía muchísimo la tripa y la madre le reñía, pero yo le decía que no lo hiciera. Se lo habían aconsejado. Venía a casa y me pedía permiso para entrar en la habitación de Yeri. Todavía viene y se pone a tocar los juguetes.

I.: Los niños lo han pasado muy mal.

H.: Los sábados comíamos todos juntos y luego yo me quedaba vigilando y cuidando de los tres, de Aaron, de Álex y de Yeri. Cuando hablábamos los mayores, se ponían al lado de la claraboya para enterarse de nuestras conversaciones. Eiden había cogido la costumbre, y luego cuando empezó a venir la Guardia Civil por lo de Yeri teníamos que tener mucho cuidado para que no nos oyera. Alguna vez nos tuvimos que ir a hablar a la calle... Hasta tuvimos que llevarlo al hospital en más de una ocasión porque le daban crisis de ansiedad y había que ponerle la pastilla debajo de la lengua...

I.: Hablamos mucho del tema. Vamos juntos en el coche y cuando nos damos cuenta, ya estamos hablando... Es bueno sacar fuera el sufrimiento. Y hablamos con los niños de él con toda naturalidad. Hasta mi hijo Alan, el mayor de los dos que he tenido con Jonathan, mi nueva pareja, sabe que es su hermano. Le llama Yé-me-my.

H.: Hay cosas imposibles de olvidar, sobre todo los primeros momentos de la desaparición en los que todos nos pusimos a buscar como locos.

J.: Empezamos a dar vueltas mirando todos los pozos de los alrededores, inspeccionando las obras que había. Mi mujer, mis yernos, mis hijos, todos. Pero yo siempre dije que se lo habían

llevado. Y entonces decidimos ir a la Guardia Civil, porque el niño no se había ido a jugar con nadie, no lo había hecho nunca ni tenía otros amigos que no fueran sus primos.

H.: Yo pensé que igual lo había cogido un coche y se lo habían llevado. Y estuvimos en el ambulatorio y en la Policía Local, pero nada.

I.: El solar se llenó de vecinos y de coches, porque no estaba vallado. Fue una cosa muy incómoda al principio, luego nos acostumbramos.

H.: Nunca pensé que fuera un secuestro. Como los padres se habían separado hacía poco, pensamos que había sido o una broma o que lo había hecho para presionar.

I.: Enseguida acudieron todos: Policía Local, Guardia Civil, Protección Civil. Luego nos lo dijo la Guardia Civil que llevábamos razón, que no creían que Yeri se hubiera ido con nadie, que se lo habían tenido que llevar a la fuerza.

H.: Aquello era una locura. Todo lleno de gente que quería acompañarte y estar contigo. Una vez llegué a contar hasta sesenta personas dentro de la casa. Y rebuscamos por las otras casas, la de Mili, la de mi yerno. Gilberto subió a la azotea, mirando hasta el último rincón. Los armarios... Estábamos tan locos que no sabíamos lo que hacíamos.

I.: Y pasamos un mes tirados en la calle, mis padres, Mili y yo, con una manta, sobre la acera. Y llegaba el coche de Canarias y nos dejaba el periódico. Nuestra casa no se cerraba, la puerta de los garajes tampoco, la gente dormía en los sillones, qué locura...

H.: La maestra, Meni, se quedaba dormida en un sillón. Cuántas veces la he tapado yo. Cuando se limpiaban los pisos, salía el agua negra. La gente nos cuidaba a los niños chicos.

J.: Esta casa era un caos, hasta que la policía y el psicólogo nos dijeron que aquello no podía ser y que había que cerrar las puertas y un policía de la Local se puso en la puerta y no dejó entrar a nadie más. Qué soledad cuando nos hicieron cerrar las puertas. Se nos caía la casa encima.

H.: Y una noche de esas nos llamó un vidente y nos dijo que estuviéramos atentos, que a las doce de la noche nos iban a traer al

niño y nos lo iban a soltar en mitad de la calle. Pues a esa hora allí estaba yo, envuelta en una manta, pero no ocurrió nada.

I.: Otra vez nos dijeron que habían encontrado a unos niños en una cueva en Bañaderos, y la loca que nos lo había contado cogió una ropitas que había de Yeri y dijo que aquel niño estaba muerto, tirado en un barranco o en una nevera. Yo me volví loca...

H.: Y quería cobrarnos 50 euros por su actuación...

I.: Otra vez, unos periodistas nos recomendaron a otra vidente que tenía cara de demonio y que decía que había encontrado a un niño y que las cartas le decían que estaba agonizando...

H.: El teléfono no paraba. Miles de llamadas día y noche. Hubo quien nos aseguró que estaba enterrado en el Roque Nublo. Y la policía decía que allí no había tierra, que todo era piedra, y el tipo insistía, que estaba allí enterrado...

I.: Hasta de México llamó gente. Y de Chile, de Arizona, porque hasta allí habían llegado los carteles que se hicieron con su fotografía. Un taxista canario, que estaba de vacaciones, nos llamó llorando desde la Quinta Avenida de Nueva York.

J.: También recibimos muchísimas cartas, hasta de Inglaterra. Algunas llamadas eran buenas, pero otras eran macabras. Aun así cogíamos el coche y nos íbamos a dar vueltas y pasábamos por unas casas que por detrás tienen muchos sótanos...Y nos decíamos: «¿Cómo va a ser posible que no se encuentre en una isla...?».

H.: Ellos, la policía y la Guardia Civil nos decían que estaban trabajando. Y había alguno que nos animaba mucho, y que, cuando nos veía llorar a él se le saltaban las lágrimas. Pero querían hacernos ver la realidad: que todo podía durar meses y hasta tres años, y son muchos más los que llevamos sin Yéremi. Yo no podía estar en casa y me iba al súper a comprar, aunque solo fuera una lechuga.

H.: Yo no quise tomar pastillas, pero José sí, porque no se duerme fácilmente.

J.: Porque, desde que desapareció, no dejo de pensar en él.

I.: Y gracias a que estaba Eiden que nos animaba mucho y era el que nos daba vida.

H.: Se ponía a bailarnos en calzoncillos, lo sigue haciendo todavía para hacernos reír. Un payasito, eso es lo que era.

Hace muchas cosas que hacía su hermano. Da besos y abrazos, y me llama como me llamaba Yéremi, repitiendo tres veces abuela, abuela, abuela. Ahora no tanto, porque es más mayor, pero cuando pequeño era igual que su hermano. Como si Yéremi no se hubiera ido.

I.: Mueve las manos como su hermano, y tiene la misma forma de caminar...

H.: Y la misma voz.

I.: He estado muy mal, con muchas depresiones y recaídas, aunque ahora tengo otra estabilidad emocional con Jonathan. He llegado a estar ingresada en el hospital. Muchas de mis angustias se las he contagiado a él. Pero con él rehíce mi vida y tuve a mis otros dos hijos. Además, mi trabajo me gusta y me entretiene, soy limpiadora en un centro comercial. Antes de desaparecer Yéremi trabajaba en unos estancos, el dueño quiso que siguiera, pero aquella rutina me recordaba al niño y no lo soportaba.

H.: Ella es muy trabajadora y muy responsable. Hasta con tosferina iba a trabajar.

I.: Pero tuve una recaída grande y estuve un año de baja... Me pusieron un tratamiento que me dejaba tumbada. Después tuve un ojo fatal, que me lo curaban en el hospital, porque no veía y me dolía. Eiden tenía 3 añitos. Me ponían inyecciones para dormir, pero dormía tres horas y me decían que no me podían poner nada más porque me mataban. Era todo tan fuerte... Lo del niño y la separación. Había sido el hombre de mi vida durante tantos años y había dejado embarazada a otra. Ahora nos llevamos bien, porque Eiden dijo que quería ver a su padre y nos hemos puesto de acuerdo para eso. Ha vuelto contento, porque además se llevaba bien con una niña de él...

H.: Han hecho la primera comunión Eiden y ella juntos. Después él tuvo un hijo más de otra chica y ahora tiene una pareja que es buena persona y de buena familia. De hecho, la catequista de Eiden es la abuela de su hermanastro.

I.: Un momento importante de la investigación fue en marzo de 2012, cuando el teniente coronel de la UCO dio una rueda de prensa con la pista de los pederastas escoceses.

H.: Vino una patrulla de guardias civiles que estuvieron rebuscando

por los alrededores y se llevaron el cepillo de dientes de Eiden para tener su ADN. Los escoceses estaban en la cárcel. Y ya iban buscando un Renault blanco que tenía una pegatina que era una palmera. Un niño de once años, un vecino, lo había visto por los alrededores a la hora en que desapareció mi nieto.

J.: Y esto enlaza ya con el Rubio.

H.: Antonio Ojeda. Era un hombre que llevaba una camisa blanca y un pantalón pirata y se ponía ahí fuera a ver jugar a los niños.

J.: Yo veía siempre cómo miraba a los niños, pero no pensaba en nada malo.

H.: Haberlo visto tantas veces y no haber dicho nada...

J.: Y quién iba a tener más interés que yo, pero no se me pasó por la cabeza.

H.: Pensaba que era extranjero...

J.: Nunca se me ocurrió comentarle a la policía que estaba allí el gringo... Me siento culpable.

H.: Todos nos hemos sentido culpables. Por haberlo dejado solo en el solar, lo que nunca hacíamos.

J.: Ese hombre, nos lo han contado después los vecinos, cuando venían las cámaras para hacer un reportaje o una entrevista sobre Yéremi, se ponía a mirar, escondiéndose por las esquinas, y se reía de nosotros.

H.: Eso lo hemos sabido también por la Guardia Civil. Se trataba de un hombre conflictivo que armaba escándalos, un borracho, en el bar de una vecina, Elvira.

I.: Y cuando lo imputaron por el caso del niño, estando ya en la cárcel por otro delito, pidió hablar con mi padre y Mili lo acompañó, aunque no estuvo presente en el encuentro.

J.: Sí, me dijo que me había mandado buscar porque quería explicarme las cosas. Fue entonces cuando le dije que yo lo veía mirar a los niños, pero que no lo estaba culpando de nada. Y que se sabía que el Renault blanco con la palmera había sido suyo. Él me dijo que el suyo tenía cuatro puertas y no tres como el que decían haber visto en Vecindario. O sea, que estaba reconociendo que aquel coche era suyo..., el coche en el que se había llevado al niño, pero no le dije nada. Me habían avisado de que era muy violento, yo no tenía

miedo pero tenía que ser prudente.

H.: Ese hombre quiso acusar a mi nuera, que vino a comer, dijo que él había visto a una mujer rubia que se había llevado al niño, que él estaba detrás y que la vio. Una gran mentira porque si estaba detrás, no podía ver nada.

J.: A mí me dijo que yo era peor que la Guardia Civil... Luego me contó que eran dos hermanas las que se habían llevado al niño por los invernaderos. Y que una llevaba ropa en la mano para cambiarlo.

I.: Le dijo que se lo había contado todo a la Guardia Civil, pero que no valían para nada. Les tenía odio. Acusó a un empresario y también a Tani, el vecino, que tan mal lo pasó el pobre que le dio una crisis de ansiedad. Un individuo asqueroso, Ojeda, con las uñas negras y cara de psicópata.

H.: Por todo eso es por lo que queremos que se haga una reconstrucción de los hechos, que no se ha llevado a cabo en ningún momento. Ni la justicia hizo caso de un posible testigo muy importante, un niño de once años del barrio. Su tío tenía un Opel blanco y ya en 2010 dijo que el coche era parecido al de su tío, y reconoció la pegatina caribeña, y repitió lo mismo en 2015 y en 2016 cuando lo entrevistaron en la tele. Ese chico siempre fue coherente y siempre dispuesto a colaborar. Ahora es mayor de edad.

I.: Otra cosa que pedimos es que haya un careo con los presos que estaban con él en la cárcel, los habían puesto en la misma celda para que lo vigilaran. Cuando yo hablé con uno de esos presos, me dijo lo que le había contado el Rubio: que cuando le dio un golpe al niño, se puso azul. Nadie sabía ese detalle. Es verdad que eso le pasaba a Yéremi, le venía de pequeño, sí, se ponía azul y le costaba respirar; pero solo nosotros lo sabíamos. Por eso estoy segura de que fue él quien se lo llevó y lo mató. Sí, mucho respetar la presunción de inocencia, pero hay que hacer comprobaciones, que también lo dice la fiscal.

H.: Eso es lo que queremos. Que se compruebe todo.

I.: Y después si hay que archivar, que se archive, pero que mire primero...

H.: Nosotros no le hemos pedido nunca nada, ni siquiera hemos tenido problemas con la Guardia Civil en estos años. No hemos sido

conflictivos. Siempre los hemos dejado trabajar tranquilamente. ¿Por qué el juez no deja hacer la reconstrucción? ¿Y el careo?

J.: Cuarenta mil hojas escritas con la investigación y diez años de trabajo... echados al cubo de la basura.

H.: Hubo una ronda de declaraciones que abrió el juez una vez que la Guardia Civil imputó a Antonio Ojeda, el Rubio. Hubo varios testigos, pero todos se sintieron maltratados, hasta la exmujer del Rubio. Todo eso fue el 31 de enero de este año, 2017, hasta el veintitantos de octubre que es cuando se hace el cierre del sumario y se archiva.

I.: Entre diciembre de 2016 y enero de 2017, cambió todo. Se fue el otro juez que había y vino uno nuevo y fue un desastre desde que llegó. Primero se paró todo, porque llegaron las Navidades. Después, ya fue el desastre. Fue un desastre porque salían los testigos muy enfadados.

H.: Decepcionados.

J.: Se sintieron maltratados, pues querían ayudar, pero solo recibieron insultos. Igual que le pasó al muchacho que tenía once años cuando pasó todo, que al salir del interrogatorio dijo que no volvía por lo mal que lo había tratado el juez.

H.: Llamó a declarar a un niño que tenía cinco años en aquel tiempo, mi nieto... Si no le valían los testimonios de uno de once, cómo le iban a valer los de un chiquillo de cinco. No tuvo en cuenta que el Rubio se contradecía y daba tres versiones de los hechos en un momento. Si alguien da tres versiones es que no está diciendo la verdad.

I.: Tengo la fecha clavadita, la del 27 de octubre pasado, es cuando el Juzgado de Primera Instancia número 2 de San Bartolomé de Tirajana acordó el sobreseimiento provisional y el archivo de la causa abierta contra el Rubio. Hemos recurrido el sobreseimiento, por supuesto, y no vamos a parar.

J.: Lo buscaremos mientras vivamos. Ya puede tener la edad que tenga: cuando un familiar te desaparece, siempre lo vas a tener presente y no lo vas a dejar de buscar.

I.: Es que está tan vivo que muchas veces lo revivo en sueños. El año pasado, cuando mis padres se habían ido a pasar unos días a la

Península, a Formigal, tuve un sueño. Vi cómo Yéremi cogía la mano de su hermano, el más chiquitito, y le pintaba algo. Y en sueños yo me acerqué y le dije: «¿Qué pintas, Yeri?». Miró para mí, se rio y en ese momento me desperté. Y fue un sueño que sentí tan real... Me parecía hasta más pequeño que cuando desapareció. Al día siguiente me dio por mirar el antebrazo a mi hijo pequeño, que tiene ahora tres añitos, ya pasadas un par de horas de habernos levantado, y mientras le bañaba le encontré una mancha en el brazo izquierdo, cerca de la muñeca. Entonces me di cuenta de que tenía forma de corazón. Me resultaba muy familiar. Y vine aquí, a su cuarto, que sigue con todos los papeles suyos del colegio, y por todos lados había corazones. Corazones donde él escribía «te quiero». Todos los corazones iguales a los que el niño tiene en la mano. Él no los dibujaba redondos sino de una manera especial, alargados y en pico. Inexplicable, pero me pasó. Me quedé muerta con eso. Y estuve un tiempo que ni a mi madre se lo dije para que no se preocupara.

H.: Él siempre dibujaba un corazón y una casa.

I.: Una casa con gafas.

H.: ¡Es verdad! Con gafas; sí, señor.

I.: Hasta la noche del sueño, mi hijo más pequeño no tenía nada en el brazo. Yo lo baño todos los días, y sé cómo es mi hijo, y no tenía nada en el brazo. No tenía nada. Le salió de un día para otro. Yo, incluso le pasé una toallita fuerte por si se había manchado. Y empecé a raspar la mancha y no salía. Cuando lo duché, lo mismo. Le eché crema y no sirvió de nada... Es superextraño. Como mágico... Inexplicable. Porque es el mismo corazón que está en la libreta. Yéremi siempre demostraba el amor dibujando esos corazones.

J.: Pues yo recuerdo que una vez, puede que fuera una semana antes de su desaparición, acostado conmigo, Yéremi me dijo: «Me quiero morir, abuelo». Le repliqué que eso no se decía. «Cuando tú seas un viejito. Pero viejito, viejito. Cuando tú seas un viejito».

H.: Eso fue porque vio la película de E. T.

I.: Tengo aquí un librito que yo le pedí aprovechando una campaña de la firma de los pañales, un cuento con su nombre «Yéremi José y la mágica piedra verde». Leerlo después de lo que ha pasado

impresiona. Dice: «Despareció el parque en el que estaba jugando... Y Yéremi se encontró en un bosque encantado. Lleno de árboles mágicos, flores multicolores y pajaritos de todos los tamaños. Todo, sin embargo, parecía muy triste. Un osito con sus ojos llenos de lágrimas al ver a Yéremi, exclamó de repente muy contento: “suerte que has encontrado la piedra mágica...”».

H.: Eso es del libro que le regalaron cuando era un bebé. Sí, señor.

I.: Y termina diciendo algo muy bonito: «Al final de tanto festejo, del mismo modo que se encontró de repente en el bosque encantado, Yéremi José apareció de nuevo en el parque de su ciudad, Vecindario. Seguramente creyó haber soñado la emocionante aventura que acaba de vivir, pero el lazo de color cerca del castillo de arena, del cubo y la pala era una prueba clara de que eso realmente ocurrió...».

Eso era una promoción que hacían los de Dodot. Creo que pone el tiempo que tenía, Sí. Yeremi José, de ocho meses..., con todo el cariño de tu mamá, Ithaisa.

H.: Es que es increíble. Las casualidades de la vida: parece que estaba anunciando que iba a desaparecer.

I.: No sabemos quién escribe el libro. Ah, sí. Cuento de Isabel Amorós Cáceres.

De verdad nos gustaría encontrarlo. La de años que hace. Va para once años que mi hijo desapareció...

CIERRE

En el de Yéremi han confluído elementos verdaderamente excepcionales en relación a todos los casos de desapariciones que he conocido y seguido desde la época de *Quién Sabe Dónde*. En muchos sentidos: el apoyo dado por la gente, una respuesta cifrada en decenas de miles de personas que se movilizaron durante meses en batidas por distintas zonas de Gran Canaria; la colaboración entre Policía Local y Guardia Civil en la organización de los primeros rastreos; la participación de los más diversos colectivos — Protección Civil, bomberos, Cruz Roja, asociaciones de moteros y un largo

etcétera—; despliegue de los medios de comunicación; implicación de las instituciones locales, comenzando por el Ayuntamiento de Santa Lucía de Tirajana al que pertenece Vecindario, el barrio del que desapareció el pequeño Yéremi Vargas Suárez.

Excepcional —y merecedor de una mención aparte— ha sido la inversión de la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil (UCO) en una investigación sistemática, mantenida sin solución de continuidad durante toda una década. Un operativo renovado de tanto en tanto con los llamados efectivos «de fresco», es decir, nuevos investigadores que no acusaran el cansancio de meses de seguimiento de una serie de pistas y que pudieran así aportar una mirada nueva y apuntar hacia otras vías. Un trabajo de investigación hecho en total connivencia con la familia más directa de Yéremi —la madre, los abuelos, las tías y tíos y sus hijos, primos de Yéremi, algunos de edades muy cercanas a la suya— y eso a pesar de haberles puesto bajo el foco en los inicios de las indagaciones. Una relación por la que, preservando determinados datos, esa familia tenía constancia de que se estaba investigando en todas las direcciones posibles. No es extraño que en su relato, Ithaisa, José y Herminia los mencionen por su nombre aunque hayamos evitado transcribirlos, por razones obvias) o que refieran detalles de un día a día tan prolongado como para haberles convertido casi en familiares de primer grado. Nada que ver con la distancia y el hermetismo que me han referido la mayoría de las familias, una tras otra, respecto de la investigación de sus casos.

Y aún hay más: fue también un hecho inédito que el máximo responsable de la UCO al frente del caso Yéremi, el teniente coronel Manuel Llamas, compareciese el 5 de marzo de 2012 para dar cuenta ante la opinión pública del estado de la investigación, y solicitar la colaboración ciudadana. En noviembre de 2013, hubo otro importante acto informativo dando cuenta de la posible intervención en el secuestro de Yéremi de unos pederastas escoceses a quienes, mediando una comisión rogatoria, se había intentado interrogar en la prisión escocesa donde se encontraban cumpliendo penas por otros delitos. No fue posible, aunque eso no significaba que se les hubiera descartado como sospechosos. Además, el portavoz de la UCO aprovechó para volver a pedir colaboración ciudadana a fin de localizar el utilitario blanco que pudo haberse usado para ocultar y transportar a Yéremi.

Tres años después, en 2016, se vuelve a convocar a los medios de

comunicación para precisar el modelo del utilitario supuestamente usado por el secuestrador de Yéremi (ya empieza a hablarse en singular) y de nuevo solicitar la ayuda de los ciudadanos para dar con el vehículo e identificar a su propietario. Ese mismo año, el 31 de mayo, el esfuerzo investigador parece haber llegado a término: agentes de la UCO se desplazan a la cárcel de Botafuegos (Algeciras, Cádiz) para comunicar al recluso Antonio Ojeda, previa lectura de sus derechos, que está imputado de los delitos de detención ilegal y homicidio de Yéremi Vargas. Ojeda, más conocido por su apodo de Juan el Rubio, se encontraba en prisión preventiva, bajo la acusación de haber abusado de otro menor en 2012. Él era el propietario del tan buscado coche blanco, un Renault 5 con una pegatina de palmeras en la luna trasera y no un Opel Corsa, según el mismo se había encargado de aclarar a la Guardia Civil cuando aún no había sido imputado.

En el domicilio de la calle Honduras de Vecindario todo tomó otro sesgo a partir del momento en que los investigadores habían señalado a un sospechoso y habían definido sin ambages el trasfondo de la desaparición: homicidio con ocultación de cadáver. Es de suponer, aunque no esté detallado en el relato precedente, que la noticia no les llegó de golpe, sino que los investigadores les fueron preparando para que pudieran asumir el radical cambio que iba a producirse en las expectativas de recuperar a Yéremi. Un cambio cualitativo: el que va de la vida a la muerte. Con toda la dureza que supone tener que renunciar al anhelo de ver retornar con vida a Yéremi, el grupo familiar respira hondo y siente estar llegando al final. Una dolorosa certeza por la que podrán empezar a liberarse del insoportable peso de diez años de incertidumbre. El «horrible marcador de tiempo robado», según la expresión ya mencionada de los padres de Madeleine McCann.

Pues bien, el 30 de octubre de 2017 una noticia desbarata el tan esperado final y devuelve el caso Yéremi al kilómetro cero: el juez Juan Manuel Hermo Costoya emite un auto dictaminando el archivo y sobreseimiento provisional de la causa. Según el juez instructor: «No existen en este momento medios de prueba, siquiera indiciarios, que de un modo objetivo y razonable permitan dirigir la causa contra una persona o personas indeterminadas». El auto tiene el efecto jurídico inmediato de liberar a Antonio Ortega, Juan el Rubio, de la imputación que pesaba sobre él como presunto autor de la desaparición de Yéremi. A ese efecto hay que añadir otro aún más relevante si cabe: el mazazo emocional para la familia de Yéremi y,

por extensión, para los miles de personas que se han sentido identificadas con su dolor durante los diez años transcurridos. Un duro golpe que va más allá de las emociones. Es el concepto mismo de archivo el que produce perplejidad y confusión. En el sentir popular es sinónimo de cierre, de punto final. Sin embargo, el auto incluye más adelante una orden explícita a la Policía Judicial para que las investigaciones continúen y una advertencia a la Guardia Civil por haber manifestado «que no llevarán a cabo diligencias de investigación que no sean las ordenadas por el juez». En estas líneas está contenida otra de las singularidades del caso, aunque puede que no sea la última: la confrontación pública del juez y del equipo investigador de la UCO. Un pulso que incluye discrepancias jurídicas de fondo y, a la vez, una total diferencia sobre criterios de competencia acerca de a quién corresponde la iniciativa, a partir de ese momento, para dar continuidad a la investigación.

La opinión pública y el entorno más próximo a la familia de Yéremi han contemplado atónitos estas insólitas diatribas que han venido a sentar un precedente más: el juez Hermo ha sido expedientado por el Consejo General del Poder Judicial por haberse negado a recibir en las dependencias del juzgado del que es titular a los responsables de la Guardia Civil, además de ser objeto de una posible multa de seis mil euros.

Cuando redacto estas líneas (6 de diciembre de 2017) resulta imposible establecer un pronóstico acerca de cómo puede terminar todo esto. Cabe suponer que la UCO no va a dar por perdida una batalla en la que ha peleado con sus mejores hombres y mujeres en materia de desapariciones y secuestros; con una ingente cantidad de recursos y una sólida batería de consideraciones jurídicas. A saber si esa munición le valdrá para replicar los argumentos esgrimidos por el juez al archivar la causa, sobre todo respecto a la cuestión decisiva de la delimitación entre indicio y prueba. Un terreno de arenas movedizas, como también se puso de manifiesto en el caso Madeleine, en el que el comisario Gonçalo Amaral, durante su enfrentamiento con los jueces y la policía británica, llegó a invocar al filósofo griego Sócrates, según el cual: «Un indicio es un indicio, dos indicios son dos indicios, tres indicios son una prueba».

Quien tiene mucho que decir como parte directamente afectada es la defensa de Yéremi. Y lo ha hecho: tanto en la concentración popular del 2 de diciembre, como en el recurso planteado ante la Audiencia Provincial de Las Palmas de Gran Canaria. En él piden expresamente al juez —el séptimo en 10

años— la reapertura del caso, basada en la admisión de diligencias que quizá permitirían dar consistencia de prueba a algunos de los muchos indicios — alguno más de los socráticos tres— presentados por la UCO, casi todos referentes a la presunta autoría del Rubio: reconstrucción de los hechos en el espacio físico en el que ocurrieron; nuevas tomas de declaración a testigos presenciales; careo entre Ojeda y los presos «sombra» que le escucharon directamente asegurar que sabía lo que había pasado con Yéremi y dónde estaba su cuerpo... ¿Por qué garantizar la presunción de inocencia de un sospechoso como el Rubio no puede ser compatible con la verificación exhaustiva de los indicios que le incriminan? El juez Hermo convocó a la familia e intentó convencerla de que el archivo de la causa les protegía. A saber si fue la manera en que les habló o lo enrevesado de sus argumentos, el caso es que consiguió que sintieran exactamente lo contrario: desprotección jurídica y desamparo. Un sentimiento que se ha repetido en cada una de las familias a cuyos casos se ha dado carpetazo. Ni a jueces ni a policías les gusta que se diga así porque, según lo previsto en la Ley de Enjuiciamiento Criminal, la investigación puede continuar. Y es cierto, sí, pero en teoría más que en la práctica. Porque para la reapertura del caso el juez va a requerir la aportación de nuevas pruebas, y, a su vez, para conseguirlas la Policía Judicial esperará a que se las ordene el juez. Es la pescadilla que se muerde la cola. Un callejón de difícil salida teniendo en cuenta que disputas como la del juez Hermo y la Guardia Civil en Gran Canaria suelen tener como telón de fondo la acumulación de trabajo y recursos escasos, cuando no el apremio de urgencias varias. Y no es una circunstancia aislada ni privativa de las islas, sino más bien generalizada en el conjunto de España.

Es este panorama el que, en mi opinión, hace absolutamente necesario y urgente promover una legislación específica sobre el fenómeno de las desapariciones, de modo que los casos dejen de estar condenados al archivo, antesala del olvido, y se garantice un recorrido sin los estrictos límites actuales en cuanto a plazos y que incorpore las necesarias garantías para las víctimas indirectas o colaterales, entre ellas y muy especialmente la de los menores que se ven empujados a una orfandad de hecho, pero carente de derechos. La propuesta de un Estatuto de la Persona Desaparecida debe abrirse paso sin demora. Su primera formulación surgió del Laboratorio Jurídico Permanente que echó a andar en Córdoba en junio de 2016, impulsado por la Fundación QSDglobal. Durante 2017 la idea empezó a

barajarse entre los grupos parlamentarios del Congreso y del Senado, pero fue orillada, como tantas otras cosas, por la tormenta política catalana. Personalmente confío en que alegatos de lucha como los de la familia de Yéremi ayuden a situar la brújula en el centro de los intereses ciudadanos y de los derechos de todos, incluyendo, de una vez y para siempre, los de las personas desaparecidas.

Epílogo

El legado de Diana

EXCUSAS A DIANA: UNA ACLARACIÓN PREVIA

El 31 de diciembre de 2017, los investigadores del caso Diana Quer se vieron en la necesidad de reaccionar ante una filtración que relacionaba a José Enrique Abuín, el Chicle, identificado como agresor de una joven en Boiro el día 25, con la desaparición de Diana Quer. No era cuestión de malograr un año y medio de trabajo con todo un país pendiente. Así que, ante el riesgo de que el Chicle huyera, se decidió su inmediata detención, precipitando otras muchas decisiones sobre la marcha. Su repercusión fue múltiple: este mismo libro, en el que trabajé intensamente durante la primavera y el verano y que se encontraba ya en máquinas, vio alterado sus tiempos. Decidimos incorporar una reflexión de urgencia ante el extraordinario impacto causado por el trágico final de la joven madrileña, por más que ello supusiera trabajar en el cambiante panorama de las «últimas horas» informativas.

Debo dejar constancia de que poco después del 22 de agosto, al cumplirse el primer año de la desaparición de Diana Quer, me dirigí tanto a su padre, Juan Carlos, como a su madre, Diana López-Pinel, invitándoles a incluir sus testimonios junto a los del resto de las catorce familias que hablan de sus desaparecidos. Ambos declinaron amablemente esa posibilidad, cada uno con sus propios argumentos, todos absolutamente respetables. Ahora, la dramática resolución del caso ha sumido a toda la familia en un nuevo y aún más doloroso estadio de sufrimiento, amplificado si cabe por la también renovada presión mediática.

Por eso quiero dedicar a ellos y a Valeria, antes que a nadie, las líneas que tienen como protagonista a Diana. Lo hago con dolor y con rabia, desde el más sincero y profundo respeto, y con la confianza de que las decisiones judiciales por venir reparen, aunque sea en parte, el horror de enfrentarse a la pérdida definitiva de una hija y de una hermana.

DESAPARECER NO ESTABA EN SUS PLANES

«Qué bien me vendría desaparecer una temporadita». Diana Quer tenía diecisiete años cuando escribió ese tuit el 27 de julio de 2015. Una expresión entre centenares, puede que miles, a la que algunos avezados intérpretes del destino y las voluntades ajenas quisieron otorgarle valor de premonición, incluso de indicio de una supuesta intención de huida, al tener noticia de su desaparición en la madrugada del 22 de agosto de 2016. En ese momento ya contaba dieciocho años y estaba pasando las vacaciones de verano junto a su madre y su hermana Valeria, dos años menor que ella, en la localidad coruñesa de A Pobra do Caramiñal. Diana regresaba sola de las fiestas del pueblo cuando, a las 2:43, envía el que sería su último mensaje por WhatsApp a un amigo. Los nervios le hacen teclear: «Me estoy acojonando. Un gitano me está llamando». «Y qué te ha dicho», le pregunta su interlocutor. «Morena, ven aquí», responde ella. A continuación, nada más. Silencio total de las comunicaciones.

La última señal del móvil de Diana queda registrada a las 2:58 en el puente de Taragoña. Alguien lo lanzó desde allí a la ría donde un mariscador lo encuentra el 27 de octubre siguiente. Pasan varios meses hasta que la empresa israelí especializada en el desbloqueo de dispositivos a la que recurren los investigadores de la Guardia Civil consigue acceder a su contenido. Y queda confirmado por el coronel jefe de la UCO, Manuel Sánchez Corbí, al relatar la resolución del caso el 3 de enero de 2018, que no había en las conversaciones de Diana ni un remoto intento de huida. Definitivamente, desaparecer no estaba en sus planes.

¿Quién truncó la vida de una joven en el esplendor de su recién estrenada mayoría de edad? ¿Quién pulverizó en unos minutos todos sus proyectos?

Hasta la detención del presunto autor de la desaparición y muerte de Diana, ocurrida 496 días después de que se le perdiera el rastro en la pequeña localidad coruñesa donde pasaba sus vacaciones, no han empezado a aflorar las respuestas a esas preguntas. En el tiempo transcurrido hasta ahora —y desde las primeras semanas— el caso fue adquiriendo una dimensión mediática sin precedentes. Hay quien no duda en calificarlo como el más enigmático de la historia reciente de la criminalidad en España. Sea o no así, lo relevante es que nunca antes se habían empleado —ni en cantidad ni en calidad— los recursos policiales y tecnológicos para el esclarecimiento de una desaparición con indicios de criminalidad como en el caso Diana Quer.

La inversión de esos recursos fue inmediata por parte de la Guardia Civil, y se reforzó con intervenciones complementarias como la de la Infantería de Marina, pero sobre todo con la concurrencia de los especialistas mejor preparados de la Unidad Central Operativa (UCO) del propio instituto armado. Junto con los efectivos de la Comandancia de A Coruña, una media de veinticinco agentes no ha dejado de escudriñar los dos millones de datos facilitados por las operadoras de telefonía, ni de verificar más de 15.000 matrículas, ni de intentar identificar a los posibles autores interrogando a más de doscientas personas. En momentos determinados, como en la reconstrucción de los hechos llevada a cabo al cumplirse el primer año de la desaparición, se llegó a los 100 efectivos. Por algo sus responsables no han dudado en calificarla como «la reconstrucción más importante llevada a cabo por la Guardia Civil».

Ese fue el complicado proceder hasta centrar las principales sospechas en José Enrique Abuín, el Chicle. Este «avisado profesional de la delincuencia», según la definición acuñada por el coronel jefe de la Comandancia de la Guardia Civil de A Coruña, Francisco Javier Jambrina, había concentrado sobre sí todos los focos, pero la coartada brindada por su mujer y sus cuñados —que aseguraban haber pasado con él la noche de los hechos— mantenía desactivada la principal prueba de cargo. Hasta que, en la mañana del día de Navidad, el Chicle intentó una agresión contra una joven de Boiro que logró zafarse y denunciarlo. Ese acto fue el principio del fin de la impunidad con la que había conseguido sobrevivir al intenso seguimiento

policial.

Si en el plano policial no hay precedentes equiparables en envergadura y dedicación profesional, tampoco había ocurrido nunca a tal escala que, simultáneamente, la historia de esta desaparición acaparase miles de horas de televisión y un primer plano continuo durante meses en casi todos los medios de comunicación. Cómo afectan los medios en la investigación y viceversa es una de las cuestiones que merecen ser analizadas con detenimiento. «Da para una tesis doctoral», llegó a insinuar el coronel Sánchez Corbí, máximo responsable del equipo de investigadores de la UCO. Sin llegar a tanto, se hace imprescindible una reflexión que sitúe las cosas en el lugar correcto y nos ayude a superar la perplejidad, el desconcierto o la alarma que, por momentos, ha acompañado la historia de Diana. Después de meses de relatos entreverados de glamur y suspense y de hipótesis descabelladas, su trágico e irreversible final ha puesto al descubierto la gratuidad de determinados comportamientos mediáticos, la irresponsabilidad de otros, la banalidad de muchos.

LOS HECHOS: UN RUIDOSO RELATO

Las historias que terminan por atrapar masivamente el interés de la gente no nacen por generación espontánea, se hacen. En esta segunda década del siglo XXI la fabricación de esas historias aúna los resortes de las grandes operadoras audiovisuales y el inmenso universo difuso de Internet. El resultado, en el caso de Diana, es un relato poblado de ruidos consecutivos, sobrepuestos, en una espiral infinita.

Los primeros ruidos emergen ya en las horas siguientes a la desaparición. Son las 8.30 de la mañana de aquel 22 de agosto, cuando Diana López-Pinel, madre de Diana, se alarma al comprobar que su hija no está en la habitación y decide denunciar su desaparición. Se especula sobre si Diana llegó a pasar o no por su casa, poniendo en entredicho lo que su madre cuenta. El padre, Juan Carlos, es avisado por la hija pequeña, Valeria, y emprende inmediatamente viaje hacia A Pobra do Caramiñal desde Alicante, donde está pasando sus vacaciones. Al poco, ambos progenitores, divorciados desde hace años, comparecen juntos mostrando a los medios el primer cartel con la

imagen de Diana y un gran rótulo en rojo: «DESAPARECIDA». La escena se repetirá tan solo unas pocas veces; contemplada retrospectivamente resulta casi idílica en comparación con las desavenencias que pasan a ocupar el primer plano. La primera de ellas parte de una crisis de ansiedad de Valeria, aireada a los cuatro vientos, que termina con la retirada de la custodia a la madre el 1 de septiembre. La hermana pequeña de Diana viaja con su padre a Madrid.

Mientras en A Pobra se llevan a cabo batidas en días sucesivos, la investigación se amplía al domicilio madrileño de la familia Quer: el ordenador y la agenda de Diana son recogidos para un minucioso análisis.

En esos días la asociación SOS Desaparecidos lanza una alerta internacional dirigida a la localización de Diana en varios países del Este europeo; meses después repite la operación en Estados Unidos, desde donde asegura haber recibido un correo electrónico —apócrifo— firmado por la propia desaparecida.

A mediados de septiembre, con la madre de Diana reintegrada a su casa de Madrid, la reunión que mantienen con ella durante ocho horas los investigadores es presentada por varios medios como un interrogatorio, insinuando que se la considera sospechosa. Un importante diario digital rescata una denuncia antigua de Diana Quer contra su padre por no dejarla ver a su madre, mientras los matinales televisivos alimentan escabrosos debates a raíz de declaraciones a la prensa en las que ambos progenitores se lanzan acusaciones recíprocas de psicopatías.

El ruido se convierte en estruendo en la emisión del programa de Cuatro *En el punto de mira*, donde se dice que Diana fue a desaparecer «en el peor lugar, un entorno abrupto, en una zona de alta criminalidad, donde sus habitantes están acostumbrados a ver, oír y callar; en la capital del narcotráfico, la ría de Arousa». Los vecinos aludidos y sus ayuntamientos reaccionan con una más que justificada indignación, con manifestaciones y querellas contra el medio en cuestión. Es final de septiembre y son varias las cadenas nacionales que han mantenido —y aún mantendrán un mes más— a sus enviados especiales alojados en hoteles del lugar y conminados a contar novedades en las conexiones diarias, por supuesto, en vivo y en directo.

DEL AGRAVIO A LA REFLEXIÓN

Personalmente, vivo esta imparable secuencia de impactos mediáticos desde una posición distinta a la que hubiera tenido de haber estado trabajando como periodista en cualquier medio; la percibo como ciudadano de a pie y también como interlocutor de las familias de desaparecidos vinculadas a la Fundación QSDglobal. Fue ese vínculo el que me empujó a hacer una reflexión pública en el diario *El País*, tratando de reflejar la perplejidad con la que estas familias estaban viviendo un trato hasta tal punto desigual que a muchos les llevó a preguntarse si es que había en España desaparecidos de primera, de segunda y hasta de tercera clase.

«Muchos se preguntan por qué no se les dio a ellos el mismo trato. Todos desean que Diana sea encontrada pronto sana y salva. Pero es legítimo que, al mismo tiempo, reclamen que los esfuerzos policiales se amplíen a los casos pendientes. En la mayoría de ellos es pertinente hablar, como en el caso de Diana, de desapariciones inquietantes. El adjetivo connota un riesgo cierto dentro de la incertidumbre general que rodea estas desapariciones de las que, de entrada, no existe causa aparente o conocida. Un riesgo cuya medida es muy difícil de establecer *a priori*, pero que puede afectar a la integridad física o moral, o a ambas y a la propia vida. Esta es la razón por la que no es admisible que se discrimine la cobertura policial de unos casos respecto de otros. Todas las vidas valen igual. Y todas las familias viven el mismo padecimiento ante la desaparición de un ser querido.

El agravio comparativo afecta también al tratamiento de los medios de comunicación volcados ahora en el caso Diana Quer, en un *crescendo* que no es ajeno a la pura y dura competencia por la conquista de las audiencias, especialmente en el ámbito televisivo. Pero más allá de esa imparable dinámica movida por incentivos que no son precisamente humanitarios, lo que se pone a prueba es el sentido de la medida y la sensibilidad con la que se aborda el relato de la desaparición y las peripecias de la búsqueda. Por fortuna hay muchas dignas excepciones, y hay que dar todo su valor a la visibilidad social de la causa de los desaparecidos, que, desde hace más de una semana, está consiguiendo la difusión masiva de este caso.

Pero no debemos ignorar que en torno a Diana se están barajando gratuitamente hipótesis descabelladas, contradictorias y no contrastadas en un

«todo vale» con tal de hacer sonar más fuerte la campana que la competencia. Hipótesis que no hacen sino criminalizar a la propia persona desaparecida, a la vez que añaden sufrimiento a sus familiares. La supuesta voluntariedad de su ausencia, los denigrantes comentarios sobre su forma de vestir o las discrepancias familiares amplificadas, lejos de esclarecer el suceso, lo revisten de elementos oscuros y en nada contribuyen a su resolución.

Ante una desaparición, la prioridad es localizar a la persona desaparecida, del mismo modo que ante un siniestro de tráfico lo es socorrer a los accidentados. Atendida esa prioridad, vendrá el tiempo de establecer las causas y determinar las responsabilidades. En las desapariciones, la tarea primera y principal corresponde a los cuerpos y fuerzas de seguridad, incorporando la colaboración ciudadana que, como también se está evidenciando en la búsqueda de Diana, puede resultar decisiva. Se trata de un ejercicio construido sobre los pilares de dos derechos complementarios e indisolubles: el de toda persona adulta a desaparecer y el de sus seres queridos a saber. Mientras en relación a Diana —como en cualquiera de los casos abiertos— no se haga explícita esa disyuntiva, solo cabe trabajar con una hipótesis: la de buscarla, asegurar su integridad y devolverle la posibilidad de seguir viviendo donde quiera, como quiera y con quien quiera».

Un grano no hace granero ni un artículo de opinión puede hacer cambiar de un día para otro el lenguaje y los modos de hablar de los medios acerca de las desapariciones. La reflexión llegó con el Foro QSD sobre el Tratamiento informativo de las Desapariciones de Personas, celebrado en la Casa de Galicia de Madrid a finales de noviembre de 2016, con la participación de medio centenar de periodistas, familiares y expertos jurídicos y policiales. Un encuentro que sorprendió a los propios participantes, sobre todo por el diálogo directo entre familias de desaparecidos y periodistas. Se hizo evidente que no es lo mismo «hablar de» que «hablar con»: el cuerpo a cuerpo, la relación de persona a persona hizo fluir una comunicación como seguramente nunca antes se había producido. El tratamiento informativo del dolor es una asignatura que no figura en los planes de estudio de la profesión periodística, pero resulta vital para cumplir como es debido con el mandato de nuestra función mediadora. En el foro hubo momentos de máxima emoción, sentimientos desbordados porque para muchos de los periodistas presentes era la primera vez que escuchaban cara a cara a familiares de

desaparecidos. A su lado. Como seres humanos. Y lloraron con ellos. Hubo también debate del de verdad: aquel en el que los interlocutores admiten la posibilidad de incorporar ideas de su oponente o de rectificar las propias. Al final se cruzaron datos y direcciones para seguir hablando. Y de aquel intercambio nació un compromiso en forma de Recomendaciones que, al cabo de unos meses, se plasmó en una *Guía de buenas prácticas*. La guía fue publicada gracias a la colaboración del Consejo Audiovisual Andaluz y ha empezado a distribuirse por las redacciones de toda España. En ella se dan pautas concretas acerca de cómo actuar profesionalmente ante las desapariciones de personas, a partir de una doble premisa: no añadir dolor al dolor y no interferir en las investigaciones encaminadas a la resolución de los casos. Esta experiencia representó un ejercicio colectivo de autocrítica entre periodistas y comunicadores ante el tratamiento desafortunado del caso Diana Quer, que estuvo en el origen de la convocatoria. Aun así, es evidente que la identificación de las carencias no suponía que se hubieran superado todas, ni que su efecto fuera para siempre. El periodista gallego Suso Souto —con quien compartí la idea inicial de la convocatoria, apenas dos semanas después de los hechos, casualmente en un local del paseo marítimo de A Pobra justo en el punto el que se perdió el rastro de Diana— asumió con coraje la ponencia central del foro. Suso documentó exhaustivamente cada uno de los ejemplos de tratamiento desafortunado y dejó señaladas, negro sobre blanco, las principales transgresiones: ausencia de rectificación de informaciones falsas, obsesión por la velocidad frente a la veracidad, intoxicación de las investigaciones por la difusión de datos pertenecientes al secreto de sumario, inexistencia de petición de responsabilidades por filtración o falsedad de las informaciones. Otra de las secuelas indeseables apuntadas fue la indiscriminada banalización, fruto de una mezcla inaudita de personajes de la crónica rosa con expresiones sensacionalistas o directamente racistas, como las referidas al «gitano» al que había hecho alusión Diana en su último y acongojado mensaje. Que una chica en situación tan apurada usara ese término —por habitual en su entorno, aunque poco afortunado— puede disculparse; ahora bien, es del todo injustificable que publicaciones de difusión multitudinaria, como *Interviú*, lo coloquen en su portada junto a fotos de connotaciones eróticas de la desaparecida.

La suma de ejemplos de esa naturaleza quizá debería llevarnos a la pregunta de si ha nacido un nuevo género mixto, una suerte de

«rosamarillismo».

Los responsables del caso Diana Quer no desaprovecharon la multitudinaria rueda de prensa del 3 de enero para lanzar un dardo a la conciencia de los periodistas. «Hay titulares que hacen daño de por vida a las familias», sentenció el coronel Sánchez Corbí, para, acto seguido, invocar la autorregulación de los profesionales de la información. Su compañero, el también coronel Jambrina, fue aún más incisivo al relatar la filtración con la que se desayunaron el 25 de diciembre y que los obligó a un improvisado cambio de estrategia, precipitando la detención del Chicle. Otro dardo lanzado al aire: ¿hasta qué punto la audacia periodística puede poner en riesgo la eficacia policial?

No es habitual que los cuerpos policiales operativos informen con el detalle con que lo hicieron esta vez. Al iniciar la comparecencia, Sánchez Corbí la justificó en primer lugar por lo mediático del caso y también porque había habido demasiadas informaciones que no se correspondían con la realidad. ¿Quiso decir que el caso se había hecho mediático principalmente a base de informaciones falsas, inciertas, irreales? Si nos atenemos a lo que pudo oírse en el Foro QSD (al que me he referido antes), el coronel tiene bastante razón. Sin embargo, su diagnóstico abre otros interrogantes que es pertinente plantear: ¿solo los casos mediáticos son merecedores de una información pública sobre el estado de las investigaciones y los medios empleados?, ¿es verosímil pensar que los cuerpos policiales existentes en España puedan atender el resto de los casos sin resolver con un despliegue siquiera remotamente parecido?

Por lo que se refiere al exhaustivo relato de los coroneles también es razonable preguntarse si eran necesarios todos los detalles mencionados para dar satisfacción al interés de la opinión pública o si hubiera bastado con una exposición más sobria, a la espera de que la justicia dilucide las responsabilidades que correspondan. La escenificación misma de la conferencia de prensa suscita dudas, especialmente por la presencia muda, pero a cara descubierta, de agentes con funciones operativas, a algunos de los cuales se había visto en las imágenes de la conducción de Abuín a la nave donde se encontraron los restos de Diana. Incluso si era una forma de reconocer sus méritos, ¿compensa haberlos sometido a una exposición pública que puede comprometer su trabajo futuro?

Nunca es tarde para los debates cruciales y es muy notable que el primer

diario español lo reclamara también en su editorial del 3 de enero de 2018: «Ahora que se ha resuelto el misterio de la desaparición de Diana Quer, es también una buena ocasión para reflexionar sobre el tratamiento informativo que se ha dado al caso. En las primeras semanas se publicaron especulaciones sobre una posible fuga y se emitieron juicios sobre la personalidad y el comportamiento de la joven, algo lamentablemente habitual cuando se trata de violencia contra las mujeres. Este comportamiento es contrario a la ética y al rigor periodístico».

LO QUE LOS TELÉFONOS CUENTAN

Hubo un tiempo en que los teléfonos funcionaban atados a un cable. Pero hace ya tiempo que somos nosotros los que vivimos atados a los teléfonos... móviles. En un plazo récord se han convertido en una prolongación de nuestra propia fisionomía. De ser útiles han pasado a ser imprescindibles. De ser prácticos, a inteligentes. De simple agenda de contactos a máquina multifunción de hacer fotos y videos, y modificarlos, guardarlos o enviarlos. De sencillos testigos de nuestras conversaciones, a sofisticados chivatos de nuestros movimientos. De todas las sucesivas metamorfosis, la de la geolocalización ha terminado por revelarse la más determinante en situaciones extremas como la vivida por una joven en Boiro en el fallido rapto que llevó a la detención del autor de la desaparición y muerte de Diana Quer.

Basta recapitular los hitos principales registrados desde el día en que se perdió el rastro de Diana para constatar hasta qué punto los registros de la telefonía —y los de las cámaras de seguridad— han resultado decisivos para todo el proceso investigador y para la resolución final.

Fue clave el mensaje de WhatsApp que la joven envió la noche de su desaparición a un amigo alertando de que alguien la estaba siguiendo; fue clave la geolocalización de su terminal para conocer sus últimos pasos; fue clave el hallazgo fortuito del aparato en la ría de Arousa para apuntalar la hipótesis de un rapto; fue clave para situar a la víctima y a su posible secuestrador en el mismo lugar y a la misma hora en la noche de la desaparición; fue clave para desmontar la coartada con la que inicialmente

Rosario Rodríguez dio cobertura al principal sospechoso (José Enrique Abuín Gey, su esposo); y fue clave para poder detener al presunto responsable de la desaparición y muerte de Diana al haber sido este grabado por otra joven a la que supuestamente intentó raptar la noche del 25 de diciembre de 2017 en Boiro, presuntamente con el mismo *modus operandi*.

Una testigo declaró haber visto a Diana por última vez al final del paseo marítimo del Arenal, en A Pobra, a la altura del puente de San Antonio, a las 02.30 horas del 22 de agosto de 2016. Minutos después, Diana envía un mensaje a un amigo, a las 02.43 horas, diciéndole que alguien la estaba siguiendo y que le había dicho: «Morena, ven aquí». La Guardia Civil tuvo conocimiento de este detalle ya en el primer día de la investigación tras contactar con el círculo de amistades de la joven y, en concreto, con las últimas personas con las que se había comunicado.

Solo quince minutos después, a las 02.58 horas, la geolocalización de su móvil la sitúa ya en el viaducto de Taragoña, en el vecino municipio de Rianxo, a una distancia aproximada de dieciséis kilómetros, lo que indica que la joven hizo ese recorrido en coche.

La UCO inicia entonces un laborioso trabajo para analizar los dos millones de datos relacionados no solo con los registros de geolocalizaciones de los miles de números de teléfono que aquella noche se movieron por la autovía del Barbanza con un municipio, A Pobra, en plenas fiestas, sino también para analizar las videocámaras de la autovía, las de las gasolineras, las de tráfico del centro de A Pobra y las de varios establecimientos existentes en ese itinerario, así como las del peaje de la autopista en Padrón, en busca de matrículas de vehículos que, a su vez, pudiesen pertenecer a titulares de teléfonos móviles que compartieron espacio y franja horaria con el de Diana esa noche.

El 27 de octubre de 2016, un mariscador encuentra, de manera fortuita, el teléfono móvil de Diana en la ría de Arousa, debajo del viaducto de Taragoña, donde las antenas lo situaron por última vez. Aunque el aparato está reventado (pisoteado) y muy dañado tras haber permanecido más de dos meses en agua salada, este importante hallazgo permite a los investigadores apuntalar la hipótesis de un rapto. Con todo, y ateniéndose a la más estricta objetividad, saben que ni siquiera así se puede descartar aún una marcha voluntaria, por extraña o imposible que esta pueda parecer a sus familiares.

En noviembre de 2016, el Chicle es ya uno de los principales sospechosos.

Un vehículo de similares características al suyo es grabado por una cámara de una gasolinera de A Pobra saliendo de la localidad a la misma hora a la que el móvil de Diana hace el itinerario A Pobra-Taragoña, localidad esta última, por cierto, en la que reside el Chicle. También para entonces la UCO tiene dos vehículos sospechosos y uno de ellos es el suyo. Sin embargo, una pieza no encajaba en aquel momento: la geolocalización de los teléfonos móviles de Diana y del Chicle indicaba que habían salido de A Pobra por lugares diferentes. Este misterio se resolvería unos meses después.

Durante esos días, el Chicle se siente vigilado y el 24 de noviembre contacta con un agente de la Guardia Civil para preguntarle directamente por qué le siguen los investigadores. En ese momento dice que la noche de la desaparición de Diana él estaba en las fiestas de A Pobra, situándose por tanto en el lugar.

Seis días después, vuelve a declarar ante la Guardia Civil. Lo hace también su esposa y ambos aseguran que la noche del 22 de agosto habían salido juntos a robar gasolina. El Chicle había cambiado su coartada. Pero, además, la geolocalización del móvil de su esposa la situaba esa noche en casa.

El 5 de diciembre de 2016 declaran ante los investigadores dos cuñados del Chicle, que apuntalan su coartada. El principal sospechoso colabora con la investigación entregando un teléfono móvil, pero vinculado a un número diferente. Posteriormente, entrega otro, pero reseteado. También accede a que se registren sus vehículos. La Guardia Civil le pincha el teléfono, pero las conversaciones que mantiene hacen sospechar a los agentes que es conocedor de ello. Habla con prudencia y mantiene conversaciones que parecen «enlatadas».

En este punto de la investigación, la UCO tiene muchas evidencias contra el Chicle, pero ninguna prueba contundente, lo que lleva al Juzgado de Instrucción número 1 de Ribeira a archivar provisionalmente la causa el 19 de abril de 2017 al no poder dirigir las investigaciones contra nadie.

El 5 de julio de 2017, el Servicio de Criminalística de la Guardia Civil (SECRIM) logra desbloquear en Alemania, con ayuda de una empresa israelí, el iPhone 6 de Diana, algo que no había logrado hasta entonces al desconocer las claves de acceso. Aunque no se encuentra información relevante en su memoria interna, sí proporciona datos más exactos en materia de geolocalización.

Justo un año después de la desaparición de Diana, en agosto de 2017, la

UCO aprovecha la celebración de las fiestas de Os Pincheiros en A Pobra para realizar una reconstrucción de lo que pudo ocurrir, aprovechando que se dan las mismas condiciones que la noche en la que Diana fue vista por última vez cuando regresaba a casa de esos festejos.

Y es entonces cuando los agentes resuelven el misterio: ¿por qué la geolocalización de los móviles de Diana y del Chicle apuntaba a una salida de A Pobra al mismo tiempo, pero por diferentes lugares? ¿Había más personas implicadas? La explicación que despejaría esa duda es que, ante la saturación de las antenas (por la cantidad de gente existente aquella noche en una villa en fiestas), se desvían algunas señales a otras antenas.

A finales de 2017, la UCO no tiene ya ninguna duda de la implicación del Chicle en la desaparición de Diana, por lo que empieza a elaborar un exhaustivo informe para presentar al juez con la esperanza de convencerle para que reabra la causa y así poder centrarse directamente en la investigación del principal sospechoso.

Pero el 26 de diciembre de 2017 ocurre algo que dará un vuelco a los planes de la UCO: una joven denuncia que la noche anterior un hombre intentó raptarla obligándola a meterse en el maletero de un coche mientras la amenazaba con un objeto punzante y tras exigirle que le entregara el móvil. Afortunadamente, la aparición de dos jóvenes que auxiliaron a la joven evitó el rapto, pero la mujer facilitó datos claros y relevantes del supuesto autor. Datos de la marca, modelo y matrícula del vehículo y una descripción del individuo. Los agentes le enseñaron una foto y ella lo identificó con rotundidad. El hombre al que señalaba era el Chicle, con antecedentes por tráfico de drogas y agresión sexual.

Pero también en este caso el teléfono móvil tiene una gran importancia. En el momento de ser abordada, la joven de Boiro mantenía una conversación de WhatsApp a través de su móvil y, cuando es obligada a meterse en el maletero, aprieta el teléfono contra su pecho y, de manera fortuita, pulsa el botón de la opción de grabar una nota de audio. Lo que ocurre en ese momento queda grabado y, también de manera fortuita, la joven envía la nota de audio a su interlocutor.

Al día siguiente, agentes de la UCO se desplazan desde Madrid a Boiro para profundizar en esta denuncia, ante las sospechas de que el perfil y el *modus operandi* puedan tener relación con lo que le pudo haber ocurrido a Diana.

Sin embargo, debido a lo que la Guardia Civil definió como «una grave filtración que se está investigando», un medio de comunicación publicó que se estaba estudiando esa posible vinculación, lo que obligó a la UCO a precipitar sus planes y detener al Chicle a las 10.15 horas del día 29 de diciembre. Una filtración que, según el coronel Francisco Javier Jambrina, de la Comandancia de la Guardia Civil de A Coruña, pudo haber propiciado que el Chicle se fugase de España.

Minutos después fue detenida también la esposa del Chicle, Rosario Rodríguez, quien le había dado coartada en el caso de Diana Quer. Pero, al día siguiente, cuando los agentes le pusieron sobre la mesa las pruebas que supuestamente implicaban a su marido en el intento de rapto de una mujer en Boiro (entre ellas, la nota de audio con su voz), cambia su declaración y dice que no estuvo con él la noche del 22 de agosto de 2016 en A Pobra y que mintió. El Chicle, por su parte, declara ese día que atropelló accidentalmente a Diana, que se deshizo del cuerpo en el polígono industrial de A Pobra y que luego volvió a por él y lo arrojó al puerto de Taragoña. El 31 de diciembre, a las 01.00 horas, pide declarar en presencia de su abogado y dice que quiere llevar a los agentes hasta el lugar en el que ocultó el cadáver de Diana. A las 03.40 horas, el cuerpo de la joven es localizado en un pozo, a ocho metros de profundidad, en el interior de una nave abandonada de Asados (Rianxo) en la que el Chicle había trabajado, a solo 200 metros de la casa de los padres de este.

El 1 de enero de 2018, el Chicle es enviado a prisión, medida que se ratificará el día 3 al reabrirse la causa, en la que Rosario Rodríguez pasó a figurar como investigada tras quedar en libertad y sin medidas cautelares.

YO ESTUVE ALLÍ

Durante el mes de septiembre de 2016 visité la comarca de O Barbanza invitado por el Club Expopress para dar una charla y apadrinar y plantar un árbol en el parque de la Comunicación de Boiro, situado a orillas de la ría de Arousa. Lo hice atendiendo la insistente petición del periodista de *El Correo Gallego*, Suso Souto. Llevábamos no sé cuánto tiempo intentando cuadrar las agendas y, por pura casualidad, las fechas finalmente elegidas fueron los días

7 al 9, solo dos semanas después de la desaparición de Diana. De la mano de Suso hice un fugaz recorrido por algunos de los escenarios del suceso: el trayecto desde la zona donde se celebran las fiestas locales hasta la casa de la familia Quer en Cabío y el paseo del Arenal de A Pobra, el lugar en que fue vista por última vez. En varias ocasiones pasamos por el viaducto de Taragoña, desde el que según se sabría dos meses después, fue arrojado a la ría el móvil de Diana. La misma carretera llevaba a la casa rural donde me alojé, perteneciente al municipio de Rianxo, a apenas tres kilómetros de la vivienda del Chicle. Ni que decir tiene que, por entonces, era ese un personaje absolutamente desconocido para mí y para la mayor parte de la opinión pública, no así para algunos de sus vecinos o para la Guardia Civil, que seguía sus andanzas y le había detenido en 2007 por su vinculación con el clan de Os Fanchos en el marco de la Operación Piñata por tráfico de drogas.

En Boiro, el auditorio de la Casa de Cultura se llenó de vecinos interesados en el tema de los desaparecidos, asunto central de mi intervención para presentar el trabajo de la Fundación QSDglobal. Hubo referencias, por supuesto, al caso de Diana Quer, pero también a Manuela Lorenzo, desaparecida en esa localidad en 2015, y a Iván Durán, el joven de treinta años que había abandonado su casa de Baiona dejando una inquietante nota que hacía temer por su vida. Hubo un coloquio bastante participativo del que recuerdo un sentimiento dominante de perplejidad, además de una preocupación palpable en las miradas más que en las palabras, pero que no llegaba a ser de alarma o de miedo generalizado.

Por lo demás, en cada uno de los rincones en los que tuve ocasión de adentrarme descubrí un paisaje humano de gentes laboriosas, serenas, deseosas de complacer al visitante hasta en los más pequeños detalles. No es que quiera, por puro agradecimiento al trato recibido, describir un panorama idílico y ausente de cualquier tipo de conflicto. Es que estoy convencido de que la realidad social de O Barbanza responde esencialmente a esa fotografía y no al deprimente cuadro que algunos medios se empeñaron en dibujar a base de gruesos trazos insinuando una conexión fatal entre las actividades del narcotráfico y la acción criminal por la que había desaparecido Diana Quer. Lo peor de esa lectura simplificada es la criminalización de los ciudadanos del lugar, a quienes se presentaba como sospechosos de un silencio cómplice fraguado en el recurrente «ver, oír y callar».

Frente a ese tópico, me parece necesario rescatar la imagen de otra Galicia mucho más representativa: la de las madres que lucharon contra la droga y se enfrentaron cara a cara al narco en los años ochenta y noventa, encabezadas por Carmen Avendaño y la asociación Érguete.

Cruz Morcillo, en la crónica de *ABC* que conmemoraba el 30 aniversario de esta organización, pionera de las otras treinta y ocho asociaciones que se crearon en dos años en distintos puntos de Galicia, las definía así: «Fina, Sara, Carmen... eran madres que, en lugar de llorar y callar, lloraban, pero gritaban y coreaban en plena calle los nombres de los que se estaban haciendo millonarios con la droga». Y Carmen contaba: «Nos poníamos en la puerta de un negocio y gritábamos que pertenecía a un narcotraficante. Decían que la droga era de familias marginales, pero éramos gente normal y nuestros hijos estaban enfermos». Las cifras de 1988 solo en Vigo daban cuenta de 185 muertos directos o por sida, recordaba Cruz Morcillo, y concluía: «Ahora que la droga se ha convertido en un delito invisible, las madres coraje de Érguete siguen donde siempre, pero centradas en el tratamiento y la inserción en lugar de en la calle. Los dos hijos de Carmen que se engancharon han sobrevivido. Las drogas han pasado de ser la cuarta preocupación de los españoles en el año 2000 al puesto 28».

Así que no solo es falso sino verdaderamente injusto atribuir connivencias con la criminalidad a la población del entorno en el que desapareció Diana Quer. Otra cosa es que se conviva con una minoría de individuos que sobreviven a base de trapicheos varios, entre ellos el ahora detenido e imputado José Enrique Abuín Gey. O que, incluso, algunos vecinos terminen comprando productos procedentes del marisquero furtivo o combustible robado. No es que este tipo de comportamientos merezca ser incluido en un «cuadro de honor», pero tampoco en un «cuadro de horror» condenatorio y sin paliativos.

A lo largo de estos casi quinientos días ha habido actitudes que, a la vista del panorama general, adquieren un especial relieve como manifestaciones de civismo y de nobleza humana. Me refiero a la persona que el 27 de octubre de 2016 encontró fortuitamente el iPhone 6 de color blanco de Diana mientras mariscaba bajo el viaducto de Taragoña. Aunque estaba literalmente reventado —porque pudo haber sido pisoteado antes de ser lanzado a la ría— y bloqueado —porque alguien había introducido varios códigos erróneos—, el hallazgo terminaría marcando un giro decisivo en la investigación. El dato

más importante era el que se infería del hecho mismo de que el móvil hubiera sido inutilizado y arrojado al agua, porque apuntalaba la hipótesis de que Diana había desaparecido en contra de su voluntad.

Seguramente el mariscador tuvo consciencia de que podía tratarse del tan buscado aparato gracias a la profusión de noticias sobre el tema, pero lejos de entrar en la rueda mediática en busca de cualquier tipo de protagonismo o contrapartida económica, decidió entregarlo de inmediato a la Guardia Civil.

A pesar de haber sido pretendido por centenares de periodistas aquel mariscador logró permanecer en el anonimato.

Abrumado por la desmesurada persecución mediática, pidió amparo a la cofradía de Rianxo, a la que pertenece como socio, que hizo un llamamiento para que se respetase su decisión de no hacer declaraciones y de no pasar a un plano público. Solo transmitió un mensaje: que hizo lo que creía que tenía que hacer y que no se considera autor de ningún hecho extraordinario. «El cumplimiento de un deber cívico básico y moralmente ineludible para cualquier ciudadano está repercutiendo negativamente en la vida de nuestro socio, hasta el punto de que, de manera injustificada y abrumadora, su libertad deambulatoria se halla seriamente afectada por el seguimiento mediático que el caso Diana Quer conlleva, teniendo que estar eludiendo continuamente la acción de las cámaras y las entrevistas que se le solicitan, tanto en el entorno de su vivienda, en su esfera familiar, como en su lugar de trabajo, siendo todos los medios sabedores de que dicha persona no puede aportar nada sustancial ni tampoco satisfacer mayores ansias de conocimiento de un asunto que se halla en el marco de una investigación policial y judicial», explicaba en un comunicado el patrón mayor de la cofradía de Rianxo, Miguel Ángel Iglesias Romero.

Un comunicado en el que se reclamaba «respeto y consideración a la opción personal» del mariscador de «alejarse del foco de la noticia, de no ser retratado o captada su imagen personal, de no participar en entrevistas periódicas, todo ello a fin de que pueda recuperar la paz, la tranquilidad y la normalidad en su vida privada y la de su familia, sin que ello sea incompatible con su compromiso de colaborar con la acción de la Justicia y su deseo y esperanza, compartida por todos, de que el caso de Diana Quer se resuelva favorablemente».

DE LA TOLERANCIA AL REPUDIO

Es sorprendente constatar con qué celeridad se ha pasado de la tolerancia al repudio. Y es manifiesto el efecto multiplicador que la espectacular cobertura informativa otorga a lo que se dice y se siente en el entorno más próximo a los hechos. Una realidad aumentada de manera descomunal desde el 31 de diciembre, el día en que se dio por resuelta la desaparición de Diana Quer con la detención del autor confeso de su rapto y de su muerte.

Hasta ese día, en la pequeña aldea rianxeira de Outeiro, casi todos estaban al tanto de los antecedentes delictivos de su vecino, José Enrique Abuín Gey: de la acusación de violación por parte de su cuñada en 2005, sin más recorrido judicial que su ratificación ante el juez, que lo archivó por falta de pruebas; de su detención en 2007 en el marco de la Operación Piñata por tráfico de drogas; y de su actividad como mariscador furtivo. Pero nada de eso le impedía llevar una vida normal: recibir elogios en sus fotos de Facebook o disfrutar de los aplausos al subirse al podio en las carreras de atletismo en las que solía participar. El Chicle no se movía en la sombra, sino que más bien disfrutaba de los focos.

Incluso había logrado que su familia pasara página tras la acusación de violación de su cuñada, quien estuvo unos años distanciada de su hermana gemela, Rosario Rodríguez, por haberle apoyado a él.

Pero el silencio que le rodeaba se convirtió en ruido cuando le detuvieron el 29 de diciembre de 2017 como principal sospechoso de la muerte de Diana Quer. Ahora algunos vecinos hablaban de ello con los periodistas tras una puerta medio abierta. Las paredes de la casa del Chicle y su familia amanecieron con pintadas de «asesinos» y «cómplice», «Chikilín (otro de sus apodos), estás muerto». «A mí nunca me gustó ese tipo», dicen unos. «Siempre fue medio corto», comentan otros.

La normalidad se truncó también en casa de los padres del Chicle. Sus padres son gente humilde. Viven a unos cuatro kilómetros de él, en la aldea de Somoza, a solo 200 metros de donde su hijo ocultó el cuerpo de Diana en una vieja nave abandonada. Frente a esa nave pasó cada semana para ir a comer con ellos. El ruido mediático ha roto la tranquilidad en la aldea. Decenas de periodistas montan guardia ante la vivienda de los padres del Chicle, que intentan soportar como pueden la misma presión que un día

sufrieron los padres de Diana Quer, aunque por razones radicalmente distintas.

Mercedes Gey repite a gritos que su hijo es «un monstruo y un asesino», mientras levanta la cabeza, como queriendo que la oigan bien sus vecinos. «Reniego de él», dice. «Que cuente toda la verdad, aunque se pudra en la cárcel». Margarita siente la necesidad de defender su honor y el de los demás miembros de su familia frente a los insultos y comentarios ofensivos que escucha a diario en la televisión. Lo hace atendiendo a los reporteros de Antena 3 de espaldas, ocultando su rostro. Pero luego recibe a los de La Sexta a las puertas de su casa y les dice lo mismo... mirando a cámara, porque en ese caso no se siente amenazada por un micro.

El dolor de Margarita es triple. Lloro tras descubrir lo que hizo su hijo. Lloro tras descubrir en qué se ha convertido su hijo. Y llora por la «vergüenza» que se cierne sobre ella y los suyos.

Lo mismo le ocurre a María, una de las hermanas del Chicle, que también reniega de él llamándole asesino. Pero eso no evita que su página de Facebook se convierta en un muro de ajusticiamiento en el que cientos de internautas la bombardean a diario con comentarios insultantes y ofensivos. También ella siente la necesidad de defenderse, pero, como a su madre, le asusta el abismo mediático.

Desde que fue detenido, miles de personas están bombardeando las páginas de Facebook de sus hermanas e incluso de sus sobrinos con mensajes insultantes, ofensivos o amenazantes. Su esposa, Rosario Rodríguez, optó por vaciar literalmente su página en esa red social y sustituir la foto de portada en la que posaba con él y con su hija (de 13 años) por una imagen de unas rocas.

María y Ana Belén, hermanas del Chicle, respondieron indignadas a algunos comentarios sobre sus fotos. Lo mismo hizo su sobrino, que vio cómo su foto de cumpleaños se llenaba de insultos a su tío. En este caso, alguien le aconsejó modificar la configuración de la privacidad en su Facebook para que nadie pueda publicar comentarios en sus fotos si no está en su lista de amistades. Sobre una foto de la hija del Chicle alguien escribió: «Otra víctima más de este impresentable» o «Vida truncada por culpa de tener un padre psicópata. No le queda nada a la pobre por delante, sabiendo que papá es un violador asesino. Necesitará mucha terapia». Una fotocomposición que había publicado el Chicle en su Facebook con fotos suyas en una carrera y posando con su mujer y con su hija acumula miles de

comentarios de ese tipo.

Los padres, la esposa, la hija, las hermanas, los cuñados y los sobrinos de Abuín Gey siguen señalados en las redes sociales por el mero hecho de pertenecer a su familia. Ni siquiera sus declaraciones públicas renegando de él o calificándole de asesino logran reducir esa presión. Más bien al contrario: alientan la presión de los medios..., que se hacen eco de ellas.

EN LA HORA FINAL

Mientras no hay evidencia de muerte, hay esperanza de vida. En esta máxima se resume el comportamiento de la absoluta mayoría de las familias de personas desaparecidas que he conocido a lo largo de veinticinco años. Solo cuando emergen sólidos indicios de criminalidad esa ecuación de emociones contradictorias tiende a descompensarse hacia el lado más pesimista. Pero, aun así, suele prevalecer el deseo positivo sobre la realidad negativa que hacen presumir, o más bien temer, esos indicios. Parece como si en las situaciones más extremas la mente proveyera a las personas atrapadas en ellas de cabos sueltos para permanecer a flote y evitar el hundimiento. De esa capacidad de resistencia —o resiliencia— he conocido muchos ejemplos, entre ellos los que protagonizan este libro.

Para la familia de Diana Quer la dolorosa evidencia que dinamitaba todas las esperanzas llegó en la madrugada del 1 de enero. Tras confesarse autor de la desaparición y muerte de la joven madrileña, José Enrique Abuín Gey condujo a los agentes de la UCO hasta la nave donde había ocultado su cadáver. Y señaló el lugar exacto: un depósito de agua de la antigua fábrica de gaseosa cubierto por una pesada losa de hormigón sobre la que existe un registro metálico de 40 por 40 centímetros. Un perro especializado en detección de restos humanos marca el punto. Una cámara deslizada hasta el fondo, diez metros, devuelve la inequívoca imagen de un cuerpo sumergido, lastrado con ladrillos de obra en la cintura y los hombros. El que fuera agua dulce, estancada, sin presencia de fauna y que ha mantenido una temperatura constante, ha favorecido el mantenimiento del cuerpo.

Se requiere a los bomberos de Rianxo para el completo vaciado del depósito y al hacerlo aparecen junto al cuerpo varios objetos: un bolso, unas

bridas de plástico.

Los agentes cruzan miradas. No tienen dudas. Es ella. El comandante Arturo Marcos se aparta con su móvil para llamar a los padres de Diana: ellos deben ser los primeros en saberlo. Son los primeros. En el programa de *La Sexta Expediente Marlasca* el teniente coronel Sánchez Corbí cuenta que en ese momento los padres de Diana se quisieron asegurar de que el comandante custodiaría el cuerpo recién localizado. «Arturo, ¿estás con nuestra hija?». Una manifestación de confianza que, añade el coronel, responde a que él había sido el enlace casi diario entre investigadores y familia durante los 496 días de la desaparición. Juan Carlos Quer, apenas llegado a Galicia, les dedica sus primeras palabras: «Tenemos unos cuerpos de seguridad de los que deberíamos sentirnos orgullosos». Y sobre el autor confeso de la desaparición y muerte de su hija dice que «su detención impedirá que otras menores, otras jóvenes, otras mujeres pasen por el calvario por el que ha pasado Diana».

Para la familia Quer López-Pinel ha llegado así el final de la incertidumbre, un sufrimiento prolongado y, por momentos, más doloroso que la descarnada certeza del final irreversible que representa la muerte. Alivio y dolor. Pérdida definitiva que reemplaza al sentimiento de «pérdida ambigua» y —afirman los psicólogos— da paso al proceso de duelo. Duelo como sinónimo de despedida y de aceptación de la ausencia sin retorno posible. Duelo como interiorización de un dolor intransferible para cada quien, por más que otras personas se brinden de buena fe a compartirlo. En la hora final hay todo eso, pero, en el caso de la familia Quer, aún queda por delante un espinoso capítulo de hechos por esclarecer y someter al imperio de la ley. Un proceso judicial que se anuncia complejo, no tanto por las posibles figuras jurídicas aplicables a la acción criminal de la que ha sido víctima Diana Quer, como por la necesidad de pruebas forenses de alta sofisticación para que los jueces puedan decantarse por unas u otras. A partir de ellas se establecerán las consecuencias penales para el culpable y, a la vez, se esclarecerán las interrogantes sobre el modo en que se sucedieron los hechos, incluido el del momento en que se acaba con la vida de Diana. Pero, entretanto, la prensa vuelve a poblarse de teorías y especulaciones acerca de si Diana estaba viva o muerta cuando su cuerpo lastrado fue arrojado al fondo de aquel depósito de agua. Exponer públicamente lo que debería resolverse en el estricto silencio de las salas forenses no puede sino añadir un dolor

gratuito a la familia más cercana, además de alimentar un morbo insano entre la población.

«El que esté libre de culpa que tire la primera piedra». La sentencia bíblica cobra actualidad a la luz del tratamiento que los medios han dado a las noticias sobre el final del caso Diana Quer y al modo en que han inundado las redes sociales. En cantidad y en términos de calidad. Ya durante el año y medio de la desaparición fueron 6.800 las noticias publicadas en medios, según el análisis de *El País*, firmado por Kiko Llaneras el 7 de enero de 2018. Eso equivale a 13 noticias por día. Una cifra que, añade el informe, se disparó exponencialmente en Internet durante los siete días que siguieron al hallazgo del cadáver de Diana: 140.000 personas intercambiaron 33.000 mensajes en Twitter y 400.000 compartieron en Facebook contenidos relacionados. La mención Diana Quer alcanzó en Google, en solo una semana, el mismo número que el de las cuatro personas más buscadas en todo 2017. El autor del artículo se pregunta por qué nos atraen las historias dramáticas y adelanta como primera respuesta que «los medios solo son un altavoz o un acelerador. No bastan para explicar la fascinación por los hechos violentos». La explicación, añade más adelante, es «la empatía con las víctimas y el deseo de justicia». Comparto plenamente esa afirmación porque he tenido una constatación continuada en la respuesta solidaria de los oyentes de radio o de los telespectadores en torno a diversas causas —no solo la de los desaparecidos— a lo largo de varias décadas. Ya he hecho referencia a algunas de esas experiencias —como la registrada en el programa especial sobre Anabel Segura, que llevó a la detención de sus secuestradores—, pero podría añadir muchas otras, como la que obtuvimos en 1993 en otro especial de TVE sobre Bosnia: 400 millones de las pesetas de entonces (al cambio en euros, algo más de 3 millones) que el diputado vasco Juan María Bandrés y yo mismo entregamos en mano a la Alta Comisionada de Naciones Unidas para los Refugiados en Ginebra. A estas experiencias directas y muy personales, creo que vale añadir el dato objetivo de que seamos desde hace 26 años el país líder en donaciones de órganos, según datos confirmados por la ONT (Organización Nacional de Trasplantes) el pasado 11 de enero de 2018. Realidades como esta son las que me han hecho ser desde siempre un defensor convencido del enorme potencial solidario de la sociedad española. Por eso disiento del articulista citado cuando afirma que «nos dominan los estímulos negativos».

La atracción fatal por las malas noticias, el apetito morboso que supuestamente lleva a su consumo compulsivo por algunas personas y ante determinadas historias —como la tragedia de Diana Quer— no puede explicarse únicamente en la esfera de los comportamientos individuales. La publicación de las noticias y su consumo se produce en la escala de lo social, y a partir de una relación desigual entre los fabricantes de la información y sus destinatarios finales. Aunque la irrupción de Internet haya modificado sustancialmente la correlación de fuerzas, la responsabilidad de lo que se publica sigue estando en quien lo publica. Es una vieja falacia tratar de invertir los términos para imputar al público el consumo de contenidos basura. La gente (que somos todos) toma de lo que hay; los usuarios se nutren de la oferta disponible. Y puesto que a igualdad de precio nadie cambiaría oro por chatarra, tendremos que convenir en que «la calidad de la respuesta depende de la calidad de la propuesta».

En este punto creo coincidir con la doble reflexión final de Kiko Llaneras: «los medios deben seguir poniéndose límites, pensando en las víctimas y en los efectos que estas noticias tienen sobre la sociedad. Pero la reflexión también es individual: no deberíamos consumir lo que no queremos que proliferare».

EL JUICIO QUE VIENE: DE LOS INDICIOS A LAS PRUEBAS

Si la tecnología fue clave en el esclarecimiento parcial de la desaparición de Diana, ahora es la ciencia la que permitirá resolver las circunstancias de la trágica muerte de la joven madrileña.

El hombre a quien se le ha encomendado esa misión es el prestigioso forense Fernando Serrulla, quien, entre otras cosas, descubrió huellas de puñaladas en los huesos de una mujer asesinada y que apareció en aguas de Ferrol dos meses después de haber sido arrojada al mar en Nigrán en 2009. Serrulla también trabajó en identificaciones de cuerpos en los atentados del 11M en Madrid y en la exhumación de cadáveres de soldados desconocidos tras la guerra de las Malvinas.

En el caso de Diana Quer —según ha trascendido públicamente— la autopsia que realizó en el Hospital de Verín (Ourense) consistió en un

proceso de esqueletización cadavérica del cuerpo, determinado por su estado de «saponificación», un proceso natural por el cual un cuerpo humano sumergido en agua o en un terreno muy húmedo no se descompone gracias a la transformación de los ácidos grasos en jabón. La masa que se forma recubre el cadáver y evita la putrefacción en muchas de sus partes, protegiendo así pruebas que permiten conocer las causas de la muerte.

El objetivo era responder a dos incógnitas que pueden resultar estratégicas: ¿fue realmente atropellada Diana, como sostiene el investigado? ¿Fue violada? De confirmarse la agresión sexual, la pena podría ser la de prisión permanente revisable. Sin embargo, lo que ha ayudado a conservar el cuerpo puede ser perjudicial en este sentido, ya que el agua habría podido eliminar cualquier resto biológico del agresor.

Con todo, es posible determinar la agresión sexual no solo a partir de restos biológicos, sino también de signos de violencia en determinadas zonas del cuerpo, como señales de defensa en las extremidades o hematomas.

Otra de las dudas que deberán quedar despejadas con el informe es si Diana fue estrangulada, y cómo. La brida aparecida junto al cuerpo puede ser un indicio, pero no necesariamente una prueba firme.

Los detalles de una práctica forense siempre resultan difíciles de contar en términos que sean a la vez rigurosos e inteligibles, precisos y delicados. El límite, creo, debe ponerlo nuestra propia sensibilidad y la reflexión básica de si son o no necesarios para la comprensión de los hechos narrados. En este caso, dilucidar científicamente las dudas sobre el modo en que se produjo la muerte de Diana determinará su calificación penal como homicidio, asesinato o accidente fortuito, y, además, establecer si hubo o no un delito añadido contra la libertad sexual. Las primeras conclusiones del informe preliminar descartan la versión del atropello dada por José Enrique Abuín, cuyo relato íntegro ante la Guardia Civil el 30 de diciembre, antes de derrumbarse y llevarles hasta la nave en la que había ocultado el cadáver, ha sido publicado por diversos medios. Un relato ciertamente inverosímil, como ya habían adelantado ante la prensa los jefes de la UCO. En la rueda informativa de los coroneles se aludió también a la posibilidad de que el Chicle hubiera cometido otras agresiones sexuales no denunciadas, e incluso a su vinculación con algunos de los casos de asesinatos y desapariciones sin resolver en la zona. De confirmarse alguno de esos supuestos, la acusación particular podría aportarlos como «pruebas indiciarias» para imputar a Abuín

por el delito de naturaleza sexual del que no se han podido obtener pruebas directas.

Es una de las líneas apuntadas por el letrado a quien los padres de Diana han encomendado la dirección de la acusación particular contra el Chicle. Se trata de Ricardo Pérez Lama, abogado experto en Derecho Penal y teniente coronel del Cuerpo Jurídico Militar. A su extraordinaria reputación profesional, Pérez Lama suma su condición de delegado en Galicia y asesor jurídico de la Asociación Clara Campoamor, para la protección al menor y a la mujer; es, además, miembro de la Comisión Nacional de Ayuda y Asistencia a las Víctimas de Delitos Violentos y contra la Libertad Sexual desde 1997.

Que la elección de este abogado haya sido decidida conjuntamente por Juan Carlos Quer y Diana López-Pinel va más allá de la cualificación profesional de Pérez Lama o de consideraciones jurídicas de oportunidad. Contar con un abogado común tiene, en mi opinión, una alta significación simbólica: Diana ha unido a sus padres para la defensa de su memoria y para que dicha defensa ampare a otras potenciales víctimas en el futuro.

EL DÍA DESPUÉS: EL LEGADO DE DIANA

Jueves, 11 de enero de 2018. La familia de Diana recibe sus restos en Madrid y se dispone a darles sepultura en la más estricta intimidad. Al menos ese es el ruego que expresan en un comunicado público, sabedores de la enorme expectación que ha rodeado cada acto de este capítulo final en la vida de la malograda hija. Una actitud responsable ante el dolor ajeno debe incluir, sin lugar a dudas, el respeto a la intimidad del duelo. Someterlo a una masiva exposición mediática en contra del deseo expreso de los deudos sería atentar contra su derecho a la privacidad y desvirtuar el sentido mismo de la solidaridad. Al redactar estas líneas, en el cierre obligado de la edición, carezco de certezas sobre si ha prevalecido dicho respeto y la contención informativa que era de esperar al cabo de tantos excesos en el historial del caso. Y al mismo tiempo, me asalta de forma inevitable el temor a que el día después siga dando pie a incursiones retrospectivas indiscriminadas en el dolorido espacio de los quinientos días y la larga noche de incertidumbre que

han rodeado la desaparición de Diana y su trágico final.

El juicio por venir supondrá una prórroga ineludible del relato de los hechos, pero no tiene por qué implicar la repetición de los excesos en su tratamiento informativo. En cambio, sería deseable que el legado de Diana se tradujera en la profundización del debate social en torno a los temas de fondo —y de forma— que su historia ha hecho emerger. Dejo aquí constancia de mi firme compromiso en contribuir, en la medida de lo posible, a que así sea, a través de iniciativas similares al Foro QSD celebrado en Madrid a finales de noviembre de 2016^[2], o mediante otras que se han ido apuntando recientemente. Es de destacar, por ejemplo, la declaración del Colegio Oficial de Periodistas de Galicia, pidiendo que, en todas las informaciones, además de los mandatos del Código Deontológico, se sigan las recomendaciones específicas sobre violencia de género. Y sugirió también que el caso Quer sea conceptualizado como un episodio más de violencia de género. Un pensamiento que también fue sugerido por la periodista Ana Requena (eldiario.es): «Diana Quer somos todas volviendo a casa una noche después de haberlo pasado bien, pendientes del móvil o ensimismadas en cualquier pensamiento». En esa misma línea, la presidenta del Observatorio de Violencia Doméstica y de Género del Consejo General del Poder Judicial (CGPJ), Ángeles Carmona, anunció que el organismo que preside comenzará este año a analizar todas las sentencias que se dicten en casos de homicidio y asesinatos de mujeres con una motivación de género, como sería el de Diana Quer de confirmarse que el origen del crimen fue un intento de agresión sexual. Carmona explicó que es la forma en que el Observatorio responderá al mandato del Pacto de Estado contra la Violencia de Género, donde se reconoce que este fenómeno va más allá del maltrato en el ámbito de las relaciones de pareja y se acuerda que mientras se preparan leyes específicas para cada tipo de violencia, sus víctimas deben comenzar a figurar en las estadísticas que ya funcionan en los otros casos. «Tenemos que ir teniendo esa perspectiva ampliada de la violencia sobre la mujer y visibilizar conductas que están muy invisibilizadas y que, gracias a los medios de comunicación, la sociedad está conociendo otras formas de violencia. Sería el modo de conocer cuántas mujeres denuncian agresiones sexuales en España y, sobre todo, qué respuesta reciben en los tribunales», dijo. En cuanto al cómputo de las víctimas de estos delitos, Carmona afirma que en los casos como el de Diana Quer se integrarán en el informe anual sobre víctimas mortales.

Otra preocupación sobre la que llama a la reflexión el Colegio Oficial de Periodistas de Galicia es la referida a informaciones de menores para los que reclama un redoblado respeto a su privacidad y a su imagen dada su especial vulnerabilidad. Y respecto al tratamiento del caso Diana Quer, el Colegio apela «a la ética y a la responsabilidad del conjunto de la profesión periodística gallega para que no se sume más dolor al dolor y para que podamos luchar desde los medios de comunicación contra la lacra social de la violencia de género, combatiendo sus causas e incentivando la toma de conciencia social».

La protección de datos en general, y específicamente la de los datos contenidos en los registros de las compañías de telefonía móvil, es otro de los asuntos cuyo debate se ha visto reavivado por el caso Diana Quer.

El jefe de la Unidad Central Operativa (UCO), Manuel Sánchez Corbí, explicó la importancia que ha tenido en estas pesquisas el acceso a los datos del teléfono de Diana Quer y la comparación de sus datos con los del teléfono del sospechoso, ya que permitió establecer que los itinerarios que siguieron ambos terminales fueron compatibles. Y por eso reclamó que los datos se mantengan un tiempo como mínimo similar al actual. «La parte de la telefonía es la más importante, pero también la más lenta. Es importante que las compañías de telefonía conserven los datos. Si no los llegan a conservar, no resolvemos el caso», dijo. La ley obliga a la retención de todos los datos durante doce meses. Pero la Unión Europea (UE), a instancias del Tribunal Superior de la UE, deberá modificar la directiva de retención de datos.

Las discrepancias son más profundas en el tema de la prisión permanente revisable —la máxima pena de privación de libertad prevista en nuestro Código Penal—, una polémica que ha irrumpido con fuerza a raíz de la detención del autor confeso de la muerte de Diana. En el plano político las posiciones están marcadas desde el 26 de marzo de 2015 en que fue aprobada por el Congreso de los Diputados como parte de la Ley de Seguridad Ciudadana. Rechazada por una buena parte de la oposición, el PP, que fue quien la impulsó apoyado en su mayoría absoluta de entonces, la sigue defendiendo. En el Congreso está pendiente su discusión después de que saliese adelante una proposición de ley del Partido Nacionalista Vasco que pedía tramitar la derogación de esta figura incluida en el Código Penal hace algo menos de tres años. La petición fue secundada por todos los grupos de la oposición, menos la Unión del Pueblo Navarro.

Por su parte, el grupo socialista advirtió de que con la prisión permanente revisable «se ha ganado poco o nada» porque las condiciones que ya estipulaba el Código Penal antes de esa figura tenían «las mismas proporciones». Desde Ciudadanos, además de dudar de la constitucionalidad de la prisión permanente revisable, se defiende que es más efectivo y eficiente impulsar el cumplimiento íntegro de las penas. Podemos ha acusado al PP de hacer un uso electoralista del caso Diana Quer y ha señalado que «la cuestión no es la prisión o la cadena perpetua revisable, sino por qué ha pasado esto y qué lleva a este país a soportar índices de violencia de género machista tan insostenibles».

Hasta el momento la ley se ha aplicado solo una vez al parricida de Pontevedra David Oubel, quien asesinó a sus hijas Candela y Amaia, de cuatro y nueve años, con una sierra eléctrica en agosto de 2015. La madre de estas niñas, Rocío Viétez, impulsora inicial de una iniciativa en la plataforma [change.org](https://www.change.org) para pedir que no se derogue la ley, ha visto cómo las firmas se disparaban de forma exponencial con la adhesión sucesiva a la petición de los tres miembros de la familia Quer: su madre y su padre, y Valeria, la hermana pequeña de Diana, quien lo hizo a través de este mensaje: «Necesito que firméis todos y cada uno de los que veis el link, que lo de mi hermana no se haya quedado en la nada y marque un antes y un después. Ayudadme». En el momento de redactar estas líneas se había superado ya el listón de las 200.000.

Los tiempos de la política, los de la justicia y los de la calle son manifiestamente distintos, pero la interacción entre todos ellos es patente cada vez que un hecho criminal como el protagonizado por el Chicle golpea el sentir popular. El magistrado Joaquín Bosch, preguntado al respecto por Hilario Pino en el programa La Sexta Noche, comentó: «Cuando hay crímenes horribles siempre se produce un sentimiento necesario de solidaridad hacia las víctimas y sus familiares, acompañado de un sentimiento de indignación, de malestar. Si se hiciera una consulta popular cuando hay crímenes de este tipo, seguro que saldría a favor de la pena de muerte. Son sentimientos comprensibles en momentos de dolor, pero que nacen de actitudes de venganza más que de justicia. Nuestra Constitución parte de una perspectiva más racional y considera con criterios de justicia que las penas deben reorientarse a la educación, a la reinserción». Según Bosch, España cuenta con los niveles de cumplimiento de pena más altos de Europa,

por lo que no considera necesario el endurecimiento de la ley. Lo cierto es que antes de que exista una sentencia firme contra el autor confeso de la muerte de Diana ya se habrá producido la votación en el Congreso y que para su derogación se precisa la mayoría absoluta por tratarse de una ley orgánica. Eso quiere decir que, de probarse que Abuín agredió sexualmente a su víctima antes de causarle la muerte, le sería aplicable la prisión permanente revisable.

Paralelamente a esta polémica, se ha suscitado la de la defensa del presunto homicida de Diana. El abogado José Ramón Sierra ha terminado por renunciar a la defensa del Chicle por falta de confianza. Este penalista no ha esperado a que se concrete la hipótesis de la agresión sexual y tras una última visita a Abuín en la cárcel de Teixeiro (A Coruña) ha justificado su retirada en la «necesidad de creer en lo que se está haciendo». El Colegio de Abogados de A Coruña ha reaccionado con un crítico comunicado recordando el deber de lealtad de los letrados con sus defendidos y ha subrayado que estos «no defienden inocentes o culpables, sino ciudadanos acusados de un delito y salvaguardan la garantía constitucional de que tengan un juicio justo».

Todos esos debates deberían formar parte del legado de Diana, al que hace mención el escueto comunicado de la familia Quer publicado el día en que despedían definitivamente a Diana: «Hoy nuestra preciosa Diana descansa en paz. Solo mitiga en algo nuestro dolor pensar que su vida pueda servir para evitar que otras familias sufran tanto como nosotros».

Y, de forma expresa, transmiten su solidaridad «a las familias de los desaparecidos que aún no han encontrado a sus seres queridos. Sentimos su dolor y deseamos de corazón que puedan reencontrarse pronto con ellos».

Entre esos otros desaparecidos figuran algunos de los casos sin resolver en Galicia, como el de Sonia Iglesias, desaparecida el 18 de agosto de 2010 en Pontevedra cuando tenía treinta y ocho años. La voz de su hermana Carmen protagoniza uno de los capítulos de este libro.

En el faro de Corrubedo, municipio de Ribeira (A Coruña) se perdió el último rastro de María José Arcos, de treinta y cinco años, el 15 de agosto de 1996. Su hermana Rosa, que no ha dejado de batallar desde entonces para que el caso no caiga en el olvido, se ha «alegrado infinito de que la familia de Diana Quer haya podido escribir un final». Para ellos ni ha terminado el camino ni pueden decir que durante los veintidós años transcurridos haya

habido un contacto permanente con la familia por parte de la policía. En todo este tiempo —ha dicho Rosa a Europa Press— han seguido preguntando al juzgado y la respuesta siempre ha sido la misma: que no pueden actuar sin nuevos indicios. «Pero si no hay nadie buscando, la prueba nunca se va a descubrir», concluye Rosa.

Sus palabras podrían suscribirlas la mayoría de las 4.000 familias de toda la geografía española cuyos casos siguen sin resolverse, simbolizadas por las catorce historias recogidas en estas páginas. La determinación y el empuje es uno de los rasgos que comparten y que podría resumirse en la inequívoca declaración de Rosa Sánchez, madre del joven cordobés desaparecido en Córdoba con dieciséis años: «Hasta el último suspiro de mi vida lo voy a seguir buscando. No van a poder ellos más».

Juntas son una sola voz. Una voz que clama para que se forme mejor a los cuerpos y fuerzas de seguridad, para que dispongan de recursos suficientes y para que mejore la coordinación entre ellas. Eso en lo inmediato. Porque para que en los demás casos se alcancen resultados similares al de Diana Quer, se precisará de unidades especializadas, puesto que los grupos actuales de Guardia Civil, Policía Nacional y policías autonómicas carecen de los efectivos necesarios.

Pero el trabajo policial necesita, además, sustentarse en unas bases jurídicas distintas a las actuales, que abocan sistemáticamente al sobreseimiento provisional y al archivo de las causas. Urge un Estatuto de la Persona Desaparecida que contemple la especificidad de las desapariciones y dé a los familiares de las personas desaparecidas la garantía de que se respetará el derecho a ser buscados de sus seres queridos. Un estatuto que dé amparo a las propias familias, de modo que el incalculable sufrimiento generado por la incertidumbre de una desaparición se vea al menos compensado por la certeza de saberse acompañados por la sociedad y sus instituciones. Siempre he pensado que una sociedad solo es verdaderamente fuerte cuando da protección a los ciudadanos más vulnerables. Por eso mismo pienso que a esa fortaleza podemos contribuir todos.

Paco Lobatón
Madrid, 14 enero 2018

P. D.: La redacción de este capítulo ha sido posible gracias a las informaciones facilitadas desde Galicia por el periodista Suso Souto, de *El Correo Gallego*, quien también ha aportado sus propias reflexiones sobre los hitos del caso Diana Quer desde su inicio hasta el trágico final del pasado 31 de diciembre de 2017.

Fotografías



Isidre



Dolors



Isidre y Dolors con su familia



Cristina Bergua



Padres y hermano de Cristina Bergua



Paco Molina



Paco Molina con su abuela y padres



Juan Antonio y sus hermanos



Juan Antonio



Ángeles Zurera



Hijo y hermano de Ángeles Zurera



Retrato de David Guerrero de Pérez Almeda



Madre de David Guerrero



Elías Carrera con su mujer e hijas



Elías Carrera



Sonia Iglesias



Sonia Iglesias y familia



Mary Sánchez



Mary Sánchez y su hermana



Caroline del Valle con su madre



Caroline del Valle



María Teresa Fernández



María Teresa y su madre



Borja Lázaro y su madre



Borja Lázaro



Sara Morales



Sara Morales con su madre



Yéremi con su familia



Yéremi Vargas

Notas

[1] Informe Ministerio del Interior, 7 marzo 2017. Denuncias presentadas entre 2010 y 2016: 121.119. Búsquedas activas: 4.164.

[2] Foro sobre Tratamiento informativo de las desapariciones de personas y *Guía de buenas prácticas* publicada tras su celebración por la Fundación QSDglobal en colaboración con el Consejo Audiovisual de Andalucía.

Tras 25 años de *Quién sabe dónde* Paco Lobatón sigue dando voz a los desaparecidos.



Te buscaré mientras viva es un libro y un homenaje. En él se encuentran catorce testimonios que componen, en realidad, una única historia, la de aquellos familiares que han sufrido la desaparición de un ser querido. El relato de casos como los de Cristina Bergua, Yéremi Vargas, David Guerrero o la malograda historia de Diana Quer, entre otros, es un reconocimiento a quienes, frente al vacío que genera toda desaparición, resisten bajo una misma premisa: «Mientras no existe la evidencia de muerte, existe esperanza de vida». De la mano de Paco Lobatón nos adentramos en hogares donde el tiempo se ha detenido, en familias arrasadas por la incertidumbre, la angustia del no saber y el pulso cotidiano con un sufrimiento que no termina.

A través del testimonio de sus familiares, buscadores incansables, este libro nos transmite la voz de los desaparecidos. Juntas, estas voces encarnan una autobiografía colectiva y un poderoso llamamiento a la sociedad para que no se les ignore ni se les condene a la doble desaparición que supondría el olvido. Son voces que nos recuerdan nuestro deber de solidaridad como ciudadanos y el deber de las instituciones como responsables de la seguridad de todos. Este libro es una expresa invitación a que acompañemos a quienes sobreviven a la incertidumbre con un impulso imparable que se resume en cuatro palabras: «Te buscaré mientras viva».

Los derechos de autor obtenidos de la venta de este libro se destinan a la Fundación Europea por las Personas Desaparecidas QSDglobal, para el cumplimiento de sus objetivos de ayuda a las familias.

Sobre el autor

Paco Lobatón (Jerez de la Frontera, Cádiz, 1951) es un periodista español. Es autor de los libros *Escríbeme a la guerra* y *A corazón abierto* y coautor del libro colectivo *Ellas. Catorce hombres dan la cara*. Obtuvo el primer Premio Andalucía de Periodismo en 1985. Ha sido ganador de dos TP de Oro al Mejor Presentador, en 1992 y 1995, por *Quién sabe dónde*, y estuvo también nominado en la misma categoría en 1993 y 1994. En 1995 le fue otorgada la Medalla de Andalucía. En 1998 consigue el TP de Oro al Mejor Programa por el *Primer Festival Europeo de la Solidaridad*, emitido por las televisiones públicas de España, Francia, Italia y Portugal.

Ha sido el impulsor de la Fundación Europea por las Personas Desaparecidas QSDglobal, constituida en 2015.

www.qsdglobal.com

Facebook: [QSDglobal](#)

Twitter: [@QSDglobal](#)

© 2018, Paco Lobatón

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-03-51902-2

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola

Fotografía: © David Page / Arcangel

Conversión ebook: Raquel Martín

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Índice

[Te buscaré mientras viva](#)

[Dedicatoria](#)

[Citas](#)

[Ser agradecidos](#)

[Prólogo. Como estrellas de mar](#)

[Capítulo 1. Hermanos Orrit](#)

[Capítulo 2. Cristina Bergua](#)

[Capítulo 3. Paco Molina](#)

[Capítulo 4. Juan Antonio Gómez Alarcón](#)

[Capítulo 5. Angelines Zurera](#)

[Capítulo 6. David Guerrero](#)

[Capítulo 7. Elías Carrera](#)

[Capítulo 8. Sonia Iglesias](#)

[Capítulo 9. María Dolores Sánchez Moya \(Mary\)](#)

[Capítulo 10. Caroline del Valle](#)

[Capítulo 11. María Teresa Fernández](#)

[Capítulo 12. Borja Lázaro](#)

[Capítulo 13. Sara Morales](#)

[Capítulo 14. Yéremi Vargas](#)

[Epílogo. El legado de Diana](#)

[Fotografías](#)

[Notas](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)